
Robinson Crusoe

Daniel Defoe

Traducción íntegra y prólogo de
ENRIQUE DE HÉRIZ



Lectulandia

Después de ser apresado y convertido en esclavo en África, como consecuencia de un naufragio, Robinson Crusoe llega a una isla deshabitada cerca de la desembocadura del río Orinoco y se enfrenta al reto de crear un nuevo modo de vida, partiendo de cero. Con el tiempo, y tras ver desembarcar en la isla a varios grupos de caníbales, libera al que iba a ser una de las víctimas, Viernes, y encuentra así compañía. Entre los dos, además de ampliar las plantaciones de la isla, consiguen liberar a algunas otras víctimas, entre ellas a varios españoles que también habían naufragado.

Tomando como punto de partida las experiencias reales del marinero español Pedro Serrano (siglo XVI) y la del escocés Alexander Selkirk (s. XVIII), Daniel Defoe creó una ambiciosa obra que no es sólo una apasionante novela de aventuras, sino también una obra que se plantea con agudeza diversas cuestiones de carácter social, político y filosófico, que han dado a su vez pie a que se la ponga como ejemplo en las más diversas disciplinas (economía, sociología, ética, etc.).

Hasta ahora, curiosamente, no existía una versión íntegra y fiel a la primera edición de *Robinson Crusoe* en español, pues al haber desde poco después de su publicación diversas versiones abreviadas y simplificadas de la novela, tradicionalmente se habían tomado estas como punto de partida para traducirla, incluso cuando tal tarea corría a cargo de alguien tan prestigioso como Julio Cortázar. Al volver a la versión original aflora mucho más que la célebre novela de aventuras, pues buena parte de lo que solía eliminarse eran las reflexiones y la exposición de ideas que, en el mundo anglosajón, tan productivas fueron y dieron pie a interesantes interpretaciones de intelectuales tan distintos como Joyce, Marx, Poe o Coetzee. El excelente trabajo del prestigioso escritor Enrique de Hériz nos devuelve la integridad de una obra que ha permanecido durante décadas oculta al lector en lengua española.

Lectulandia

Daniel Defoe

Robinson Crusoe

ePub r1.1

Titivillus 09.03.16

Título original: *Robinson Crusoe*

Daniel Defoe, 1719

Traducción: Enrique de Hériz

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

DANIEL DEFOE

Vida y extrañas y sorprendentes aventuras de

ROBINSON CRUSOE

marinero de York que vivió veintiocho años solo por completo en una isla deshabitada en la costa de América, cerca de la desembocadura del gran río Orinoco, tras ser arrojado a tierra en un naufragio en el que perecieron todos los hombres menos él. Con un relato de cómo al fin fue extrañamente rescatado por piratas. Escrito por él mismo

Traducción y prólogo de Enrique de Hériz

Prólogo

«Llevo muchos años poniendo a prueba ese libro —generalmente en combinación con una pipa de tabaco— y me ha demostrado ser mi amigo ante todas las necesidades de esta vida mortal. Cuando se enturbia mi espíritu, Robinson Crusoe. Cuando quiero consejo, Robinson Crusoe. En tiempos pasados, cuando mi esposa me acosaba; en tiempos presentes, cuando tomo una gota de más, Robinson Crusoe. He gastado seis robustos Robinsones de tan duramente como han trabajado a mi servicio. Mi señora me regaló, por mi último cumpleaños, un séptimo ejemplar. De tanta emoción tomé un trago de más, y Robinson Crusoe me corrigió. Su precio era de cuatro chelines y seis peniques, encuadernado en azul, y con un dibujo de regalo».

WILKIE COLLINS

El día 25 de abril de 1719 salieron de la imprenta de un tal William Taylor, ubicada en la londinense Paternoster Row, los primeros ejemplares de lo que ahora conocemos como *Robinson Crusoe*, publicados entonces con el siguiente título completo: «Vida y extrañas y sorprendentes aventuras de Robinson Crusoe, marinero de York que vivió veintiocho años solo por completo en una isla deshabitada en la costa de América, cerca de la desembocadura del gran río Orinoco, tras ser arrojado a tierra en un naufragio en el que perecieron todos los hombres menos él. Con un relato de cómo al fin fue extrañamente rescatado por piratas. Escrito por él mismo».

¿Escrito por él mismo? Defoe pretendía otorgar un sesgo testimonial e historicista al texto, acaso verdaderamente hacerlo pasar por autobiográfico, pero se trataba de su primera obra de ficción tras una larga serie de panfletos políticos, ensayos, panegíricos poéticos, sátiras, columnas periodísticas y manuales de conducta. De pronto, nada menos que *Robinson Crusoe*: el texto considerado por la crítica como la primera gran novela en lengua inglesa. El libro que necesitó apenas unos meses para alcanzar la condición mitológica, esa extraña e incómoda posición preeminente en la historia de la literatura, detentada tan sólo por un puñado de obras tan importantes que ni siquiera hace falta seguir las leyendo para usarlas como referencia.

El éxito fue inmediato. El 20 de agosto, menos de cuatro meses después de la primera edición, fresca aún la tinta de las sucesivas reimpresiones, apareció la segunda parte: *Nuevas aventuras de Robinson Crusoe*. Parece que Defoe, a quien sabemos muy pendiente del destino comercial de sus textos, había previsto, en cierta medida al menos, el interés que iba a despertar la historia de su naufragio, pues la primera parte, tras anunciar en el último párrafo algunos futuros sucesos que protagonizaría Robinson Crusoe, terminaba así: «Todo eso, junto con algunos

incidentes sorprendentes de mis propias aventuras durante diez años más, tal vez lo cuente más adelante». La segunda parte, en cambio, se despedía con el protagonista retirado en su residencia londinense, incapaz ya de soñar siquiera con nuevas aventuras: «Y aquí, resuelto a no angustiarme más, me preparo para un viaje más largo que todos estos, tras haber vivido setenta y dos años de una variedad infinita y aprendido lo suficiente para reconocer el valor del retiro y la bendición de terminar nuestros días en paz». Era casi imposible obtener (o inventar) nuevo material aventurero, nuevos viajes por el mundo. Quizá por eso, la tercera parte^[1] hubo de presentarse como un conjunto de «Serias reflexiones a lo largo de la vida y las sorprendentes aventuras de Robinson Crusoe, con su visión del mundo angélico». Por supuesto, escritas por él mismo.

Volvamos, sin embargo, a la primera parte, que a finales de 1719 había alcanzado ya la sexta impresión, además de una serialización en *The Original Post*, en tres entregas semanales a partir del 7 de octubre. De todo ello se conservan ejemplares en diversas bibliotecas que permiten a unas docenas de académicos debatir, con esa tenacidad de la que sólo pueden hacer gala los buenos *scholars* británicos, si procede considerar erróneo el uso de la coma en tal o cual frase de tal o cual reimpresión. En cambio, no existe nada que merezca el nombre de manuscrito, ninguna fuente primera y exacta con la firma del autor y su registro caligráfico. Gracias a otros manuscritos que sí se han salvado y a los comentarios de algunos impresores, sabemos que Defoe solía entregarles un material no demasiado fiable, plagado de tachaduras, vacilaciones en la puntuación, errores de bulto que luego podían (o no) irse corrigiendo en posteriores versiones.

No estamos hablando de *Las mil y una noches*, ni se requiere una gran investigación bibliográfica para determinar qué escribió exactamente Defoe, pues esas primeras ediciones cumplen la función de texto *princeps*. Las abundantes mutilaciones que *Robinson Crusoe* ha sufrido a lo largo del tiempo no pueden contar con esa excusa. A principios de agosto de 1719 (es decir, en pleno apogeo del éxito del libro y cuando Defoe se encontraba enfrascado en los últimos esfuerzos por entregar a imprenta una segunda parte que pudiera beneficiarse del calor del momento) apareció por primera vez una edición pirata que mantenía el largo título de Defoe en términos casi exactos, pero añadía: «Escrito originalmente por él mismo y ahora fielmente abreviado sin omisión de ninguna circunstancia destacable». Para mayor ofensa, costaba dos chelines, contra los cinco de la edición original. La firmaba como editor un tal T. Cox en el Amsterdam Coffe-house de Londres, ubicado en «las cercanías del Royal Exchange». Muy poco después apareció en Dublín otra edición, también pirata, pero al menos respetuosa con el texto original.

Indignado, Defoe incluyó un prefacio al segundo volumen, en el que equiparaba el pillaje de sus textos con el bandolerismo o el allanamiento de morada. Se añadía también una nota en la que se advertía al público del escaso valor de aquella edición ilegítima descrita como «apenas unas cuantas páginas sueltas, reunidas sin ninguna

coherencia, en las que se malinterpreta por completo el sentido del autor, se representan mal los hechos y se cometen errores en la aplicación de las reflexiones morales».

El 29 de octubre de 1719, en el *Flying Post* de Londres, el tal T. Cox dio un paso al frente para convertir la controversia en polémica pública con una respuesta en la que se daba por enterado de las acusaciones y se exculpaba con el argumento de que, en la fecha de la publicación de la edición pirata, él estaba de viaje por Escocia. Admitía haber recibido la visita de «un cierto hombre» que le había mostrado algunas páginas sueltas entre alusiones a supuestas disputas entre el autor y su editor a la hora de fijar los honorarios por la entrega de la segunda parte. Cox insinuaba a continuación que aquella versión pirata bien podía ser obra del propio Defoe, quien estaría así tomándose cumplida venganza de la racanería de su editor legítimo. No contento con ese pequeño borrón, se atrevía a extender la mancha sobre los nombres de ambos con una última amenaza: «Si el señor Taylor o el autor del donquijotismo de Crusoe [Daniel de Foe] dan algún paso más en la insinuación de que yo era el propietario de dicha versión abreviada, aseguro al público que, en justa reparación, haré públicos algunos secretos que el mundo aún desconoce y demostraré que las acusaciones en mi contra por parte del autor y del librero contienen tan poca sinceridad y honestidad como poca es la verdad contenida en *Robinson Crusoe*».

Dejemos de lado por un momento el riquísimo valor anecdótico de esas circunstancias. Lamentemos que no se cumpliera la amenaza y el mundo se quedara sin conocer esos tremendos secretos, pero centrémonos en algo mucho más importante: entre cartas y prefacios, entre acusaciones, recortes, quejas e insinuaciones, se estaba armando una discusión sobre algunos puntos fundamentales en la configuración de la novela como género literario moderno. El más importante era la veracidad. Ya hemos visto que hasta un burdo imitador como el tal Cox afeaba a *Robinson Crusoe* su condición de artefacto inventado. En el ya mencionado prefacio de la segunda parte, Defoe se defendía de la «gente envidiosa» que le reprochaba haber escrito «un romance» y aseguraba que las invenciones contenidas en el texto quedaban legitimadas por sus usos y aplicaciones de orden moral. Sin embargo, parece que el ruido de fondo no cesó, porque la tercera parte salió también con un prefacio en el que el autor ponía incluso su buen nombre (o, mejor dicho, el de su personaje) al servicio de la honestidad de su obra: «Tengo entendido que la gente envidiosa y mal predispuesta del mundo ha planteado algunas objeciones a los dos primeros volúmenes bajo la pretensión, a falta de mejor excusa, de que (según ellos) la historia es inventada, los nombres son prestados y todo es un romance; que nunca existió tal hombre ni tal lugar, ni tales circunstancias en la vida de un hombre; que todo ha sido formado y embellecido por la imaginación para ser impuesto al mundo. Yo, Robinson Crusoe, hallándome en plena y perfecta posesión de mi mente y mi memoria, gracias sean dadas a Dios, declaro por la presente que esa objeción es un invento escandaloso por su intención y afirmo que la historia, aunque alegórica, es

también histórica. [...] Además, existe y vive un hombre, bien conocido, cuyos actos en la vida son el verídico sujeto de estos volúmenes y a quien alude toda la historia, o su mayor parte; se puede confiar en la veracidad de esta afirmación y por ella pongo en juego mi nombre».

Dicho de otro modo, el mundo le estaba preguntando a Defoe qué diablos había escrito y él, que para defenderse no disponía aún de la palabra «novela», tan mágica y multifuncional, sólo podía decir que su relato, si bien no era del todo cierto, se parecía mucho a la verdad. Y que era bello. Y que era útil: «Es la bella representación de una vida de infortunios sin precedentes, de una variedad imposible de encontrar en el mundo, adaptada con sinceridad y destinada al bien común de la humanidad y pensada en principio, tal como se usa ahora, para los usos más serios posibles». Desde lo alto de esa afirmación, casi tres siglos de novela nos contemplan.

Si hemos de creer la interpretación convencional del proceso creativo de Defoe, todo nace en 1704 con la historia real del marinero escocés Alexander Selkirk, quien pidió desembarcar en la isla de Juan Fernández, deshabitada, tras una pelea con el capitán del barco en que navegaba. Allí permaneció hasta su rescate en 1709. En 1711 regresó a Londres y al año siguiente se publicaron algunos retazos de su vivencia, que no sería completada hasta que el periódico *The Englishman* dedicó por entero a su historia la edición del 3 de septiembre de 1713. Se da por supuesto que Defoe, enterado de las aventuras del marino y del aparente interés generado por el relato de las mismas, mezcló aquella información con la que contenían los muchos libros de viajes que había leído, tan populares en la época, redactó toda la historia con una clara pretensión de veracidad y hasta quiso colarla como un relato verdadero con la ya famosa coletilla de «escrito por él mismo». Sin embargo, un análisis más detallado del texto nos ofrece una versión algo más compleja. Por mucho que pudiera usarlos como material de partida, es a todas luces evidente que Defoe pretendía alejarse de los libros de viaje: sólo en una ocasión, en la segunda parte, se entretiene Robinson en describir un paisaje cuya aparición no va a condicionar los sucesos del relato y luego procede a disculparse de inmediato, prometiéndonos que no volverá a abandonar la acción y que sólo describirá paisajes y gente cuando tengan algo que ver con el devenir de su historia. Y cumple la promesa: en Robinson Crusoe todo el material descriptivo queda sujeto a la función narrativa.

Pero es que Defoe no quería describir. Ni siquiera quería narrar sucesos. Es obvio que pretendía levantar un mundo con la fuerza de las palabras. Un mundo completo, dotado incluso de una arquitectura moral para la cual ninguno de los géneros literarios comunes hasta entonces le prestaba planos válidos. Mientras nos iba contando aventuras, Defoe estaba escribiendo una historia sobre la Providencia como herramienta del castigo divino, un relato de sucesivas caídas y superaciones, mito central del puritanismo. Estaba transgrediendo su formación bíblica, al negarse a presentarnos el duro trabajo de un hombre como mero castigo por sus pecados, para convertirlo en todo lo contrario: instrumento de redención. Y sobre todo, estaba

creando un personaje que permitía la identificación del lector gracias a un fenómeno aparentemente contradictorio y exclusivo del género novelístico: un personaje tan concreto, tan imbuido de su pequeña cotidianidad, tan obligado por las decisiones del propio Defoe a contarnos sus muy particulares quehaceres, que se volvía milagrosamente universal. En palabras de Coleridge, estaba escribiendo una historia en la que «nada se hace, piensa, sufre o desea sin que todos los hombres puedan imaginarse a sí mismos haciéndolo, pensándolo, sufriendolo o deseándolo». «Leemos —afirmó Poe— y nos convertimos en abstracciones perfectas por la intensidad de nuestro interés; cerramos el libro y estamos convencidos de que nosotros mismos lo podríamos haber escrito. Todo ello se produce por la potente magia de la verosimilitud. Sin duda, el autor de “Crusoe” tuvo que poseer, por encima de cualquier otra, eso que se ha dado en llamar la facultad de la identificación: ese dominio que la volición ejerce sobre la imaginación y que permite a la mente perderse en una individualidad ficticia». A Virginia Woolf le fascinaba que Defoe hubiera alcanzado ese logro gracias a la terquedad con que se negaba a satisfacer las expectativas del lector: «La mera sugerencia —peligro y soledad en una isla abandonada— basta para despertar en nosotros expectativas de una tierra lejana en los límites del mundo; de salidas y puestas de sol, de un hombre aislado de los suyos, rumiando en solitario acerca de la naturaleza de la sociedad y de los extraños comportamientos de los hombres. Antes de abrir el libro tal vez hayamos abocetado el tipo de placer que esperamos obtener de él. Leemos: y de pronto, cada página nos contraría brutalmente. No sale el sol ni se pone, ni hay soledad ni alma. Hay, por el contrario, mirándonos a los ojos, tan sólo una gran vasija de arcilla. [...] ¿Y hay alguna razón, nos preguntamos al cerrar el libro, por la cual los detalles de una simple vasija de arcilla no deban darnos una satisfacción tan completa, una vez asimilados, como la de un hombre, con toda su sublimidad, plantado contra un fondo de montañas abiertas y océanos desatados mientras brillan las estrellas en el cielo?». Joyce llamó a Defoe «padre de la novela inglesa» y se burló de quienes se habían dedicado a hurgar en los muchos errores de falta de verosimilitud en que incurría el autor: «El ancho caudal del nuevo realismo los arrastra majestuosamente consigo, igual que una inundación se lleva la maleza y los juncos».

Es probable que Defoe no supiera exactamente qué estaba haciendo. Pero lo hizo bien. Cuarenta años después de su primera edición, *Robinson Crusoe* contaba con cuarenta y una reimpresiones y, hasta donde podemos contabilizar, quince imitaciones, por así llamar a los textos que apenas usaban al personaje como referencia y coartada para el pillaje literario. A finales del siglo XIX se calculaban unas setecientas versiones para todos los gustos y en todos los idiomas posibles. La Universidad de Indiana conserva en su biblioteca un ejemplar de 1878 en persa, traducido a partir del urdu. Triunfaban con especial rotundidad las versiones para niños, acaso por dar la razón a Rousseau, que había ensalzado el *Robinson* hasta el extremo de considerar que su lectura bastaba para la educación completa de su *Émile*.

Pero es de suponer que Rousseau se refería a una versión íntegra. No, por ejemplo, al *Robinson der Jünger* publicado en Alemania en 1779 por Joachim Campe, cuya aparición dio pie a una caterva de ediciones ilegítimas en todo el mundo con la coartada de educar a los jóvenes, incluidos los españoles merced a la edición de un *El nuevo Robinsón* (1789), «reducido a diálogos» según confesaba la propia portada.

Era la condena del éxito. O la maldición de Cox. Porque todas esas versiones bastardas tenían algo en común con la primera edición pirata: a la hora de abreviar, subyugaban la novela, la sometían, le negaban toda su capacidad de constituir por sí misma un género nuevo. ¿Y cómo? Despojándola de ideas. Tachando todo lo que les impedía clasificarla en el mismo estante que los libros de viaje y los relatos de aventuras biográficas y las crónicas periodísticas. Quitando, precisamente, todo lo que elevaba el texto por encima de sí mismo y lo convertía en una novela. ¿Y tan importantes eran esas ideas? ¿No podía ser que, en una especie de juego borgiano, tuvieran razón en este caso los mutiladores? Daniel Defoe era hijo de pastores puritanos. La obsesión por la religión recorre gran parte de su obra. El libro —mejor dicho, la versión íntegra del libro— está salpicado por centenares de reflexiones y opiniones. Ya hemos dicho que el tercer volumen está formado por ensayos morales. En su introducción, Defoe nos advierte de que esos ensayos no son un mero producto de los dos volúmenes anteriores, sino todo lo contrario. «Porque la fábula siempre se escribe para la moral —nos dice—; nunca la moral para la fábula».

Como comerciante que era, además de escritor, Defoe se vio obligado a declararse en bancarrota al menos dos veces a lo largo de su vida. Sin duda, en más de una ocasión echaría de menos las regalías hurtadas por todas esas ediciones ilegítimas, pero cabe sospechar que le dolía más el robo moral e intelectual: «Al acortar el libro para poder reducir su coste —afirmó—, lo despojan de todas las reflexiones religiosas y morales que, además de constituir la mayor belleza de la obra, están calculadas para el infinito beneficio del lector».

España fue un poco más lenta que el resto del mundo a la hora de importar el fenómeno y, además, empezó directamente por las versiones infantiles. A finales del XVIII ya encontramos una traducción del Robinson juvenil de Campe, unas aventuras de «los dos robinsones, Carlos y Fanny, dos niños abandonados en una isla desierta», basadas en el original de François Guillaume Ducray-Duminil, en el que los niños ni siquiera tenían esos nombres, sino Fanfan y Lolotte. «Estas y otras adaptaciones —se afirma en el *Diccionario histórico de la traducción en España*, editado en Gredos por Francisco Lafarga y Luis Pegenaute— inundaron el panorama literario infantil y juvenil hasta tal punto que no sólo hubo robinsones alemanes y franceses, sino también suizos, cubanos, etcétera. Son arreglos que despojan a la novela de Defoe de toda su carga política, social y religiosa, haciendo hincapié en lo que tiene de aventura». ¿Nos suena de algo?

Carmen Toledano Buendía documenta^[2] la existencia de una versión firmada por José Alegret de Mesa y publicada en Madrid en 1849-1850. Traducía los dos

primeros volúmenes y lo hacía en su integridad, aunque al parecer adaptaba el tono a un público juvenil (lo cual explicaría que dejara aparte el tercer volumen, pues consiste en ensayos morales que difícilmente disfrutarían los niños). Tenía también la particularidad de que en vez de abreviar el texto lo ampliaba con decenas de notas y glosas de intención claramente didáctica.

Y así llegamos a Cortázar. Cualquier lector que en cualquier país de habla hispana solicita en una librería una traducción vigente de *Robinson Crusoe*, encuentra la de Julio Cortázar. Sabemos que la hizo en 1944 por encargo de la editorial Viau, de Buenos Aires, con cuyo personal tenía lazos de amistad. Sabemos que, en un tomo voluminoso y bellamente ilustrado, contenía las partes primera y segunda. El lenguaje es reconociblemente elegante y fluido, pero la versión podría llevar la firma del mismísimo T. Cox. Hasta casi un treinta por ciento del texto original brilla por su ausencia. A veces son dos o tres párrafos. Otras, hasta cuatro páginas seguidas. ¿Con qué estrategia se recortó? Adivínelo el lector sagaz: falta todo lo que se sale de los estrictos límites de la novelita de aventuras. Así se mantuvo cuando la traducción se publicó por primera vez en España, en edición de Lumen (1975), y así se mantiene la edición actual (2004) en la colección Grandes Clásicos de Mondadori.

Un más que amable encuentro con Aurora Bernárdez, primera esposa de Cortázar y, a su vez, muy reputada traductora, no sirvió para arrojar ninguna luz en el proceso detectivesco que debería llevarnos a saber quién cortó qué por decisión de quién. Ha pasado mucho tiempo y, además, como bien señaló ella, esa clase de mutilación era práctica muy común en la época. A la hora de atribuir responsabilidades, hay dos opciones incómodas y enojosas. Encaremos la primera con un suspiro de devoción cortazariana: ¿fue él quien, acaso aburrido por los excesos de detallismo realista que tanto admiraban Woolf y Joyce, sacó la tijera? En una carta de la época, Cortázar mencionaba que había pasado unos meses traduciendo *Robinson Crusoe* y no se refería al original en términos demasiado elogiosos. Se sabe que en sus versiones de Poe hay buenas dosis de inventiva y, en alguna conferencia, Cortázar había abusado del concepto de «recreador» que cabía atribuir a los traductores. Según el relato de Aurora Bernárdez, el editor Francisco Porrúa habría pedido a Cortázar, veinte años después, que le permitiera reeditar esa traducción y el gran escritor argentino le habría contestado, entre bromas, que se la mirase antes con mucho cuidado porque, en el tiempo transcurrido, había aprendido mucho inglés y mucho español. Nada de todo eso puede probarse. Más bien algunos datos apuntan a lo contrario: Cortázar obtuvo titulación de traductor en 1948 y ejerció como tal para la Unesco y para la Comisión de Energía Atómica en Viena. Tradujo a Gide, a Giono, a Duras, a Chesterton, a Yourcenar. Incluso si la traducción era tan sólo un modo de ganarse la vida mientras escribía espléndidos cuentos sobre traductores que vomitan conejitos, hay que suponer que sabía lo que hacía.

Nos queda entonces la segunda opción: un editor indecente que, ya fuera por falta de respeto al texto, ya por ahorrar costes de impresión, decidió recortar la novela, y

no sólo por las esquinas. Debe admitirse que la primera edición, más allá de los recortes, podía haber sido bastante más cuidadosa. En el final de la segunda parte, por ejemplo, Cortázar duda de la transcripción idónea de algunos topónimos rusos y les añade un interrogante, es de suponer que para una posterior comprobación: «Cinco días más tarde llegamos a Veuslina (?)», traduce Cortázar. Y el editor deja pasar el interrogante como si el propio Defoe manifestara alguna duda. «Ante todo nos dirigimos a Lawrensoy (¿Jarensk?)», anota el traductor y acepta, como si no leyera, el editor. Esos errores de aparente desidia, no subsanados, por cierto, en las sucesivas ediciones del texto, no bastan sin embargo para culpar al editor. Por la misma razón que nos ha llevado a descartar la primera opción. Cuesta mucho pensar que, si Cortázar había hecho el considerable esfuerzo de traducir una versión íntegra y rigurosa de los dos primeros volúmenes de *Robinson Crusoe*, su editor pudo mutilarlos sin que él pusiera el grito en el cielo, o sin que quedara en algún lugar una carta, una nota, un comentario al respecto.

Bueno, hay una tercera opción: ni Cortázar ni su editor sabían que estaban traduciendo a partir de un texto ya mutilado en origen. Eso atribuiría una indudable falta de rigor a la tarea de ambos pero los liberaría de la responsabilidad moral, mucho mayor, de haber puesto en manos de miles de lectores, durante décadas seguidas, un texto que casi ni se parece al que estos creen estar leyendo. Y es posible. El texto original de Defoe, en todas las ediciones que cabe considerar legítimas, aparece seguido, sin ninguna división por capítulos. Tanto la primera parte como la segunda. En las sucesivas mutilaciones que sufrió, y en consonancia con la voluntad de reducirlo e infantilizarlo, se impuso la costumbre de repartirlo en capítulos y, además, preceder cada uno de ellos de la tradicional sinopsis para facilitar la lectura y la comprensión. La traducción de Julio Cortázar está dividida por capítulos, cada uno con su correspondiente sinopsis. Es mucho suponer que él se tomara el trabajo de inventarse esas divisiones capitulares, darles título y resumirlas por adelantado. Es más fácil imaginar que se limitaba a traducir lo que tenía delante: un texto mutilado en origen.

Por desgracia, se nos niega la única posibilidad de aclarar este misterio, pues nadie parece saber de qué edición inglesa partía su traducción. A la muerte de Cortázar su biblioteca personal fue donada a la Fundación March y en el catálogo de dicha donación figura un ejemplar de *Robinson Crusoe* en inglés. Pero es de 1981, casi cuarenta años después de que Cortázar lo tradujera.

En tiempos recientes ha habido otras versiones, la mayoría desaparecidas hoy en día de nuestras librerías. Ninguna era completa. La más reciente, traducida por Fernando Galán y José Santiago Fernández Vázquez y editada por el primero de ambos, apareció en Cátedra en el año 2000. Es válida en sentido filológico y vigente en términos literarios, pero consta sólo de la primera parte.

¿Puede, entonces, afirmarse que jamás ha habido una traducción al español, íntegra, completa y actualizada, de los dos volúmenes que conforman la novela

Robinson Crusoe? Al parecer, sí. Y si alguna vez la hubo, hace tanto tiempo que no queda ni rastro de ella. Corregido quede ese error y bienvenido sea el lector a este mundo milagrosamente nuevo. No encontrará notas académicas para especificar si tal o cual alusión bíblica procede de los Salmos o del Libro de los Proverbios; no se le interrumpirá la lectura con la aclaración del valor del moidor como moneda corriente en Brasil y Portugal en la época o con las equivalencias de medidas que, por supuesto, permanecen en millas, yardas, libras y hasta leguas donde corresponde; no se le llamará la atención acerca de los errores del original en ciertos cálculos de fechas, de ubicaciones geográficas o de pura coherencia con lo narrado; tampoco se intentará allanar el camino de la lectura evitando las repeticiones innecesarias en que pudo incurrir el autor, o disfrazando sus torpezas. Esta es tan sólo la traducción íntegra de una novela y como tal pretende ser invisible, o al menos transparente, en la medida de lo posible.

ENRIQUE DE HÉRIZ

Prefacio

Si alguna vez ha merecido hacerse pública la historia de las aventuras por el mundo de un hombre particular, y ha resultado aceptable una vez publicada, el editor de este relato cree que se trata de esta.

Las maravillas de la vida de este hombre exceden (cree el editor) todo cuanto existe; apenas parece posible que la vida de un solo hombre pueda contener semejante variedad.

La historia se cuenta con recato, con seriedad y con aplicación religiosa de los sucesos a los usos a que suelen aplicarlos los hombres sabios, a saber: la instrucción de los demás por medio del ejemplo y la justificación y la honra de la sabiduría de la Providencia en toda variedad de circunstancias, sean estas cuales fueran.

El editor cree que se trata de un relato verídico de los hechos; no encuentra en él ninguna apariencia de ficción y, en cualquier caso, cree que, por el modo en que se despachan todos esos asuntos, el provecho que aportan tanto al entretenimiento del lector como a su formación, será el mismo; y por ello considera, sin mayores cortesías para con el mundo, que presta un gran servicio con su publicación.

Nací en el año de 1632 en la ciudad de York, en el seno de una buena familia, aunque no del país, pues mi padre era un extranjero llegado de Bremen para instalarse originalmente en Hull. Tras alcanzar una buena posición como comerciante abandonó el negocio y se trasladó a York, donde se casó con mi madre, emparentada con los Robinson, una muy buena familia de esas tierras, de ahí que me llamaran Robinson Kreutznaer; aunque, dada la habitual corrupción a que se someten las palabras en Inglaterra, ahora nos llaman Crusoe y hasta nosotros mismos nos llamamos por tal nombre y así lo escribimos, e incluso mis compañeros me llamaban siempre así.

Tenía dos hermanos mayores, uno de los cuales era teniente coronel de un regimiento inglés de infantería en Flandes, comandado anteriormente por el famoso coronel Lockhart, y murió en la batalla librada cerca de Dunkerque contra los españoles. Nunca supe nada de cuanto aconteciera a mi segundo hermano, del mismo modo que mi padre y mi madre ignoraron cuanto a mí me ha sucedido.

Por ser el tercer hijo varón y no tener formación para ningún oficio, pronto empezó a llenarse mi cabeza de desvaríos. Mi padre, ya muy anciano, me había dado una preparación tan competente como pueda esperarse entre la educación doméstica y la escuela pública, y me reservaba para el ejercicio de la ley; sin embargo, a mí sólo me satisfacía hacerme a la mar y esa inclinación me enfrentó con tal fuerza contra el deseo de mi padre o, mejor dicho, contra sus órdenes, y contra las súplicas y argumentos de mi madre y de mis amigos, que algo fatal parecía haber en aquella propensión de la naturaleza que apuntaba directamente hacia la vida desgraciada que al fin habría de acaecerme.

Mi padre, un hombre sabio y solemne, me dio un consejo serio y excelente en contra de las intenciones que adivinaba en mí. Una mañana me convocó a su habitación, donde la gota lo mantenía confinado, y objetó muy animosamente al respecto: me preguntó qué razones tenía, más allá de una mera inclinación al vagabundeo, para abandonar la casa paterna y mi tierra de nacimiento, donde podía darme a conocer y donde, con aplicación y trabajo, tenía perspectivas de labrarme un destino, con una vida llena de facilidades y placeres. Me dijo que eran los dueños de destinos desesperados, o bien aquellos que aspiraban a fortunas superiores, quienes se marchaban a la aventura, con el afán de ascender por medio de sus iniciativas y hacerse famosos en tareas cuya naturaleza se sale de lo común; que todo eso quedaba demasiado alto para mí, o bien al contrario, demasiado bajo; que mi condición era mediana, o lo que cabía considerar como la estación superior de la vida baja, la mejor del mundo según su larga experiencia, la más idónea para la felicidad humana, desprovista de las miserias y tribulaciones, de los esfuerzos y sufrimientos propios de la parte mecánica de la humanidad y no estorbada por el orgullo, el lujo, la ambición y la envidia de la parte elevada de la misma. Me dijo que podía juzgar acerca de la felicidad de dicha condición por una sola cosa, a saber: que era la condición de vida envidiada por todos los demás; que los reyes han lamentado a menudo las penosas consecuencias de haber nacido entre grandezas y han deseado haber ocupado la mitad

de ambos extremos, entre lo mezquino y lo grandioso; que los hombres sabios daban testimonio de ser esta la justa medida de la verdadera felicidad cuando rezaban por no tener pobreza ni riquezas.

Me pidió que observara y me diera cuenta de que las partes más bajas y elevadas de la humanidad compartían las calamidades de la vida, mientras que la zona intermedia sufría menos desastres y no estaba expuesta a tantas vicisitudes como las de arriba o abajo; no, ni tampoco quedaban expuestos a tantas molestias e incomodidades, tanto del cuerpo como de la mente como aquellos que, por la vida de vicios, lujos y extravagancias en un caso, y por la dureza del trabajo, la carencia de cosas necesarias y una dieta mala o insuficiente en el otro, se provocan desgracias a sí mismos como consecuencia natural de su modo de vida; que la etapa media de la vida estaba calculada para toda clase de virtudes y goces; que la paz y la plenitud eran las criadas de un destino mediano; que la templanza, la moderación, la quietud, la salud, la compañía, todas las diversiones agradables y todos los placeres deseables, eran dones concedidos a la condición media de la vida; que así los hombres transitaban en silencio y con suavidad por el mundo y lo abandonaban cómodamente, sin el embarazo de los trabajos manuales o mentales, sin venderse a la esclavitud para obtener el pan diario, o acosados por circunstancias de perplejidad que le roban al alma la paz y al cuerpo el descanso; no se someten a la rabia pasional de la envidia ni a la secreta lujuria ardiente de la ambición por las grandes cosas, sino al amable deslizarse de las cómodas circunstancias por el mundo, saboreando con sensatez los dulces del vivir, sin la sensación amarga de ser felices y aprendiendo por la experiencia cotidiana a saborearlos con aún mayor sensatez.

A continuación me instó con gran severidad, y del modo más afectuoso, a no cometer un error de juventud y no precipitarme hacia unas desgracias de las que tanto la naturaleza como la estación de la vida en que había nacido parecían tender a librarme; que no necesitaba buscarme el pan; que él proveería por mí y se esforzaría por llevarme limpiamente hasta la estación de la vida que acababa de recomendarme; y que si no me encontraba a gusto y feliz en el mundo sería porque lo dificultara mi destino o mis defectos y él no respondería por ello, pues había cumplido con su deber al advertirme contra aquello que me iba a perjudicar. En pocas palabras, él podía hacer cosas muy buenas por mí si seguía su recomendación de quedarme en casa y asentarme, y se negaba a ser partícipe de mi desgracia animándome a partir. Y ya por terminar me dijo que tenía el ejemplo de mi hermano mayor, con quien había usado la misma clase de serios argumentos para impedir que se fuera a la guerra de los Países Bajos, mas no había podido imponerse porque sus deseos de juventud le habían impulsado a alistarse corriendo en el ejército, donde había hallado la muerte; y aunque dijo que no dejaría de rezar por mí, se atrevía a advertirme que, si al fin daba aquel estúpido paso, Dios no me concedería su bendición y en el futuro tendría mucho tiempo libre para reflexionar sobre las consecuencias de haber despreciado sus consejos cuando no hubiera ya nadie dispuesto a ayudarme.

Observé en esa última parte del discurso, que resultó ciertamente profética, aunque supongo que entonces ni él mismo lo sabía, digo que observé que las lágrimas rodaban en abundancia por su rostro, especialmente cuando hablaba de mi hermano muerto; y que al mencionar que yo tendría tiempo libre para arrepentirme sin nadie que pudiera ayudarme, también se conmovía, tanto que cortó su discurso y me dijo que estaba su corazón tan lleno que no podía decirme ni una palabra más.

Ese discurso me afectó sinceramente, como no podía ser de otro modo, y resolví dejar de pensar en los viajes y asentarme en el hogar según los deseos de mi padre. Mas, ay, todo se me pasó en unos pocos días y, en breves palabras, para evitar que mi padre me importunase de nuevo, algunas semanas después resolví alejarme de él. No me dejé llevar por la prisa, ni por la calentura de mi primera resolución, sino que me acerqué a mi madre en un momento en que me pareció que estaba algo más amable de lo habitual y le dije que estaba tan convencido de irme a ver mundo que nunca sería capaz de poner en nada que hiciera la determinación suficiente para terminarlo y que sería mejor si mi padre me daba su consentimiento en vez de obligarme a renunciar; que ya tenía dieciocho años, demasiados para emplearme como aprendiz de cualquier negocio o de escribano de algún abogado; que estaba seguro de que, si así lo hacía, nunca llegaría a cumplir el tiempo apalabrado y sin duda huiría de mi señor para hacerme a la mar antes de cumplirse dicho tiempo; y que por favor hablara con mi padre para que me dejase embarcar al menos en un solo viaje, de modo que al regresar, si no me había gustado, no volvería a irme, al tiempo que prometía recuperar con doble diligencia el tiempo que hubiese perdido.

Eso despertó una gran pasión en mi madre. Me dijo que le constaba que de nada serviría hablar con mi padre de semejante asunto: que él sabía demasiado bien lo que más me convenía, como para dar su consentimiento a algo tan perjudicial para mí, y que cómo podía ocurrírseme algo así después de la charla que había tenido con él, sabiendo que él me había dedicado expresiones tiernas y bondadosas y que, en pocas palabras, si yo mismo me arruinaba no habría ayuda posible para mí; que diera por cierto que nunca obtendría su aprobación. Que por su parte no pensaba participar de ese modo en mi destrucción y que jamás se me ocurriera decir que mi madre, al contrario que mi padre, sí estaba dispuesta.

Aunque mi madre se negó a intervenir ante mi padre, más adelante supe que le había trasladado todo mi discurso y que él, tras mostrar gran preocupación, le dijo con un suspiro: «Este muchacho podría ser feliz si se quedara en casa, mas si parte de viaje será el más miserable desdichado que jamás haya nacido; no puedo dar mi consentimiento».

Hubo de pasar casi un año antes de que me escapara, aunque durante ese tiempo seguí prestando oídos sordos obstinadamente a cualquier propuesta de asentarme en los negocios y protestando con frecuencia ante mis padres por su firme determinación contraria a mis inclinaciones. Sin embargo, un día fui por casualidad a Hull, sin el menor propósito de fuga en esa ocasión, pero, como digo, me encontraba allí y

resultó que uno de mis compañeros se iba a desplazar por mar a Londres en el barco de su padre y me propuso que fuera con ellos, con las clásicas añagazas de los marineros, a saber: que nada debería pagar por mi pasaje. Ya no volví a consultar a mi padre ni a mi madre, ni tan siquiera les mandé recado alguno, ya se enterarían como fuera, y sin pedir la bendición de Dios, ni la de mi padre, sin consideración alguna de las circunstancias o de las consecuencias, y sabe Dios que en mala hora, el primero de septiembre de 1651 me embarqué rumbo a Londres. Creo que nunca los infortunios de un aventurero empezaron tan pronto ni fueron tan largos como los míos. Apenas el barco acababa de abandonar el río Humber cuando el viento empezó a soplar y el mar se alzó de la manera más aterradora. Y, como nunca antes me había hecho a la mar, mi cuerpo experimentó un mareo inefable y el terror invadió mi mente. Entonces me puse a reflexionar seriamente acerca de lo que había hecho y de cuán justamente me sorprendía el juicio de los cielos por la maldad de partir de la casa de mi padre y abandonar mis obligaciones. Todos los buenos consejos de mis progenitores, las lágrimas de mi padre y las súplicas de mi madre regresaron frescas a mi mente en ese momento; mi conciencia, que aún no había llegado al extremo de dureza que alcanzó más adelante, me reprochó que hubiera despreciado las advertencias y que hubiera incumplido mis obligaciones con Dios y con mi padre.

Todo ello mientras arreciaba la tormenta y el mar, en el que nunca antes me había embarcado, alcanzaba gran altura, aunque no tanta como he visto otras veces desde entonces; no, no fue como lo que vi pocos días después. Pero sí lo suficiente para afectarme en ese momento. Esperaba que cada ola nos tragara y que cada vez que el barco caía en lo que, para mis pensamientos, era la hoya, o el hueco del mar, ya no volviéramos a levantarnos. En la agonía de mi mente hice muchos votos y promesas: que si Dios tenía a bien salvar mi vida en aquel viaje, si alguna vez llegaba a pisar la tierra iría directamente a casa de mi padre y nunca en la vida volvería a embarcarme; que seguiría sus consejos y nunca volvería a meterme en aquella clase de miserias. En ese momento veía con claridad la bondad de sus observaciones acerca de la estación media de la vida, con qué facilidad, de qué manera tan cómoda había vivido él todos sus días sin verse jamás expuesto a las tempestades del mar, ni a los problemas de la costa, y decidí que, como un hijo pródigo en verdad arrepentido, regresaría a la casa de mi padre.

Esos pensamientos sabios y sobrios se prolongaron mientras duraba la tormenta, e incluso algo después, mas al día siguiente amainó el viento y se encalmó el mar y yo empecé a acostumbrarme un poco. Aun así, pasé todo el día muy afectado e incluso algo mareado todavía. Sin embargo, hacia la noche se aclaró el tiempo, casi se detuvo del todo el viento y nos llegó un atardecer suave y encantador; se puso el sol con perfecta claridad y así amaneció también el alba; como hacía poco viento, por no decir ninguno, y el mar estaba liso bajo el brillo del sol, me pareció que jamás había disfrutado de una vista tan hermosa como aquella.

Había dormido bien por la noche y ya no estaba mareado, sino de buen ánimo,

asombrado al ver que aquel mar, tan terrible y brusco el día anterior, pudiera parecer calmo y apacible tan poco tiempo después. Y entonces, no fuera a ser que mis buenas intenciones siguieran adelante, mi compañero, el mismo que me había engatusado para partir, se acercó a mí: «Bueno, Bob —me dijo con una palmada en el hombro—. ¿Cómo estás ahora que ha pasado? Desde luego, anoche estabas asustado, ¿verdad? Y eso que sólo sopló una brisilla». «¿Llamas a eso una brisilla? —le pregunté—. Fue una tormenta terrible». «¿Una tormenta, iluso? —replicó—. ¿Llamas a eso una tormenta? La verdad es que no fue nada; danos un buen barco y mar abierto y una borrasca como esa nos parece poca cosa. Pero tú eres un marinero de agua dulce, Bob. Ven, preparemos un ponche y olvidémonos de todo eso, ¿has visto qué buen tiempo tenemos ahora?». Por abreviar esta triste parte de mi historia, lo hicimos todo al modo de los marinos, preparamos el ponche y me emborracharon con él, y en la malicia de esa noche ahogué todo mi arrepentimiento, todas mis reflexiones sobre mi conducta anterior y todas mis resoluciones para el futuro. En pocas palabras, así como el mar recuperó la lisura de su superficie y quedó en calma al amainar la tormenta, al desaparecer la premura de mis pensamientos, al quedar por completo en el olvido mis miedos y aprehensiones de ser tragado por el mar, al renacer la corriente de mis antiguos deseos, yo olvidé por completo los votos y las promesas hechas durante mi aflicción. Aún tuve, sin duda, ciertos intervalos de reflexión y los pensamientos serios se esforzaban por regresar de vez en cuando, pero me los sacudí y me alejé de ellos como se huye del moquillo y, entregado a la bebida y a la compañía, pronto controlé el regreso de aquellos ataques, pues así los llamaba, y en cinco o seis días obtuve una victoria absoluta sobre mi conciencia, como desearía cualquier joven decidido a impedir que esta lo incomode. Sin embargo, aún me esperaba otra prueba. Y la Providencia, como ocurre por lo general en estos casos, resolvió dejarme sin excusa por completo: si no había tomado aquel episodio como advertencia, el siguiente sería de tal naturaleza que hasta el más desdichado entre nosotros reconocería el peligro y pediría compasión.

Seis días después de hacernos a la mar llegamos a la rada de Yarmouth; poco habíamos avanzado después de la tormenta, al navegar con el tiempo en calma y el viento en contra. Allí nos vimos obligados a echar el ancla y esperar, pues el viento siguió soplando contra nuestra marcha, es decir, desde el sudoeste, durante siete u ocho días, en el transcurso de los cuales llegaron a la rada muchos barcos procedentes de Newcastle, pues aquel lugar se convertía en el caladero más común para los barcos que esperaban un viento favorable para adentrarse en el río.

En vez de quedarnos tanto tiempo allí, hubiéramos entrado en el río aprovechando las mareas de no ser porque hacía demasiado viento y, tras cuatro o cinco días de espera, se puso a soplar con mucha fuerza. No obstante, se suponía que la rada ofrecía tan buen abrigo como un puerto, tanto el ancla como todo el sistema de anclaje estaba bien y nuestros hombres parecían libres de preocupación y ajenos a cualquier peligro; al contrario, pasaban el tiempo entre el descanso y el alborozo,

como suele hacerse en el mar. Mas en la mañana del octavo día el viento arreció y todos pusimos manos a la obra para arriar los masteleros y dejar todos los aparejos bien reforzados, de modo que el barco pudiera navegar con la mayor facilidad. Hacia el mediodía el mar se alzó de veras y nuestro barco hincó la proa en el agua, se vio barrido por las olas y en más de una ocasión llegamos a creer que habíamos perdido el ancla, momento en que nuestro capitán ordenó echar el ancla de esperanza y nos mantuvimos con ambas en el agua y las cadenas tensadas al máximo.

Entonces se desató una tormenta de veras terrible y yo empecé a ver el terror y el asombro en los rostros de los marineros. El capitán estaba atento a su tarea de preservar el barco, mas cuando entraba y salía de su camarote, al pasar junto a mí, le oí decir varias veces para sí mismo: «Señor, ten piedad de nosotros», «es nuestra perdición», «acabaremos deshechos» y cosas por el estilo. Entre aquellos primeros ajetreos permanecí atontado, tumbado en mi camarote, en la bodega, y no tengo palabras para describir mi estado de ánimo. Mucho me costaba recuperar aquel primer arrepentimiento que tanto había pisoteado luego y contra el que tanto me había fortalecido; pensé que la amargura de la muerte pertenecía al pasado y que todo terminaría en nada, como la primera vez. Mas cuando pasó a mi lado el mismísimo capitán y, como acabo de contar, dijo que era nuestra perdición, me entró un terror espantoso. Me levanté, salí del camarote y eché un vistazo, mas nunca había presenciado una visión tan sombría: el mar se alzaba como una montaña y nos caía encima cada tres o cuatro minutos; cuando conseguía mirar a mi alrededor, no alcanzaba a ver más que desastres; descubrimos que dos barcos que habían anclado a nuestro lado acababan de cortar sus mástiles desde la cubierta, pues llevaban mucha carga; nuestros marinos gritaron que se había hundido un barco que navegaba una milla por delante de nosotros. Otros dos, desprendidas sus anclas, se habían visto empujados por el mar hacia el peligro, fuera del abrigo de la rada y sin un solo mástil en pie. A los barcos ligeros les iba mejor, pues no exigían tanto esfuerzo contra el mar; sin embargo, dos o tres de ellos pasaron junto a nosotros a toda velocidad sin ofrecer más que un foque al viento.

Al anoecer, el primer oficial y el contramaestre suplicaron al capitán que les dejara cortar nuestro mástil de proa, a lo que él se resistía. Mas cuando el contramaestre le objetó que, si no daba su permiso, el barco se hundiría, consintió. Y al cortarlo quedó tan suelto el palo mayor y tanto se agitó el barco que se vieron obligados a cortarlo también y a dejar la cubierta diáfana.

Cualquiera podrá entender en qué estado me encontraba yo, que no era más que un marinero inexperto y que tan pocas ocasiones había tenido en la vida para pasar miedo. Mas si puedo expresar desde la distancia los pensamientos que me ocuparon en ese momento, el terror que asolaba mi mente por culpa de mis anteriores convicciones y por la malicia con que había regresado a las primeras resoluciones multiplicaba por diez el que me provocaba la propia muerte; añadido a ellos el terror de la tormenta, me dejaron en tal estado que no hay palabra alguna que pueda

describirlo. Mas lo peor aún no había llegado, pues la tormenta continuó con tal furia que hasta los propios marinos reconocieron que jamás habían vivido otra peor. Teníamos un buen barco, pero llevaba mucha carga y empezó a cabecear de tal modo que de vez en cuando los marinos gritaban que iba a zozobrar. Yo contaba con algo de ventaja al respecto, pues ignoraba el significado de la palabra *zozobrar* hasta que lo pregunté. En cualquier caso, la tormenta era tan violenta que vi algo poco común: el capitán, el contramaestre y otros más sensatos que el resto estaban rezando y ya esperaban que en cualquier momento el barco se fuera a pique. En plena noche, y en medio de todas nuestras desdichas, un hombre enviado a propósito para averiguar exclamó que teníamos una fuga; otro dijo que había más de un metro de agua en la bodega. Entonces nos convocaron a todos junto a la bomba. Bastó que oyera esa palabra y, como era de esperar, se me paró el corazón y caí hacia atrás, contra el costado de la cama en que estaba sentado, en mi camarote. De todos modos, los hombres me alzaron y me dijeron que, si bien hasta entonces no había sido capaz de hacer nada, sí estaba en condiciones de bombear como cualquier otro; al oírlo me despabilé y fui hacia la bomba, donde trabajé de todo corazón. Mientras esto ocurría, el capitán vio que algunas barcazas de carbón, al no poder capear el temporal, se deslizaban mar afuera y se acercaban a nosotros y mandó disparar una salva de aviso. Como yo no sabía qué significaba eso me llevé tal sorpresa que creí que se había partido el barco, o que había ocurrido algo horroroso. En pocas palabras, me llevé tal sorpresa que me desvanecí. Como en ese momento todos tenían bastante con ocuparse de sus propias vidas, nadie pensó en mí, ni en lo que pudiera sucederme. Otro hombre se acercó a la bomba y, tras apartarme de un empujón con el pie, me dejó allí tumbado, convencido de que estaba muerto. Pasó mucho rato antes de que recobrará el sentido.

Seguimos trabajando, pero el agua aumentaba en la bodega, estaba claro que el barco se iba a pique y, aunque la tormenta había empezado a amainar un poco, como era imposible que el barco se mantuviera a flote hasta nuestra llegada a puerto, el capitán siguió disparando salvas para pedir ayuda y un barco ligero que había conseguido guarecerse apenas un poco más allá que nosotros nos envió un bote para ayudarnos. Llegó el bote a nuestro lado con grandes peligros, pero nos resultó imposible montar en él y al bote le costaba mucho mantenerse a nuestro costado, hasta que al fin los hombres remaron con todas sus fuerzas, arriesgando sus vidas para salvar las nuestras, y pudimos lanzarles una cuerda por la popa, atada a una boya que dejamos flotar hasta larga distancia y ellos, con grandes esfuerzos y peligros, la atraparon de modo que al tirar nosotros de la cuerda se acercó el bote a nuestra popa y todos conseguimos montar en él. Una vez en el bote, no tenía ningún sentido para nosotros, ni tampoco para ellos, intentar llegar hasta su barco, de modo que acordamos dejar que lo llevara la corriente y remar sólo para mantenerlo tan cerca de la costa como pudiéramos. Nuestro capitán les prometió que, si el bote conseguía atracar en la costa, él compensaría al capitán del otro barco, de modo que, remando a

ratos y a la deriva otros, nuestro bote avanzó hacia el norte, deslizándose hacia la costa casi a la altura del promontorio de Winterton Ness.

No llevábamos ni siquiera un cuarto de hora fuera del barco cuando lo vimos hundirse y entonces entendí por primera vez lo que significaba irse a pique; debo admitir que apenas fui capaz de mirar cuando los marineros me dijeron que se hundía, pues desde el momento en que monté en el bote, o —mejor dicho— en que alguien me subió en él, fue como si se me hubiera muerto el corazón, en parte por miedo y en parte por el horror mental y los pensamientos acerca de lo que aún se me venía encima.

Mientras nos encontrábamos en semejante estado, los hombres estaban esforzándose aún con los remos para acercar el bote a la costa, cuando nuestro bote remontaba las olas alcanzábamos a ver la costa, en la que multitud de personas se devanaban para ayudarnos cuando al fin llegáramos. Sin embargo, nuestro avance era muy lento y no parecíamos capaces de llegar hasta que, ya pasado el faro de Winterton, la costa se repliega hacia el este en dirección a Cromer, y allí la tierra frenaba un poco la violencia del viento. Ahí nos metimos y, no sin muchas dificultades, llegamos todos a la orilla y seguimos a pie hasta Yarmouth, donde, como hombres desgraciados, fuimos tratados con gran humanidad tanto por los magistrados de la ciudad, que nos asignaron buenas habitaciones, como por los mercaderes y dueños de barcos particulares, y nos dieron dinero suficiente para que pudiéramos llegar a Londres o a Hull según nuestra conveniencia.

Si entonces hubiera tenido la sensatez de regresar a Hull e irme a casa, habría sido feliz y mi padre, emblema de la parábola de nuestro bendito salvador, hubiera sacrificado por mí su ternero más gordo; pues cuando supo que el barco en el que yo había partido había naufragado en la rada de Yarmouth, hubo de pasar mucho tiempo sin obtener certeza de que yo no me había ahogado.

Mas mi truncado destino me empujaba ahora con una obstinación a la que no se podía oponer resistencia; y, aunque la razón y mi más sereno juicio me reconvinieron con estridencia en varias ocasiones para que regresara a casa, no tuve fuerzas para hacerlo. No sé cómo llamarlo, ni lo voy a intentar, mas hay un mandato secreto que todo lo anula y nos impulsa a convertirnos en instrumentos de nuestra propia destrucción, así se halle ante nosotros y penetremos en ella con los ojos abiertos. Sin duda, sólo esa clase de desdicha inevitable por mandato, de la que me resultaba imposible escapar, pudo haberme impulsado contra las serenas razones y convicciones de mis más retirados pensamientos, y contra unas instrucciones tan claras como las que había recibido en mi primer intento.

Mi compañero, hijo del capitán, que me había alentado en la ocasión anterior, parecía ahora menos descarado que yo: la primera vez que volvimos a hablar estábamos en Yarmouth y habían pasado dos o tres días, pues en la ciudad nos habían separado en alojamientos distintos; cuando me volvió a ver por vez primera, digo, su tono había cambiado mucho y, con aspecto melancólico y meneando mucho la

cabeza, me preguntó qué tal me había ido y recordó a su padre quién era yo y cómo me había embarcado en aquel viaje sólo a modo de prueba para viajar más adelante a lugares lejanos. Su padre se dirigió a mí con tono grave y preocupado: «Joven —me dijo—, no deberías embarcarte nunca más, deberías aceptar esto como señal clara y visible de que no vas a ser un marino». «Pero —contesté— ¿usted tampoco volverá a navegar?». «Es un caso distinto —dijo él—. Se trata de mi vocación y, por lo tanto, mi deber; mas tú hiciste este viaje como prueba y has visto la muestra que te ha dado el cielo de lo que debes esperar si persistes; tal vez nos ha pasado todo esto por ti, como a Jonás en el barco de Tarsis. Dime, por favor —continuó—, a qué te dedicas y a cuento de qué te hiciste a la mar». A continuación le conté parte de mi historia, a cuyo fin estalló con una extraña pasión. «Qué habré hecho —decía— para que montara en mi barco un desdichado tan infeliz como este. No volvería a poner el pie en el mismo barco que tú ni por mil libras». Le dije que sin duda se trataba de un desvarío de su espíritu, ya de por sí muy agitado por el sentido de la pérdida, y que había llegado más allá de donde su autoridad le permitía. Aun así, a continuación me habló muy gravemente, me exhortó a regresar con mi padre y a no tentar a la providencia para que me arruinara; me dijo que tal vez alcanzara a ver una clara mano del cielo en mi contra. Y añadió: «Joven, dé usted por seguro que si no regresa, dondequiera que vaya no encontrará sino desastres y decepciones hasta que se cumpla en su destino por completo la palabra de su padre».

Poco después nos separamos, pues apenas le contesté, y ya no volví a verlo; no sé hacia dónde iría. En cuanto a mí, como tenía algo de dinero en el bolsillo, viajé a Londres por tierra. Allí, igual que a lo largo del camino, tuve grandes discusiones conmigo mismo acerca del camino que debía tomar en la vida y sobre si debía volver a casa o hacerme a la mar.

En cuanto al regreso a casa, la vergüenza se oponía a los mejores argumentos ofrecidos por mi pensamiento; enseguida se me ocurría que los vecinos se iban a reír de mí y que me avergonzaría ver no sólo a mi padre y a mi madre, sino también a todos los demás; desde entonces he observado a menudo cuán incongruente e irracional suele ser el comportamiento de la humanidad, especialmente en la juventud, con respecto a la razón que debería guiarnos en casos como este. A saber: que no les da vergüenza pecar y sí arrepentirse; no se la da cometer aquella acción que les valdrá estima de tontos, pero sí un regreso que sólo podría ganarles la condición de sabios.

En cualquier caso, permanecí en esa situación durante un tiempo, sin saber qué medidas tomar y qué dirección darle a mi vida. Sentía aún una irresistible reticencia a volver a casa y, mientras permanecía alejado, el recuerdo de los peligros que había pasado se iba borrando y con él desaparecía también la escasa inclinación de mis deseos hacia el regreso, hasta que al fin abandoné cualquier pensamiento al respecto y empecé a pensar en otro viaje.

La malévolos influencia que me sacó en primer lugar de la casa de mi padre, que

me empujó hacia la noción alocada y apresurada de encontrar fortuna, y que me impuso a la fuerza el engreimiento suficiente para hacer oídos sordos a todo buen consejo, a las súplicas e incluso a las órdenes de mi padre; digo que esa misma influencia, fuera cual fuese, se presentó ante mis ojos con la más desdichada de todas las empresas: así me embarqué en una nave rumbo a la costa de África o, como suelen decir nuestros marinos, en un viaje a Guinea.

Para mi desgracia, no me enrolé en estas aventuras como marinero, en cuyo caso, si bien me hubiera tocado trabajar un poco más de lo ordinario, al mismo tiempo habría aprendido las tareas y el oficio de un grumete, oficial de cubierta o teniente, si no de un capitán. Pero es mi destino escoger siempre la peor opción y así lo hice entonces: al tener algo de dinero en el bolsillo y buena ropa con que vestirme, siempre embarcaba como caballero y por ello nunca tenía nada que hacer en el barco, ni tampoco aprendía nada.

En Londres me tocó en suerte hallar buena compañía, cosa que no suele ocurrir a los jóvenes solitarios y desorientados como lo estaba yo entonces; el diablo no suele olvidarse de ponerles alguna trampa bien pronto. Mas no fue así en mi caso, pues de entrada conocí al capitán de un barco que había navegado hasta la costa de Guinea y que, al haberle ido muy bien, estaba decidido a regresar. Le tomó gusto a mi conversación, que en aquella época no era en absoluto desagradable, y al oírme decir que estaba resuelto a ver mundo me propuso salir de viaje con él sin pagar ningún gasto; sería su pinche de cocina y compañero y, si podía llevar conmigo algún objeto, me aprovecharía de cuantas oportunidades brindara el comercio y tal vez encontraría algo de estímulo.

Acepté la oferta, inicié una estricta amistad con aquel capitán, que era un hombre honesto y de trato sencillo, partí de viaje con él y llevé conmigo algo de mercancía que, gracias al honesto desinterés de mi amigo el capitán, aumentó de manera considerable: llevaba cuarenta libras en juguetes y bagatelas que él me había aconsejado comprar. Había logrado reunir las cuarenta libras gracias a la ayuda de algunos conocidos con los que mantenía correspondencia y que, según creo, consiguieron que mi padre, o al menos mi madre, contribuyera con esa cantidad a mi primera aventura.

Sólo de este viaje, entre todas mis aventuras, puedo decir que fue un éxito, y se lo debo a la integridad y honestidad de mi amigo el capitán, bajo cuyas atenciones obtuve un conocimiento competente de la matemática y las reglas de navegación, aprendí a llevar el seguimiento del rumbo del barco y a averiguar nuestra posición; en breve, a entender ciertas cosas necesarias para el marino, pues yo aplicaba al aprendizaje el mismo deleite que él a la enseñanza. En pocas palabras, aquel viaje me convirtió en marino y en mercader, pues regresé con cinco libras y nueve onzas de polvo de oro obtenidas a cambio de mi mercancía, que al regresar a Londres valían casi trescientas libras. Eso me llenó de aquellas ideas ambiciosas que desde entonces han completado mi ruina.

Sin embargo, incluso en ese viaje tuve también mis desgracias: en particular, estuve enfermo de continuo, afectado por una fiebre violenta por culpa del excesivo calor, pues nuestros principales negocios se celebraban en la costa, a una latitud de 15 grados, algo más al norte que el propio Ecuador.

Quise, entonces, dedicarme al comercio con Guinea; y como mi amigo, para mi gran desgracia, había muerto nada más llegar, decidí repetir el mismo viaje y me embarqué en el mismo navío, comandado ahora por el hombre que en el trayecto anterior había ejercido de contramaestre. Fue el viaje más desdichado jamás emprendido por un hombre; pues aunque sólo llevaba cien libras de mi recién obtenida riqueza, de tal modo que me quedaban doscientas que dejé con la viuda de mi amigo, que fue muy noble conmigo, sufrí terribles desgracias en aquel viaje. La primera, a saber: cuando nuestro barco avanzaba rumbo a las islas Canarias o, mejor dicho, entre esas islas y la costa de África, fue sorprendido en las horas del alba por un barco pirata turco de Salé, que dio en perseguirnos a toda vela. También nosotros desplegamos todo el trapo que cabía a bordo y que nuestros mástiles podían soportar, para aumentar la distancia. Mas, al ver que los piratas se acercaban y que sin duda se nos echarían encima al cabo de pocas horas, nos preparamos para la batalla, pues nuestro barco llevaba doce cañones, y los piratas dieciocho. Hacia las tres de la tarde nos dio alcance y, por error, se acercó en perpendicular a nuestro través, en vez de a la popa, como pretendía. Trasladamos ocho cañones a ese lado y le lanzamos una andanada que le obligó a desviarse, aunque replicó con los disparos de calibre menor de los doscientos hombres que llevaba a bordo. De todos modos, ninguno de los nuestros resultó herido y todos se mantuvieron unidos. El otro barco se preparó para atacarnos de nuevo, y nosotros para defendernos. Sin embargo, a la siguiente vez se nos arrimó por el otro lado y consiguió que sesenta de sus hombres emprendieran el abordaje de nuestra cubierta, donde de inmediato empezaron a lanzar tajos y cuchilladas por toda la cubierta y contra las jarcias. Respondimos con balas, medias picas, metrallas de pólvora y proyectiles por el estilo y por dos veces logramos despejar nuestra cubierta. Sin embargo, por resumir esta triste parte de nuestra historia, como el barco había quedado inutilizado y entre nuestros hombres había tres muertos y ocho heridos, nos vimos obligados a rendirnos y fuimos llevados como prisioneros a Salé, puerto que pertenecía a los moros.

No me dieron allí un trato tan terrible como había temido al principio, ni me llevaron por el campo hasta la corte del emperador, como a los demás hombres, sino que el capitán del barco pirata me retuvo como parte del botín y me convirtió en su esclavo por ser joven, ágil e idóneo para sus negocios. Ante el sorprendente cambio de circunstancias, de mercader a esclavo miserable, quedé abrumado por completo; y ahora, al recordar el profético discurso de mi padre, en el que anunciaba que pasaría desgracias y no tendría quien me ayudase, algo que ahora veía efectivamente acaecer, pensé que ya no podía ser peor; que la mano del cielo se había apoderado de mí y me había destrozado sin remedio. Mas, ay de mí, sólo era un anticipo de las desgracias

que habían de ocurrirme y que aparecerán en la continuación de esta historia.

Como mi nuevo patrón, o capitán, me había trasladado a su casa, alimenté la esperanza de que me llevara con él cuando se volviera a embarcar, convencido de que antes o después estaría en su destino caer preso de un buque de guerra español o portugués, en cuyo caso recuperaría yo mi libertad. Mas esa esperanza se desvaneció pronto, pues cuando se embarcó me dejó en tierra para que cuidara su jardincillo y me encargara de las tareas pesadas propias de los esclavos en su casa; y al regresar tras su viaje me ordenó que permaneciera en el camarote para vigilar el barco.

Ahí no pensaba más que en mi huida y en cuál sería el método para lograrla, mas no encontraba ninguno que gozara de la menor posibilidad. Ni siquiera era razonable imaginar plan alguno, pues tampoco tenía nadie a quien comunicarlo, nadie que pudiera embarcar conmigo; ningún compañero entre los demás esclavos, ningún inglés, irlandés o escocés más que yo por ahí. De modo que, durante dos años, aunque a menudo me regocijé en imaginar algún plan, jamás encontré ninguna perspectiva que me estimulase a ponerlo en práctica.

Al cabo de unos dos años se presentó una extraña circunstancia que trajo de nuevo a mi mente la vieja idea de intentar obtener la libertad. Mi patrón pasaba más tiempo del habitual en casa sin armar el barco y llegó a mis oídos que era por falta de dinero. A menudo, una o dos veces por semana, o incluso más si hacía buen tiempo, cogía la pinaza y salía a pescar a la rada. Siempre nos llevaba a mí y a un joven morisco para que remásemos, cosa que le hacía muy feliz. Yo demostré ser muy diestro para la pesca, tanto que a veces me enviaba con alguno de sus parientes moros y el joven morisco, que así lo llamaban, para procurarle un plato de pescado.

En una ocasión ocurrió que, mientras pescábamos en una mañana de calma absoluta, se alzó una niebla tan espesa que, si bien ni siquiera estábamos a una legua de la costa, la perdimos de vista; ignorando si remábamos hacia un lado o el contrario, nos esforzamos todo el día y la noche siguiente y, al llegar la mañana, descubrimos que habíamos salido a mar abierto en vez de acercarnos a la costa y que ahora ya nos separaban de ella dos leguas. De todos modos conseguimos regresar, aunque con grandes esfuerzos y algún peligro, pues el viento empezó a soplar con fuerza a lo largo de la mañana y, además, teníamos mucha hambre.

Sin embargo, el patrón, advertido por aquel desastre, decidió ser más cuidadoso en el futuro y, como contaba con la chalupa de nuestro barco inglés, resolvió no volver a salir de pesca sin una brújula y algunas provisiones. De modo que ordenó al carpintero de su barco, que era también un esclavo inglés, que le levantara una pequeña cabina, o camarote, en medio de la chalupa, como las que llevan las gabarras, con un espacio en el que instalarse para llevar el timón y manejar la escota mayor y otro en la parte delantera para que una o dos personas de pie pudieran controlar las velas. Navegaba con una de esas velas triangulares que, por su forma, llamamos de paletilla de cordero. La botavara condicionaba la altura de la cabina, que quedaba justa y muy baja, y en la que cabían él, uno o dos esclavos y una mesa para

comer, además de unos armarios pequeños para guardar algunas botellas del licor que le apeteciera tomar; y, en particular, algo de pan, arroz y café.

Salíamos a pescar a menudo con aquel bote y, como yo era el más diestro para capturar sus pescados, nunca iba sin mí. Resultó que había quedado para salir con la chalupa, ya fuera por placer o por pesca, con dos o tres moros distinguidos del lugar, y había hecho provisiones extraordinarias para ellos; por ello mandó cargar en el bote la noche anterior una provisión mayor de lo normal y me ordenó que preparase tres mosquetones con pólvora y proyectiles que tenía en su barco, pues además de la pesca deseaban cazar.

Preparé todo tal como me había encomendado y esperé hasta la mañana siguiente con el bote recién lavado, la enseña y los gallardetes arriados y todo listo para acomodar a sus invitados. Mas al poco se presentó el patrón a solas y me contó que sus invitados habían cancelado la visita a cuenta de algún negocio fallido y me ordenó que saliera en el bote, con el adulto y el joven, como siempre, para llevarle algún pescado, pues sus amigos cenarían en la casa; me encomendó que, en cuanto tuviera algún pescado, lo llevara enseguida a la casa, cosa que me dispuse a hacer.

En aquel momento, mis anteriores ideas de liberación asaltaron mi mente, pues ahora resultaba que iba a tener a mi cargo una pequeña embarcación; en cuanto se fue el patrón, me preparé para aprovisionarme, no para una salida de pesca, sino para un viaje. Y eso que no sabía, ni me planteaba siquiera, adónde podría dirigirme, pues cualquier rumbo que me alejara de allí se me antojaba bueno.

Mi primera artimaña fue de hablar con el moro para pedirle que lleváramos a bordo algo para nuestra subsistencia, pues le dije que no debíamos comernos el pan de nuestro patrón. Me dio la razón y llevó al bote una cesta grande llena de galletas, o bizcochos de los suyos, y tres jarras de agua fresca. Yo sabía dónde guardaba mi patrón una caja llena de botellas cuyo aspecto delataba que eran botín de algún barco inglés. Las llevé al barco cuando el moro estaba en tierra y las dejé como si siempre hubieran estado ahí para el patrón; cargué también un buen pedazo de cera de abejas que pesaba algo más de cincuenta libras, con un ovillo de cordel, una hachuela, sierra y martillo, y todo nos resultó muy útil más adelante, sobre todo la cera para hacer velas. También le tendí otra trampa, en la que cayó como un inocente: se llamaba Ismael, pero solían llamarlo Muly, o Moley, así que le propuse: «Moley, las armas de nuestro patrón están en el barco. ¿No puedes conseguir algo de pólvora y unas balas? Tal vez podamos cazar algunos alcámies —un ave parecida a nuestro zarapito— para nosotros, porque sé que guarda la munición en su barco». «Sí —dijo él—, algo traeré». Y en efecto trajo un gran morral de cuero con una libra y media de pólvora, o aún más; y otro tan lleno de munición que pesaba cinco o seis libras y contenía algunas balas, y lo dejó todo en el barco. Mientras tanto, yo encontré algo de pólvora de mi amo en el camarote principal y llené con ella una botella de la caja que estaba casi vacía, tras pasar su contenido a otra. Así, provistos de todo lo necesario zarpamos del puerto para pescar. En el castillo de la entrada del puerto sabían quiénes

éramos y ni se fijaron en nosotros, de modo que no habíamos navegado aún ni una milla cuando arriamos la vela y nos pusimos a pescar. El viento soplabá entre el norte y el noreste, en contra de mi deseo, pues estaba seguro de que si soplabá viento del sur podría llegar a las costas de España y alcanzar al menos la bahía de Cádiz. En cualquier caso, estaba resuelto, cualquiera que fuese el viento, a huir del horrible lugar en que me encontraba y dejar todo lo demás en manos del destino.

Pasamos un rato de pesca sin capturar ninguna pieza, pues cuando notaba que habían picado el anzuelo no tiraba del sedal para que no lo viera el moro. Entonces le dije que aquello no estaba funcionando, que así no podríamos servir a nuestro señor y que debíamos alejarnos un poco más. Sin sospechar mal alguno, él accedió y, como se encontraba en la proa, izó él mismo la vela. Como yo llevaba el timón, alejé la chalupa otra legua más y luego la aproé al viento como si fuéramos a pescar; tras encomendar el timón al muchacho, me adelanté hasta donde estaba el moro y, fingiendo que me agachaba a recoger algo, lo cogí por sorpresa, le pasé un brazo bajo la entrepierna y lo lancé limpiamente al mar por encima de la borda. Alzó enseguida la cabeza, pues flotaba como un corcho, y me llamó, me suplicó que lo recogiera, me dijo que iría conmigo hasta el fin del mundo; nadaba con tal fuerza en pos del barco que, como hacía poco viento, me hubiera dado alcance bien rápido. Al verlo, entré en el camarote saqué una de las armas de caza, se la mostré y le expliqué que no le había hecho ningún daño y que no pensaba hacérselo si se quedaba quieto. «Sabes nadar lo suficiente para alcanzar la costa —le dije—, y además el mar está en calma, así que dirígete hacia allí y no te haré nada. En cambio, si te acercas a la chalupa, te dispararé a la cabeza, pues estoy decidido a recuperar mi libertad. De modo que se dio la vuelta y nadó hacia la costa y no me cabe duda de que la alcanzó con facilidad, pues era un excelente nadador».

Me hubiera convenido quedarme con aquel moro y echar al muchacho al agua, pero no podía atreverme a confiar en él. Cuando se hubo ido me volví hacia el muchacho, al que llamaban Xury, y le dije: «Xury, si me eres fiel haré de ti un gran hombre, pero si no te acaricias la cara mientras prometes no engañarme, o sea, si no juras por Mahoma y por la barba de su padre, tendré que tirarte también al mar». El muchacho me sonrió a la cara y habló con tal inocencia que no pude desconfiar de él; juró serme fiel y acompañarme hasta el fin del mundo.

Mientras seguía a la vista del moro que nadaba, dirigí la chalupa directamente a mar abierto, más bien tendiendo a barlovento, de tal modo que creyeran que me dirigía hacia la boca del estrecho (tal como se daba por hecho que haría cualquiera en su sano juicio), pues nadie iba a suponer que nos dirigiéramos al sur, hacia las costas verdaderamente bárbaras, en las que naciones enteras de negros nos hubieran rodeado con sus canoas para destruirnos; en las que jamás hubiéramos podido poner pie en la costa sin ser devorados por las bestias salvajes o por los salvajes humanos, aún más despiadados.

Sin embargo, en cuanto el atardecer trajo algo de oscuridad, cambié el rumbo y

apunté directamente hacia el sur, con una cierta deriva hacia el este para mantenerme a la altura de la costa. Como soplaban un buen vendaval y el mar estaba en calma, avancé tanto que creo que al día siguiente, hacia las tres de la tarde, cuando por primera vez avisté tierra, no debía de estar a menos de ciento cincuenta millas de Salé, bastante alejado de los dominios del emperador de Marruecos o de cualquier otro rey de aquellas tierras, pues no se veía a nadie.

Sin embargo, era tal el miedo que había tomado a los moros y la aprensión que me provocaba la idea de caer en sus manos, que decidí no parar, ni pisar la costa, ni echar el ancla. Durante cinco días de navegación se mantuvo el viento. Luego, al ver que rolaba hacia el sur, concluí que si algún barco había salido habría abandonado ya la persecución; por eso me aventuré a acercarme a la costa y eché el ancla en la boca de un riachuelo sin saber qué era ni dónde estaba, en qué latitud, país, nación o río. Ni vi gente, ni deseaba verla; mi deseo principal era de agua dulce. Habíamos llegado al riachuelo al atardecer, decididos a nadar hasta la costa en cuanto oscureciera y explorar el territorio. Sin embargo, en cuanto se hizo de noche oímos un estruendo tan horrible de ladridos, rugidos y aullidos de criaturas salvajes cuya naturaleza ignorábamos, que el pobre muchacho estuvo a punto de morir de miedo y me suplicó que no pusiéramos pie en tierra hasta el día siguiente. «Bueno, Xury —le dije—, eso haremos, pero tal vez de día veamos hombres, y serán tan malos con nosotros como esos leones». «Entonces les pegamos tiro —dijo Xury entre risas—, les hacemos huyendo». Xury hablaba así de mal por haber aprendido de las conversaciones entre nosotros, los esclavos. En cualquier caso, me alegró ver al muchacho tan contento y le di una copita (sacada de la caja de botellas de nuestro patrón) para animarlo. Al fin y al cabo, el consejo de Xury era bueno y decidí seguirlo, de modo que echamos nuestra pequeña ancla y permanecemos allí quietos toda la noche. Digo quietos, pues no dormimos nada porque al cabo de dos o tres horas vimos unas grandes criaturas (no sabíamos cómo llamarlas) que se bañaban y lavaban por el mero placer de refrescarse. Y emitían unos gritos y aullidos tan horribles que jamás había oído nada igual.

Xury tenía un susto de muerte y la verdad es que yo también, pero aún nos asustamos más al oír que una de aquellas criaturas poderosas se acercaba nadando a nuestra chalupa; no la veíamos, pero sólo por el sonido de sus soplidos podíamos saber que se trataba de una bestia monstruosa, enorme y furiosa. Xury dijo que era un león y, hasta donde yo alcanzaba a saber, bien podía serlo; mas el pobre Xury me suplicó que leváramos anclas y nos alejáramos remando. «No, Xury —le dije—. Podemos soltar la cadena de la boya y salir a mar abierto. No nos seguirán tan lejos». Apenas acababa de decirlo cuando me di cuenta de que la criatura (fuera lo que fuese) estaba a menos de dos golpes de remo, lo cual me sorprendió un poco. En cualquier caso, entré enseguida en el camarote, saqué el arma y disparé a la bestia, que de inmediato se dio la vuelta y nadó de nuevo hacia la costa.

Resulta imposible describir los ruidos horribles, los espantosos gritos y aullidos

que se alzaron tanto en la línea de la orilla como más adentro del territorio al oír el estallido, algo que me permite concluir que hasta entonces aquellas criaturas nunca habían oído un disparo. Eso me convenció de que no podíamos bajar a tierra por la noche en aquellas costas, aunque el cómo podríamos hacerlo de día era también otra cuestión, pues caer en manos de los salvajes hubiera sido tan malo como en las de los leones y tigres; al menos, ambas cosas nos daban el mismo miedo.

Fuera como fuese, en algún lugar tendríamos que desembarcar en busca de agua, pues en la chalupa no nos quedaba ni una pinta. La cuestión era cuándo y dónde conseguirla. Xury dijo que si le dejaba bajar con una jarra descubriría dónde había agua y me traería un poco. Le pregunté por qué había de ser él quien fuera, en vez de ir yo y dejarlo en el barco. El muchacho contestó tan afectado que se ganó mi amor para siempre. «Si viene salvajes y me come te vas». «Bueno, Xury —le contesté—, iremos los dos y, si vienen los salvajes los mataremos y no se comerán a ninguno de los dos». Le di un pedazo de bizcocho y una copita de la caja de botellas del patrón que ya he mencionado; acercamos la chalupa a la costa tanto como nos pareció adecuado y luego la alcanzamos vadeando, sin más carga que nuestras armas y dos jarras de agua vacías.

Yo no quería perder de vista el barco por temor a que bajaran por el río los salvajes en canoas. Sin embargo, el muchacho vio una hondonada una milla más allá y se adentró hacia ella y de pronto lo vi regresar corriendo hacia mí. Creí que lo perseguía algún salvaje, o que huía asustado de alguna bestia, y corrí hacia él para ayudarlo, pero al acercarme vi que de sus hombros pendía una criatura que había cazado, parecida a una liebre, aunque algo distinta por su color y por tener las piernas más largas. En cualquier caso, nos encantó tenerla y la carne era muy buena, aunque la gran alegría que impulsaba a Xury era poder decirme que había encontrado agua y no había visto ningún salvaje.

Sin embargo, más adelante supimos que no hacía falta tanto esfuerzo para encontrar agua, pues al remontar un poco el mismo riachuelo en que nos encontrábamos resultó que, cuando se retiraba la marea, el agua era dulce. Así que llenamos las jarras y nos dimos un banquete con la liebre que habíamos matado y nos preparamos para seguir camino sin haber visto huella alguna de criatura humana en esas tierras.

Como yo ya había viajado por aquella costa, sabía bien que tanto las islas Canarias como las de Cabo Verde quedaban no muy lejos del litoral. Sin embargo, como carecía de instrumentos que me permitieran tomar medidas para averiguar en qué latitud nos encontrábamos e ignoraba, o no recordaba, el paradero exacto de las islas, no sabía dónde buscarlas ni en qué punto salir a mar abierto para dirigirme hacia ellas; de otro modo, me hubiera resultado fácil encontrarlas. Tenía la esperanza de que, si navegaba por el litoral hasta llegar a la zona en que los ingleses practican el comercio, encontraría alguno de los barcos que solían dedicar a tal efecto y ellos nos rescatarían.

Según mis cálculos, el lugar en que me encontraba debía de pertenecer a algún país que se extendiera entre los dominios del emperador de Marruecos y los de los negros, un territorio vasto e inhabitado, salvo por las bestias salvajes. Los negros lo habían abandonado por temor a los moros y estos no lo consideraban habitable por su aridez; y, por supuesto, ambos renunciaban a él por la prodigiosa cantidad de tigres, leones, leopardos y otras criaturas furiosas que allí se acumulaban. De modo que los moros lo usan sólo como territorio de caza, al que se acercan como un ejército, dos o tres mil hombres a la vez. Efectivamente, durante un centenar de millas no vimos de día en esa costa más que una vasta tierra deshabitada; y de noche no oímos más que aullidos y rugidos de bestias salvajes.

Una o dos veces me pareció vislumbrar, durante el día, el Pico de Tenerife, punto más alto del monte Tenerife, en las Canarias. Se me ocurrió aventurarme a salir a mar abierto con la esperanza de alcanzarlo, mas lo intenté dos veces y el viento en contra me obligó a regresar y, como también el mar se alzaba demasiado para mi pequeño navío, decidí atenerme a mi primer propósito y navegar en paralelo a la orilla.

Tras abandonar aquel lugar, varias veces me vi obligado a desembarcar en busca de agua fresca. En una ocasión particular, a primera hora de la mañana, echamos el ancla en un pequeño cabo muy elevado y, como empezaba a subir la marea, esperamos para adentrarnos aún más. Xury, cuyos ojos parecían prestar mejor servicio que los míos, me llamó en voz baja y me dijo que sería mejor alejarnos por la costa. «Mira —me advirtió—, más allá, en la ladera de esa colina, duerme un monstruo terrible». Miré hacia donde él señalaba y, efectivamente, vi un monstruo terrible, pues había un gran león tumbado junto a la orilla, aprovechando la sombra de una parte de la colina que parecía alzarse tras él. «Xury —le dije—. Bajarás a tierra para matarlo». El muchacho parecía asustado y me contestó: «¿Matar, yo? Me come de un bocado». Quería decir de un bocado. En cualquier caso, no le dije nada y le pedí que se quedara quieto y saqué el arma más grande, que casi parecía un mosquetón, la cargué con una buena cantidad de pólvora y dos postas y la dejé en el suelo; luego cargué otra arma con dos balas y a la tercera, pues disponíamos de tres, le puse cinco postas más pequeñas. Apunté tan bien como pude con la primera arma para dispararle a la cabeza, pero como estaba tumbado con la zarpa apoyada en la nariz las postas dieron en la pata, por encima de la rodilla, y partieron el hueso. Al principio se levantó con un rugido, pero al tener el hueso roto volvió a caer y luego se levantó sobre tres patas y soltó el rugido más espantoso que jamás he oído; me sorprendía un poco no haberle acertado en la cabeza. En cualquier caso, cogí enseguida la segunda arma y, aunque ya empezaba a moverse, disparé de nuevo, le di en la cabeza y tuve el placer de verlo caer, sin hacer apenas ruido, mientras luchaba por conservar la vida. Entonces Xury se envalentonó y me pidió que le dejara bajar a tierra. Le di permiso y el muchacho se tiró al agua y, sosteniendo un arma pequeña en una mano, braceó con la otra hasta la costa, se acercó a la criatura, le apoyó en la oreja el cañón del arma y le metió otro disparo en la cabeza, dejándolo bien aviado.

Sin duda se trataba de una buena pieza de caza, mas no era para comer y lamenté perder aquellas tres cargas de pólvora y munición en una criatura que no nos servía para nada. Sin embargo, Xury afirmó que quería quedarse alguna parte del león; subió a bordo y me pidió que le dejara el hacha. «¿Para qué, Xury?», le pregunté. «Yo cortar cabeza», contestó. En cualquier caso, no logró cortarle la cabeza, pero sí una zarpa que se trajo consigo y que me pareció monstruosa.

De todas formas, se me ocurrió que tal vez la piel del animal sí pudiera tener algún valor para nosotros y decidí hacerme con ella si podía. Así que Xury y yo nos entregamos a la faena, pero resultó que a él se le daba mucho mejor que a mí, pues yo apenas sabía cómo se hacía. Desde luego, nos llevó todo el día pero al final conseguimos arrancarle la piel y dejarla estirada sobre el techo del camarote, donde se secó al cabo de dos días y desde entonces me sirvió para tumbarme encima.

Tras esa parada mantuvimos un progreso continuo hacia el sur durante diez o doce días, racionando las provisiones, que ya escaseaban, y sin desembarcar más que cuando nos obligaba la necesidad de agua dulce. Mi intención era alcanzar el río Gambia, o el Senegal; es decir, cualquier lugar cercano a Cabo Verde, donde tenía esperanzas de encontrarme con algún barco europeo. En caso contrario, no sabía qué rumbo debía tomar, pues si no lograba dar con las islas podía perecer entre los negros. Sabía que todos los barcos procedentes de Europa, ya fuera en dirección a la costa de Guinea, a Brasil o a las Indias Orientales, se detenían en aquel Cabo y en las islas; en pocas palabras, puse en juego toda mi fortuna en aquel único punto: si no daba con algún barco, perecería.

Mientras mantenía ese empeño durante unos diez días, como ya he dicho, empecé a observar que la tierra estaba habitada. En dos o tres lugares, al pasar nuestro barco vimos gente que se asomaba a la orilla para mirarnos y hasta pudimos distinguir que eran bastante negros e iban desnudos por completo. Yo más bien me inclinaba por acercarme a la orilla e ir con ellos, mas Xury, mi mejor consejero, dijo: «No, no, no ir». De todos modos, me acerqué a la orilla para poder hablar con ellos y resultó que me siguieron corriendo por la costa durante un buen rato. Observé que no iban armados, salvo uno que llevaba un palo largo y fino, que según Xury era una lanza que sabían tirar con buena puntería y desde muy lejos. Así que mantuve la distancia, pero hablé con ellos por señas como buenamente pude. Pedí, en particular, algo de comida y ellos me indicaron por señas que si detenía el barco irían a buscar carne. Arrié entonces la vela y me mantuve al paio mientras se adentraban en el territorio corriendo y en menos de media hora regresaron con dos piezas de carne seca y algo de maíz, que parece cultivarse en esa tierra, aunque nosotros no sabíamos de qué se trataba. De todos modos, estábamos dispuestos a aceptarlo, pero a continuación discutimos cómo conseguirlo, pues yo no pensaba aventurarme a acercarme hasta la orilla y ellos tenían el mismo miedo. Sin embargo, encontraron una buena salida para todos, pues lo llevaron hasta la orilla, lo dejaron en el suelo y luego se mantuvieron apartados bien lejos hasta que lo hubimos cargado en el barco y sólo entonces

volvieron a acercarse.

Les dimos las gracias por señas, pues no teníamos con qué devolverles el favor, mas en aquel mismo instante se nos brindó la oportunidad de ser agradecidos, pues mientras seguíamos cerca de la orilla llegaron dos enormes criaturas que se iban persiguiendo (o eso nos pareció) con gran furia, desde las montañas hacia el mar. No pudimos saber si era un macho que perseguía a su hembra, si lo que los impulsaba era la competición o la rabia, del mismo modo que ignorábamos si se trataba de algo usual o extraordinario, pero más bien me pareció lo segundo. En primer lugar, porque esas criaturas voraces suelen aparecer sólo por la noche; en segundo, vimos que aquella gente estaba terriblemente asustada, sobre todo las mujeres. El hombre que sostenía aquella lanza, o dardo, no huyó de su lado, pero los demás sí. De todos modos, como las dos criaturas corrían en dirección al mar, no parecían mostrar ninguna intención de atacar a los negros, sino que se lanzaron directamente al agua y se pusieron a nadar como si sólo hubieran acudido allí a divertirse. Al fin una de ellas empezó a acercarse a nuestro barco más de lo esperado, pero yo estaba listo, pues había cargado mi arma con toda la munición posible y le había encargado a Xury que cargase también la otra. En cuanto se me puso a tiro, disparé y le acerté en la cabeza; se hundió de inmediato en el agua, pero al instante emergió de nuevo y se puso a dar saltos como si luchara por su vida. Y así era, pues avanzó hacia la orilla, pero entre la herida mortal que llevaba y el ahogo del agua, murió justo antes de alcanzarla.

Es imposible expresar el asombro de aquellas pobres criaturas ante el fogonazo de mi arma y el ruido que lo acompañó. Algunos estuvieron a punto de morir de miedo y cayeron al suelo de puro terror como si de verdad estuvieran muertos. Sin embargo, cuando vieron que la criatura había fallecido y se hundía en el agua, y que yo los invitaba por señas a acercarse a la orilla, recuperaron el valor, llegaron a la línea de la costa y empezaron a buscar la criatura. La encontré yo, pues su sangre teñía el agua, y la rodeé con una cuerda que luego pasé a los negros para que, tirando de ella, la arrastrasen hasta la orilla, donde descubrimos que era un muy curioso leopardo, moteado y elegante hasta un extremo digno de admiración, y los negros alzaban las manos de puro asombro sólo de pensar cómo podía yo haberlo matado.

La otra fiera, asustada por el fogonazo y el estallido del disparo, nadó hasta la orilla y se fue corriendo hacia las montañas de donde habían venido, sin que yo pudiera averiguar, desde la distancia, de qué animal se trataba. Descubrí enseguida que los negros comían la carne de aquel animal, de modo que les ofrecí como un favor que se la quedaran y, cuando les hice señas para que se la llevaran consigo, se mostraron muy agradecidos y de inmediato se pusieron manos a la obra. Aunque no llevaban ningún cuchillo, lo despellejaron con un pedazo de madera afilado y les costó menos esfuerzo del que nos hubiera costado a nosotros aun disponiendo de cuchillo. Me ofrecieron parte de la carne pero yo la rechacé, aclarando por señas que se la regalaba. En cambio, al ver que yo señalaba la piel me la dieron con gran generosidad y hasta fueron a buscar muchas de sus provisiones, que yo acepté aun si

no las entendía del todo. Luego les pedí por señas algo de agua: les mostré una de mis jarras, la volqué boca abajo para que vieran que estaba vacía y entendieran que quería llenarla. Llamaron de inmediato a sus amigos y aparecieron dos mujeres que traían una gran vasija hecha de tierra y supongo que secada al sol. La dejaron en el suelo para mí, como antes, y yo envié a Xury a tierra con mis tres jarras para que las llenara. Las mujeres iban tan desnudas como los hombres.

El caso es que quedé bien provisto de tubérculos, grano y agua dulce y, tras abandonar a mis amables negros, avancé durante unos once días más sin necesidad de regresar a la orilla hasta que vi que la tierra se adentraba mucho en el agua, a una distancia de unas cuatro o cinco leguas; como el mar se mantenía en calma, pude alejarme para doblar el cabo: a lo lejos, al otro lado de la punta de tierra y a unas dos leguas de esta, vi claramente que también se alzaba la tierra en medio del mar. Entonces concluí, como sin duda parecía seguro, que a un lado estaba Cabo Verde y al otro las islas, llamadas por eso mismo Islas de Cabo Verde. De todos modos, estaban a gran distancia y no sabía qué era lo mejor que podía hacer, pues si una ráfaga de viento me llevaba, tal vez no alcanzara tierra ni en un lado ni en el otro.

Mientras pensaba en ese dilema entré en el camarote a tomar asiento y dejé a Xury al timón, cuando de repente el muchacho gritó: «¡Patrón, patrón, un barco de vela!». El muy tontorrón estaba muerto de miedo, convencido de que debía de tratarse de uno de los barcos que su dueño había mandado en nuestra persecución, pero yo sabía que estábamos fuera de su alcance. Abandoné el camarote de un salto y vi de inmediato no sólo que había un barco, sino cuál era su condición, pues se trataba de un navío portugués y pensé que se dirigiría a la costa de Guinea en busca de negros. Pero tras observar su rumbo, pronto me convencí de que era otra su dirección y vi que no tenían la menor intención de acercarse más a tierra, de modo que salí a mar abierto tanto como pude, resuelto a hablar con ellos si era posible.

Con todo el trapo desplegado descubrí que no iba a ser capaz de interponerme en su camino y que se me iba a escapar sin darme tiempo a hacerles alguna seña, mas justo cuando había izado la vela al máximo y empezaba a desesperar, parece que me vieron gracias a su catalejo, entendieron que iba en una chalupa europea, supusieron que debía de pertenecer a algún barco perdido y amollaron las velas para permitir que me acercara. Eso me animó y, como llevaba a bordo la bandera de mi amo, hice con ella una hoguera para manifestar que tenía problemas y disparé un arma. Ellos vieron ambas cosas, pues luego me dijeron que habían visto el humo, aunque no habían oído el disparo. Al percibir esas señales, tuvieron la amabilidad de ponerse al paio y esperarme y al cabo de unas tres horas logré alcanzarlos.

Me preguntaron quién era en portugués, español y francés, pero yo no los entendía; al fin, un marinero escocés que iba a bordo se dirigió a mí y yo le contesté y le dije que era inglés, que había huido de la esclavitud de los moros de Salé. Entonces me dejaron subir a bordo y tuvieron la gran amabilidad de aceptarme con todos mis bienes.

Como todo el mundo podrá creer, para mí supuso una alegría indescriptible librarme de una situación que tenía por miserable y casi desesperada, de modo que ofrecí de inmediato todas mis pertenencias al capitán del navío en pago de mi liberación. Sin embargo, él me dijo con gran generosidad que no aceptaría nada de mí y que todo lo mío se me devolvería cuando llegáramos a Brasil, pues, según dijo: «Os he salvado la vida igual que me gustaría que salvaran la mía, y tal vez en algún momento u otro mi destino me lleve a caer en esa misma situación; además —añadió—, después de llevaros a Brasil, tan lejos de vuestro país, si me quedara con todas vuestras cosas moriríais de hambre, con lo cual sólo os estaría quitando la vida que ahora os he dado. No, no, señor inglés, os llevaré hasta allí en obra de caridad y esas pertenencias os servirán para subsistir y compraros un billete de vuelta a casa».

Tan caritativo se mostró al hacerme esa propuesta como justo a la hora de cumplirla, pues ordenó a los marinos que ni se les ocurriese tocar nada de cuanto me pertenecía; luego lo tomó todo en posesión y me entregó un inventario preciso de dichas pertenencias para que se me devolviera todo, incluso las tres tinajas de arcilla.

En cuanto a la chalupa, el capitán vio que era buena, me propuso comprármela para usarla en su barco y me preguntó cuánto quería por ella. Le dije que había sido demasiado generoso conmigo en todos los aspectos y que, no pudiendo darle un precio por la chalupa, lo dejaba a su entera discreción. Él dijo entonces que me daría una nota de su puño y letra con el compromiso de pagar ochenta piezas de a ocho en Brasil, y si al llegar allí alguien me ofrecía más él se comprometía a igualarlo. Me ofreció también otros sesenta ochavos por el muchacho, Xury, mas yo me resistí a aceptarlos, no por negarme a que el capitán se quedara con él, sino porque no quería vender la libertad de aquel muchacho que con tanta fidelidad me había ayudado a obtener la mía. Sin embargo, en cuanto le hice saber mis razones él reconoció que eran de justicia y se comprometió a ofrecerle un contrato por el cual quedaría en libertad al cabo de diez años si se convertía al cristianismo; a continuación, y tras afirmar Xury que estaba dispuesto a irse con él, dejé que el capitán se lo quedara.

Tuvimos muy buen viaje hasta Brasil y llegamos a la bahía de Todos los Santos unos veintidós días después. Una vez más, me había librado de la más miserable de todas las condiciones de la vida y ahora debía ponderar qué hacer a continuación.

Nunca podré recordar lo suficiente el trato generoso que me otorgó el capitán. No aceptó nada en pago de mi pasaje, me dio veintidós ducados por la piel de leopardo y cuarenta por la de león que llevaba en el bote y se encargó de que todo lo que llevaba en el barco me fuera puntualmente devuelto. Además, me compró todas las cosas que yo quisiera vender, como la caja de botellas, dos de mis armas y un trozo del bloque de cera de abejas, pues con el resto había hecho velas; en resumen, saqué doscientos veinte ochavos de todo mi cargamento, y con esos fondos desembarqué en Brasil.

No llevaba allí demasiado tiempo aún cuando me recomendaron que me alojase en casa de un hombre bueno y honesto, dueño de lo que allí se llama un «ingenio»: o sea, una plantación de azúcar y una planta para su procesamiento. Viví un tiempo con

él y eso me permitió familiarizarme con los modos de plantar y procesar el azúcar. Viendo lo bien que vivían los dueños de las plantaciones, y la rapidez con que se enriquecían, decidí que, si obtenía la licencia para instalarme allí, me convertiría en uno de ellos. Mientras tanto, debía hallar el modo de conseguir que se me enviara el dinero que había dejado en Londres. Con tal propósito obtuve una especie de carta de naturalización, compré tanta tierra sin cultivar como pude pagar con mis fondos y tracé, para mi plantación y su correspondiente asentamiento, un plan apropiado a la cantidad de dinero que esperaba recibir de Inglaterra.

Tenía un vecino, portugués de Lisboa pero hijo de padres ingleses, que se llamaba Wells y se hallaba en circunstancias muy parecidas a las mías. Digo que éramos vecinos porque su plantación era contigua a la mía y teníamos una buena relación social. Mi capital era tan escaso como el suyo y, durante dos años, plantamos más que nada aquello que necesitábamos para comer. Aun así, empezamos a crecer y nuestra tierra empezó a funcionar; así que al tercer año plantamos algo de tabaco y cada uno de los dos pudo preparar una buena parcela para plantar caña al año siguiente; sin embargo, ambos necesitábamos ayuda y, ahora más que nunca, me parecía que había cometido un error al deshacerme de Xury, mi muchacho.

Mas, ay, no era de extrañar que yo cometiera males de los que jamás se desprendiera bien alguno. No me quedaba más remedio que seguir adelante. Me veía dedicado a un empleo bien distinto de lo que sabía hacer, y directamente opuesto de la vida que me daba placer y por la que había abandonado la casa de mi padre y desoído sus buenos consejos; ay, me acercaba a la estación media, o al escalón más alto de la vida baja que tanto me había recomendado mi padre; y si decidía seguir adelante, más me hubiera valido quedarme en casa sin pasar por el mundo las fatigas que había vivido; a menudo me decía a mí mismo que hubiera conseguido lo mismo en Inglaterra, entre amigos, en vez de hacerlo a cinco mil millas, entre extraños y salvajes en la jungla y tan lejos que jamás me llegaba noticia alguna de la parte del mundo en que al menos alguien me conocía.

De este modo, solía contemplar mi situación con el mayor de los lamentos. No tenía con quien hablar salvo, de vez en cuando, aquel vecino; ningún trabajo que hacer, más allá del que cumpliera con mis manos; y, como solía decir, vivía igual que un desterrado en alguna isla remota, sin tenerme más que a mí mismo. Mas cuánta justicia, y cuánto deberían reflexionar todos los hombres acerca de que, cuando comparan la situación en que se hallan con otras peores, el cielo podría obligarlos a hacer realidad el cambio y así convencerse por propia experiencia de su anterior felicidad: cuánta justicia, digo, que me haya tocado en suerte esa vida de pura desolación en una isla tras tanto haber comparado injustamente con ella la que llevaba entonces y que, de haber continuado, me hubiera brindado prosperidad y riqueza muy probablemente.

Yo estaba en cierta medida conforme ya con las decisiones para llevar la plantación cuando mi amigo, el capitán del barco que me había recogido en el mar,

volvió a embarcarse. Había permanecido allí casi tres meses mientras cargaban su barco y preparaban el viaje. Cuando le hablé del escaso capital que había dejado en Londres, me dio un consejo amistoso y sincero: «Seignior inglese —pues siempre me llamaba así—, si me dais vuestras cartas y me concedéis poderes formalmente, con las correspondientes órdenes para la persona que tiene vuestro dinero en Londres de enviar vuestros efectos a Lisboa, yo me dirigiré a dicha persona y a mi regreso, si Dios quiere, os traeré vuestros bienes convertidos en productos adaptados a esta tierra. Mas, como los asuntos humanos están sujetos a mutaciones y desastres, quisiera que dierais esas órdenes sólo para cien libras esterlinas, que son, según me acabáis de decir, la mitad de vuestro capital. Dejemos que esta primera mitad se someta al azar, de tal manera que, si llega bien, podréis encargarse del resto por los mismos medios; y si se pierde por el camino, siempre podréis recurrir a la otra mitad para vuestra subsistencia».

El consejo era tan íntegro y parecía tan amistoso que no hacía sino convencerme de que era la mejor decisión que podía tomar. En consecuencia, preparé las cartas para la dama a cuyo cargo había dejado el dinero y unos poderes a nombre del capitán portugués, tal como él deseaba.

Escribí a la viuda del capitán inglés un relato completo de mis aventuras, mi esclavitud, la huida y cómo me había encontrado en el mar con el capitán portugués, la humanidad de su comportamiento y la situación en que yo me hallaba en ese momento, así como una serie de direcciones necesarias para mi aprovisionamiento. Cuando el honesto capitán llegó a Lisboa, por medio de alguno de los mercaderes ingleses que allí había encontrado la manera de hacerle llegar a un comerciante de Londres no sólo mis órdenes, sino el recuento completo de mi historia. Este se lo entregó a ella y, a continuación, ella no se limitó a entregar el dinero, sino que pagó de su propio bolsillo un excelente regalo para el capitán portugués por su humanidad y por la caridad con que me había tratado.

El mercader de Londres invirtió las cien libras en productos ingleses, tal como había instruido por escrito el capitán, se los envió directamente a este a Lisboa y él los llevó a salvo hasta Brasil. Entre ellos, sin que yo se lo pidiera (pues llevaba demasiado poco en aquel negocio para que se me ocurriese), se había ocupado de cargar toda clase de herramientas, herrajes y utensilios necesarios para mi plantación, que luego me resultaron de gran utilidad.

Cuando llegó ese cargamento creí que mi fortuna estaba asegurada, de tanto que me sorprendió aquella alegría. Además, el capitán, mi buen administrador, había usado las cinco libras de regalo que le enviaba mi amiga para comprarme un sirviente bajo compromiso de seis años de servicio y traérmelo, sin recibir más contraprestación por mi parte que un poco de tabaco, y aun eso lo aceptó sólo porque era de mi cosecha y pude obligarlo.

Y eso no era todo: como todos mis bienes eran de manufactura inglesa, cosas como ropa, rellenos y paños y otras especialmente valiosas y deseables en aquellas

tierras, encontré el modo de venderlos con gran beneficio; así que podría decir que el valor de aquel primer cargamento se había multiplicado por más de cuatro y ahora era infinitamente más rico que mi vecino pobre, me refiero a los adelantos en la plantación: porque lo primero que hice fue comprarme un esclavo negro y también un sirviente europeo; quiero decir, otro además del que me había traído el capitán desde Lisboa.

Mas la prosperidad, cuando abusamos de ella, se convierte a menudo en el medio de nuestra mayor adversidad y así ocurrió en mi caso. Al año siguiente proseguí con grandes éxitos en mi plantación; obtuve cincuenta grandes fardos de tabaco en mis tierras, más que suficiente para cubrir las necesidades de mis vecinos. Aquellos cincuenta fardos, cada uno de los cuales pesaba más de cien libras, fueron secados y almacenados en espera del regreso de la flota de Lisboa; ahora, al crecer el negocio y la riqueza, mi cabeza empezaba a llenarse de proyectos y empresas que superaban mi alcance, tal como suele ocurrir para ruina de las mejores mentes dedicadas al negocio.

Si hubiera continuado en aquella situación, tenía espacio suficiente para todas las cosas felices que desde entonces me han ocurrido, para las que mi padre había recomendado tan vivamente una vida de cierto retiro, y de cuya abundancia en la estación media de la vida me había hablado ya; mas otras cosas me esperaban y aún tenía que ser yo el terco agente de mis propias miserias. En particular, por aumentar mi error y multiplicar las reflexiones sobre mí mismo, algo que tendría mucho tiempo de hacer en mis sufrimientos futuros. Todos esos errores fueron consecuencia de mi obvia obstinación en mantener mi alocada inclinación por viajar. Y la mantuve en contra de la clara percepción de lo mucho que me hubiera convenido dedicarme sencilla y llanamente a perseguir las perspectivas y los medios de vida que la naturaleza y la Providencia concurrían en procurarme, así como a cumplir con mi deber.

Tal como había hecho ya al alejarme de mis padres, tampoco ahora podía contentarme y sentía la obligación de abandonar aquella feliz perspectiva de hacerme rico y prosperar en mi nueva plantación, tan sólo por ceder al arrebató y al deseo inmoderado de crecer más rápido de lo que permitía la naturaleza del ingenio; así que volví a hundirme en el más profundo de los abismos de la miseria humana en que haya caído jamás hombre alguno, entre aquellos que en el mundo son compatibles con la salud humana.

Por acercarnos en justa medida a los detalles de esta parte de mi historia, podéis suponer que, tras haber vivido ya casi cuatro años en Brasil y empezar a prosperar mucho mi plantación, no sólo había aprendido el idioma, sino que también había contraído amistades y relaciones entre los demás propietarios de plantaciones, así como entre los comerciantes de San Salvador, que era nuestro puerto. También que, en mis conversaciones con ellos, les había relatado a menudo mis dos viajes por la costa de Guinea, el modo en que allí se comercia con los negros y lo fácil que resulta en aquel litoral, a cambio de bagatelas como cuentas, juguetes, cuchillos, tijeras,

hachuelas, pedazos de cristal y otras parecidas, conseguir no sólo polvo de oro, grano de especias de Guinea y colmillos de elefante, sino también, y en grandes cantidades, negros para servir en Brasil.

Siempre escuchaban con mucha atención mis charlas sobre tales asuntos, mas especialmente la parte relativa a la compra de negros, un negocio que en esa época no se practicaba demasiado y, aun cuando sí se practicaba, requería los llamados «asientos», permisos concedidos por los reyes de España y Portugal mediante público reconocimiento, de tal manera que los negros que se traían eran pocos y resultaban caros en exceso.

Una vez ocurrió que estuve en compañía de tres mercaderes y plantadores conocidos, hablando muy en serio de esos asuntos, y tres de ellos vinieron a mí a la mañana siguiente para decirme que habían estado dándole vueltas a lo que habíamos hablado y querían proponerme algo en secreto. Tras comprometerme yo a mantener el secreto, me dijeron que estaban decididos a armar un barco para ir a Guinea, que todos tenían plantaciones como yo, cuyo desarrollo sólo se veía limitado por la carencia de sirvientes; que era un comercio prohibido, pues a su regreso no podían vender en público los negros, de modo que deseaban hacer sólo un viaje, desembarcar a los negros en privado y dividirlos entre sus plantaciones; en pocas palabras, la cuestión era si yo quería ser el sobrecargo del barco para encargarme de la parte del comercio que debía tener lugar en la costa de Guinea. Me ofrecían una parte de negros igual a la suya sin invertir nada a cambio.

Debo confesar que era una propuesta justa para cualquiera que no tuviese un asentamiento propio, con una plantación que cuidar, negocio que empezaba a resultar más que considerable y en el que había invertido un buen capital. Mas para mí, que así estaba instalado ya, y que no debía hacer más que seguir igual durante tres o cuatro años más, aparte de pedir que me mandasen las otras cien libras de Inglaterra; para alguien que en ese tiempo, y con ese pequeño añadido, difícilmente podía evitar sumar un capital de tres mil o cuatro mil libras esterlinas y acaso más; para mí, pensar en un viaje como aquel era el error más ridículo en que podía incurrir un hombre en mis circunstancias.

Sin embargo, yo había nacido para ser mi propio destructor y me costaba tanto resistirme a aquella oferta como reprimir mis primeros deseos ambulantes, cuando desperdicié los consejos de mi padre. En pocas palabras, les dije que iría de todo corazón si ellos se encargaban de cuidar de mi plantación en mi ausencia y disponían de ella tal como les indicaría en caso de que yo fracasara. Se comprometieron a hacerlo y nos pusimos a preparar los documentos y las cláusulas correspondientes; yo hice testamento formal y dispuse que mi plantación y sus efectos, en la eventualidad de mi muerte, pasaran al capitán de barco que me había salvado la vida, convirtiéndose este en mi heredero universal mas con la obligación de disponer de mis efectos según se indicaba en el testamento: la mitad de los beneficios serían para él y la otra debía enviarla a Inglaterra.

En resumen, tomé todas las precauciones posibles para preservar mis propiedades y mantener en buena forma mi plantación; si hubiera sido la mitad de prudente al respecto de mis intereses y juicioso acerca de lo que debía hacer y lo que no, sin duda nunca habría abandonado una empresa tan rica, renunciando a todas las perspectivas probables de unas circunstancias tan prósperas, para alejarme en un viaje por mar, acechado por todos los peligros al uso; por no mencionar las razones que me invitaban a esperar una desgracia particular en mi caso.

Sin embargo, me apresuré y obedecí a ciegas los dictados de mi capricho, más que los de la razón; en consecuencia, una vez armado el barco, dispuesta la carga y alistado todo según el acuerdo alcanzado con mis socios para aquel viaje, me embarqué en maldita hora el primero de septiembre de 1659, día en que se cumplían ocho años exactos de mi partida de Hull, alejándome de mi padre y de mi madre, en acto de rebeldía contra su autoridad y de estupidez contra mis intereses.

Nuestro barco tenía una capacidad de carga de unas ciento veinte toneladas y llevaba seis cañones y catorce marineros, aparte del capitán, su grumete y yo mismo. No llevábamos a bordo una gran carga de bienes, más allá de las nimiedades convenientes para nuestro comercio con los negros, tales como cuentas, fragmentos de cristal, conchas y viejas bagatelas, especialmente espejos, cuchillos, tijeras, hachuelas y cosas por el estilo.

Izamos velas el mismo día en que me embarqué y subimos hacia el norte por el litoral, con la intención de poner rumbo a la costa africana cuando llegáramos a los diez o doce grados de latitud norte, según parecía ser la ruta habitual en esos días. Tuvimos muy buen tiempo, aunque excesivamente caluroso, mientras nos mantuvimos paralelos a la costa, hasta la altura del cabo de San Agustín, desde donde nos alejamos mar adentro y perdimos de vista la tierra y establecimos el rumbo como si nos dirigiéramos a la isla de Fernando de Noronha, manteniendo una dirección entre el norte y el noreste para dejar dicha isla al este. Doce días después habíamos cruzado el ecuador y nos encontrábamos, según la última observación, a siete grados y veintidós minutos de latitud norte cuando un violento tornado, o huracán, casi nos dejó sin conocimiento. Empezó por el sureste, se acercó por el noroeste y se instaló en el noreste, desde donde sopló de un modo tan terrible que durante doce días seguidos no pudimos más que avanzar y, deslizándonos en línea recta, dejar que el destino y la furia de los vientos dirigiesen nuestro rumbo. No es necesario decir que durante cada uno de esos doce días esperé ser tragado por el mar, ni que nadie de quienes íbamos en el barco confiaba en salvar la vida.

Entre tanta aflicción, no sólo sufrimos el terror de la tormenta, sino que uno de nuestros hombres murió de calenturas y el grumete y otro hombre cayeron por la borda. Tras doce días de navegación el tiempo amainó un poco y el capitán hizo algunos cálculos como buenamente pudo y descubrió que estaba a unos once grados de latitud norte, pero estaba veintidós grados más de longitud hacia el oeste con respecto al cabo de San Agustín; o sea que se había acercado a la costa de la Guyana,

en el norte de Brasil, más allá del río Amazonas, cerca del Orinoco, comúnmente llamado Río Grande, y empezó a consultarme qué rumbo tomar, pues el barco tenía fugas y muchos daños y él quería regresar directamente a la costa de Brasil.

Yo estaba totalmente en contra y, mirando las cartas del litoral americano con él, concluimos que no había ninguna tierra habitada a la que pudiéramos recurrir hasta que llegásemos al círculo de las islas del Caribe, y en consecuencia decidimos alejarnos hacia las Barbados, algo que podíamos conseguir fácilmente en quince días de navegación, tal como esperábamos, si nos manteníamos en mar abierto, para evitar así la corriente que entraba en el golfo de la bahía de México. El caso era que no podíamos proseguir el viaje hacia la costa de África sin ayuda, tanto para el barco como para nosotros mismos.

Con tal propósito cambiamos de rumbo y nos alejamos en dirección noroeste para alcanzar alguna isla inglesa, donde yo esperaba hallar rescate. Sin embargo, otro distinto era el destino de nuestro viaje, pues cuando llegamos a la latitud de 123 grados y 18 minutos se nos echó encima otra tormenta que nos llevó hacia el oeste con el mismo ímpetu y nos alejó de cualquier lugar donde se diera el comercio humano hasta tal punto que, si salvábamos la vida del envite del mar, era más cierto el peligro de ser devorado por los salvajes que la perspectiva de regresar algún día a nuestro país.

En pleno desastre, mientras seguía soplando con fuerza el viento, a primera hora de la mañana uno de nuestros hombres gritó: «¡Tierra!». Y justo cuando acabábamos de salir del camarote para echar un vistazo con la esperanza de averiguar nuestro paradero en el mundo, el barco embarrancó en un banco de arena y, al interrumpirse así su movimiento, el mar rompió contra él de tal manera que todos creímos que íbamos a morir de inmediato y corrimos a encerrarnos en los camarotes más cercanos para protegernos de la espuma y la salpicadura del mar.

No resulta fácil para alguien que no haya estado en una situación semejante describir, o concebir siquiera, la consternación de los hombres en esas circunstancias: no sabíamos dónde estábamos, ni a qué tierra nos había llevado la tormenta; si era isla o continente, si estaba o no habitada. Y como era fuerte aún la ira del viento, aunque ya no tanto como al principio, ni siquiera podíamos esperar que el barco aguantara muchos minutos sin hacerse añicos, salvo que por alguna clase de milagro cesara el viento de repente. En pocas palabras, nos quedamos sentados, mirándonos y esperando que en cualquier momento nos llegara la muerte, y todos los hombres se comportaron en consecuencia, como si se preparasen para otro mundo, pues ya nos quedaba poco, o acaso nada que hacer en este. Nuestro único consuelo era que, en contra de lo esperado, el barco no se rompía aún y el capitán dijo que el viento empezaba a amainar.

Por mucho que, efectivamente, amainara un poco, nuestra situación seguía siendo horrible, pues el barco permanecía embarrancado con tal fuerza que no tenía ningún sentido confiar en desatascarlo y sólo nos quedaba pensar en salvar la vida como

pudiéramos. Justo antes de la tormenta habíamos botado una chalupa por la popa, mas se había partido al chocar contra el timón y a continuación había quedado suelta y tal vez se hundió, o se la llevó el mar, de modo que no nos podía brindar ya ninguna esperanza; llevábamos otra a bordo, pero dudábamos de cómo bajarla al mar; en cualquier caso, no había tiempo para discutirlo, pues estábamos convencidos de que el barco se partiría en pedazos en cualquier momento y alguien dijo que en realidad ya estaba partido.

En medio de aquellas tribulaciones, el capitán de nuestro navío tomó el control de la chalupa y, con ayuda de los demás hombres, la descolgaron por la borda, esperaron a que montáramos todos en ella y la soltaron. A continuación, tras comprobar que éramos once, nos entregamos a la piedad de Dios y a la locura del mar, pues si bien la tormenta se había abatido de modo considerable, el mar se alzaba contra la costa a una altura aterradora y merecía ser llamado *Den wild Zee*, como lo llaman los holandeses cuando hay tempestad.

Nuestro caso era ya funesto, pues veíamos con claridad que el mar se alzaba, que la chalupa no iba a sobrevivir y que acabaríamos todos inevitablemente ahogados. Ni siquiera teníamos una vela, y aun si la hubiéramos tenido, nada hubiésemos podido hacer con ella, de modo que nos empeñamos de todo corazón en remar hacia tierra cual hombres que se dirigen a su propia ejecución, pues estábamos convencidos de que cuando la chalupa se acercara más a la costa la rompiente de las olas la partiría en mil pedazos. Aun así, encomendamos nuestras almas a Dios con la mayor severidad y, aunque ya el viento se bastaba para empujarnos hacia la costa, aceleramos nuestra destrucción con nuestras propias manos, empujando hacia el litoral tanto como podíamos.

Ignorábamos cómo sería la orilla, si de roca o arena, si profunda o panda; la única fe que podía ofrecernos la mínima sombra de una esperanza razonable era que el azar nos llevase a una bahía, o a un golfo, o a la desembocadura de un río donde, con gran suerte, pudiésemos introducir el bote, o quedar a sotavento de tierra y tal vez encontrar aguas más calmas. Mas nada de eso acaeció. Al contrario, a medida que nos acercábamos a la orilla, la tierra nos daba más miedo que el mar.

Tras remar o, mejor dicho, desplazarnos a la deriva durante legua y media, según nuestros cálculos, una ola rugiente y alta como una montaña llegó rodando por la popa y nos pareció que nos iba a asestar el *coup de grâce*. En pocas palabras, se nos llevó con tal furia que volcó el bote a la primera; nos separó de él y nos desperdigó sin darnos apenas tiempo de exclamar «¡oh, Dios!», pues a todos nos tragó en un instante.

De ningún modo puedo describir la confusión de mis pensamientos cuando me hundí en el agua; pues, si bien era buen nadador, no conseguí librarme de las aguas para tomar aliento hasta que la ola que me empujaba o, mejor dicho, que me arrastró tanto rato hasta la orilla, agotó sus fuerzas y se retiró, dejándome sobre la tierra casi seco pero medio muerto de tanta agua como había tragado. Tenía tan poca presencia

de ánimo como aire en los pulmones, pero al ver que me encontraba más cerca de tierra firme de lo que creía me puse en pie y me esforcé por adentrarme en la tierra tan rápido como pudiera, antes de que regresara otra ola y se me llevara de nuevo. Mas pronto entendí que era imposible evitarlo, pues vi que llegaba en pos de mí un mar alto como una colina y furioso como un enemigo con el que ya no disponía de medios, ni fuerzas, para luchar. Sólo me quedaba contener la respiración y elevarme sobre el agua, si podía; así, si era posible, nadaría para mantener la respiración y dirigirme hacia la orilla. Mi mayor preocupación era que la ola, tras desplazarme un largo trecho hacia tierra en su llegada, no se me llevara consigo de nuevo en su regreso al mar.

La ola que me cayó encima me hundi6 unos veinte o treinta pies en su interior y sentí que me arrastraba con una gran fuerza y velocidad tierra adentro durante un larguísimo trecho; mas contuve el aliento y me las arreglé para nadar aún más adelante con todas mis fuerzas. Estaba a punto de estallar de tanto contener la respiración cuando noté que me alzaba y, para mi inmediato alivio, descubrí que tenía la cabeza y las manos por encima de la superficie del agua. Y, aunque ni siquiera llegué a mantener esa posición durante dos segundos, me alivió en gran medida, me dio aire y renovó mi coraje. Pasé un buen rato de nuevo cubierto de agua, mas no tanto como para no soportarlo y, al ver que la ola se agotaba e iniciaba el regreso, braceé contra la resaca y sentí de nuevo la tierra bajo mis pies. Me quedé quieto unos instantes para recuperar el aliento, en espera de que el agua retrocediera, y luego eché a correr con las fuerzas que me quedaban hacia la orilla. Mas ni siquiera así me libré de la furia del mar, que aún volvió por mí y otras dos veces me alzaron las olas y me llevaron hacia delante como antes, pues la orilla era bien llana.

La última de esas dos veces casi resultó fatal para mí porque el mar, tras arrastrarme tanto como antes, me soltó, o más bien me lanzó, contra una roca y lo hizo con tal fuerza que me dejó sin sentido y, ciertamente, incapaz de emprender mi salvación. Un golpe en el costado y en el pecho me había arrebatado el aliento y, si llega a regresar el mar de inmediato, me hubiera ahogado en el agua. Sin embargo, me recuperé poco antes del regreso de las olas y, viendo que se disponían a cubrirme de nuevo, decidí agarrarme con fuerza a una roca y contener la respiración, si podía, hasta que se retirase el mar. Como ya estaba más cerca de la tierra y las olas no eran tan altas, conseguí mantener la cabeza a flote y luego eché otra carrera que me llevó tan cerca de la orilla que la siguiente ola, si bien llegó a cubrirme, no me absorbió para llevarme con ella y, tras echar de nuevo a correr, alcancé la costa. Con gran alivio, me escabullí por los acantilados y me senté en la hierba, libre de todo peligro y lejos del alcance del agua.

Sano y salvo ya en tierra, alcé la mirada al cielo y di gracias a Dios por haber salvado la vida en una situación que, pocos minutos antes, apenas concedía espacio alguno a la esperanza. Creo que es imposible expresar con viveza el éxtasis que transporta al alma cuando se salva, por así decirlo, desde la mismísima tumba y nada

me sorprende, por ejemplo, que el malhechor que tiene ya la soga al cuello y recibe el indulto cuando está a punto de ser ahorcado, no me sorprende, digo, que acuda un cirujano y le haga sangrar en el momento en que recibe la noticia, no vaya a ser que la sorpresa arranque de su corazón el espíritu animal de la vida y termine con él. Pues las alegrías repentinas, como las penas, confunden al principio.

Caminé arriba y abajo por la orilla, alzando las manos al cielo y con todo el cuerpo, si puedo decirlo así, absorto en la contemplación de mi salvación, haciendo un millar de gestos y movimientos que no puedo describir, pensando en todos los camaradas que se habían ahogado, convencido de que, aparte de mí, no se había salvado ni un alma. Pues, en lo que respecta a los demás, nunca volví a verlos ni tuve señas de ellos, salvo por tres sombreros, una gorra y dos zapatos desaparecidos.

Desvié la mirada hacia el barco embarrancado, mas las olas rompían tan altas y con tanta espuma que apenas podía verlo y pensé: «¡Ay, Dios!». ¿Cómo podía ser que yo hubiera llegado a la orilla?

Después de aliviar mi mente con la parte agradable de la situación en que me hallaba, empecé a mirar alrededor para ver en qué clase de lugar me encontraba y qué debía hacer a continuación y pronto desapareció mi alivio porque, en pocas palabras, mi liberación había sido terrible. Estaba mojado y no tenía ropa para cambiarme, ni nada para comer o beber, ni veía ante mí perspectiva alguna más que la de perecer de hambre o ser devorado por las bestias salvajes. Y algo que me resultaba particularmente doloroso era no tener ningún arma con la que cazar y matar alguna fiera para mi sostén, ni para defenderme contra cualquier criatura que quisiera atacarme y convertirme en su alimento. En pocas palabras, no tenía conmigo más que un cuchillo, una pipa de fumar, un poco de tabaco en una caja. Esa era toda mi provisión, lo cual me provocaba tal agonía mental que pasé un rato corriendo arriba y abajo como un loco; al caerme encima la noche, empecé a considerar, con el ánimo ensombrecido, cuál sería mi suerte si en aquellas tierras había alguna bestia voraz, pues siempre salen de noche en busca de sus presas.

El único remedio que en ese momento acudió a mi pensamiento fue subirme a un árbol tupido y grueso que tenía cerca, parecido a un abeto pero espinoso, en el que decidí quedarme toda la noche y pensar de qué moriría al día siguiente, pues en ese momento no le veía ninguna perspectiva a la vida. Caminé la octava parte de una milla desde la orilla, a ver si encontraba agua dulce para beber, y la encontré para mi gran alegría. Después de beber y echarme un poco de tabaco a la boca para evitar el hambre, fui hasta el árbol, subí y me esforcé por colocarme de tal manera que no pudiera caer si me dormía; después de prepararme un palo corto, como una cachiporra, para defenderme, ocupé mi aposento y, como estaba tan cansado, caí en un sueño profundo y dormí con una comodidad que pocos hubieran alcanzado en mi situación, cosa que me aportó una frescura como no había tenido hasta entonces.

Cuando me desperté ya estaba avanzado el día, de tiempo claro, y había despejado la tempestad, tanto que el mar ya no rugía ni se alzaba como antes; pero lo

que más me sorprendió fue que la subida de la marea había alzado el barco en plena noche sobre la arena y se lo había llevado casi hasta la primera roca que he mencionado antes, contra la que me había herido al chocar. Eso quedaba más o menos a una milla de la orilla en que yo me encontraba y, viendo que el barco parecía permanecer recto, deseé subir a bordo para salvar algunas cosas que pudieran resultarme útiles.

Al bajar de mi aposento en el árbol, miré de nuevo a mi alrededor y lo primero que vi fue el bote, que permanecía donde el mar y el viento lo habían lanzado, sobre la tierra, unas dos millas a mi derecha. Caminé tanto como pude por la orilla para alcanzarlo, pero descubrí que me separaba de él un brazo de ría, de media milla de ancho más o menos, de modo que hube de regresar, aún más decidido a llegar hasta el barco, donde esperaba encontrar algo que me ayudara a subsistir en el presente.

Poco después del mediodía encontré el mar muy calmado y la marea había bajado tanto que pude acercarme hasta un cuarto de milla del barco; allí se renovó mi pena, pues se me hizo evidente que si nos hubiéramos mantenido a bordo nos habríamos salvado todos; o sea, habríamos llegado sanos y salvos a la orilla y yo no hubiese tenido la desgracia de quedarme totalmente despojado de cualquier consuelo y compañía como ahora estaba. Eso llevó de nuevo las lágrimas a mis ojos, mas como apenas obtenía de ellas alivio alguno resolví llegar hasta el barco si era posible. Me quité la ropa, pues el calor era muy extremo, y me zambullí, pero al llegar al barco encontré una dificultad aún mayor: averiguar cómo subir a bordo, pues al estar embarrancado en tierra y muy por encima del agua no había nada a mi alcance a lo que agarrarme. Lo rodeé a nado dos veces y a la segunda descubrí una cuerdecilla que me sorprendió no haber visto antes. Colgaba de los obenques hasta tan abajo que, con grandes dificultades, logré agarrarme a ella e izarme hasta el castillo de proa. Una vez allí descubrí que había fugas en la sentina y la bodega estaba llena de agua, mas el barco permanecía encallado de tal modo en la ladera de un montículo de arena, que la popa quedaba alzada en el aire, mientras que la proa casi se hundía en el agua. En consecuencia, todo el cuarto trasero estaba libre de agua y permanecía parcialmente seco. Sin la menor duda, mi primera tarea consistía en averiguar qué se había estropeado y qué quedaba en buen estado, así que primero comprobé que todas las provisiones del barco estaban secas y no dañadas por el agua y, como estaba bien hambriento, fui a la despensa y me llené los bolsillos de galletas y me las fui comiendo mientras buscaba otras cosas, pues no tenía tiempo que perder. También encontré algo de ron en el camarote principal, del cual bebí un buen trago que me hacía mucha falta para enfrentarme con ánimo a lo que tenía por delante. Ya sólo necesitaba un bote con el que aprovisionarme de un montón de cosas que, según era de prever, me iban a hacer falta.

De nada servía quedarse sentado y desear lo que no podía conseguirse, de modo que aproveché lo extremo de la situación para agudizar el ingenio: en el barco llevábamos varias botavaras de repuesto, dos o tres varas largas y una o dos crucetas

del palo mayor; decidí servirme de ellas y lancé por la borda cuantas pude por su peso, atándolas todas con una cuerda para que no se me fueran a la deriva. Una vez hecho eso, bajé por el costado del barco, tiré de ellas, até cuatro tan fuertemente como fui capaz por ambos extremos como para hacer una balsa y, tras cruzar por encima tres planchas cortas, confirmé que podía caminar bastante bien por su superficie, aunque no soportaría mucho peso porque eran piezas ligeras. Así que puse manos a la obra y con la sierra del carpintero corté en tres trozos un palo mayor de reserva y los añadí a mi balsa con grandes penas y esfuerzos, mas la esperanza de aprovisionarme de cosas necesarias me dio valor para aguantar más de lo que hubiera sido capaz en cualquier otra ocasión.

Mi balsa tenía ya la fuerza suficiente para aguantar un peso razonable. Mi siguiente preocupación era decidir qué iba a cargar en ella y cómo preservar de las olas del mar cuanto cargara en su superficie. Mas no dediqué demasiado tiempo a considerarlo: primero coloqué todas las planchas y tablones que pude encontrar y, tras pensar bien qué era lo que más quería, saqué para empezar tres cofres de los marineros, tras abrirlos a la fuerza y vaciarlos, y los bajé hasta la balsa. El primero estaba lleno de provisiones como pan, arroz, tres quesos holandeses, cinco trozos de carne seca de cabra, de la que tanto dependíamos, y un restillo de grano de origen europeo que habíamos cargado para alimentar algunas aves que llevábamos en el barco, aunque las aves habían muerto. Había en el barco algo de cebada y trigo mezclados, pero más adelante descubrí con gran decepción que las ratas se lo habían comido, o lo habían estropeado. En cuanto concierne a los licores, encontré varias cajas de botellas pertenecientes a nuestro capitán, entre las que había algunos cordiales y, en total, cinco o seis galones de aguardiente que almacené aparte, pues ni había necesidad de meterlos en el cofre ni tenía espacio para ellos. Mientras me atareaba en eso vi que empezaba a subir la marea, aunque con mucha calma, y me mortificó descubrir que el mar se llevaba el abrigo, la camisa y el chaleco que había dejado sobre la arena en la orilla. Como había subido a bordo llevando tan sólo unos bombachos de lino abiertos en la rodilla y calcetines, me puse a buscar ropa y encontré bastante, aunque sólo cogí la que necesitaba en aquel mismo momento, pues tenía la mirada puesta en otras cosas como herramientas con las que trabajar en tierra y hube de buscar mucho para dar con el cofre del carpintero, que sin duda representaba para mí un premio de gran utilidad y mucho más valioso que una carga entera de oro que pudiera haber llevado el barco. Lo bajé a mi balsa tal como estaba, sin perder tiempo en mirar en su interior, pues sabía en general qué contenía.

Mi siguiente inquietud era encontrar armas y munición: había dos buenas escopetas de cazar aves en la cabina principal y dos pistolas. Me encargué primero de estas, así como de algunos cuernos de pólvora, una bolsa pequeña de munición y dos viejas espadas oxidadas. Sabía que llevábamos en el barco tres barriles de pólvora, pero ignoraba dónde los había almacenado el artillero y me costó mucho esfuerzo encontrarlos: dos estaban secos y en buen estado, mientras que en el tercero había

entrado agua. Llevé los dos buenos a mi balsa con las armas. Ahora me sentía bastante bien pertrechado y empecé a pensar en cómo llevarlo todo a la orilla, pues no disponía de velas, remos ni timón y el menor soplo de viento daría al traste con mi navegación.

Tenía tres estímulos: 1. Un mar liso y en calma. 2. La marea estaba subiendo y me acercaba a la orilla. 3. El poco viento que soplaba me empujaba hacia tierra. Así, después de encontrar dos o tres remos rotos de la chalupa y, además de las herramientas que hubiera en el cofre, también un par de sierras, un hacha y un martillo, me eché al mar con ese cargamento. Durante una milla, más o menos, mi balsa funcionó muy bien, aunque resultó que se dirigía a un punto algo distante del de mi primera llegada a tierra, de lo que deduje que había algo de corriente y, en consecuencia, alimenté esperanzas de que hubiera por allí algún río o arroyo que pudiera servirme de puerto en el que desembarcar con mi pequeño cargamento.

Tal como había imaginado, apareció ante mí una pequeña apertura hacia la que se adentraba una fuerte corriente de la marea, de modo que guíé mi balsa como buenamente pude para que se mantuviera en mitad de la corriente. Mas allí estuve a punto de sufrir un segundo naufragio que, de haber ocurrido, mucho creo que me hubiera partido el corazón. Como no conocía aquella costa, la balsa se encalló por un extremo en un banco de arena y, al no estar encallado el otro, faltó bien poco para que todo mi cargamento se deslizara hacia el lado que quedaba a flote y cayera al mar. Hice cuanto pude por empujar los cofres con la espalda y no pude, en cambio, desencajar la balsa ni con todas mis fuerzas, ni me atreví siquiera a cambiar de posición para no soltar los cofres. Permanecí en esa posición cerca de media hora, tiempo en el que la marea creciente fue tirando de mí hacia arriba. Poco después, el agua, que aún subía, puso a flote de nuevo la balsa y entonces pude sacarla de un empujón con el remo para entrar en el canal, y luego, dirigiéndome hacia arriba, al final me encontré en la desembocadura de un río pequeño, con tierra a ambos lados y una fuerte corriente de la marea creciente. Miré a ambos lados en busca de un lugar adecuado para detenerme en la orilla, pues no quería que el río me llevase demasiado arriba, ya que aún esperaba ver algún barco en el mar y, en consecuencia, había decidido que debía permanecer tan cerca de la orilla como pudiese.

Al final descubrí una pequeña cala en la orilla derecha del arroyo, hacia la que guíé mi balsa con grandes penas y dificultades y al cabo me acerqué tanto que, empujando con el remo contra el fondo, pude encajarla directamente, mas allí estuve de nuevo a punto de tirar toda mi carga. La orilla era tan abrupta, o empinada, que no había lugar donde varar la balsa, de modo que si llegaba a tierra quedaría como antes, con un extremo a flote, el otro clavado y la carga de nuevo en peligro. Lo único que podía hacer era esperar a que la marea alcanzara su punto más alto, usando mientras tanto el remo a modo de ancla para mantener el costado de la balsa bien pegado a la orilla, cerca de una zona lisa que más adelante quedaría cubierta por el agua. Así fue: en cuanto vi que el agua levantaba un palmo la balsa, la lancé hacia aquella zona de

tierra y allí más o menos pude sujetarla clavando en el suelo mis dos remos rotos; uno por un lado, en un extremo, y el otro por el lado contrario, cerca del otro extremo. Luego me quedé tumbado hasta que la marea se retiró y dejó mi balsa, junto con todo mi cargamento, sana y salva en la orilla.

Mi siguiente tarea consistía en supervisar el terreno y buscar un lugar adecuado para asentarme, así como para almacenar mis pertenencias y librarlas de cualquier peligro. Aún no sabía en qué tierra me hallaba, si era isla o continente, si habitada o deshabitada, si me acechaba o no el peligro de las bestias. A menos de una milla había una colina alta y empinada que parecía elevarse más que las otras, dispuestas desde ella hacia el norte como si formasen una cadena. Cogí una de las escopetas de caza, una pistola y un cuerno de pólvora y, así armado, emprendí una expedición de descubrimiento hacia la cumbre, que alcancé con grandes esfuerzos y dificultades para, una vez allí, comprobar mi destino con gran aflicción: estaba en una isla, rodeado de mar por todas partes, sin más tierra a la vista que unas rocas en la lejanía y dos islas aún menores que la mía, que quedaban unas tres leguas al oeste.

Descubrí también que se trataba de una isla de tierra estéril y, según parecía razonable creer, habitada tan sólo por fieras salvajes, de las que sin embargo no vi ninguna. En cambio, sí vi abundantes aves que me resultaron desconocidas y de las que ni siquiera tras matarlas supe decir cuáles podían comerse y cuáles no. A mi regreso, apunté a un pájaro grande que vi posado en un árbol junto a un enorme bosque, y creo que era la primera vez que allí se disparaba un arma de fuego desde la creación del mundo. Apenas acababa de disparar cuando de todos los rincones del bosque se alzó una cantidad innumerable de aves de toda clase, con un confuso griterío en el que cada pájaro emitía su graznido habitual, aunque no pude yo reconocer ninguno. En cuanto al que había matado, deduje que era una especie de halcón, o eso parecía por su pico y su color, aunque el talón y las garras eran comunes y su carne no valía más que para carroña.

Contento con aquel descubrimiento, volví a mi balsa y puse manos a la obra para llevar mi cargamento a la orilla, tarea que me ocupó el resto del día. No sabía qué hacer por la noche, ni mucho menos dónde descansar. Me daba miedo acostarme en el suelo por si acudía a devorarme alguna bestia, aunque, como supe más adelante, en realidad no había razón para tales temores.

En cualquier caso, me parapeté lo mejor que pude rodeándome con los cofres y tablones que había desembarcado y me hice una especie de cabaña para refugiarme aquella noche. En cuanto a la comida, seguía sin ver cómo obtener provisiones, salvo por dos o tres criaturas parecidas a las liebres, a las que había visto salir corriendo del bosque cuando disparé al ave.

Empecé entonces a considerar que todavía podría sacar muchas cosas del barco que me resultarían de gran utilidad, en particular las jarcias, las velas y otras cosas que fuera capaz de bajar a tierra. Decidí preparar un segundo viaje hasta el navío, si era posible, y como sabía que la primera tormenta que llegase lo haría añicos resolví

abandonar todo lo demás hasta que hubiera obtenido del barco cuanto pudiera sacarse. Luego convoqué consejo, es decir, reuní mis pensamientos sobre si debía regresar con la balsa, aunque ya parecía impracticable. Entonces decidí ir como la vez anterior, cuando bajara la marea, y así lo hice, aunque en esta ocasión me desnudé del todo antes de salir de mi cabaña: no tenía más que una camisa a cuadros, unos calzones de lino y un par de zapatillas.

Subí al barco igual que en la primera visita y de nuevo preparé una balsa, mas como tenía la experiencia de la primera, esta no quedó tan rígida ni le puse encima tanta carga, aunque sí me llevé varias cosas muy útiles. Igual que antes, encontré en los aposentos del carpintero dos o tres bolsas llenas de clavos y puntas, un gato grande para levantar pesos, una o dos docenas de hachuelas y, por encima de todo, el objeto más útil: una piedra de afilar. Lo até todo junto, con algún objeto más que pertenecía al artillero, en particular dos o tres palancas de hierro, dos barriles llenos de balas de mosquete, siete mosquetes, otra escopeta de cazar aves y una pequeña cantidad de pólvora; una gran bolsa llena de munición pequeña y un gran rollo de láminas de plomo. Sin embargo, este último pesaba tanto que no fui capaz de alzarlo para poderlo pasar por encima de la borda.

Además de eso cogí también toda la ropa de hombre que encontré y un velacho alto de recambio, una hamaca y ropa de cama. Cargué todo eso en mi segunda balsa y lo llevé a tierra sin ningún contratiempo, con gran alivio por mi parte.

Mientras estuve alejado de tierra tuve alguna aprensión al pensar que mis provisiones podían ser devoradas; mas al regresar no vi señales de haber tenido visita. Sólo había una criatura parecida a un gato, sentada en uno de los cofres, que al ver que me acercaba se alejó un poco corriendo y luego se quedó quieta; se sentó muy serena y despreocupada y me miró a la cara, como si tuviera la intención de conocerme a fondo. Le mostré mi arma, pero como no sabía lo que era no le produjo la menor inquietud, ni mostró intención alguna de largarse. Entonces le lancé un pedazo de galleta, aunque, dicho sea de paso, no me sentía muy generoso porque no tenía demasiadas. En cualquier caso, digo, le aparté un poco y ella se acercó, lo olió y se lo comió y luego me miró como para demostrar su contentura y me pidió más, pero yo no podía darle más y se marchó.

Tras haber descargado mi segundo cargamento, aunque me vi obligado a abrir los barriles de pólvora y llevármela por paquetes, pues pesaban demasiado porque eran toneles grandes, me puse a trabajar para levantar una pequeña tienda con la vela y algunas varas que corté con tal propósito. Luego metí en dicha tienda todo lo que sabía que podía estropearse, ya fuera con la lluvia o con el sol, y apilé todos los cofres y toneles vacíos en un círculo en torno a la tienda para fortificarla ante cualquier ataque repentino, ya fuera de hombre o de bestia.

Después bloqueé la puerta de la tienda con algunas tablas por dentro y con un cofre vacío puesto boca abajo, y luego estiré la ropa de cama en el suelo, dispuse las dos pistolas justo al lado de mi cabeza y la escopeta al costado. Me acosté por

primera vez y dormí muy tranquilo toda la noche, de tan cansado y harto como estaba, pues la noche anterior había dormido bien poco y luego había trabajado duramente a lo largo de todo el día, tanto para sacar todo aquello del barco como para llevarlo a tierra.

Para entonces tenía ya el más grande almacén de cualquier clase que jamás se haya armado para un hombre solo, según creo, mas no me di por satisfecho. Me parecía que, mientras el barco conservara la vertical, tenía que sacar de él cuanto pudiera. Por eso cada día subía a bordo durante la marea baja y me llevaba una u otra cosa; en particular, la tercera vez me llevé tanta jarcia como pude, además de algunos cabos pequeños y bramantes, junto con una pieza de tela de repuesto que servía para reparar velas cuando hacía falta, y el barril de pólvora húmeda. En pocas palabras, me llevé también todas las velas disponibles, aunque hube de cortarlas primero en pedazos y cargar en cada viaje tantas como podía, pues ya no servían como velas, sino como meras telas.

Sin embargo, lo que más me reconfortó fue que, al fin, después de cinco o seis viajes como aquellos, y aunque ya nada invitaba a esperar que en el barco quedara algo digno de atención, después de eso, digo, encontré un gran barril lleno de pan, tres toneles enormes de ron, o de licor, una caja de azúcar y un barril de harina fina; fue toda una sorpresa, pues había dejado de esperar que apareciesen más víveres, salvo lo que hubiese quedado en mal estado por culpa del agua. Enseguida saqué el pan del barril y lo repartí en varios paquetes que envolví con trozos de velas que fui cortando a tal efecto; luego, en resumidas cuentas, lo llevé todo hasta la orilla sin percance alguno.

Al día siguiente hice otro viaje y, habiendo despojado ya el barco de todo lo que parecía fácil de cargar y manipular, empecé con los cables. Corté el más grande en fragmentos que pudiera transportar y llevé dos trozos y un cabo grueso hasta la orilla, junto con todos los herrajes que pude conseguir. Como había cortado los palos de trinquete y de mesana y cualquier otro objeto que me sirviera para hacer una balsa grande, la cargué con todas aquellas provisiones pesadas y me fui. Sin embargo, entonces me empezó a abandonar la buena suerte, pues la balsa era tan rígida y la carga tan excesiva que, tras entrar en la cala en que había dejado el resto de mis bienes, como no conseguía guiarla con tanta facilidad como la anterior, volcó y me lanzó al agua junto con todo el cargamento. Por lo que a mí concierne no sufrí grandes daños, pues estaba cerca de la orilla; más en lo que respecta al cargamento, se perdió una gran parte, sobre todo aquellos herrajes a los que había pensado dar tan buen uso. En cualquier caso, cuando bajó la marea saqué a la orilla buena parte de los fragmentos de cable y algunos herrajes, aunque con infinitos esfuerzos, pues me veía obligado a sumergirme en el agua, faena que me fatigaba sobremanera. Después de eso volví cada día a bordo del barco y saqué todo lo que pude.

Llevaba ya trece días en aquella costa y había subido once veces al barco. En ese tiempo, había sacado todo lo que cabía suponer que podía ser transportado por un par

de manos, aunque verdaderamente creo que, si se hubiera mantenido el tiempo en calma, habría acabado llevándome todo el barco, pieza a pieza. Sin embargo, mientras preparaba el duodécimo viaje noté que el viento arreciaba. Aun así subí a bordo aprovechando la marea baja y, aunque creía haber rebuscado en el camarote tan a fondo que ya nada podía encontrarse, descubrí todavía un armario con cajones en su interior, en uno de los cuales vi dos o tres navajas y unas tijeras grandes, con diez o doce cuchillos y tenedores buenos; en otro, encontré dinero por valor de unas treinta y seis libras, algunas monedas europeas, unas de Brasil, unos cuantos ochavos, piezas de oro y otras de plata.

A la vista del dinero, sonreí. «Oh, droga —exclamé—. ¿De qué me sirves ahora? No mereces ni que te recoja del suelo; vale más uno de esos cuchillos que todo este montón. Ninguna utilidad tienes para mí, así que quédate donde estás y húndete como una criatura cuya vida no merece salvación». Sin embargo, tras pensarlo mejor, lo cogí, lo envolví con un trozo de tela y empecé a pensar en preparar otra balsa. Mas mientras la preparaba vi que el cielo estaba cubierto y que el viento empezaba a soplar y al cabo de un cuarto de hora me llegó una ventolera fresca desde la orilla. Enseguida me di cuenta de que era inútil pretender desplazarme en una balsa contra el viento que llegaba desde la costa y que mejor haría en irme de allí antes de que empezara a subir la marea, pues de lo contrario no conseguiría llegar a la orilla de ningún modo. En consecuencia, bajé al agua y nadé por el canal que quedaba entre el barco y la arena, y aun eso me costó bastante, en parte por el peso de las cosas que llevaba conmigo y en parte por lo agitado del agua, pues el viento la empujaba deprisa y antes de que la marea llegara a subir se había desatado ya una tempestad.

Sin embargo, yo había llegado ya a mi tiendecilla, en la que me tumbé con todas mis riquezas a buen recaudo en torno a mí. El viento sopló bien fuerte toda esa noche y por la mañana, cuando eché el primer vistazo, no quedaba ni rastro del barco. Me sorprendió un poco, mas me recuperé con la satisfactoria reflexión de que no había perdido el tiempo, ni ahorrado esfuerzos, para sacar de aquel barco todo cuanto podía ser de utilidad, y que, aun si hubiera dispuesto de más tiempo, apenas si quedaban unas pocas cosas que aún hubiera podido sacar de allí.

Entonces dejé de pensar en el barco, o en nada que hubiera en su interior, salvo en cuanto pudiera aparecer flotando hasta la orilla tras su hundimiento, como efectivamente sucedió con varios objetos que, por otra parte, no me eran de gran utilidad.

Ahora todos mis pensamientos se concentraban en protegerme de los salvajes que pudieran aparecer, o de cualquier fiera que hubiese en la isla. Pensé mucho en cómo hacerlo, en qué clase de vivienda prepararme, en si debía cavar una cueva bajo el suelo o instalar una tienda en su superficie. En resumen, me decidí por ambas posibilidades con un método cuya descripción podría no resultar inoportuna.

Supe bien pronto que el lugar en que me encontraba no era idóneo para mi asentamiento, en particular porque estaba sobre tierra baja y anegadiza, cerca del mar

y me pareció que no sería sano, aún más por no haber agua dulce en las cercanías. Resolví, entonces, buscar un lugar más sano y conveniente.

Decidí que en mi situación me convenían algunos factores. En primer lugar, como acabo de mencionar, la salubridad y la disponibilidad de agua dulce; en segundo, refugio del calor del sol; en tercero, protección contra la voracidad de las criaturas, ya fueran hombres o bestias; en cuarto, vistas al mar, de modo que si Dios enviaba algún barco no perdiera yo ventaja alguna para mi liberación, pues no estaba dispuesto aún a renunciar a toda esperanza al respecto.

En busca del lugar idóneo, encontré una pequeña llanura junto a una colina. La ladera que daba a dicho llano era empinada como el muro de una casa, de modo que nada podría atacarme bajando por allí desde la cumbre. En aquella bajante de roca había un hueco que parecía la entrada, o la puerta de una cueva, aunque en realidad no había cueva alguna ni agujero que penetrase la roca.

Decidí instalar la tienda en el llano verde, justo delante de aquel hueco. El llano no tendría más de cien yardas de anchura, y cerca del doble de longitud, y se extendía ante mi puerta como un prado verde. Al llegar al otro extremo emprendía un descenso irregular hacia las tierras bajas, junto al mar. Estaba en la cara de la colina que quedaba entre el norte y el noroeste, de modo que durante el día quedaba protegido del calor hasta que el sol se situaba entre el sur y el oeste, más o menos, lugar que en esas tierras ocupa poco antes de ponerse.

Antes de levantar la tienda, tracé media circunferencia de unas diez yardas de radio delante del hueco y unas veinte de extensión de principio a fin.

En aquel semicírculo coloqué dos hileras de fuertes estacas, clavándolas en el suelo hasta que se mantuvieron firmes como pilares. Afilé los extremos superiores y dejé que sobresalieran unos cinco pies y medio del suelo. Entre las dos filas no había ni seis pulgadas de distancia.

Luego cogí los fragmentos de cable que había cortado en el barco y los amontoné, uno encima de otro, dentro del círculo, entre las dos filas de estacas hasta arriba. Aún puse otras estacas por la cara interior, apoyadas en las primeras hasta unos dos pies y medio de altura, como espuelas o postes. Quedó un cercado tan fuerte que ningún hombre o fiera podía penetrarlo ni saltarlo: hube de dedicarle mucho tiempo y esfuerzos, sobre todo para cortar las estacas en el bosque, llevarlas hasta el lugar y clavarlas en el suelo.

Dispuse que la entrada no fuera una puerta, sino una pequeña escala para subir por encima. Cuando yo estaba dentro, alzaba la escala tras de mí, de modo que quedaba completamente encerrado en el interior y fortificado, según me parecía, contra el mundo entero. En consecuencia, dormía a salvo por la noche, cosa que no hubiera podido hacer de otro modo, si bien, como se supo más adelante, no había ninguna necesidad de tomar todas esas precauciones contra enemigos cuyo peligro temía.

Hasta aquella cerca o fortaleza acarree, con infinitos esfuerzos, todas mis

riquezas, todas mis provisiones, munición y víveres de los que he dado cuenta más arriba. Preparé una tienda grande y, para protegerme de las lluvias, que en esa parte del año son aquí muy violentas, redoblé el trabajo. O sea, levanté una tienda pequeña y, por encima de ella, otra más grande y aun cubrí esta segunda con una enorme lona impermeable que había salvado de las velas.

Ahora ya no dormía en la cama que había bajado del barco, sino en una hamaca que era sin duda muy buena y había pertenecido al capitán.

Llevé a la tienda todas mis provisiones y todo lo que pudiera estropearse con la humedad y, tras encerrar así mis pertenencias, cerré la entrada, que hasta entonces había permanecido abierta, y ya desde ese momento, tal como he dicho, entré y salí siempre por la corta escala.

Después de eso empecé a preparar mi entrada en la roca y llevé toda la tierra y las piedras que iba excavando a través de la tienda para dejarlas junto a la cerca, a modo de terraza, para que el suelo quedara elevado por allí más o menos un pie y medio: así, excavé justo detrás de mi tienda una cueva que me servía de sótano.

Me costó muchos esfuerzos y muchos días llevar todas aquellas tareas a la perfección, y por ello debo regresar a los asuntos que, mientras tanto, ocupaban mis pensamientos. Justo después de preparar mi plan para levantar la tienda y excavar el suelo, una gruesa nube oscura desató una tormenta en la que saltó un relámpago, seguido por el gran estallido de un trueno, como es natural. No me sorprendió tanto el relámpago como la idea que, con su misma rapidez, se coló en mi mente: «¡Ay, la pólvora!». Me dio un vuelco el corazón cuando pensé que bastaría un estallido para que se destruyera toda mi pólvora, de la que no sólo dependía por completo mi defensa, sino también, según me parecía, mi provisión de alimentos. Mucho menos me preocupaba mi propia seguridad, aunque si se llega a incendiar la pólvora ni siquiera me hubiera dado tiempo a entender qué me había atacado.

Eso me impresionó tanto que al terminar la tormenta dejé de lado todos mis trabajos, la construcción, la fortificación y me apliqué a preparar bolsas y cajas para repartir la pólvora y guardarla en paquetes pequeños con la esperanza de que, ocurriera lo que ocurriese, no pudiera incendiarse toda a la vez. Además, debía separar los paquetes de tal modo que si uno se incendiaba no pudiese quemar el siguiente. Tardé más o menos una quincena en terminar esa tarea y calculo que mi pólvora, de la que había unas doscientas cuarenta libras, quedó dividida en no menos de cien paquetes. En cuanto al barril húmedo, no me pareció que representara peligro alguno, de modo que lo dejé en mi nuevo sótano, al que me apetecía llamar cocina, mientras que el resto lo escondí en agujeros entre las rocas para que no pudiera estropearlo la humedad, y fui marcando con mucho cuidado dónde lo escondía.

En el intervalo transcurrido mientras me dedicaba a eso, salí cada día al menos una vez con mi escopeta, tanto para entretenerme como para ver si conseguía matar algo comestible y, sin alejarme demasiado, familiarizarme con lo que ofrecía la isla. La primera vez que salí descubrí enseguida que había cabras en la isla, lo cual me

produjo gran satisfacción, más luego vino la desgracia de saber que eran tan tímidas, tan sutiles y de paso tan ágil que acercarse a ellas era lo más difícil del mundo. Sin embargo, eso no me desanimó, pues no dudaba que de vez en cuando podría disparar a alguna, como pronto ocurrió, pues tras averiguar un poco dónde solían parar, me instalé al acecho de la siguiente manera: observé que, si me veían por los valles, aunque ellas estuvieran en el monte, salían corriendo muertas de miedo; mas si estaban ellas pastando en los valles y yo en el monte, ni se percataban de mi presencia, de donde concluí que por la posición de los ojos su mirada se dirigía hacia debajo de tal modo que tardaban en ver los objetos que les quedaran por encima. Desde que descubrí ese método siempre escalaba alguna roca para situarme más arriba que ellas y así conseguía con frecuencia un blanco fácil. La primera vez que disparé entre aquellas criaturas maté una cabra que tenía a su lado a un cachorro al que daba de mamar, cosa que me afligió sobremanera. Mas cuando cayó la madre, la criatura se quedó pegada a ella hasta que llegué yo y la recogí. No sólo eso, cuando cargué a la madre sobre mis hombros, la hija me siguió casi hasta mi fortín, donde solté la presa y cogí al cachorro en mis brazos para pasarlo por encima de la empalizada con la esperanza de domesticarlo. Sin embargo, como se negó a alimentarse me vi obligado a matarlo y comérmelo. Esas dos piezas me aprovisionaron de carne para mucho tiempo, pues comía más bien poco: así alargaba mis provisiones (el pan, especialmente) tanto como fuera posible.

Tras acondicionar mi vivienda, me pareció absolutamente necesario buscar un lugar donde encender una hoguera y algo de leña para quemar en ella. De lo que hice para conseguirla, así como de mis trabajos para agrandar la cueva y de las comodidades que así obtuve, daré buena cuenta en su momento. Sin embargo, antes debo hablar de mí mismo y de mis pensamientos sobre la vida, que, como podrá suponerse, no eran pocos.

Mi visión sobre la situación en que me hallaba era funesta, pues para llegar a aquella isla había tenido que sufrir una fuerte tempestad que me había desviado considerablemente del rumbo previsto para nuestro viaje y también, al menos por unos cientos de leguas, del rumbo que solían tomar los barcos dedicados al comercio. Tenía claras razones para entender que los cielos habían determinado que mis días acabaran en aquel lugar desolado y de un modo desolado. Lágrimas abundantes rodaban por mi rostro cuando me sumía en esas reflexiones y a veces hasta discutía conmigo mismo cómo podía ser que la Providencia arruinara de un modo tan completo a sus criaturas y las sumiera en una miseria tan absoluta, tan desesperadamente abandonadas, tan por entero deprimidas hasta el extremo de que apenas parecía racional conservar agradecimiento alguno por estar vivo.

Sin embargo, siempre algo me obligaba con rapidez a reprimir esos pensamientos y reprenderme, particularmente un día en que iba caminando por la orilla con mi escopeta. Iba muy enfrascado en pensamientos sobre mis circunstancias cuando la razón me ofreció los argumentos contrarios. Es decir: es cierto que estás en una

situación desolada, mas debes recordar... ¿Dónde están los demás? ¿No iban once en ese barco? ¿Dónde están los otros diez? ¿Por qué no se salvaron ellos y pereciste tú? ¿Por qué fuiste elegido? ¿Es mejor estar aquí, o allá? Y señalé hacia el mar. No hay mal que por bien no venga, y siempre se puede estar peor.

Luego se me ocurrió de nuevo pensar en lo bien provisto que estaba para subsistir y en lo que hubiera sido de mí en caso contrario. ¿No eran de cien mil contra una las probabilidades de que el barco flotara desde el lugar donde embarrancó al principio y la deriva lo llevase tan cerca de la orilla, concediéndome así el tiempo suficiente para sacar todo aquello de su interior? ¿Qué hubiera sido de mí si hubiese tenido que sobrevivir tal como llegué a la orilla en primer lugar, sin disponer de ninguno de los víveres necesarios, ni siquiera de los utensilios para conseguirlos? En particular, aunque sólo hablaba conmigo mismo, pregunté en voz alta qué habría hecho sin ningún arma, sin munición, sin herramientas para hacer nada, o para trabajar, sin ropa, cama, una tienda o algo con que cubrirme. Y ahora tenía de todo eso en cantidad suficiente y disponía de los medios necesarios para obtener nuevas provisiones que me permitieran vivir sin mis armas cuando se gastara la munición; aguantar sin pasar necesidades mientras siguiera vivo, pues desde el principio me ocupé de pensar en cómo resolver los accidentes que pudieran ocurrir incluso en el tiempo venidero, no sólo cuando se agotara la munición, sino incluso cuando me faltaran la salud o las fuerzas.

Debo confesar que ni se me había ocurrido la noción de que la munición pudiera destruirse de un solo estallido; o sea, de que un relámpago pudiera hacerla estallar. Por eso, como he contado ya, me resultó tan sorprendente la mera idea cuando se iluminó el cielo y resonaron los truenos.

Y como ahora voy a meterme en el relato melancólico de una escena de vida silenciosa como tal vez jamás se haya oído en el mundo, emprenderé la tarea desde el principio y la continuaré con el debido orden. Era, según mis cuentas, el 30 de septiembre cuando, tal como ya se ha relatado, puse pie por vez primera en esta horrible isla cuando el sol, que para nosotros se hallaba en el equinoccio de otoño, quedaba justo sobre mi cabeza, pues calculé mediante observaciones que estaría en una latitud de nueve grados y veintidós minutos al norte del ecuador.

Cuando llevaba ya unos diez o doce días se me ocurrió que podía perder mi noción del tiempo por falta de libros, pluma y tinta, y ni siquiera podía distinguir los festivos de los días de trabajo. Para evitarlo, en un poste con el que luego hice una cruz para clavarla en el punto de mi primer desembarco en la orilla, grabé con mi cuchillo una leyenda en letras mayúsculas: «Llegué a esta orilla el 30 de septiembre de 1659». Cada día marcaba una muesca en los lados de ese poste cuadrado y la séptima muesca era siempre tan larga como todas las anteriores juntas, igual que ocurría con el primer día de cada mes, y así mantenía mi recolección del tiempo por semanas, meses y años.

A continuación debemos observar que entre las muchas cosas que saqué del barco

en las diversas visitas que, como se ha contado más arriba, fui haciendo, había algunas de valor menor, pero en absoluto inútiles, que hasta ahora he omitido: en particular, plumas, tinta y papel, diversos paquetes en los aposentos del capitán, el contramaestre, el artillero y el carpintero, tres o cuatro brújulas, algunos instrumentos matemáticos, cuadrantes, catalejos, cartas y libros de navegación. Lo junté todo, sin pararme a escoger lo que iba a necesitar y lo que no. También encontré tres biblias que me habían llegado en el cargamento de Inglaterra y que había empaquetado con mis enseres; algunos libros en portugués, entre los que había dos o tres libros papistas de oraciones y otros libros que me aseguré de poner a buen recaudo. Y no debo olvidar que en el barco llevábamos un perro y dos gatos, cuya eminente historia tal vez haya ocasión de contar cuando llegue el momento, pues me llevé los dos gatos; el perro, por su parte, había saltado por la borda para nadar hasta la orilla y reunirse conmigo el día siguiente de mi viaje con el primer cargamento, y luego me sirvió fielmente durante años. Nunca me faltó nada que él pudiera conseguirme, ni dejó de hacerme compañía; sólo echaba de menos que pudiera hablarme, pero eso era imposible. Como ya he comentado, encontré papel, pluma y tinta y los economicé al máximo y puedo decir que, mientras duró la tinta, mantuve un registro muy exacto de las cosas, mas luego me fue imposible porque no encontré medio alguno para fabricar más tinta.

Eso me hizo pensar que, a pesar de haber juntado tantas cosas, eran todavía muchas las que necesitaba, como la tinta, pero también un pico y una pala para cavar y retirar tierra, agujas, alfileres e hilo; en cuanto a las sábanas, pronto aprendí a prescindir de ellas sin gran dificultad.

Esa falta de herramientas provocaba que cualquier tarea se alargara en exceso, de modo que tardé casi un año entero en finalizar mi empalizada para rodear la vivienda; me costó mucho tiempo cortar y preparar las estacas en el bosque, y mucho más aún llevarlas hasta la tienda, pues pesaban tanto que a duras penas podía levantarlas. A veces, cortar y trasladar una de aquellas columnas me costaba dos días enteros, más un tercero para clavarla en el suelo. Para ello usaba al principio un pedazo de madera muy pesado, mas luego me acordé de las palancas de hierro, aunque conseguir que quedaran en su sitio las estacas seguía siendo un trabajo duro y tedioso.

Sin embargo, no tenía razón alguna para preocuparme por el tedio que brindara ninguna de mis tareas, viendo que me sobraba tiempo para hacerlas y que, si las terminaba antes, tampoco tenía nada más que hacer; al menos, nada se me ocurría aparte de recorrer la isla en busca de comida, cosa que hacía más o menos todos los días.

Entonces empecé a ponderar en serio mi situación y la circunstancia a que me veía reducido y a anotar el estado de las cosas por escrito, no tanto por dejarlo para alguien que viniera tras de mí, pues no parecía muy probable que tuviese herederos, como por librar mi mente de los pensamientos que la amargaban y afligían a diario. Y como la razón comenzaba ya a dominar mi desaliento, empecé a consolarme tanto

como pude y a contrastar lo bueno con lo malo, para comprobar que mi situación no era la peor; anoté con gran imparcialidad, como se anota el debe y el haber, las comodidades disponibles contra las miserias sufridas. Así quedó:

MALO	BUENO
Estoy abandonado en una isla desierta, sin la menor esperanza de rescate.	Mas estoy vivo y no me ahogué como todos los compañeros del barco.
Parece que haya sido escogido y apartado del resto del mundo para sufrir miserias.	Mas también he sido escogido entre toda la tripulación para librarme de la muerte; y quien me libró milagrosamente de la muerte puede librarme también de esta situación.
Estoy apartado de la humanidad, soy un solitario, un apestado de la sociedad humana.	Mas no paso hambre ni perezco en un lugar estéril carente de medios para subsistir.
No tengo ropas para abrigarme.	Mas estoy en un clima tan cálido que, si tuviera ropa, apenas la llevaría.
No tengo defensas, ni medios para resistir ningún ataque, ya sea de hombre o bestia.	Mas no hay en esta isla bestias salvajes que puedan herirme, como las que vi en la costa de África. ¿Y si hubiera naufragado allí?
No tengo ni un alma con quien hablar, o con quien consolarme.	Mas Dios tuvo el maravilloso gesto de enviar el barco cerca de la orilla para que yo pudiera sacar todo lo que necesitaba, o los medios para abastecerme mientras viva.

En resumidas cuentas, se trataba de un indudable testimonio de que apenas puede haber en el mundo una situación tan miserable como la mía, mas siempre había en ella algo digno de ser agradecido, ya fuera por su presencia o por su carencia. Que sea esa la conclusión obtenida por la experiencia de la más desgraciada de todas las condiciones de este mundo: que siempre encontramos algún consuelo que, incluido en la descripción de lo bueno y lo malo, refuerce la presencia de lo primero en el relato.

Una vez que dejé de ponderar a todas horas mi situación y de mirar al mar por ver si descubría algún barco, una vez que dejé de hacer eso, pude empezar a dedicarme a obtener algunas comodidades y a facilitarme las cosas en la medida de lo posible.

He descrito ya dónde vivía, en una tienda pegada a la bajante de una roca, rodeada por una robusta empalizada de estacas y cables, mas ahora prefiero llamarla muro, pues por encima levanté una especie de pared de tierra, de unos dos pies de grosor, y al cabo de un tiempo, creo que de un año y medio, instalé desde allí unas

vigas que descansaban en la roca y las cubrí con ramas de árboles y con cualquier otra cosa que sirviera para protegerme de la lluvia, que en ciertas etapas del año era muy violenta.

He comentado ya cómo llevé todas mis pertenencias hasta la empalizada para meterlas en la cueva que había excavado por la parte trasera, mas debo añadir también que al principio se trataba de un montón confuso de provisiones que, por carecer de orden, ocupaban tanto espacio que yo ni siquiera podía darme la vuelta. Así que me puse a agrandar la cueva bajo tierra, pues se trataba de una roca arenosa que cedía con facilidad a mis esfuerzos: así, cuando decidí que ya estaba bien protegido de los predadores, avancé hacia la derecha por dentro de la roca y luego giré de nuevo a la derecha casi hasta la salida, donde hice luego una puerta que iba a dar más allá de mi empalizada.

Así no sólo conseguí un lugar de entrada y salida, como si fuera la puerta trasera de mi tienda y del almacén, sino también algo más de espacio para mis provisiones.

Entonces empecé a dedicarme a conseguir las cosas que más me parecía necesitar, como en particular una mesa y una silla, pues sin ellas no podía disfrutar de las escasas comodidades que el mundo me proporcionaba: no podía escribir, ni comer, ni hacer a gusto toda una serie de cosas.

Así que puse manos a la obra; y aquí debo observar que, como la razón es la sustancia y el origen de la matemática, si todo se describe y cuadra según la razón y según el más razonable juicio de las cosas, cualquier hombre puede dominar el arte de la mecánica. Yo jamás había manejado herramienta alguna en toda mi vida, mas con el tiempo, por medio del esfuerzo, la aplicación y la listeza, descubrí que podía construir cualquier cosa que necesitara, sobre todo si contaba con los utensilios necesarios. De todos modos, incluso sin contar con ellos, o contando apenas con hachuela y cepillo, hice cantidad de cosas de maneras que tal vez nunca antes se hubieran usado, y siempre con infinitos esfuerzos. Por ejemplo, si quería una tabla no tenía más remedio que talar un árbol, tumbarlo ante mí y alisarlo por todos los lados con el hacha hasta que lo dejaba fino como una plancha, y luego afinarlo con el cepillo. Es cierto que con ese método sólo podía sacar una tabla de cada árbol, mas para ese problema no había otro remedio que la paciencia, igual que para la prodigiosa cantidad de tiempo y esfuerzo que me exigía cada plancha o tabla. Y es que mi tiempo y mis esfuerzos tenían muy poco valor, y por lo tanto daba lo mismo a qué tarea los dedicara.

En cualquier caso, como decía antes, me hice una mesa y una silla para empezar, y las hice con trozos cortos de las tablas que había bajado del barco con mi balsa. Mas cuando obtuve algunas tablas por el método antes reseñado hice unos estantes grandes, largos y de pie y medio de anchura, y los instalé a lo largo de la pared de mi cueva, uno encima de otro, para apoyar en ellos mis herramientas, clavos y herrajes y, por decirlo todo, para separar cada cosa en su sitio y así encontrarlas luego con facilidad. Clavé algunos ganchos en la pared de la roca para sujetar las armas y todo

lo que pudiera ser colgado.

Si alguien hubiera visto mi cueva, le habría parecido como un almacén general, lleno de todo lo necesario, y todo bien disponible y a mano, pues para mí representaba un gran placer ver todas mis propiedades dispuestas en aquel orden y, sobre todo, comprobar la cantidad de cosas que había llegado a almacenar.

Fue entonces cuando empecé a llevar un diario de las tareas cotidianas, pues al principio tenía demasiada premura, no sólo por la cantidad de trabajo pendiente, sino también por la inquietud mental. Además, habrían abundado en mi diario las cosas aburridas. Por ejemplo, hubiera tenido que decir: «30 de sept. Tras llegar a la orilla, librándome del naufragio, en vez de agradecer a Dios mi salvación, después de vomitar la gran cantidad de agua salada que me ha entrado en el estómago y recuperarme un poco, he corrido por la orilla, frotándome las manos y pegándome en la cara y en la frente, exclamándome por mis penurias y afirmando entre lágrimas que estaba deshecho, deshecho, hasta que, cansado y harto, me he visto obligado a tumbarme en el suelo a descansar, mas no he podido dormir por miedo a ser devorado».

Algunos días después, y tras haber subido a bordo del barco para sacar cuanto pude, no fui capaz de abstenerme de subir a la cima de una pequeña montaña y mirar al mar con la esperanza de ver algún barco. Entonces, creí haber visto muy a lo lejos una vela, me complací con esa esperanza y, tras mirar fijamente hasta casi quedarme ciego, perdí toda la fe y me senté y lloré como un niño, permitiendo así que la estupidez aumentara mis penas.

Sin embargo, tras superar en cierta medida todo eso, y tras dejar bien instaladas mis pertenencias y solucionada mi vivienda, con su correspondiente mesa y su silla, con todo a mi alrededor tan bien ordenado como era posible, empecé a llevar el diario, del cual aportaré aquí una copia (aunque en ella se contarán de nuevo estos detalles), hasta donde se pudo, pues al quedarme sin tinta me vi obligado a abandonarlo.

El diario

30 de sept, 1659. Yo, pobre y mísero Robinson Crusoe, tras naufragar en alta mar durante una terrible tempestad, llegué a la orilla en esta isla funesta y desgraciada, a la que llamé «Isla de la desesperación». Todos los demás miembros de la tripulación se habían ahogado y yo mismo estuve a punto de morir.

Pasé el resto del día afligido por las lúgubres circunstancias en que me encontraba, a saber: no tenía comida, casa, ropa, armas, ni un lugar al que huir y, abandonado de todo consuelo, no veía ante mí más que la muerte, ya fuese devorado por alguna fiera, asesinado por los salvajes, o muerto de hambre por falta de comida. Al caer la noche, me acosté en un árbol por miedo a las criaturas salvajes y, aunque llovió toda la noche, dormí profundamente.

1 de octubre. Por la mañana vi con gran sorpresa que el barco había reflatado con la marea alta y se había acercado mucho más a la isla. Eso representaba un cierto consuelo, por un lado, pues al verlo en pie y no hecho añicos alimenté la esperanza de que, al amainar el viento, podría subir a bordo y, con gran alivio, conseguir comida y artículos de primera necesidad; por el otro, renovaba mi dolor ante la pérdida de mis compañeros, pues supuse que, de habernos quedado todos a bordo, habríamos salvado el barco, o al menos ellos no se habrían ahogado. Y si se hubieran salvado los hombres acaso habríamos podido construirnos una chalupa con los restos del barco para llegar a alguna otra parte del mundo. Pasé gran parte del día sumido en la perplejidad. Sin embargo, al final, viendo que el barco estaba casi seco, me acerqué tanto como pude caminando por la arena y luego nadé hasta él; aquel día siguió lloviendo, aunque no sopló nada de viento.

Empleé todos los días que van del primero al 24 de octubre en diversos viajes para sacar del barco todo lo que pude y llevarlo en balsas hasta la orilla, aprovechando la subida de la marea. Esos días también llovió mucho, aunque hubo algún intervalo de buen tiempo. Sin embargo, al parecer, estábamos en la estación de las lluvias.

20 de octubre. Se me volcó la balsa y todas las pertenencias que llevaba en ella, mas por tratarse de aguas poco profundas y de objetos bastante pesados en su mayor parte, los recuperé todos cuando se retiró la marea.

25 de octubre. Llovió toda la noche y todo el día, con algunas ráfagas de viento, y cuando este arreció más que antes el barco se partió en pedazos y desapareció de la vista, salvo por los pecios, y aun estos se pudieron ver sólo con la marea baja. Pasé el día tapando y asegurando las propiedades que había logrado salvar, para que no las estropeará la lluvia.

26 de octubre. Caminé por la orilla casi todo el día para encontrar un lugar donde fijar mi residencia, muy preocupado por defenderme de los ataques nocturnos, ya

fueran de hombre o bestia. Hacia el anochecer encontré un lugar adecuado en la parte baja de una roca, tracé un semicírculo para delimitar la zona de acampada y decidí fortalecerlo con una obra, muro o fortificación hecha con doble hilera de estacas, rellena de cables y recubierta de tierra.

Desde el 26 hasta el 30, trabajé duramente para cargar todas mis pertenencias hasta mi nueva vivienda, aunque durante parte de ese tiempo llovió con extrema dureza.

El 31 por la mañana salí hacia el interior de la isla con mi escopeta para buscar comida y reconocer el terreno. Maté una cabra y su hija me siguió hasta casa, donde hube de matarla más adelante porque no comía.

1 de noviembre. Instalé mi tienda al pie de una roca y pasé allí la primera noche. Para que la tienda fuera lo más espaciosa posible, clavé algunas estacas y colgué de ellas una hamaca.

2 de noviembre. Coloqué todos los cofres y los tablones que tenía, así como los trozos de madera que había usado para hacer balsas, y formé un cerco a mi alrededor, por dentro de la zona que había marcado para mi fortificación.

3 de noviembre. Salí con mi escopeta y cacé dos aves que parecían patos y eran de muy buen comer. Por la tarde me puse a trabajar para hacer una mesa.

4 de noviembre. Por la mañana, me puse a repartir el tiempo que dedicaría a trabajar, a salir con la escopeta, a dormir y a entretenerme. O sea, todas las mañanas saldría con la escopeta dos o tres horas si no llovía, luego me pondría a trabajar hasta las once, luego comería lo que hubiera disponible y de doce a dos me acostaría a dormir, pues hace demasiado calor para ponerme a trabajar de nuevo por la tarde. Las horas de trabajo de aquel día, así como del siguiente, las empleé por entero en hacer mi mesa, pues entonces todavía se me daban mal esos trabajos, aunque el tiempo y la necesidad han hecho de mí un mecánico muy capacitado desde entonces, como creo que le hubiera ocurrido a cualquiera.

5 de noviembre. Ese día salí con mi escopeta y mi perro y maté un gato montés. La piel era muy suave, pero la carne no valía para nada. Siempre que mataba alguna criatura le quitaba la piel y la secaba. Al volver por la orilla del mar veía muchas aves marinas que no conocía, pero lo que me sorprendió y casi asustó fue ver tres focas que, mientras las miraba fijamente sin terminar de saber qué eran, se echaron al mar y se me escaparon.

6 de noviembre. Tras mi paseo matutino me puse a trabajar de nuevo en la mesa y la terminé, aunque no del todo a mi gusto. No tardé mucho en aprender a arreglarla.

7 de noviembre. Empezó a asentarse el buen tiempo. Dedicué enteros los días 7, 8, 9, 10 y parte del 12 (pues el 11 era domingo) a hacerme una silla y tras mucho lío conseguí darle una forma aceptable aunque no acabara de gustarme y mientras la hacía llegué a destrozarla varias veces. *Nota:* pronto dejé de respetar el descanso dominical porque, por haberme olvidado de marcarlo en mi poste, nunca sabía cuándo era domingo.

13 de noviembre. Ese día llovió, lo cual me refrescó mucho y enfrió la tierra, pero la lluvia iba acompañada de truenos y rayos terribles que me asustaron mucho por temor de la pólvora; en cuanto terminó, decidí separar mis provisiones de pólvora en tantos paquetes pequeños como pudiera para evitar el peligro.

14, 15, 16 de noviembre. Pasé esos tres días preparando cajitas y cofrecillos en los que cupiera una libra de pólvora, o dos a lo sumo, y tras llenarlos los almacené en lugares seguros y tan separados entre sí como fuera posible. En uno de esos tres días cacé un pájaro grande que tenía buena carne, pero no sé cómo llamarlo.

17 de noviembre. Ese día empecé a cavar en la roca, detrás de mi tienda, para ganar más espacio y tener más comodidad. *Nota:* Había dos cosas que me hacían muchísima falta para ese trabajo, a saber: un pico y una pala, además de una carretilla o una cesta. Por eso desistí del trabajo y empecé a pensar en cómo suplir esa carencia y hacerme yo mismo los utensilios. Como pico usé las palancas de hierro, que resultaban bastante adecuadas, aunque pesadas. Sin embargo, lo siguiente, una pala, era tan necesario que sin ella no podía hacer nada, aunque no sabía cómo hacerme una.

18 de noviembre. Al día siguiente, rebuscando en el bosque, encontré el árbol que da esa madera que en Brasil llaman «el árbol de hierro» por su extrema dureza. Con grandes esfuerzos y casi estropeando el hacha, corté un trozo de aquel árbol y lo llevé a casa, aunque me costó enormes dificultades por lo mucho que pesaba.

La dureza excesiva de la madera, más el hecho de que no cupiera otra posibilidad, me obligó a dedicar mucho tiempo a este artilugio, pues fui trabajando con eficacia, dándole poco a poco forma de pala, con un mango que tenía exactamente la misma forma que los de Inglaterra, sólo que la parte ancha, al no tener hierro, en el reverso, no me duró demasiado. Sin embargo, cumplió con creces los usos que le destiné. Que yo sepa, nunca se había hecho una pala de aquella manera, ni en tanto tiempo.

Seguía sin tenerlo todo, pues aún me faltaba una cesta o una carretilla. De ningún modo podía hacerme una cesta, pues no tenía ramitas lo suficientemente flexibles para hacer mimbre con ellas; o al menos no sabía dónde encontrarlas. En cuanto a la carretilla, supuse que podría hacer todo menos la rueda, de la que no tenía ni la menor noción, ni sabía cómo empezar. Además, no había ninguna posibilidad de hacer los gobios de hierro para encajar en ellos el eje de la rueda, así que renuncié y, para llevarme de allí la tierra que iba sacando al excavar la cueva, me hice una especie de capacho que usan los albañiles para cargar el mortero cuando ponen ladrillos.

No me costó tanto como la pala. Sin embargo, eso, más la pala y el vano intento de hacerme una carretilla, me ocupó no menos de cuatro días. Y me refiero a jornadas completas, salvo por mi paseo matutino con la escopeta, al que procuraba no faltar y del que no solía regresar sin traer a casa algo de comida.

23 de noviembre. Mientras construía esos utensilios había abandonado mi otra tarea. Ahora que los había terminado podía seguir y, trabajando cada día tanto como me lo permitían el tiempo y mis fuerzas, dediqué dieciocho jornadas completas a

ensanchar y ahondar mi cueva para que cupieran mejor mis pertenencias.

NOTA: durante todo ese tiempo, amplié la cueva para que pudiera servirme como almacén, cocina, comedor y bodega. Como dormitorio seguí usando la tienda, aunque a veces, en la estación húmeda del año, llovía tanto que no conseguía mantenerme seco; eso provocó que más adelante tapara todo el espacio interior de mi empalizada con largas varas en forma de vigas apoyadas en la roca y las cubriera con hojas ensiformes y otras grandes de árboles, como el techo de una cabaña.

10 de diciembre. Empezaba a creer que mi cueva, o sótano, ya estaba terminada cuando de repente (al parecer era demasiado grande) cayó una gran cantidad de tierra de la parte superior y de un lado; tanta, que me asustó mucho, por decirlo en pocas palabras, y no me faltaban razones: si llego a estar debajo, ni me hubiera hecho falta enterrador. Tras ese desastre hube de trabajar mucho para rehacerlo todo: tenía que sacar toda la tierra suelta y, más importante, debía apuntalar el techo para estar seguro de que no volvería a caer.

11 de diciembre. Ese día me puse a trabajar consecuentemente en ello y conseguí clavar dos postes rectos desde el techo con dos fragmentos de tabla cruzados en cada uno, tarea que terminé al día siguiente. Puse otros postes con sus respectivas tablas y al cabo de más o menos una semana tenía asegurado ya el techo, y los postes, dispuestos en hileras, me servían como particiones en aquella zona de la casa.

17 de diciembre. Desde ese día, hasta el veinte, coloqué estantes y puse clavos en los postes para colgar todo lo que se pudiera y a partir de entonces, en el interior, empecé a tener un poco de orden.

20 de diciembre. Lo llevé todo a la cueva y me puse a amueblar mi casa y a colocar algunas tablas, como en un armario, para ordenar los víveres, aunque las tablas empezaban a escasear. También me hice otra mesa.

24 de diciembre. Mucha lluvia toda la noche y todo el día, nada de salir.

25 de diciembre. Lluvia todo el día.

26 de diciembre. Nada de lluvia y la tierra mucho más fresca que antes, y más agradable.

27 de diciembre. Maté una cabra joven y herí a otra de tal modo que pude atraparla y llevármela a casa atada con una cuerda; al llegar a casa, le entablillé y vendé la pata rota. *N. B.* La cuidé tan bien que sobrevivió y la pata creció bien, fuerte como siempre; mas de tanto cuidarla se domesticó y aprendió a pastar entre el verdín que crecía junto a mi puerta y no se quería alejar. Entonces pensé por primera vez en criar algunos animales para tener comida cuando se me acabara la pólvora y la munición.

28, 29, 30 de diciembre. Mucho calor y nada de brisa, así que nada de salir por ahí, salvo al atardecer, en busca de algo de comida. Dedicué todo ese tiempo a dejarlo todo ordenado de puertas adentro.

1 de enero. Todavía mucho calor, pero salí a primera y última horas y pasé las horas de pleno día sin moverme. Al atardecer me adentré más en los valles que

quedan hacia el centro de la isla y descubrí que había muchas cabras, aunque huidizas en exceso y difíciles de abordar. Mas decidí llevar conmigo el perro para intentar darles caza.

2 de enero. En consecuencia, al día siguiente salí con el perro y se lo eché a las cabras, más me equivocaba, pues se le encararon todas y él entendió tan bien el peligro que corría que se negó a acercarse.

3 de enero. Empecé mi valla, o muro. Y, como aún temía que alguien pudiera atacarme, decidí hacerla bien gruesa y fuerte.

N. B. Habiendo descrito previamente este muro, omito a propósito en el diario cuanto ya se dijo. Baste con observar que me llevó ni más ni menos que desde el 3 de enero hasta el 14 de abril trabajar, terminar y perfeccionar el muro, aunque apenas medía más de veinticuatro yardas de longitud. Era un semicírculo trazado desde la roca hasta un punto a unas ocho yardas de distancia y en el centro de la parte trasera estaba la entrada de la cueva.

Durante todo ese tiempo trabajé con esmero pese a las dificultades provocadas muchos días por la lluvia, a veces semanas enteras, pero me parecía que no estaría del todo a salvo hasta que hubiera terminado el muro. Y casi ni se puede creer los inefables esfuerzos que me costaba todo, especialmente acarrear las estacas desde el bosque y clavarlas en el suelo, pues las había hecho mucho más grandes de lo necesario.

Cuando estuvo terminado el cerco, y la cara exterior doblemente recubierta por un muro de tierra casi hasta arriba del todo, me percaté de que si alguien llegaba a la orilla por aquella zona no se daría cuenta de que allí vivía una persona; hice muy bien en percatarme, como podrá observarse más adelante con ocasión de un suceso notable.

Durante ese tiempo hice mis rondas por el bosque en busca de caza todos los días si la lluvia lo permitía y con frecuencia descubría en aquellos paseos cosas que me resultaban convenientes: en particular, encontré un tipo de pichones salvajes que no anidaban en los árboles, como suele suceder, sino como las palomas domésticas, en agujeros entre las rocas. Cogí algunos ejemplares jóvenes, me propuse domesticarlos y lo conseguí. Sin embargo, al crecer se fueron volando, acaso porque, careciendo de comida, no podía alimentarlos; de todos modos, a menudo encontraba sus nidos y me hacía con unas cuantas crías, que tenían muy buena carne.

Y entonces descubrí que, para el manejo de mis asuntos domésticos, necesitaba aún muchas cosas que al principio me parecía imposible fabricar, y en algunos casos, efectivamente, lo era: por ejemplo, nunca fui capaz de armar un tonel con aros. Como ya he comentado, tenía un par de barriles, pero nunca conseguí hacer uno, aunque lo intenté durante muchas semanas; como no lograba encajar los extremos, ni unir las duelas con tal firmeza que no se escapara el agua, abandoné la tarea.

En segundo lugar, tenía una gran necesidad de velas, pues me veía obligado a acostarme en cuanto oscurecía, cosa que por lo general ocurría hacia las siete. Sin

embargo, recordé el trozo de cera de abejas que había usado en mi aventura africana para hacer velas, aunque ahora no tuviera nada parecido. El único remedio que me quedaba era, cuando mataba alguna cabra, guardar el sebo y, con un platillo de arcilla horneada al sol, añadía una mecha fabricada con estopa de cáñamo y eso me daba algo de luz, aunque no se trataba de la luz clara y fija que suelen proporcionar las velas. En pleno ajeteo resultó que, rebuscando entre mis cosas, encontré una bolsita que, como ya se ha aludido antes, había contenido maíz para alimentar a las aves, no para aquel viaje sino, había que suponer, para uno anterior, cuando el barco llegó de Lisboa. Las ratas se habían comido los restos de grano que pudieran quedar en la bolsa, de modo que no vi en su interior más que pellejos y polvillo. Como quería usar la bolsa para algo, creo que para llenarla de pólvora cuando la repartí por miedo a los relámpagos, o para algún uso parecido, la sacudí para eliminar los pellejos en un rincón de mi fortín bajo la roca.

Los tiré allí poco antes de las lluvias que acabo de mencionar, sin darme cuenta de nada, sin recordar siquiera que los había tirado hasta que, más o menos al cabo de un mes vi unos tallos verdes que sobresalían del suelo y pensé que se trataría de alguna planta que no había visto hasta entonces, pero me llevé una sorpresa y un perfecto asombro cuando, poco tiempo después, vi que aparecían diez o doce espigas de una cebada verde y perfecta, parecida a la que se cría en Europa, como la cebada inglesa.

Es imposible expresar el asombro y la confusión de mis pensamientos ante aquel suceso. Hasta entonces había actuado sin ningún fundamento religioso y, de hecho, apenas había unas pocas nociones religiosas en mi mente, ni había otorgado sentido alguno a cuanto me había ocurrido, más allá del azar o, como solemos decir con ligereza, la voluntad de Dios; sin preguntarme siquiera por el papel de la Providencia en aquellos sucesos o el orden que Él otorga a los sucesos del mundo. Mas después de ver cómo crecía allí la cebada, en un clima que yo sabía poco apropiado al grano, y sobre todo sin saber de dónde procedía, me inquietó por su extrañeza y me hizo pensar que Dios había hecho crecer aquel grano milagrosamente sin necesidad de plantar semilla alguna y que lo había hecho puramente para permitir mi subsistencia en aquel lugar salvaje y miserable.

Eso me ablandó un poco el corazón y me arrancó algunas lágrimas y empecé a considerar una bendición que se hubiera producido semejante prodigio de la naturaleza en mi beneficio. Y lo más extraño fue que cerca de allí, todavía junto a la roca, vi que crecían desordenadamente otros tallos que luego resultaron ser de arroz, planta que reconocí por haberla visto crecer en mis desembarcos en África.

No sólo creí que eran meros productos de la Providencia para mi subsistencia, sino que me convencí de que tenía que haber más en la isla y la recorrí de punta a cabo, incluso los lugares en los que ya había estado antes, mirando por todos los rincones, hasta debajo de las piedras, en busca de más brotes, aunque no vi ninguno. Al fin me acudió al pensamiento que había sacudido una bolsa de comida para pollos

en aquel lugar y así cesó el asombro y debo confesar que mi religioso agradecimiento a la Providencia divina empezó a desvanecerse al descubrir que no había ocurrido sino algo común. Sin embargo, debería haber conservado el agradecimiento a una extraña e imprevista providencia igual que si se tratara de un milagro, pues era ciertamente obra de la Providencia que hubieran quedado diez o doce granos intactos (cuando las ratas se habían comido todos los demás), como caídos del cielo; y también que yo los hubiera sacudido en aquel particular rincón donde, al quedar a la sombra de una roca bien alta, crecieron de inmediato, mientras que si los hubiera echado en cualquier otro sitio en esa época del año el sol los habría quemado y destruido.

Nadie pondrá en duda que cuidé con esmero las espigas de aquel cereal hasta que llegara el momento, hacia finales del mes de junio, de recoger los granos de uno en uno. Luego decidí replantarlos todos con la esperanza de que, pasado un tiempo, tuviera la cantidad suficiente para proveerme de pan. Sin embargo, tardé cuatro años en conseguir la suficiente cantidad de granos de aquel cereal para podérmelo comer, y aun entonces fue escaso, como contaré en su momento, pues perdí todo lo plantado en la primera temporada por no respetar los debidos tiempos; lo había plantado antes de la temporada seca, de modo que nunca llegó a crecer, o al menos no como debía. Volveré a ello en su momento.

Además de la cebada había, como he dicho antes, veinte o treinta brotes de arroz que cuidé con el mismo esmero y con las mismas intenciones en cuanto al uso que pensaba darle; o sea, para hacer pan o, mejor, comida. Encontré modos de guisarlo sin cocina, aunque eso también me llevó cierto tiempo. Mas volvamos al diario.

Trabajé con extrema dureza durante aquellos tres o cuatro meses para levantar mi muro y lo di por terminado el 14 de abril tras habérmelas ingeniado para entrar y salir por medio de una escala, en vez de usar una puerta, de modo que desde fuera no se notara que allí dentro vivía alguien.

16 de abril. Como terminé la escala, pude usarla para subir hasta arriba y luego la alcé tras de mí y la solté en el interior. Para mí era el encierro completo, pues dentro tenía suficiente espacio y nada podía atacarme desde fuera, salvo que fuese capaz de escalar antes el muro.

Justo al día siguiente de terminarla estuve a punto de ver todo mi trabajo deshecho de golpe, además de matarme. Estaba ajetreado en el interior, detrás de mi tienda, justo a la entrada de la cueva, cuando una sorpresa horrible me dio un susto aterrador: de repente noté que la tierra se desprendía del techo de mi cueva y del pico de la colina que se alzaba sobre mi cabeza, y dos de los postes con que había apuntalado la cueva se partieron de un modo aterrador. Yo estaba muerto de miedo, mas no pensé en cuál pudiera ser la causa; sólo creía que se estaba desplomando el techo de la cueva, como ya había ocurrido con anterioridad. Por miedo a quedar enterrado corrí hacia mi escala y, como ni así me sentía a salvo, escalé el muro por temor a los fragmentos que se desprendían de la colina y podían caer rodando hasta

mí. En cuanto acababa de plantar de nuevo los pies en el suelo vi con claridad que se trataba de un terrible terremoto, pues el suelo que me soportaba tembló tres veces con unos ocho minutos de intervalo, tres sacudidas que hubieran tumbado el edificio más fuerte que pudiera imaginarse sobre la tierra. Un fragmento grande de la roca que sobresalía a media milla de distancia en dirección al mar cayó con un estruendo tan terrible como no había oído en toda mi vida; incluso noté la violencia del movimiento que provocó en el mar y creo que bajo el agua las sacudidas fueron más fuertes que en la isla.

Estaba tan abrumado con aquello, pues nunca había vivido algo semejante, ni hablado con alguien que lo hubiese experimentado, que me quedé como muerto o alelado; el movimiento de la tierra me provocó un mareo parecido a los que genera el mar, mas me despertó el ruido de la roca al caer y, abandonada la estupefacción, me sobrevino el horror. Sólo podía pensar en que la colina se desplomaría sobre mi tienda, con todas mis pertenencias caseras, y lo enterraría todo: eso me partió el alma por segunda vez.

Pasó la tercera sacudida y no sentí nada durante un rato. Empecé a recuperar el coraje, aunque no tenía valor suficiente para trepar el muro por miedo a quedar enterrado con vida, pero me senté en el suelo, con gran desánimo y desconsuelo y sin saber qué hacer. Durante todo ese tiempo no tuve ni el menor pensamiento religioso, más allá del común: «Señor, ten piedad de mí»; y cuando todo pasó, hasta eso desapareció. Mientras permanecía allí sentado, me pareció que el aire se cargaba y se nublaba el cielo como si fuera a llover; poco después se fue alzando el viento poco a poco de tal manera que, en menos de media hora, soplaba un terrible huracán: de pronto el mar quedó cubierto de espuma y el rompiente de las olas tapó la orilla; el viento arrancaba de raíz los árboles de tan terrible como era la tormenta. Duró unas tres horas, luego empezó a amainar y al cabo de otras dos llegó la calma chicha y entonces se puso a llover con mucha fuerza.

Yo pasé todo ese rato sentado en el suelo, muy asustado y abatido, hasta que de repente se me ocurrió que aquellos vientos y aquella lluvia eran consecuencia del terremoto y que este, a su vez, había terminado ya, de modo que podía aventurarme de nuevo hacia el interior de la cueva. Al pensarlo empecé a recobrar el ánimo y, como la lluvia también contribuía a convencerme, fui a sentarme en la tienda. Sin embargo, la lluvia era tan violenta y la tienda parecía tan a punto de ceder bajo su peso que me vi obligado a meterme en la cueva, aunque con mucho temor e incomodidad por miedo a que se me desplomara sobre la cabeza.

La violencia de aquella lluvia me obligó a emprender una nueva tarea, a saber: recortar un hueco en mi fortificación a modo de desagüe para que pudiera salir toda el agua que, en caso contrario, habría inundado mi cueva. Después de pasar un rato en la cueva y comprobar que no había más sacudidas del terremoto, empecé a recuperar la compostura; entonces, para dar a mi espíritu el ánimo que sin duda necesitaba, fui a mi pequeño almacén y tomé un traguito de un ron que siempre, no sólo entonces,

racionaba con mucho cuidado, pues sabía que cuando se acabara no podría obtener más.

Siguió lloviendo toda la noche y gran parte del día siguiente, de modo que no pude salir, aunque mi mente estaba ya más compuesta y pude empezar a pensar qué me convenía más, pues había llegado a la conclusión de que si aquella isla solía verse sacudida por los terremotos yo no podía seguir viviendo en una cueva y debía pensar en construirme una cabañita en algún lugar abierto y, tal como había hecho aquí, rodearla con un muro para defenderme de hombres y bestias; en cambio, concluí que si permanecía donde estaba iba a terminar, antes o después, enterrado con vida.

Con esa idea decidí sacar la tienda de donde estaba, justo debajo del precipicio de una colina que, si volvía a sacudirse, caería sin duda encima de mí. Pasé los dos días siguientes, 19 y 20 de abril, cavilando el modo de trasladar mi vivienda.

El miedo a que la tierra me tragara vivo me impedía dormir tranquilo, mas la aprensión que me provocaba tumbarme a cielo abierto sin ninguna cerca era igual de fuerte. De todos modos, al mirar a mi alrededor y ver lo ordenado que estaba todo, lo agradable que resultaba mi escondite y la seguridad que me brindaba ante cualquier peligro, aún me resistía más a salir de allí.

Mientras tanto, se me ocurrió que aquel traslado exigiría una enorme cantidad de tiempo y que debía contentarme con seguir donde estaba hasta que pudiera construir un nuevo campamento y fortificarlo antes de mudarme. De modo que con esa resolución me recompuse por un tiempo y decidí ponerme a trabajar a toda velocidad para construir un muro con estacas, cables y lo que fuera, trazando un círculo como antes, para instalar en él la tienda cuando estuviera finalizado, aunque me arriesgaría a permanecer donde estaba mientras no estuviera terminado y listo para el traslado. Eso fue el día 21.

22 de abril. A la mañana siguiente empecé a cavilar medios para llevar a cabo lo que había decidido, pero tenía una gran necesidad de herramientas. Tenía tres hachas grandes y una buena cantidad de hachuelas (las llevábamos en el barco para traficar con los *indios*), mas de tanto trocear y cortar aquella madera dura y nudosa estaban desafiladas y llenas de marcas y, aunque disponía de una piedra de afilar, no tenía con qué hacerla girar para afilar mis herramientas. Dedicué tantos esfuerzos a pensar en eso como dedicaría cualquier estadista a un gran asunto político, o un juez a la sentencia de vida o muerte contra un hombre. Al final me inventé una rueda sujeta por una cuerda que podía accionar con el pie para mantener libres las dos manos. *Nota:* En Inglaterra nunca había visto nada igual, o al menos no me había fijado en cómo se hacía, aunque desde entonces he observado que allí es muy común. Aparte de eso, mi piedra de afilar era muy grande y pesada. Me costó semanas de trabajo que la máquina alcanzara su perfección.

28 y 29 de abril. Dedicué esos dos días enteros a afilar mis herramientas y la máquina que había inventado para hacer girar la piedra funcionó muy bien.

30 de abril. Tras descubrir que mis reservas de galleta habían disminuido mucho,

decidí controlar su consumo y lo reduje a un pedazo cada día, con gran dolor de mi corazón.

1 de mayo. Por la mañana, mientras miraba hacia el mar en hora de marea baja, vi en la orilla algo más grande de lo ordinario. Parecía un tonel y, al acercarme, vi que era un barril pequeño, junto con dos o tres pecios que el reciente huracán había arrastrado hasta la costa. Al mirar los restos del barco naufragado me pareció que se elevaban sobre el agua más de lo acostumbrado. Examiné el barril que había flotado hasta la orilla y enseguida vi que se trataba de un barril de pólvora, sólo que le había entrado agua y la pólvora se había endurecido como una piedra. Aun así, me lo llevé rodando y luego me acerqué caminando sobre la arena al barco tanto como pude para buscar más.

Al llegar al barco lo encontré extrañamente cambiado. El castillo de proa, que antes quedaba enterrado en la arena, sobresalía ahora al menos dos metros y la roda de proa, que al parecer el mar había partido en pedazos y luego diseminado poco después de mi última visita, estaba como si alguien la hubiera lanzado al aire y, al caer, hubiese quedado de costado. Por aquel lado, junto a la popa se había juntado tal cantidad de arena que donde antes todo era agua y me impedía acercarme a menos de un cuarto de milla del barco sin nadar ahora casi podía llegar andando si aprovechaba la marea baja. Al principio me sorprendió, pero luego entendí que era obra del terremoto y, como su violencia había partido aún más el casco, el mar había soltado muchas cosas que luego los vientos y el agua iban llevando hasta la orilla.

Eso desvió por completo mis pensamientos del plan de trasladar mi vivienda. Dedicué grandísimos esfuerzos, sobre todo aquel mismo día, a buscar la manera de hacer un agujero hacia el interior del barco, mas descubrí que no debía mantener siquiera esa esperanza, pues el interior estaba relleno de arena. De todos modos, como había aprendido a no desanimarme ante nada, decidí romper en pedazos todos los fragmentos posibles del barco, convencido de que cualquier cosa que me llevara de allí podría serme de alguna utilidad.

3 de mayo. Me puse a trabajar con la sierra y corté un trozo de bao que me parecía que sostenía el alcázar y, tras agujerearlo, retiré la arena como pude del costado que quedaba más levantado. Sin embargo, subió la marea y me vi obligado a abandonar por el momento.

4 de mayo. Fui a pescar, pero no capturé ninguna pieza que me atreviera a comer y, cuando ya iba a abandonar y estaba agotado por el esfuerzo, cogí una cría de delfín. Me había hecho un sedal largo con un hilo de cuerda, mas no tenía anzuelos y sin embargo pescaba con frecuencia; tanto como podía comer. Secaba las piezas al sol y me las comía secas.

5 de mayo. Trabajé en los restos del naufragio, corté otro bao por la mitad y saqué las grandes planchas de abeto de las cubiertas, las até todas juntas y al subir la marea las llevé flotando hasta la orilla.

6 de mayo. Trabajé en los restos del naufragio, saqué varios tornillos y otros

herrajes, trabajé mucho, llegué a casa muy cansado y tuve tentaciones de abandonar.

7 de mayo. Fui de nuevo al barco, esta vez sin intención de trabajar, pero encontré que lo que quedaba del casco se había partido solo al estar cortados los baos. Había distintos fragmentos del barco sueltos por ahí y la bodega había quedado tan abierta que se veía su interior, aunque estaba casi llena de agua y arena.

8 de mayo. Fui al naufragio y me llevé una palanca de hierro hasta la cubierta, que ahora estaba casi despejada de agua y arena; arranqué dos planchas y, también con la marea, las llevé hasta la orilla. Dejé la palanca en los restos del barco para el día siguiente.

9 de mayo. Fui al naufragio y, por medio de la palanca, me abrí paso hasta el centro, localicé al tacto varios toneles y los liberé, mas no pude abrirlos. Toqué también el rollo de láminas de plomo y hasta tiré de él, pero pesaba demasiado para sacarlo.

10, 11, 12, 13, 14 de mayo. Fui al naufragio todos los días y saqué una buena cantidad de trozos de leños, tablas, planchas y doscientas o trescientas libras de hierro.

15 de mayo. Me llevé dos hachuelas para ver si era capaz de recortar un trozo del rollo de plomo, golpeando con el extremo de una y tirando con la otra; sin embargo, como estaba palmo y medio dentro del agua no pude dar ni un solo golpe que acertara en la lámina.

16 de mayo. Había soplado el viento con fuerza durante la noche y los pecios parecían más destrozados por la fuerza del agua, pero pasé tanto rato en el bosque buscando pichones para comer que la marea me impidió acudir al barco ese día.

17 de mayo. Vi unos fragmentos del barco llevados hasta la orilla, a mucha distancia, casi dos millas, mas resolví acercarme a ver qué eran y descubrí que se trataba de una parte de la proa, aunque demasiado pesada para que pudiera llevármela.

24 de mayo. Hasta ese día, pasé todas las jornadas en los restos del naufragio, y con grandes esfuerzos logré soltar algunas cosas por medio de la palanca, de tal modo que cuando llegó la marea salieron flotando varios barriles y los cofres de dos marineros. Sin embargo, como ese día el viento soplaba desde la orilla, sólo llegaron a tierra algunos pedazos de madera y un cubo lleno de carne de Brasil estropeada por el agua salada y la arena.

Seguí aplicándome a la misma tarea cada día hasta el 15 de junio, salvo por el tiempo necesario para conseguir comida, cosa que durante esa parte de mis desempeños siempre reservaba para el momento en que subiera la marea, pues así estaba listo cuando volvía a bajar y, para entonces, había recogido ya madera, planchas y herrajes suficientes para armar un buen bote si hubiera sabido cómo hacerlo; además, en distintos intentos conseguí sacar varios trozos de lámina de plomo hasta un peso de casi cien libras.

16 de junio. Al bajar hasta la orilla me encontré una tortuga grande; era la primera

vez que veía una, aparentemente sólo por mala suerte por mi parte, pues la isla no tenía en ese sentido carencia ni escasez alguna. Daba la casualidad de que, si llego a estar en el otro lado de la isla las hubiera tenido a cientos cada día, según supe más adelante, aunque tal vez me habrían salido demasiado caras.

17 de junio. Lo pasé guisando la tortuga. Descubrí que llevaba en su interior sesenta huevos. Y en aquel momento su carne me pareció lo más sabroso y agradable que había probado en toda mi vida, pues desde mi llegada a aquel lugar horrible no había comido más carne que la de cabras y aves.

18 de junio. Llovió todo el día y no salí. Esta vez me pareció que la lluvia era fría y yo mismo estaba congelado, aunque sabía que no era normal en esas latitudes.

19 de junio. Muy enfermo y tiritando como si hiciera frío.

20 de junio. Sin descanso en toda la noche, violentos dolores de cabeza y sensación de fiebre.

21 de junio. Muy enfermo, casi muerto de miedo de tanta aprensión por mi triste condición de enfermo sin ayuda. Recé a Dios por primera vez desde la tormenta que me sorprendió al salir de Hull, mas apenas sabía lo que decía, ni por qué; eran confusos mis pensamientos.

22 de junio. Un poco mejor, aunque con un miedo terrible a la enfermedad.

23 de junio. Otra vez fatal, temblores fríos y luego un dolor de cabeza violento.

24 de junio. Mucho mejor.

25 de junio. Fiebres maláricas muy violentas; el ataque me duró siete horas, con escalofríos y leves sudores después.

26 de junio. Me encontraba mejor y, como no tenía vituallas, cogí la escopeta, aunque me sentía muy débil. Sin embargo, maté una cabra y la llevé a casa con grandes dificultades, asé una parte y me la comí. Hubiera preferido estofarla y hacer algo de caldo, pero no tenía pote donde hacerlo.

27 de junio. Volvieron las fiebres con tal violencia que hube de pasar todo el día acostado sin beber ni comer. Estaba a punto de morir de sed, pero tan débil que no me quedaban fuerzas para ponerme en pie y servirme un poco de agua. Volví a rezar a Dios, pero se me iba la cabeza; y cuando no era así estaba tan ignorante que no sabía qué decir. No hacía más que quedarme tumbado y exclamar: «Mírame, Dios, compadécete, apiádate de mí». Supongo que no hice nada más durante dos o tres horas, hasta que se me pasó el ataque y fui cayendo en el sueño y ya no me desperté hasta bien entrada la noche. Al despertar me encontré mucho más descansado, pero débil y sediento en exceso. De todos modos, como no tenía agua en mi vivienda, me vi obligado a acostarme otra vez hasta la mañana y dormir de nuevo. En esa segunda cabezada tuve este sueño espantoso.

Creía que estaba sentado en el suelo, fuera de mi valla, en el mismo sitio en que me había sentado cuando sopló la tormenta, después del terremoto, y que veía descender a un hombre de una enorme nube negra, envuelto en una gran llama de fuego, y echar pie a tierra. Todo él brillaba como una llama, de tal modo que apenas

soportaba mirar en su dirección; su semblante era inefablemente aterrador, tanto que las palabras no podrían describirlo; cuando puso un pie en el suelo, me dio la sensación de que la tierra temblaba igual que durante el terremoto y, en mi aprensión, me pareció que todo el aire se llenaba de centellas de fuego.

En cuanto puso un pie en el suelo avanzó hacia mí blandiendo una larga lanza con la intención de matarme; al llegar a un montículo, a cierta distancia, se dirigió a mí, o al menos yo oí una voz tan horrenda que resulta imposible expresar el terror que me provocó; lo único que puedo afirmar que entendí fue: «Viendo que nada de todo esto ha servido para que te arrepientas, ahora has de morir». Tras pronunciar esas palabras me pareció que levantaba la lanza que llevaba en la mano, dispuesto a matarme.

Ningún lector de este relato esperará que sea capaz de describir los horrores que experimentó mi alma ante esa terrible visión. Quiero decir que, aunque era un sueño, también soñé el horror. Ni siquiera me resulta más fácil describir la impresión que quedó en mi mente cuando desperté y descubrí que se trataba de un sueño.

Por desgracia, no tenía ningún conocimiento de los asuntos divinos. Cuanto había aprendido por las buenas instrucciones de mi padre se había desvanecido tras ocho años ininterrumpidos de fiebre marinera, así como por no poder mantener conversación más que con gente parecida a mí, vil y profana hasta el extremo. No recuerdo que en todo ese tiempo tuviera un solo pensamiento que invitara a alzar la mirada a Dios, o a volverla hacia el interior para reflexionar sobre mi manera de comportarme. Al contrario, me dominaba una cierta estupidez del alma, sin el menor deseo de Dios, ni conciencia alguna del mal, y me había convertido en lo que se le supone a las criaturas más endurecidas, malvadas e incapaces de pensar que se dan entre los marinos, sin el menor sentido del temor a Dios ante los peligros, ni del agradecimiento a Él debido en la salvación.

El relato de lo que ya forma parte del pasado de mi historia se hace más fácil de creer si añado que a lo largo de toda la variedad de desgracias que había experimentado hasta entonces nunca se me había ocurrido ni por asomo que aquello dependiera de la mano de Dios, o que se tratara de un castigo por mi pecado; mi comportamiento rebelde ante mi padre, o los pecados del presente, que también eran grandes; o incluso un castigo por el rumbo general de mi perversa vida. Mientras estaba de expedición por las costas desiertas de África, ni se me había ocurrido pensar qué sería de mí, o desear que Dios me señalara la dirección, o que me apartara de los peligros que aparentemente me rodeaban, ya provinieran de las fieras hambrientas o de los crueles salvajes. Al contrario, no dediqué ni un pensamiento a Dios ni a la Providencia; me comporté como un mero bruto ante los principios de la naturaleza, guiado apenas por los dictados del sentido común y, de hecho, ni siquiera por ellos.

Cuando me salvé y me recogió en alta mar el capitán portugués, quien me trató bien y se comportó conmigo de modo justo y honorable, además de caritativo, la gratitud no entró en mis pensamientos. Cuando de nuevo naufragué y corrí el riesgo

de ahogarme en esta isla, lejos estuvo de mí el arrepentimiento, o la noción de que se tratara de un castigo; sólo me decía con frecuencia que era «un perro desgraciado», nacido para vivir en la desgracia.

Es cierto que al llegar a esta orilla por primera vez y descubrir que toda la tripulación de mi barco se había ahogado, mientras que yo sí me había salvado, me sorprendió esa clase de éxtasis, ese transporte del alma que, si hubiera terciado la ayuda de la gracia de Dios, podría haberse convertido en verdadero agradecimiento. Mas terminó tal como había empezado, en un mero estallido de alegría común o, por así decirlo, «felicidad por estar vivo», sin la menor reflexión acerca de la inconfundible bondad de la mano que me había salvado, que me había escogido para salvarme mientras todos los demás se destruían; sin preguntarme por qué la Providencia había sido tan compasiva conmigo; apenas tuve la alegría común que suelen experimentar los marinos cuando alcanzan la orilla después de naufragar, un sentimiento que luego ahogan en la siguiente olla de ponche y que olvidan en cuanto pasa, como hice yo el resto de mi vida.

Incluso cuando más adelante, y tras pensarlo bien, tomé conciencia de mi situación, de cómo había ido a parar a un lugar horrendo, lejos del alcance de la humanidad, ajeno a cualquier esperanza de salvación o perspectiva de redención, en cuanto vi alguna posibilidad de sobrevivir y supe que no perecería de hambre, toda mi aflicción se desvaneció y empecé a sentirme a gusto, aplicado a las tareas requeridas para mi seguridad y aprovisionamiento y nada quedó tan lejos de mi mente como el dolor ante la posibilidad de que mi situación respondiera a un juicio de los cielos o a una acción de la mano de Dios contra mí. Esos pensamientos apenas acudían a mi mente.

Los brotes de cebada, tal como se insinúa en mi diario, tuvieron al principio una cierta influencia sobre mí y empezaron a afectarme en serio en la medida en que se me ocurrió que tenían algo de milagroso; más en cuanto descarté esa idea, la impresión que la había acompañado desapareció también, como ya he relatado.

Otro tanto me pasó con el terremoto, aunque no puede haber nada de naturaleza tan horrible, ni tan inmediatamente conectado con el poder invisible que dirige esas cosas. Pero en cuanto se desvaneció el miedo inicial que me había provocado, desapareció también la impresión correspondiente. Tenía tan poca conciencia de Dios, o de la posibilidad de que la aflicción propia de mis circunstancias tuviera algo que ver con su mano, como si hubiera vivido en las más prósperas circunstancias.

En cambio ahora, cuando empecé a enfermar y pude ver cómo desfilaban ante mí pausadamente las miserias de la muerte, cuando mi espíritu empezó a hundirse bajo el peso de un fuerte malestar y mi naturaleza quedó exhausta por la violencia de la fiebre, la conciencia que tanto había dormido dio en despertarse y yo empecé a reprocharme aquella vida pasada que, de un modo ahora tan evidente, por una maldad fuera de lo común, había provocado que la justicia de Dios me adjudicara aquellos golpes extraordinarios y me tratara de aquel modo tan vengativo.

Dichas reflexiones me oprimieron durante el segundo y el tercer día de convalecencia, en los que la violencia no sólo de la fiebre, sino también de los reproches de mi conciencia, me arrancó algunas palabras que parecían oraciones a Dios, aunque no puedo decir que se tratara de rezos alimentados por el deseo o la esperanza; era más bien la voz del puro miedo y de la desazón; mis pensamientos eran confusos, me pesaba mucho la condena y el horror de morir en aquella situación tan miserable me llenaba la mente de vapores de pura aprensión; en esa premura del alma, no sé muy bien qué pudo expresar mi lengua; era más bien alguna exclamación como: «¡Dios! ¡Qué desgraciada criatura soy! Si caigo enfermo, moriré sin duda por falta de ayuda. ¿Y qué será de mí?». Luego se me llenaban los ojos de lágrimas y no podía decir nada más durante un buen rato. En ese intervalo, me acudió a la mente el buen consejo de mi padre y enseguida pensé en la predicción que he mencionado al principio de esta historia. O sea, que si daba aquel paso loco no contaría con la bendición de Dios y más adelante habría de sobrarme el tiempo para reflexionar sobre mi desobediencia cuando nadie acudiera a ayudarme en mi recuperación. Ahora, me dije en voz alta, han de cumplirse las palabras de mi querido padre. La justicia de Dios me ha caído encima y no tengo quien pueda ayudarme o escucharme; rechacé la voz de la Providencia, que había tenido la piedad de situarme en una estación de la vida en la que hubiera podido ser feliz con comodidad; mas no quería verlo por mí mismo, ni aprender a distinguir por medio de mis padres que se trataba de una bendición; a ellos los obligué a lamentar mi capricho, mas ahora soy yo quien ha de lamentar las consecuencias; rechacé su ayuda, que me hubiera elevado en el mundo y me hubiera facilitado mucho las cosas, y ahora debo enfrentarme a dificultades tan grandes que ni siquiera la naturaleza es capaz de soportarlas, y eso sin ayuda, guía, consuelo ni consejo. Entonces exclamaba: «Dios, sé tú mi ayuda, pues es grande mi aflicción».

Era la primera oración, si puedo llamarla así, que rezaba en muchos años. Mas regreso a mi diario.

28 de junio. Me sentí reconfortado porque había dormido y porque se me habían pasado del todo los ataques; aunque el miedo y el terror que me había provocado aquel sueño eran enormes, pensé que el ataque de fiebre regresaría al día siguiente y que aquel era el momento para buscar algo que me refrescara y alimentase cuando me sobreviniera la enfermedad. Lo primero que hice fue llenar de agua una gran botella cuadrada y dejarla sobre la mesa, al alcance de la cama. Para templarla y evitar que me enfermara le añadí un cuarto de pinta de ron. Luego cogí un poco de carne de cabra y la asé en las ascuas, aunque apenas pude comer un bocado; caminé algo, pero estaba débil y triste y compungido por mi desgraciada situación. Temía el regreso de la enfermedad al día siguiente. Por la noche me preparé la cena con tres huevos de tortuga cocinados entre las cenizas del fuego y me los comí en su propia cáscara. Hasta donde me alcanza la memoria, aquella fue la primera vez que pedí la bendición de Dios para mi comida.

Después de cenar intenté salir a caminar, pero me encontraba tan débil que apenas podía cargar la escopeta (pues nunca salía sin ella), de modo que sólo caminé un poco y luego me senté en el suelo y me quedé mirando hacia el mar, que se extendía ante mí, liso y en calma. Mientras estuve allí sentado se me ocurrieron algunos pensamientos como los que siguen.

¿Qué es esta tierra y este mar que tanto he visto? ¿De dónde proceden? ¿Qué soy yo y qué son las demás criaturas, ya sean salvajes o mansas, humanas o brutales? ¿De dónde venimos?

Si somos todos obra de algún poder secreto que formó la tierra y el mar, el aire y el cielo, ¿de quién se trata?

Luego, con toda naturalidad deduje que Dios lo había hecho todo. Bien, mas luego resultaba extraño: si Dios ha hecho todas esas cosas, las guía y gobierna todas y todas le incumben; pues el poder capaz de crear todas las cosas, sin duda ha de ser capaz también de guiarlas y dirigir las.

Si así es, nada puede ocurrir en el gran circuito de sus obras sin que intervenga su voluntad, o al menos su conocimiento.

Y si nada ocurre sin su conocimiento, sabe que estoy aquí y que me hallo en esta aterradora condición; y si nada ocurre sin su voluntad, él ha querido que me suceda esto.

Nada se me ocurrió para contradecir aquellas conclusiones y, en consecuencia, aún me convencí con más fuerza de que debía ser así, que Dios había querido que me sucediera todo aquello; que había llegado a aquella circunstancia desgraciada bajo su dirección, pues sólo él tenía el poder, no ya sobre mí, sino sobre cuanto ocurre en el mundo. Entonces, de inmediato: «¿Por qué me ha hecho esto Dios? ¿Qué he hecho yo para ser tratado así?».

De inmediato la conciencia me reprochó esas preguntas como si hubiera blasfemado y me pareció que resonaba su voz: «¡Desgraciado! ¿Preguntas qué has hecho? ¡Mira tu horrorosa vida desperdiciada y pregúntate qué no has hecho! Pregúntate cómo puede ser que no hayas sido destruido mucho antes. ¿Por qué no te ahogaste en la rada de Yarmouth?

¿Por qué no moriste en la lucha cuando los guerreros de Salé atacaron el barco? ¿Por qué no percaste devorado por las fieras salvajes en la costa de África? O ahogado aquí mismo, cuando murió toda la tripulación menos tú. ¿Y te preguntas qué has hecho?».

Esas reflexiones me dejaron atónito y sin nada que decir siquiera para responderme a mí mismo. Me levanté pensativo y triste, caminé de regreso a mi escondite y escalé mi muro como si me dirigiera a la cama pero, ante la triste irrupción de mis pensamientos, no tenía ningunas ganas de dormir. Así que me senté en mi silla y encendí la lámpara, pues empezaba a oscurecer. Como el temor al regreso de la enfermedad me aterraba, se me ocurrió que los brasileños no toman otra medicación que el tabaco para casi cualquier enfermedad. Yo tenía en un cofre un

trozo de un rollo de tabaco que estaba curado en parte pero conservaba otro fragmento todavía sin curar del todo.

Acudí en su busca, sin duda dirigido por los cielos, pues en aquel cofre encontré una cura para el cuerpo y el alma. Al abrir el cofre, y tras encontrar lo que buscaba, o sea, el tabaco, como estaban allí también los pocos libros que había salvado, cogí una de las biblias que he mencionado antes y que hasta aquel momento no había tenido tiempo, ni apetencia alguna, de mirar. Digo que la cogí y, junto con el tabaco, la llevé hasta la mesa.

No sabía qué hacer con el tabaco al respecto de mi enfermedad; ni siquiera si me convenía o no probarlo. Aun así, probé diversos experimentos con él, decidido a que, de uno u otro modo, me sirviera de ayuda. Primero tomé un trozo de una hoja y lo masqué, cosa que al principio casi me dejó el cerebro estupefacto, pues se trataba de un tabaco verde y fuerte y yo no estaba acostumbrado a consumirlo; luego cogí otro trozo y lo metí en ron durante una o dos horas y decidí tomar una dosis cuando me acostara; y por fin, quemé un poco sobre unas ascuas y estuve inspirando el humo mientras pude aguantar tanto el calor como el sofoco.

Entretanto, cogí la Biblia y empecé a leer, pero tenía la mente demasiado estropeada por el tabaco, al menos en esa ocasión. Como abrí el libro al azar, las primeras palabras que encontré fueron: «Invócame en el día de la angustia, te libraré y tú me darás gloria».

Aquellas palabras eran muy apropiadas a mi situación y en el momento de leerlas dejaron alguna impresión en mi pensamiento, aunque no tanto como más adelante. Si puedo decirlo así, lo de la liberación no parecía ir conmigo. Era algo tan remoto, tan imposible según mi entendimiento de las cosas que empecé a decir lo mismo que los hijos de Israel cuando se les prometió carne para comer: «¿Será Dios capaz de aderezar una mesa en el desierto?». De igual modo empecé yo a decir: ¿Podrá Dios librarme de este lugar? Y como durante muchos años no se presentó ninguna esperanza, esa idea acudió a mi mente con frecuencia. En cualquier caso, aquellas palabras me impresionaron sobremanera y cavilé muy a menudo acerca de ellas.

Se hacía tarde y, como ya he dicho, el tabaco me espesaba tanto la mente que me entraron ganas de dormir, de modo que dejé la lámpara encendida en la cueva, por si acaso deseaba algo en plena noche, y me acosté. Sin embargo, antes de tumbarme hice lo que nunca había hecho en la vida: me arrodillé y pedí a Dios en oración que cumpliera la promesa de librarme si lo llamaba en el día de la angustia; al terminar mi plegaria truncada e imperfecta, me bebí el ron en que había sumergido el tabaco, cuyo sabor y hedor conservaba con tal fuerza que a duras penas conseguí tragarlo. Inmediatamente después me metí en la cama y resultó que me subió a la cabeza con tal violencia que caí en un sueño profundo y no me desperté hasta que, según la posición del sol, debían de ser cerca de las tres de la tarde del día siguiente. Aunque, hasta la fecha, opino en parte que dormí todo el día y la noche siguientes y hasta casi las tres del otro día. De otro modo, no se me ocurre por qué se me escapó un día en el

recuento de las semanas, según descubrí años después. Si hubiera sido por tanto cruzar la línea en ambos sentidos, habría perdido más de un día. Mas con certeza en mi recuento perdí sólo uno y nunca supe cómo.

Sea como fuere, al despertarme me encontré mucho más fresco, animoso y contento; al levantarme estaba más fuerte que el día anterior y mucho mejor mi estómago, pues tenía hambre. En pocas palabras, al día siguiente no tuve ningún ataque y todo fue a mejor. Eso fue el 29.

El día 30 estaba ya recuperado y salí con la escopeta, aunque no me atreví a alejarme demasiado. Maté un ave marina o dos, parecidas a las ocas, y me las llevé a casa, aunque no me inclinaba demasiado por comerlas. Así que volví a comer huevos de tortuga, que estaban muy buenos. Aquella noche renové la medicina que parecía haberme hecho tanto bien el día anterior, es decir, el tabaco sumergido en ron, aunque no tomé tanta cantidad ni mastiqué la hoja, ni aspiré el humo. Sin embargo, no me encontré tan bien al día siguiente, primero de julio, como había esperado; tuve un pequeño ataque de resfriado, pero no fue gran cosa.

2 de julio. Volví a tomar la medicina de las tres maneras y me dormí como la primera vez; dupliqué la cantidad de ron.

3 de julio. Se acabaron para siempre los ataques, aunque no recuperé del todo las fuerzas hasta varias semanas después. Mientras trataba de recuperarme, mis pensamientos se centraron en las Escrituras: «Te libraré». La imposibilidad de liberación me pesaba sobremanera, por mucho que mantuviera la esperanza. Sin embargo, mientras me desanimaba con aquellos pensamientos, se me pasó por la mente que me enfrascaba tanto en la salvación de mi problema principal que olvidaba la salvación que sí había recibido, y entonces me veía obligado a hacerme las siguientes preguntas: ¿Acaso no había recibido una asombrosa salvación de la enfermedad? Me había salvado de la peor de las condiciones posibles, y de la que más me aterraba, y no me daba por enterado. ¿Había cumplido con mi parte? ¿Dios me había librado, mas yo no le daba gloria? Es decir, si no había cumplido mi parte mostrando gratitud por la salvación, ¿cómo podía esperar una salvación aún mayor?

Eso me llegó con fuerza al corazón y de inmediato me arrodillé y, en voz alta, di gracias a Dios por haberme recuperado de la enfermedad.

4 de julio. Por la mañana cogí la Biblia y, empezando por el Nuevo Testamento, me puse a leerla en serio y me impuse la obligación de leerla un rato cada día por la mañana y por la noche, sin fijar la duración de la lectura por el número de capítulos, sino por lo que resistiera mi pensamiento. Poco tiempo transcurrió desde que inicié en serio esa tarea hasta que descubrí que la maldad de mi vida pasada tenía un efecto más sincero y profundo en mi corazón. Renació la impresión de aquel sueño y las palabras «nada de todo esto ha servido para que te arrepientas» ocuparon seriamente mis pensamientos. En una ocasión estaba pidiendo a Dios con todas mis fuerzas que me ayudara a arrepentirme cuando quiso la Providencia que aquel mismo día, leyendo las Escrituras, encontrase estas palabras: «A este le ha exaltado Dios con su

diestra para que entregue la salvación y el arrepentimiento». Tiré el libro y con las manos y todo mi corazón alzado al cielo, en una especie de éxtasis de alegría, exclamé a todo pulmón: «Jesús, hijo de David, Jesús, príncipe y salvador exaltado, concédeme el arrepentimiento».

Era la primera vez en toda mi vida que podía decir, en el verdadero sentido de la palabra, que había rezado, pues esta vez lo hacía en función de mis circunstancias, pero también con una perspectiva de esperanza fundada en el estímulo de la palabra de Dios encontrada en las verdaderas Escrituras. Y desde entonces puedo decir que empecé a alimentar la esperanza de que Dios me oiría.

Comencé a interpretar las palabras «invócame y te libraré» con un sentido distinto al que les daba antes; porque antes no tenía ninguna noción de la liberación más allá de la salvación de la cautividad en que me encontraba. Al fin y al cabo, por muy suelto que yo estuviera, la isla era ciertamente una prisión para mí en el peor de los sentidos. En cambio, ahora aprendía a interpretarlo en otro sentido: miraba hacia atrás, a mi propia vida pasada, con tal horror, y con una visión tan terrible de mis pecados, que mi alma no pedía nada a Dios, sino liberación de la carga de culpa que hundía todo mi consuelo. En cuanto a mi vida solitaria, nada era. Ni siquiera rezaba para librarme de ella, ni pensaba en ella. No era digna de ser tenida en cuenta en comparación con aquello. Y añado esto aquí para aclarar a quien lo lea que si llegan al verdadero sentido de las cosas encontrarán que la liberación del pecado es una bendición mucho mayor que la de la aflicción.

Mas abandono esta parte para regresar al diario.

A partir de entonces mi situación, si bien no dejó de ser desgraciada en cuanto concierne al modo de vida, sí se volvió mucho más fácil de aceptar para mi mente. Mis pensamientos, dirigidos por una lectura constante de las Escrituras y por la oración, se concentraban en asuntos de más elevada naturaleza; tenía un gran consuelo interior, cuya existencia ni siquiera había conocido anteriormente, y además, al recuperar la salud y las fuerzas, me esforcé por proveerme de todo aquello que necesitaba para adoptar el modo de vida más regular posible.

Entre el 4 y el 14 de julio me dediqué principalmente a pasear con la escopeta en la mano, de a poquitos, como corresponde al hombre que recupera las fuerzas tras el ataque de la enfermedad. Pues cuesta imaginar lo bajo que me encontraba y a qué extremos de debilidad me veía reducido. El remedio que había usado era nuevo por completo y tal vez nunca antes hubiera curado unas fiebres, ni podría yo recomendarlo a nadie a partir de mi experimento. Y aunque es cierto que se llevó los ataques, también contribuyó en buena medida a debilitarme: durante cierto tiempo experimenté frecuentes convulsiones en los nervios y en las extremidades.

De aquella experiencia en particular aprendí también que andar por ahí en la estación de las lluvias era lo más peligroso para mi salud, sobre todo con aquellas lluvias que llegaban acompañadas de tormentas y vendavales. Aunque en la estación seca también se producían esas tormentas, descubrí que la temporada húmeda era

mucho más peligrosa que las lluvias que caían en septiembre y octubre.

Llevaba ya más de diez meses en aquella isla desgraciada y cualquier posibilidad de salvación parecía totalmente abandonada; y estaba firmemente convencido de que jamás había pisado aquel lugar ser alguno con forma humana. Como ya había pertrechado mi vivienda por completo según mi parecer, tuve grandes deseos de explorar más a fondo la isla y ver si encontraba algún producto del que aún no supiera nada.

Fue el 15 de julio cuando empecé a inspeccionar la isla con más detalle: primero subí desde el arroyo de la cala donde, tal como he explicado ya, desembarcaba mis balsas; tras recorrer unas dos millas descubrí que la marea no pasaba de allí, de modo que se convertía en poco más que un riachuelo de agua corriente, muy fresca y buena. Sin embargo, como era la estación seca, en algunos tramos apenas llevaba agua, o por lo menos no la suficiente para verla correr.

En las orillas del riachuelo encontré sabanas y prados: llanos, lisos, cubiertos de hierba; y cuando ya se empezaban a elevar hacia las tierras altas, donde, como podía suponerse, nunca llegaba a desbordarse el agua, encontré grandes cantidades de tabaco verde que crecía en unos tallos grandes y muy fuertes; había diversas otras plantas de cuya naturaleza no tenía noción o conocimiento alguno y que acaso tuvieran sus propias virtudes, aunque no supe yo encontrárselas.

Busqué raíz de mandioca, de la que obtienen el pan los indios en todo su territorio, mas no pude hallarla. Vi grandes plantas de aloe, pero no las cogía. Vi varias cañas de azúcar, mas salvajes e imperfectas por no haber sido cultivadas. Me contenté con esos descubrimientos de momento y regresé, cavilando para mis adentros qué camino tomar para conocer las virtudes y bondades de cualquier fruta o planta que descubriese, si bien no llegué a ninguna conclusión. Pues, al fin y al cabo, había hecho tan poca observación mientras estaba en Brasil, que apenas sabía nada de las plantas del campo, o al menos nada que pudiera resultarme útil en mis tribulaciones.

Al día siguiente, 16, subí otra vez por el mismo sitio y, tras llegar algo más lejos que el día anterior, descubrí que el riachuelo y la sabana iban desapareciendo y el paisaje se volvía más boscoso; en esa zona encontré distintos frutos, en particular melones en abundancia por el suelo y uvas en los árboles. En efecto, las parras se esparcían por los árboles y los racimos de uva estaban en su apogeo, muy maduros y sabrosos. Fue un descubrimiento sorprendente que me produjo una enorme alegría, mas la experiencia me advirtió que comiera con prudencia al recordar que, cuando estuve en las costas bereberes, unos cuantos ingleses que estaban allí en calidad de esclavos habían muerto por comer uvas que les provocaron fiebres y disentería. Sin embargo, encontré un uso excelente para aquellas uvas, consistente en secarlas al sol y conservarlas como uva seca, o pasa, convencido de que, cuando no tuviera fruta fresca a mano, las pasas resultarían tan agradables y sanas como aquellas y así fue.

Pasé allí toda aquella tarde y no regresé a mi asentamiento de modo que, por así

decirlo, fue la primera noche que pasé fuera de casa. Por la noche recuperé mi primer ingenio y me subí a un árbol, donde dormí bien. A la mañana siguiente seguí con mi exploración y avancé casi cuatro millas siempre hacia el norte, según me pareció por la extensión del valle, circundado por cadenas de montañas al sur y otra al norte.

Al final de dicha marcha llegué a un claro donde el terreno parecía descender hacia el oeste y vi un pequeño manantial de agua fresca que brotaba cerca de mí, a un lado de la colina, y corría hacia el lado contrario, o sea, el este; el paisaje parecía tan fresco, tan verde, tan floreciente que todo se mantenía en un verdor constante, un florecer de primavera tal que parecía un jardín plantado.

Descendí un poco por la ladera de aquel delicioso valle y lo inspeccioné con el placer secreto (si bien mezclado con mis otros pensamientos afligidos) de pensar que todo aquello era mío, que yo era el rey y señor indiscutible de aquel territorio y tenía un derecho de propiedad; y, si encontraba el modo de transmitirlo, podía dejarlo en herencia de un modo tan completo como cualquier lord de Inglaterra podría dejar su casa solariega. Vi árboles del cacao, naranjos, limones y ponciles en abundancia, mas eran todos salvajes y bien pocos llevaban fruta alguna, al menos en esa época. De todos modos, las limas verdes que fui cogiendo no sólo resultaron agradables de comer, sino también muy sanas; más adelante mezclé su zumo con el agua y eso la volvía muy sana y refrescante.

Entonces me di cuenta de que tenía ya provisiones suficientes para recogerlas y llevármelas a casa y decidí preparar un almacén de uvas, limas y limones para aprovisionarme en la estación de las lluvias, que ya sabía cercana.

A tal efecto, apilé un gran montón de uvas en un lugar, otro no tan grande en otro lugar y un montón de limas y limones en un tercer punto; luego recogí un poco de cada montón para llevármelo a casa y decidí que ya volvería por ahí con una bolsa o un saco o con lo que pudiera inventar para llevarme todo el resto.

En consecuencia, después de tres días de viaje llegué a casa, pues así debo llamar a mi tienda y mi cueva. Sin embargo, antes de llegar se había estropeado ya la uva: era tan madura la fruta y pesaba tanto su jugo que estaba toda rota y chafada y servía ya para bien poco, o nada. Las limas estaban bien, pero apenas había podido acarrear unas pocas.

Al día siguiente, que ya era 19, regresé con dos bolsas que había preparado para recoger mi cosecha. Sin embargo, al llegar a mi montón de uva, tan rica y fina cuando la había apilado, me llevé la sorpresa de encontrarla toda desperdigada y pisoteada. Había racimos arrastrados por todos lados y una buena cantidad comidos, devorados. De ello concluí que había por esa zona criaturas salvajes y que lo habían hecho ellas; mas ignoraba qué serían.

En cualquier caso, como confirmé que no las podía disponer en montones ni llevármelas en un saco, pues con el primer método se destruían y con el segundo llegaban chafadas por su propio peso, probé otra manera; recogí una gran cantidad de uvas y las colgué de las ramas externas de los árboles, de manera que pudieran

curarse y secarse al sol; en cuanto a las limas y los limones, me llevé de vuelta tantas como fui capaz de cargar sin que me flaquearan las fuerzas.

Al regresar a casa después de aquel viaje, pensé con gran placer en la abundancia de frutas que ofrecía aquel valle y en lo agradable de su situación, el refugio que aquel lado del río y el bosque me brindaban contra las tormentas. Llegué a la conclusión de que el lugar que había escogido para fijar mi asentamiento era, con mucho, el peor de todo el territorio. En consecuencia, empecé a pensar en mudar mi vivienda y buscar un lugar tan seguro como el que ahora ocupaba, a ser posible, en aquella zona tan fértil de la isla.

Muchas vueltas di a esa idea, que durante un largo tiempo me pareció interesante, pues me tentaba lo agradable de aquel lugar; sin embargo, al pensarlo con más detenimiento tuve en cuenta que ahora estaba junto al mar, donde al menos cabía la posibilidad de que ocurriera algo en mi beneficio y el mismo destino desgraciado que me había traído hasta aquí provocara otros infelices naufragios en el mismo lugar. Y aunque era bien escasa la probabilidad de que ocurriera algo así, encerrarme entre las colinas y los bosques en el centro de la isla implicaba anticipar mi cautiverio y convertir aquel supuesto no ya en poco probable, sino en imposible del todo; en consecuencia, bajo ningún concepto debía mudarme.

De todos modos, estaba tan enamorado de aquel lugar que pasé allí gran parte de mi tiempo durante lo que quedaba del mes de julio; y aunque, como ya he contado, resolví no mudarme tras pensármelo bien, sí me construí una especie de glorieta emparrada que rodeé a buena distancia con una cerca fuerte, de doble espesor y tan alta como pude, con sus buenas estacas y rellena de maleza. Allí pasaba a buen recaudo a veces hasta dos o tres noches seguidas, usando siempre una escala para entrar y salir; o sea, que me sentía como si tuviera una casa en el campo y otra en la costa. Esos trabajos me llevaron hasta principios de agosto.

Apenas acababa de dar por terminada la valla y empezaba a disfrutar del resultado de mi esfuerzo cuando llegaron las lluvias y me obligaron a permanecer cerca de mi primera vivienda, pues si bien en la segunda también había levantado una tienda parecida con un fragmento de una vela bien estirado, no tenía el abrigo de una colina que me refugiase de las tormentas, ni una cueva a la que retirarme cuando las lluvias eran extraordinarias.

Hacia principios de agosto, como he dicho, había terminado ya mi glorieta y empezaba a disfrutarla. El día 3 descubrí que las uvas que había colgado estaban perfectamente secas y, desde luego, se habían convertido en excelentes pasas; así que empecé a descolgarlas de los árboles y fue una feliz idea pues las lluvias que pronto llegaron las hubieran estropeado, echando así a perder la mejor parte de mis provisiones de invierno, pues tenía unos doscientos racimos grandes. En cuanto los descolgué y llevé la mayoría hasta la cueva, empezó a llover y desde aquel día, que era el 14 de agosto, siguió lloviendo más o menos todos los días hasta mediados de octubre, a veces con tal violencia que no podía sacar la cabeza de la cueva durante

jornadas seguidas.

En esa estación me llevé la gran sorpresa de ver crecer a mi familia; estaba preocupado por la pérdida de una de mis gatas, que se me había escapado, o a la que daba por muerta, y estuve sin noticias de ella hasta que, para mi sorpresa, volvió a casa hacia finales de julio con tres gatitos; eso fue lo más raro, pues aunque había matado a un macho de gato montés con mi escopeta, me había parecido de una especie muy distinta de nuestros gatos europeos; sin embargo, los cachorros eran muy parecidos a los gatos domésticos, igual que su madre; y como los dos ejemplares que yo tenía hasta entonces eran hembras, me pareció muy extraño. Sin embargo, después de aquellos primeros tres, me vi acosado por tal cantidad de gatitos que terminé teniendo que matarlos como a alimañas o bestias salvajes, y echarlos de mi casa siempre que podía.

Desde el 14 hasta el 26 de agosto, lluvia incesante que me impidió moverme y me obligaba a tomar muchas precauciones para no mojarme. Así confinado empecé a padecer escasez de comida, mas me aventuré a salir en dos ocasiones: un día maté una cabra y el segundo, día 26, encontré una tortuga enorme que era como un banquete. Así regulaba mis comidas: un racimo de uva por la mañana, un trozo de carne de cabra o de tortuga a mediodía, asada, pues para mi gran desgracia no tenía vasija alguna que me permitiera guisar o estofar nada; y por la noche, dos o tres huevos de tortuga.

Mientras me vi confinado en la cueva por culpa de la lluvia, dediqué cada día dos o tres horas a agrandar la cueva y fui avanzando progresivamente hacia un lado hasta que alcancé la ladera de la colina y pude hacer allí una puerta de salida que iba a dar más allá de mi muro, para poder entrar y salir por ella. Sin embargo, no me sentía del todo cómodo con esa apertura, pues hasta entonces me las había arreglado para quedar encerrado por completo, mientras que ahora me sentía expuesto y abierto a quien quisiera atacarme. Mas tampoco percibía que hubiera ningún ser vivo al que temer, pues la criatura más grande que había visto hasta entonces en la isla era una cabra.

El 30 de septiembre llegó el desgraciado aniversario de mi desembarco. Conté las marcas en mi poste y descubrí que llevaba en aquella orilla trescientos sesenta y cinco días. Aquella jornada mantuve un solemne ayuno y la reservé al ejercicio religioso, postrado en el suelo en la más severa humillación para confesar a Dios mis pecados, reconocer que era justo su juicio sobre mí y rogarle que tuviera piedad de mí por medio de Jesucristo; como llevaba doce horas sin probar ni el menor refresco siquiera hasta que se puso el sol, entonces comí una galleta de pan y un racimo de uva y me fui a la cama para acabar el día tal como lo había empezado.

Durante todo ese tiempo no había respetado el descanso dominical, pues al principio no había en mi mente ningún sentido religioso y al cabo de un tiempo había dejado de señalar el paso de las semanas marcando el domingo con un palo más largo que el resto, de modo que en verdad no sabía en qué día vivía. Sin embargo, ahora, al

contarlos, como ya he explicado, descubrí que había pasado un año. Así que lo dividí en semanas y puse aparte un día de cada siete, para el descanso semanal, si bien al fin del recuento descubrí que en mis cuentas se me había perdido un día o dos.

Poco después empecé a quedarme sin tinta, de modo que me contenté con racionarla y usarla sólo para anotar los sucesos más destacados de mi vida, sin continuar el recordatorio cotidiano de los demás.

Empezó a parecerme que la alternancia entre la estación seca y la de las lluvias se daba con regularidad y aprendí a dividir las para que su llegada me cogiese preparado. Sin embargo, esa experiencia hube de pagarla cara y pretendo contarla, pues fue uno de los experimentos más descorazonadores que jamás he probado. Ya he mencionado que había conservado unas pocas semillas de la cebada y el arroz cuyo crecimiento me había parecido tan sorprendente por creer que brotaban por sí solos, y calculo que había unas treinta espigas de arroz y otras veinte de cebada. Me pareció que había llegado el buen tiempo para sembrarlas, ya pasadas las lluvias y con el sol distante hacia el sur.

En consecuencia, cavé un trozo de tierra como buenamente pude con mi pala de madera y, tras dividirlo en dos partes, sembré el grano. Sin embargo, mientras lo hacía se me ocurrió no sembrarlo todo de golpe, pues no estaba seguro de cuál sería la estación más idónea; por eso sembré más o menos dos tercios de las semillas y conservé un puñado de cada tipo.

Luego me alivió mucho haberlo hecho así, pues de ninguna de aquellas semillas brotó grano alguno; durante los meses secos que siguieron, la tierra sembrada no recibió nada de lluvia y se quedó sin humedad que ayudara al crecimiento, de modo que no llegaron a germinar hasta que regresó la temporada de lluvias y sólo entonces empezaron a crecer como si estuvieran recién sembradas.

Al ver que no germinaban las semillas me resultó fácil imaginar que era por culpa de la sequía y busqué un lugar más húmedo para hacer otra prueba. Cavé un trozo de tierra más cerca de mi refugio nuevo y planté el resto de las semillas en febrero, poco antes del equinoccio primaveral; las regaron los meses de marzo y abril, muy lluviosos, y ofrecieron una muy buena cosecha; mas como sólo me había quedado una pequeña parte de las semillas y ni siquiera me había atrevido a plantar todas las que conservaba, toda mi cosecha se limitó a un cuartal de cada tipo.

Sin embargo, mediante ese experimento me convertí en un experto, averigüé con exactitud cuál era la mejor época para la siembra y supe que podía esperar dos siembras cada año, con sus correspondientes cosechas.

Mientras crecía el cereal hice un pequeño descubrimiento que más adelante me resultó útil. En cuanto cesaron las lluvias y el tiempo empezó a asentarse, cosa que ocurrió hacia el mes de noviembre, fui de visita a la zona de mi glorieta y, pese a que llevaba meses sin pasar por allí, encontré que todo estaba tal como lo había dejado. No sólo seguía firme y entero el cerco, el doble seto que había preparado, sino que a las estacas que yo había cortado de algunos árboles de los alrededores les habían

brotado largas ramas, como suele ocurrir con los sauces después de la primera poda. No sabría decir de qué clase de árboles había cortado aquellas estacas. Me sorprendió y agradó mucho ver cómo habían crecido aquellos pimpollos. Los podé y les fui poniendo guías para que crecieran del modo más uniforme posible; es difícil creer la bella figura que compusieron al crecer durante tres años, de tal modo que aunque el muro trazaba un círculo de unas veinticinco yardas de diámetro, los árboles, pues ya podía llamarlos así, tardaron poco en cubrirlo y ofrecer una sombra compacta y suficiente para alojarse bajo ella en la temporada seca.

Ese suceso me animó a talar más estacas y hacerme un seto como aquel en semicírculo, en torno a mi muro; me refiero al de mi primer alojamiento. Así, coloqué los árboles, o estacas, en una hilera doble a unas ocho yardas del primer cerco y enseguida empezaron a crecer para convertirse, de entrada, en un agradable techo para mi vivienda; más adelante sirvieron también de defensa, como comentaré en su debido momento.

A esas alturas aprendí que las etapas del año no podían establecerse, como hacemos en Europa, a partir del invierno y el verano, sino de las estaciones de lluvia y de sequía, que seguían este cuadro general:

Mediados de febrero, marzo, mediados de abril	Lluvioso, con el sol en el equinoccio, o cerca del mismo
Mediados de abril, mayo, junio, julio, mediados de agosto	Seco, con el sol al norte de la línea
Mediados de agosto, Septiembre, mediados de octubre	Lluvioso, con el sol ya de regreso
Mediados de octubre, noviembre, diciembre, enero, mediados de febrero	Seco, con el sol al sur de la línea

La temporada de lluvias podía durar algo más o menos según soplaran los vientos, pero esa fue mi observación general. Después de descubrir por propia experiencia las consecuencias de que la temporada de lluvias me pillara al aire libre, me aseguré de tener provisiones de antemano para no verme obligado a salir y, durante los meses húmedos, pasaba el mayor tiempo posible a cubierto.

Durante esas temporadas tenía muchos quehaceres (muy apropiados, además, a la época), pues encontraba ocasión de dedicarme a muchas cosas que de otro modo no podía obtener, salvo por medio de mi duro esfuerzo y de una aplicación constante; en particular, intenté hacerme una cesta de muchas maneras distintas, pero las ramitas que conseguía para tal propósito eran tan quebradizas que no servían para nada. En ese momento conté con la gran ventaja de que, de pequeño, me gustara tanto pasar ratos en la cestería del pueblo donde vivía mi padre para ver cómo trabajaban el mimbre; como la mayoría de los niños, tenía buena disposición para ayudar, observaba con atención el modo en que trabajaban y a veces hasta echaba una mano, lo que me permitió conocer a fondo sus métodos. Por eso, lo único que me faltaba era el material adecuado, hasta que se me ocurrió que las ramillas más finas de aquellos árboles que había usado para hacer estacas podían ser firmes como los sauces de Inglaterra, incluso en sus variantes caprea y cenicienta, de modo que decidí probarlo.

En consecuencia, al día siguiente fui a mi casa de campo, pues así la llamaba, y al cortar algunas ramillas vi cumplido mi deseo de que fueran aptas para aquel propósito. Por eso la siguiente vez acudí preparado con una hachuela para cortar una buena cantidad que apenas me costó encontrar, pues las había en abundancia; las puse a secar dentro de mi seto circular y, cuando estuvieron listas para el uso, me las llevé a la cueva. Allí, durante la siguiente estación, me dediqué a hacer como mejor pude una buena cantidad de cestas, tanto para acarrear tierra como para llevar o cargar cualquier otra cosa que hiciera falta. Y aunque no tuvieran un acabado precioso, cumplían con suficiencia el uso pretendido; así que más adelante me aseguré de no quedarme nunca sin ellas y, cuando empezaba a echarlas en falta, hacía unas cuantas más; sobre todo, unas cestas fuertes y bien hondas para guardar en ellas el grano, y no en sacos, cuando tuviera grandes cantidades del mismo.

Superada esa dificultad, en la que empleé gran cantidad de tiempo, me esforcé por ver si era posible solucionar dos carencias. No tenía ningún continente en el que guardar líquidos, salvo por dos barriles casi llenos de ron y algunas botellas de cristal, unas de tamaño corriente y otras cuadradas, de las que se usan para guardar agua y licores. No tenía nada parecido a una olla para hervir cosas, salvo por una magnífica pava que había salvado del barco y que era demasiado grande para lo que yo necesitaba: es decir, para hacer caldo y estofar algún pedazo de carne. Lo segundo que me hubiera encantado tener era una pipa de tabaco. Aunque parecía imposible hacer una, al final me las ingení también para eso.

Me dediqué a plantar la segunda hilera de estacas o columnas y a la cestería durante todo el verano, o temporada seca, hasta que otro asunto me robó una cantidad de tiempo que ni siquiera había imaginado tener.

Ya he mencionado que estaba decidido a ver toda la isla y que me había adentrado ya hasta el riachuelo y más allá, hasta el lugar en que construí mi glorieta, desde donde se abría un camino que casi llegaba al mar por el otro extremo de la isla; ahora resolví cruzarla para llegar hasta la orilla de ese lado. De modo que tomé la escopeta,

una hachuela y mi perro, junto con una cantidad de pólvora y municiones mayor de lo habitual, dos bizcochos de pan y un gran racimo de uva para llevar en el morral y emprendí el viaje: después de cruzar el valle de mi segundo refugio, llegué a ver el mar al oeste y, por tratarse de un día muy claro, distinguí con claridad algo de tierra, aunque no pude saber si era una isla o formaba parte de un continente; en cualquier caso, se alzaba bastante y se extendía desde el oeste hacia el sudoeste a una gran distancia; según mis cálculos, no podía estar a menos de quince o veinte leguas.

No fui capaz de discernir qué parte del mundo era aquella, aparte de saber que debía de pertenecer a América y, según concluí en función de todas mis observaciones, tenía que quedar cerca de los dominios de los españoles y acaso habitada por salvajes, de tal modo que, de haber desembarcado allí, mi situación hubiera sido aún peor de lo que era; en consecuencia, admití que la Providencia, en la que ya empezaba a creer, disponía las cosas del mejor modo posible. Diré que con eso acallé mi mente y dejé de torturarme con el vano deseo de haber estado allí.

Además, tras detenerme a pensar en el asunto, tuve en cuenta que si aquella costa era tierra de españoles, sin duda vería, antes o después, algún barco que pasara en una u otra dirección: en caso contrario, se trataba de tierra de salvajes entre el territorio de los españoles y Brasil, y esos son los salvajes de peor consideración, pues se trata de caníbales, o comedores de hombres, que no dudan en acabar con la vida de cualquier cuerpo humano que caiga en sus manos para luego devorarlo.

Con esas consideraciones en mente avancé muy lentamente y me pareció que el lado de la isla en que me encontraba era mucho más agradable que el mío, con sus sabanas y sus claros adornados de flores y de hierba, lleno también de bellos bosques. Vi loros en abundancia y me entraron ganas de capturar alguno para domesticarlo en la medida de lo posible y enseñarle a hablarme. Con algunas penurias sí logré capturar un loro joven derribándolo con un palo y, tras recuperarlo, me lo llevé a casa, pero me costó años conseguir que hablara. De todos modos, al fin le enseñé a llamarme por mi nombre con mucha familiaridad. Aunque el accidente que eso provocó, si bien apenas fue una bagatela, resultará muy entretenido cuando llegue el momento.

Aquel viaje me entretuvo sobremanera: en las tierras bajas encontré liebres, o eso me parecieron, y zorros, pero muy distintos de los que yo conocía; tampoco me vi con ánimos de comérmelos, aunque maté unos cuantos. Mas no tenía necesidad de atreverme, pues tenía comida de sobra, y además de la buena, sobre todo estas tres cosas: cabras, pichones y tortugas. Si añadimos la uva, ni en el mercado de Leadenhall se podría haber provisionado una mesa mejor que la mía, en proporción a los comensales disponibles; y, si bien mi situación era deplorable, tenía motivos para mostrarme agradecido por disponer de comida en abundancia, incluida alguna exquisitez, en vez de pasar penurias de hambre.

Durante aquel viaje, nunca avanzaba más de dos millas, más o menos, cada día, pero daba tantas vueltas para ver qué se podía explorar, que siempre llegaba exhausto

al lugar donde hubiera decidido detenerme a pasar la noche. Y entonces reposaba subido a un árbol o me rodeaba con una hilera de estacas clavadas en el suelo, sacadas de algún árbol, o con algo por el estilo para que ninguna criatura salvaje pudiera acercarse sin despertarme.

Al llegar al litoral me sorprendió comprobar que me había asentado en el peor lugar de la isla, pues aquí la orilla estaba cubierta de incontables tortugas, mientras que en el otro lado apenas había encontrado tres en un año y medio. Había además una cantidad innúmera de aves de muchas clases, sólo algunas de las cuales había visto antes, y muchas tenían buena carne. Pero no conocía sus nombres, salvo en el caso de los pingüinos.

Hubiera podido matar tantos como quisiera, pero debía ahorrar pólvora y munición y prefería matar una cabra, porque me alimentaba más; y aunque en aquella parte de la isla había muchas más que en la mía, era más difícil acercarse a ellas, pues al ser liso y regular el terreno me veían mucho antes que cuando las cazaba en el monte.

Confieso que esa parte del territorio me pareció mucho más agradable que la mía, pero no sentí ni la menor inclinación por mudarme allí; como estaba tan acomodado ya en mi residencia, se había vuelto natural para mí, y mientras estuve fuera me pareció en todo momento estar de viaje, lejos de casa. De todos modos, recorrí la costa hacia el este, calculo que unas doce millas, y luego, tras dejar un poste largo clavado en la orilla como marca, concluí que debía regresar a casa y que en el siguiente viaje iría hacia el otro lado de la isla, al este de mi asentamiento, y daría la vuelta para llegar de nuevo hasta el poste. Ya hablaremos de eso.

Para la vuelta escogí un camino distinto, creyendo que podría mantener fácilmente la isla entera al alcance de la vista, que me bastaría con otear el territorio para encontrar mi primer asentamiento; sin embargo, me equivocaba. Cuando ya llevaba unas dos o tres millas descubrí que había descendido hacia un valle muy grande y tan rodeado de colinas boscosas que sólo podía saber en qué dirección avanzar por la posición del sol, y ni siquiera eso, salvo que supiera muy bien cuál era la posición a cada hora del día.

Para mi mayor desgracia sucedió que el tiempo se volvió brumoso durante tres o cuatro días, mientras yo estuve en el valle. Y al no conseguir ver el sol deambulé con mucha incomodidad y al final me vi obligado a llegar hasta la orilla, buscar mi poste y regresar por donde había ido. Entonces, con desplazamientos más fáciles regresé hacia mi casa; el calor era excesivo y me pesaban mucho la escopeta, la munición, la hachuela y todo lo demás.

En ese viaje, mi perro sorprendió a un cabrito, lo acosó y yo eché a correr para apresarlo, lo pillé y conseguí que el perro no lo matara; tenía toda la intención de llevármelo a casa si podía ser, pues a menudo había pensado si sería posible conseguir un par de ejemplares jóvenes y criar un rebaño de cabras domésticas para aprovisionarme cuando se me terminara la pólvora y la munición.

Le hice un collar a la criatura y con una cuerda del esparto que siempre llevaba conmigo fui tirando de ella, aunque no sin dificultades, hasta que llegué a mi glorieta y pude encerrarla y dejarla allí. Estaba muy impaciente por llegar a casa tras un mes de ausencia.

No tengo palabras para expresar la satisfacción que me brindó entrar en mi vieja cabaña y tumbarme en la hamaca. Aquel viajecillo sin lugar de descanso fijo me había resultado tan desagradable que mi casa, pues así la llamaba, parecía en comparación el asentamiento perfecto; todo resultaba tan cómodo que decidí no volver a alejarme mucho nunca más mientras el destino me obligara a permanecer en la isla.

Allí mantuve reposo durante una semana, para descansar y regalarme tras el largo viaje, durante el cual había tenido que dedicar la mayor parte del tiempo al pesado asunto de hacer una jaula para mi *Poll*, mi loro, que ya empezaba a estar domesticado y a sentirse cómodo conmigo. Luego me puse a pensar en el pobre cabrito que había dejado atado en mi glorieta circular y decidí irlo a buscar para llevármelo a casa, o al menos darle de comer. En consecuencia, fui para allá y lo encontré donde lo había dejado, pues ciertamente no podía salir de allí, mas casi muerto de hambre. Corté ramas de las copas de algunos árboles y arbustos y se las eché para que comiera. Tras alimentarlo, lo até como había hecho anterior mente para llevármelo, pero el hambre lo había vuelto tan manso que no hacía falta atarlo; me seguía como un perro y, como yo no hacía más que darle de comer, la criatura se volvió tan amorosa, gentil y cariñosa que desde entonces quedó domesticada por completo y nunca más quiso irse.

Llegó la estación de lluvias correspondiente al equinoccio otoñal y yo guardé la fiesta del 30 de septiembre con la misma solemnidad que en la ocasión anterior, pues se cumplía el aniversario de mi llegada a la isla, en la que llevaba ya dos años sin mayor perspectiva de salvación que el primer día. Dedicué toda la jornada a reconocer, con gratitud y humildad, que mi solitaria condición hubiera recibido tanta piedad, sin la cual podría haber sido infinitamente más desgraciado. Di las gracias a Dios con humildad y de todo corazón por haberse complacido en descubrirme que podía ser más feliz en aquella situación de soledad que en la libertad ofrecida por la sociedad y con todos los placeres del mundo. Que él se bastaba para compensarme las deficiencias de mi soledad y la carencia de compañía humana con su presencia y la comunicación de su gracia por mi alma, con su apoyo, su consuelo y su estímulo para que yo confiara el presente a la Providencia y mantuviera la esperanza en su Eterna Presencia para el futuro.

Fue entonces cuando empecé a percibir en qué medida la vida que ahora llevaba, con todas sus circunstancias desgraciadas, era más feliz que la perversa, maldita y abominable vida de mis días anteriores; ahora cambiaban mis penas y mis alegrías; se alteraban hasta mis deseos, eran distintos mis afectos y mis placeres resultaban perfectamente nuevos, comparados con los que tenía al llegar a la isla o durante los dos años que habían transcurrido.

Antes, mientras caminaba por la isla, ya fuera para cazar o para reconocer el terreno, la angustia me asaltaba el alma de pronto por mi situación y hasta se me moría el corazón sólo de pensar en los bosques, las montañas y los desiertos en que me hallaba; también en mi condición de prisionero, encerrado entre las rejas y los cerrojos eternos del océano y la inmensidad deshabitada y salvaje sin redención. Incluso cuando estaba en paz mi mente, aquella angustia se me echaba encima como una tempestad y yo me retorció las manos y lloraba como un crío. A veces me daba en mitad de alguna tarea y me tenía que sentar de inmediato, suspirar y mirar al suelo durante una o dos horas seguidas, lo cual era aún peor, pues si hubiera podido romper a llorar, o descargar me por medio de las palabras, se hubiera aliviado la angustia y el dolor, una vez exhausto, habría aminorado.

En cambio, ahora empezaba a poner en práctica nuevos pensamientos: leía cada día la palabra de Dios y aplicaba todo su consuelo a mi situación. Una mañana en que me encontraba muy triste abrí la Biblia por las siguientes palabras: «No te dejaré ni te abandonaré». De inmediato se me ocurrió que esas palabras eran para mí. Si no, ¿cómo podían aparecer de ese modo justo cuando yo me lamentaba de mi situación, como si estuviera abandonado por Dios y por los hombres? «Bueno —me dije entonces—, el hecho de que Dios no me abandone no puede acarrearle ninguna consecuencia mala, ninguna que importe, por mucho que el mundo entero sí me haya abandonado, pues por otro lado es evidente que si estuviera el mundo entero conmigo pero hubiera perdido el favor y la bendición de Dios, la pérdida sería incomparable».

Desde entonces empecé a concluir en mi mente que cabía la posibilidad de que fuera más feliz en aquella situación de soledad y desamparo que en cualquier otra situación particular del mundo; y con tal idea estuve a punto de dar gracias a Dios por llevarme a aquel sitio.

No sé qué ocurrió, pero algo me sacudió la mente al pensar eso, y no me atreví a pronunciar aquellas palabras. «¿Cómo puedes ser tan hipócrita —dije, incluso en voz alta— para fingir que agradeces esta situación si, por mucho que te esfuerces en aceptarla, rezarías con todo tu corazón para librarte de ella?». Así que me detuve ahí. Mas, si bien no podía decir «gracias a Dios por traerme aquí», sí podía agradecerle que me hubiera abierto los ojos, por muy tremendas que fueran las circunstancias, para que pudiera ver la perversidad de mi vida anterior, lamentar mi maldad y arrepentirme. Nunca pude abrir ni cerrar la Biblia sin que mi propia alma diera las gracias a Dios por mandar a mi amigo de Inglaterra, sin mediar ninguna orden mía, que la incluyera entre mis pertenencias; y que me ayudara a salvarla de los pecios del naufragio.

Así, y con esa disposición mental, empecé mi tercer año. Aunque no he querido molestar al lector con un relato tan particular de mis trabajos en ese año como en el primero, podrá observarse que, por lo general, no solía estar ocioso. Más bien dividía mi tiempo en función de las diversas tareas diarias que tenía pendientes, como: primero, mi deber con Dios y la lectura de las Escrituras, para las que siempre

apartaba algo de tiempo tres veces al día; segundo, salir con la escopeta en busca de comida, lo cual solía llevarme tres horas cada mañana cuando no llovía; en tercer lugar, adecantar, curar y conservar lo que hubiera matado para alimentarme; eso me llevaba gran parte del día. También debe tenerse en cuenta que a mediodía, cuando el sol estaba en su cenit, el calor era demasiado violento para moverse siquiera; por tanto, se daba por hecho que sólo podía trabajar cuatro horas por la tarde, con la salvedad de que a veces intercambiaba las horas de cazar y de trabajar: me dedicaba a las tareas por la mañana y salía con la escopeta por la tarde.

Al poco tiempo que podía dedicar al trabajo quisiera añadir la exagerada dificultad de mis tareas, la gran cantidad de horas que se perdían por falta de herramientas, de ayuda o de destreza. Todo lo que hacía me costaba mucho tiempo. Por ejemplo: me llevó cuarenta y dos jornadas enteras hacer una tabla para un estante largo que quería poner en la cueva, cuando dos aserradores con una sierra y las herramientas necesarias hubieran sacado seis tablas de aquel mismo árbol en media jornada.

La cosa fue como sigue: tenía que ser un árbol muy alto y había que talarlo entero para que la tabla pudiera ser bien ancha. Tardé tres días en talarlo y otros dos en quitarle las ramas para reducirlo a un madero, un solo leño. Con una cantidad innumerable de hachazos y cuchillazos logré ir sacándole astillas por ambos lados hasta que perdió algo de peso y pude moverlo; entonces le di la vuelta y dejé un lado suave y liso como una tabla de punta a cabo; luego le di la vuelta de nuevo y fui alisando el otro lado hasta que la plancha tuvo unas tres pulgadas de grosor y quedó lisa por ambas caras. Cualquiera podrá imaginar lo que sufrieron mis manos con semejante tarea, mas fueron el esfuerzo y la paciencia los que me permitieron superar esa y otras faenas. Tan sólo lo explico en particular por mostrar la razón por la que se me iba tanto tiempo en tan poco trabajo. Es decir, que lo que hubiera sido poca cosa con ayuda y herramientas se convertía en una labor ingente y exigía una cantidad prodigiosa de tiempo si había que hacerlo a mano y a solas.

A pesar de todo ello, con paciencia y esfuerzo superé muchas cosas; de hecho, pude hacer todo aquello que se volvía necesario por mis circunstancias, como se verá a continuación.

Estaba ya en los meses de noviembre y diciembre y esperaba mi cosecha de cebada y arroz. La tierra que había abonado o cavado para ello no era gran cosa. Según observé, apenas me quedaba medio cuartal de semillas de cada cereal porque había perdido una cosecha entera por plantarla en la estación equivocada. En cambio, ahora mi cosecha era prometedora, pero de pronto me enfrenté al peligro de perderlo todo de nuevo a manos de enemigos de distintas clases, a los que apenas conseguía mantener alejados: de entrada, las cabras y unas criaturas salvajes a las que yo llamaba liebres, que tras probar el sabor de la hierba se quedaban allí noche y día en cuanto la veían crecer y se la comían tan deprisa que no le daban tiempo a convertirse en espiga.

No encontré contra eso más remedio que cercar todo lo plantado con un seto que me llevó gran trabajo preparar; máxime por cuanto exigía rapidez. De todos modos, como mi tierra cultivable era de poca extensión, la adecuada a mi cultivo, la tuve cercada por completo en unas tres semanas; de día disparé a algunas de aquellas criaturas y de noche mandaba al perro a guardar el cultivo, atado a una de las estacas del muro, donde se quedaba quieto y ladraba toda la noche: de modo que al poco los enemigos se olvidaron del lugar y el grano creció muy fuerte y sano y empezó a madurar a buen ritmo.

Si aquellas liebres habían arruinado mi cosecha cuando apenas asomaba la hoja, ahora pretendían lo mismo los pájaros con las espigas: un día recorrí el lugar para ver cómo maduraba y encontré mi pequeño cultivo rodeado de aves de no sé cuántas clases, que se quedaban como si sólo estuvieran mirando hasta que yo me iba; disparé de inmediato (pues siempre llevaba la escopeta conmigo) y apenas acababa de disparar cuando se alzó del propio cultivo una nubecilla de aves en las que no había reparado hasta entonces.

Eso me afectó en gran medida, pues pude prever que en pocos días devorarían toda mi esperanza, que me moriría de hambre y que jamás obtendría cosecha alguna, y no sabía qué hacer al respecto. Sin embargo, decidí no renunciar a mis cereales en la medida de lo posible, aunque eso me obligara a vigilarlos día y noche. Para empezar, caminé por el interior del cultivo para evaluar los daños que ya había sufrido y descubrí que habían estropeado una buena parte pero, como todavía estaba muy verde para las aves, la pérdida no había sido tan grave y parecía probable que lo que quedaba brindara una buena cosecha, siempre que pudiera salvarlo.

Permanecí allí mientras cargaba el arma y luego, al alejarme, distinguí con facilidad a los ladrones, posados en todos los árboles que me rodeaban, como si no tuvieran más que esperar mi marcha, como quedó probado de inmediato; en cuanto me alejé como si de verdad quisiera irme, apenas había desaparecido de vista cuando se lanzaron de uno en uno al sembrado de nuevo. Tanta rabia me dio que no fui capaz de tener paciencia y quedarme quieto hasta que llegaran más, sabedor de que cada grano que se comieran ahora equivalía a medio cuartal de pérdida más adelante. Por eso, al llegar al seto disparé de nuevo y maté tres pájaros. Era justo lo que quería: los cogí e hice con ellos lo que hacemos en Inglaterra con los ladrones célebres, a saber: colgarlos de cadenas para aterrorizar a los otros. Parece imposible imaginar siquiera que esto tuviera el efecto que tuvo, pues no sólo las aves dejaron de acercarse al cultivo, sino que pronto olvidaron toda esa parte de la isla y, mientras mantuve allí colgados mis espantapájaros nunca vi volar un ave cerca del lugar.

Comprenderán que eso me supuso una gran alegría. A finales de diciembre, cuando se daba la segunda cosecha del año, pude hacer mi recolecta.

Por desgracia, carecía de hoz o cizalla para cortar los tallos y no tuve más remedio que hacerme una, tan bien como pude, con una espada ancha, o sable, que había salvado entre las armas del barco. De todos modos, como mi primera cosecha

fue escasa, no tuve grandes dificultades para segar las espigas; en pocas palabras, lo hice a mi manera, pues sólo cortaba las espigas y me las llevaba en una cesta grande que había fabricado yo mismo y luego las desgranaba con las manos. Al fin de la recolecta resultó que de aquel medio cuartal de semillas había sacado casi dos fanegas de arroz y más de dos y media de cebada, digamos, según mis cálculos, porque en esa época no tenía con qué medirlo.

En cualquier caso, eso supuso para mí un gran estímulo y me hizo prever que, con el tiempo, Dios me concedería provisiones de pan. Y sin embargo, de nuevo estaba sumido en la perplejidad, pues no sabía ni cómo moler el grano para hacer harina, ni cómo limpiarlo y separarlo de la paja; aun si lograba obtener harina, ignoraba cómo hacer pan con ella; si lo hacía, no sabía cómo hornearlo. Como a todo eso se añadía mi deseo de tener grandes cantidades para conservar, lo que me garantizaría una provisión permanente, decidí no probar nada de aquella cosecha y conservar todo el grano como semilla para la siguiente estación, y mientras tanto emplear toda mi capacidad de aprendizaje y mis horas de trabajo en lograr la gran tarea de abastecerme de grano y pan.

En verdad podría decirse que desde entonces trabajaba para ganarme el pan. Hay algo asombroso en lo que me parece que poca gente ha pensado: la extraña multitud de cosillas necesarias para obtener, elaborar, secar, cribar, hornear y acabar un único artículo como el pan.

Reducido a la simple naturaleza, yo me enfrentaba a ello cada día para mi desánimo y a cada hora que pasaba lo tenía más en cuenta, incluso después de conseguir el primer puñado de semillas que, como ya he relatado, me llegó de manera inesperada y, desde luego, sorprendente.

Primero no tenía arado con que remover la tierra, ni pala para cavar. Bueno, eso lo superé haciéndome una pala de madera, tal como he contado; pero la madera hacía muy lento el trabajo y, si bien me había costado muchos días tenerla lista, por falta de hierro no sólo se gastaba antes, sino que me dificultaba aún más el trabajo y empeoraba mucho los resultados.

De todos modos, me conformé con eso y fui capaz de irlo resolviendo con paciencia y resignarme a la deficiencia de los resultados. Cuando planté las semillas no tenía rastrillo, de modo que me vi obligado a arrastrar por el suelo una rama grande de un árbol para rascar el terreno, por así llamarlo, en vez de rastrillarlo o escarificarlo.

Ya he contado que cuando arrancó a crecer tuve muchas carencias a la hora de cercarlo, asegurarlo, segarlo, ponerlo a secar y llevarlo a casa, separarlo y conservarlo. Luego necesitaba un molino para molerlo, un cedazo para cribarlo, levadura y sal para convertirlo en pan, un horno donde cocinarlo y, sin embargo, me las arreglé sin todo eso, como se observará más adelante. A pesar de todo, el grano me aportaba un consuelo inestimable y una gran ventaja. Todo eso, ya lo he dicho, se volvía trabajoso y tedioso, mas no podía evitarlo. Tampoco es que echara en falta el

tiempo, porque, tal como lo había dividido, cada día había una parte dedicada a esas tareas. Y como había decidido no usar nada del grano para hacer pan hasta que tuviera más cantidad, podía dedicarme durante los siguientes seis meses por completo, tanto en lo que se refiere al trabajo como a la inventiva, a conseguirme los utensilios adecuados para llevar a cabo todas las operaciones necesarias para que el grano (cuando al fin lo tuviera) se adaptara a mi uso.

Empero antes debía preparar más tierra, pues ahora disponía ya de suficientes semillas como para sembrar más de un acre de terreno. Y aún antes tuve que dedicar al menos una semana de trabajo a construir una pala que, una vez hecha, resultó más bien penosa y tan pesada que trabajar con ella duplicaba el esfuerzo; aun así pasé por ello y sembré mis semillas en dos terrenos grandes y lisos, tan cerca de mi casa como pude encontrarlos, y los cerqué con un buen seto, con estacas de aquella misma madera que ya había usado antes y sabía que iba a crecer de tal modo que en un año se convertiría en un seto vivo y fresco, sin necesidad de reparación. No fue poca cosa el esfuerzo, pues no me llevó menos de tres meses, debido a que gran parte de aquel tiempo transcurrió durante la estación de las lluvias, en la que no podía salir de casa.

Dentro, es decir, cuando llovía y no podía salir, me ocupaba en diversas tareas. Nótese que siempre que trabajaba me entretenía hablando con mi loro y enseñándole a hablar, de modo que enseguida le enseñé a reconocer su propio nombre y al fin a pronunciarlo en voz bastante alta: *Poll*. Esa fue la primera palabra de voz ajena que oí en la isla. Eso, en fin, no era un trabajo, sino una ayuda, pues ya he dicho que llevaba entre manos muchas tareas, a saber: había investigado mucho acerca de cuál sería el modo más adecuado para hacerme unas vasijas de arcilla, pues las necesitaba en gran medida pero no sabía dónde encontrarlas. De todos modos, teniendo en cuenta lo caluroso que era allí el clima, no tenía la menor duda de que, si encontraba la arcilla conveniente, podría preparar me una olla de cualquier manera y secarla al sol para que adquiriese la dureza y la fortaleza necesarias para que pudiese manejarlas, y para contener cualquier producto que debiera almacenarse en seco. Y como eso me hacía falta para preparar el grano, la harina y todo lo demás, que era de lo que se trataba, decidí hacer algunas vasijas del mayor tamaño posible, que sólo pudieran mantenerse en pie como tarros y llenarse de lo que hiciera falta.

Pena sentiría el lector, o más bien se reiría de mí, si contara los extraños métodos que llegué a usar para crear una pasta de fango, los objetos deformes, feos y extraños que hice, los que se desplomaron hacia dentro, los que se partían porque la arcilla no tenía la rigidez suficiente para soportar su propio peso; cuántas piezas, puestas a secar demasiado rápido, se agrietaron por el excesivo calor del sol; y cuántas se hicieron añicos al moverlas, tanto antes como después de secarse. En pocas palabras, cómo después de trabajar tan duramente para conseguir la arcilla, excavarla, amasarla, llevarla a casa y trabajar con ella, tras dos meses de esfuerzos no pude hacer más que dos feos objetos de tierra a los que ni siquiera llamaré «tarros».

De todos modos, cuando el sol secó esas dos vasijas, bien secas y endurecidas, las

levanté con mucho cuidado y luego las posé en dos cestas grandes de mimbre que había hecho a propósito para que no se me rompieran. Y como entre la vasija y la cesta quedaba algo de espacio vacío, lo rellené con paja de arroz y cebada. Como las vasijas iban a estar siempre secas, pensé que conservaría en ellas el grano seco y, una vez molido, también la harina.

Pese a lo mal que se me habían dado las vasijas grandes, hice con más éxito unos cuantos objetos pequeños, como potes redondos, platos llanos, cántaros, cuencos y cualquier otra cosa que saliera de mi mano. Después de secarse al sol quedaban extrañamente firmes.

Mas nada de eso servía para mi propósito, que era conseguir una vasija de arcilla que pudiera contener líquidos y soportar el fuego, cosa que no hacía ninguna de aquellas. Al cabo de un tiempo ocurrió que hice un fuego bastante grande para asar mi carne y, cuando fui a apagarlo al terminar, encontré entre las ascuas un fragmento roto de alguna vasija, duro como una piedra de tan quemado y rojo como una teja. Me llevé una agradable sorpresa al verlo y me dije que si se podía quemar un pedazo roto también podría quemarse una pieza entera. Eso me llevó a investigar cómo preparar el fuego para que en él pudieran quemarse unos cuantos potes. No tenía ni idea de cómo usar un horno como hacen los alfareros, ni de cómo vidriar con plomo, aunque sí tenía plomo a mano; pero coloqué tres cuencos grandes y dos o tres vasijas apiladas y las rodeé de leños con un montón de ascuas debajo. Avivé el fuego con leña nueva por la parte exterior de la hoguera y también por encima hasta que vi que las piezas de cerámica se ponían casi al rojo vivo y observé que no se llegaban a agrietar. Después de ponerse al rojo las dejé en aquel calor durante cinco o seis horas, hasta que descubrí que una de ellas, si bien no se había agrietado, sí empezaba a deshacerse, pues la arena que llevaba la arcilla se fundía por la violencia del calor y se hubiera convertido en cristal si la dejo más rato. Así que fui reduciendo el fuego de manera gradual hasta que la cerámica empezó a perder el color rojo y luego lo vigilé toda la noche para que el fuego no se apagara demasiado deprisa. Por la mañana tenía tres vasijas buenas, aunque no diré que fueran hermosas; y otros dos pucheros tan endurecidos como era de desear, uno de ellos perfectamente vidriado con la arena fundida.

Tras ese experimento, huelga decir que nunca me faltó ninguna clase de recipiente de arcilla; en cambio, sí es necesario aclarar que sus formas eran muy parecidas, como se puede suponer, pues las hacía todas como hacen los niños sus pasteles de barro o como las mujeres que nunca han aprendido a levantar una masa hacen sus tartas.

Nunca una cosa de naturaleza tan fea provocó alegría tan grande como la mía cuando comprobé que había hecho cerámica capaz de soportar el fuego; apenas tuve paciencia de esperar a que se enfriasen las piezas antes de poner una de ellas de nuevo sobre las brasas, ahora llena de agua para hervir en ella un poco de carne, cosa que salió admirablemente bien; y con un pedazo de choto me hice un buen caldo,

pese a que carecía de avena y otros ingredientes necesarios para hacerlo tan bueno como hubiera deseado.

Mi siguiente preocupación fue conseguirme un mortero de piedra, para chafar o machacar grano; no había ni la menor posibilidad de perfeccionar el arte, con tan sólo un par de manos, para llegar a construir un molino. Y para suplir esa carencia estaba perdido por completo, pues si hay una profesión en el mundo para la que no estoy cualificado es la de cantero, aparte de que tampoco tenía las herramientas correspondientes. Dedicué muchos días a buscar una piedra del tamaño suficiente para picar en ella un hueco que sirviera de mortero y no la encontré; sólo tenía la roca sólida de la montaña, que de ningún modo podía excavar o recortar; y las rocas de la isla carecían de la dureza suficiente, pues eran de una constitución arenosa que enseguida se desmigajaba y no hubieran soportado los golpes de una mano de mortero pesada, aparte de que el grano molido se hubiera mezclado con la arena. Así que tras mucho tiempo perdido en busca de una piedra, renuncié y decidí buscar un bloque grande de madera dura, lo cual resultó, desde luego, mucho más fácil. Escogí el más grande que era capaz de sostener a peso, lo recorté, le di forma por fuera con el hacha y una hachuela y luego, sirviéndome del fuego y de infinitos esfuerzos, tallé un hueco en su interior, tal como hacen los indios de Brasil para crear sus canoas. Después hice una mano de mortero grande y pesada con madera de lo que llaman «árbol del hierro». Lo dejé todo listo y guardado hasta que llegara la siguiente cosecha de cereal, en la que me proponía moler o, mejor dicho, machacar el grano para obtener harina con la que hacer pan.

Mi siguiente obstáculo consistía en hacer una criba para tamizar la harina y separar el salvado y la cáscara, pues de otro modo no me parecía posible hacer pan. Se trataba de una tarea tan difícil que casi ni quería pensar en ella: desde luego, no tenía ninguno de los elementos necesarios: o sea, una tela muy fina, o un paño, para cribar el grano molido. Eso me detuvo por completo durante muchos meses, en los que ni sabía qué hacer. Las sábanas que me quedaban eran puros trapos; tenía pelo de cabra, pero no sabía cómo hilarlo ni tejerlo, y aun de haberlo sabido carecía de los instrumentos necesarios. El único remedio que se me ocurrió fue cuando al fin recordé que entre la ropa de los marineros que había salvado del barco había algunos pañuelos de cuello hechos con percal o muselina. Entonces, hice con ellos tres cedazos pequeños pero adecuados para la tarea. Con eso fui tirando durante unos años. De lo que hice más adelante daré cuenta en su momento.

A continuación debía considerar cómo prepararía el pan cuando volviera a tener grano. Para empezar, no tenía levadura, y como no había manera de suplir esa carencia no me preocupé demasiado. En cambio, sí era grande la necesidad de tener un horno, y también para eso usé el siguiente experimento: hice unas vasijas de arcilla muy anchas, pero poco profundas; es decir, de unos dos pies de diámetro y menos de nueve pulgadas de profundidad; las sequé al fuego como había hecho con las anteriores, y las dejé listas. Cuando quise cocinar el pan, encendí una gran

hoguera en mi hogar, pavimentado ahora con unas cuantas baldosas que yo mismo había hecho y tostado, aun sin conseguir que salieran cuadradas.

Cuando los leños ya casi estaban hechos ascuas, o brasas, los esparcí por encima del hogar para que lo cubrieran por completo y los dejé allí hasta que las baldosas estuvieron muy calientes; luego barrí las ascuas, deposité las hogazas, las tapé con las vasijas nuevas y las rodeé de brasas por fuera para que en el interior se mantuviera el calor. Así, cocí mis hogazas de cebada tan bien como en el mejor horno del mundo y por añadidura en poco tiempo me convertí en pastelero, pues me hice varias tortas de arroz y budines; en cambio, no hice pasteles, ni hubiera tenido de qué hacerlos salvo por la carne de ave o de cabra.

No es de extrañar que todas estas cosas me mantuvieran ocupado durante la mayor parte de mi tercer año de residencia en la isla. Téngase en cuenta que en los intervalos entre esas tareas debía ocuparme de los animales y de mi nueva cosecha, pues al llegar la estación segué el cereal, lo acarreeé hasta casa como buenamente pude y guardé las espigas en mis cestas hasta que tuviera tiempo de desgranarlas; no tenía un buen suelo donde trillarlas, ni trillo con que hacerlo.

Con el aumento de cereal, desde luego, empezó a hacerme falta un granero más grande. Necesitaba un lugar donde almacenarlo, pues había crecido tanto la cosecha que ya tenía unas veinte fanegas de cebada, y otras tantas o más de arroz: tanto que decidí usarlo libremente, pues ya hacía tiempo que se había acabado el pan. También decidí comprobar cuál sería la cantidad necesaria para todo un año, para hacer una sola plantación anual.

En resumidas cuentas, concluí que las cuarenta fanegas de cebada y arroz eran mucho más de lo que podía consumir en un año: decidí sembrar cada año la misma cantidad que había sembrado el anterior, con la esperanza de que eso bastara para abastecerme de pan y otros artículos.

Mientras iba ocurriendo todo eso, pueden estar seguros de que mis pensamientos se evadían a menudo hacia el territorio que había visto desde otro lado de la isla y no dejaba de tener deseos secretos de trasladarme a aquella costa, convencido de que lo que se veía era tierra peninsular de algún paisaje habitado. Tal vez encontrara el modo de acercarme hacia allí y quizás, al fin, alguna posibilidad de escapar.

Sin embargo, durante todo ese tiempo no tenía en cuenta los peligros de la situación, la posibilidad de caer en manos de los salvajes, a quienes tenía razones para suponer mucho peores que los leones y los tigres de África. Si alguna vez caía en su poder, eran más de mil por una las posibilidades de que me dieran muerte, tal vez de que me comieran, pues había oído que la gente de la costa caribeña eran caníbales, comedores de hombres, y por la latitud sabía que no podía estar lejos de dicha costa. Aun suponiendo que no fueran caníbales podían matarme, como a tantos europeos que habían caído en sus manos, incluso formando grupos de diez o veinte hombres; mucho más yo, que estaba solo y poco o nada podía defenderme. Todo eso, digo, debiera haberlo tenido en cuenta, y sí se me pasó por la cabeza más adelante,

pero no ocupó mis pensamientos en principio: se me disparaba la mente tan sólo de pensar en alcanzar la costa.

Entonces me hubiera gustado tener conmigo a Xury, y la chalupa grande, con aquella vela de paletilla con la que había navegado más de mil millas en la costa de África. Mas era en vano. Luego pensé en ir a echar un vistazo al bote de nuestro barco, que, como ya he dicho, se desplazó, orilla arriba, una gran distancia durante la tormenta en nuestra llegada a la isla. Seguía casi en el mismo sitio, aunque no del todo; y estaba volcado por la fuerza de las olas y el viento, casi boca abajo por completo, contra un montículo alto de arena gruesa; mas ya no estaba lleno de agua.

Si hubiera dispuesto de alguna ayuda para arreglarlo y botarlo al mar, el bote habría navegado bastante bien y yo hubiera podido llegar a Brasil con cierta facilidad; mas tendría que haber sabido de antemano que darle la vuelta para que quedara boca arriba me iba a costar tanto como volcar la isla entera. Aun así, fui al bosque, corté palancas y rodillos y los llevé hasta el bote, decidido a probar qué podía hacer y convencido de que si era capaz de enderezarlo no me sería difícil reparar los daños que hubiera sufrido y convertirlo en un buen bote con el que hacerme fácilmente a la mar.

Desde luego, no reparé en esfuerzos para abordar aquella infructuosa tarea y creo que perdí en ella tres o cuatro semanas; al fin, viendo que mis escasas fuerzas no me permitían enderezar el bote, empecé a excavar la arena por debajo para conseguir que cayera y coloqué maderos para empujarlo y guiar la caída.

Sin embargo, a continuación fui de nuevo incapaz de moverlo, o de meterme por debajo, y mucho menos de empujarlo hacia el agua; así que me vi obligado a renunciar. Y sin embargo, aunque abandoné la esperanza de tener un bote, mis deseos de aventurarme hacia la península crecieron en vez de disminuir al ver imposibilitados los medios.

A la larga, eso me llevó a pensar si no sería posible hacer una canoa, o piragua, como las que hacen los nativos de esos climas cálidos, incluso sin herramientas o, por así decirlo, sin manos siquiera: sacándola del tronco de un árbol grande. No sólo me parecía posible, sino fácil incluso, y me complacía en extremo pensar que podía hacerlo y que disponía de mejores medios que cualquier negro o indio. Mas no me agradaba tanto pensar en todos los inconvenientes que me entorpecían, muchas más que a los indios. A saber: falta de ayuda para moverla hasta el agua cuando ya estuviera hecha, un obstáculo mucho más difícil de sortear para mí que la carencia de herramientas para ellos. Al fin y al cabo, de nada me iba a servir escoger un árbol enorme en el bosque y sufrir grandes problemas para talarlo, si después conseguía gracias a mis herramientas tallar y limar el exterior hasta darle la forma adecuada y quemar o recortar el interior para ahuecarlo y convertir el tronco en bote, pero luego tenía que dejarlo donde estaba y no era capaz de botarlo al agua.

Podría pensarse que, mientras construía esa canoa, no podía dedicar mi mente a la menor reflexión sobre mis circunstancias, sino a pensar de inmediato cómo la iba a

transportar hasta el mar. Sin embargo, mis pensamientos se concentraban tanto en mi viaje por el mar que ni una sola vez me paré a considerar cómo haría para sacarlo de la isla; por su propia naturaleza, me resultaba más fácil guiarlo por cuarenta millas marinas que por cuarenta y cinco brazas de tierra, desde donde estaba, para botarlo al agua.

Me puse a trabajar en aquel bote, la mayor locura que haya cometido un hombre con los sentidos despiertos. Disfruté el proceso de diseñarlo, aun sin determinar si sería capaz de construirlo y pese a que la dificultad de botarlo al agua me pasaba a menudo por la mente. Sin embargo, cuando me surgían demasiadas preguntas las aplacaba con esta estúpida respuesta: «Primero hagámoslo, seguro que cuando ya esté hecho encontraré alguna manera de moverlo».

Era un método ridículo, mas se impuso la urgencia de mi antojo y me puse a trabajar. Talé un cedro. Me pregunto si Salomón tuvo un ejemplar como ese para construir el templo de Jerusalén. Medía cinco pies y diez pulgadas de diámetro por la parte baja, junto al tocón, y cuatro pies y once pulgadas de diámetro en la otra punta, a veintidós pies de altura, donde se estrechaba un poco y luego se abrían las ramas. No pude tumbarlo sin infinitos esfuerzos. Pasé veinte días dándole tajos y hachazos por la parte baja. Me costó otros catorce cortar las ramas y la copa, que se abría en una vasta extensión, para lo cual usé el hacha y una hachuela, en un esfuerzo inefable. Luego me costó otro mes darle forma y limarlo para que fuera proporcionado y para que la base fuera lo más parecido al fondo de un barco y así pudiera navegar boca arriba, como debe ser. Me llevó casi tres meses más vaciar el interior y tallarlo para que tuviera forma de bote. Eso, por supuesto, lo tuve que hacer sin fuego, con un mazo y un formón, y a punta de duro trabajo, hasta que conseguí convertir el tronco en una hermosa piragua, tan grande que hubieran cabido en ella veintiséis hombres y, en consecuencia, con el tamaño adecuado para llevarme a mí con todo mi cargamento.

Quedé extremadamente complacido con este trabajo después de finalizarlo. El bote era mucho más grande que cualquier canoa o piragua que haya visto sacar de un árbol en mi vida. Pueden estar seguros de que costó unos cuantos golpes agotadores. Ya sólo faltaba llevarlo hasta el agua y, si lo hubiera conseguido, no me cabe la menor duda de que hubiera dado inicio al viaje más loco e improbable que jamás se haya emprendido.

Sin embargo, todos mis inventos para llevarlo al agua fracasaron y, encima, me costaron infinitos esfuerzos. Estaba a un centenar de yardas del agua, como mucho, pero el primer inconveniente era lo empinado que resultaba el terreno hasta el riachuelo. Bueno, para sortear ese impedimento decidí cavar la superficie de la tierra hasta crear un declive. Me puse a ello y me costó un prodigio de dolores, mas nadie puede quejarse de dolores que tengan curación a la vista. Sin embargo, una vez terminada la tarea y eliminada esa dificultad, tenía aún otras pendientes, pues mover la canoa me resultaba tan imposible como la chalupa.

Entonces medí la distancia que quedaba hasta el mar y decidí excavar un muelle, o canal, para que el agua subiera hasta la canoa, ya que no era capaz de lograr lo contrario. Bueno, me puse a trabajar y cuando empecé a meterme en el asunto y a calcular la profundidad y la anchura de la zanja que debía cavar, y a imaginar cómo sacaría tanta tierra, concluí que iba a necesitar diez o doce años para terminarla. La orilla quedaba bastante alta, de modo que el lado más elevado del canal había de tener al menos veinte pies de profundidad; de modo que al final, aunque con gran reticencia, abandoné también ese intento.

Eso me causó un gran dolor y entonces entendí, aunque demasiado tarde, la estupidez de empezar un trabajo sin calcular antes su coste y medir con precisión las fuerzas necesarias para llevarlo a cabo.

En mitad de aquella faena se cumplió mi cuarto año en este lugar, aniversario que celebré con la misma devoción de siempre y aún con más consuelo, pues a costa de estudiar sin parar y de aplicarme en serio con la palabra de Dios, y con la ayuda de su gracia, había obtenido ya un conocimiento diferente del que tenía hasta entonces. Mis nociones de las cosas eran distintas. Ahora miraba el mundo como algo lejano con lo que yo no tenía nada que ver, de lo que nada me cabía esperar y acerca de lo cual no alimentaba deseo alguno. En pocas palabras: no tenía nada que ver conmigo ni era de esperar que lo tuviera jamás. Por eso se me ocurrió que lo miraba como tal vez lo miremos todos desde el más allá. Es decir, como un lugar en el que había vivido pero del que terminaría saliendo. Y bien puedo decir, como el padre Abraham al hombre rico en su parábola: «Entre nosotros y vosotros se interpone un gran abismo».

Para empezar, estaba alejado de todas las maldades del mundo. No tenía «la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos ni la jactancia de las riquezas». No tenía nada que envidiar, pues disponía de todo aquello que podía disfrutar. Era el señor de todo mi feudo; si quería, podía llamarme rey o emperador de todo el territorio. No había rivales ni competidores, nadie que me disputara la soberanía y el mando. Podía cultivar cargamentos enteros de cereal, mas de nada me hubiera servido, de modo que dejaba crecer apenas el que fuera a necesitar. Tenía tortugas en abundancia, mas apenas podía servirme de alguna de vez en cuando. Tenía madera suficiente para construir una flota entera, uvas hasta para hacer vino o para llenar de pasas las bodegas de dicha flota, suponiendo que la construyera.

Mas sólo me parecía valioso aquello que podía usar de algún modo. Teniendo lo suficiente para comer y para cubrir mis necesidades, ¿de qué me servía todo lo demás? Si mataba más carne de la que era capaz de comer, tenía que comérsela el perro o dársela a las alimañas. Si sembraba más cereal del que podía comer, se estropeaba. Los árboles que talaba se pudrían en el suelo, pues sólo me servían para alimentar el fuego y este, a su vez, tan sólo para cocinar.

En pocas palabras, la naturaleza de las cosas y su experiencia me dictaban una justa reflexión: que el único valor de todas las cosas buenas de este mundo está en el uso que podamos hacer de ellas, y nada más. Aquello que amontonamos para dar a

los demás lo disfrutamos apenas en la medida en que podamos usarlo también nosotros. En mis circunstancias, el avaro más mísero y roñica hubiera curado su avaricia, pues eran tantas mis posesiones que no sabía qué hacer con ellas. No me cabía más deseo que el de las cosas que no podía tener y que, aun siendo bagatelas, me hubieran resultado útiles. Como ya he dicho antes, tenía una bolsa de dinero, unas treinta y seis libras esterlinas en oro y plata. ¡Ay! Ahí sigue ese material horrible, penoso e inútil. No me servía de nada y a menudo se me ocurría que hubiera regalado un buen puñado a cambio de unas pipas de fumar, o de un molinillo de mano para machacar el grano; qué va, lo hubiera dado todo por unas semillas de nabos y zanahorias de Inglaterra, aun si su precio real hubiera sido de seis peniques; o por un puñado de guisantes y alubias y un tintero. Tal como estaban las cosas, su posesión no me aportaba ventaja ni beneficio alguno; ahí estaba, en un cajón, criando moho por la humedad de la cueva en la temporada húmeda, y lo mismo hubiera ocurrido de haber estado el cajón lleno de diamantes que, para mí, al no tener uso que darles, habrían carecido por completo de valor.

Mi vida había alcanzado una condición más cómoda, tanto para mi mente como para mi cuerpo. A menudo me sentaba a comer lleno de gratitud y admiraba la obra de la Providencia divina por abastecer así mi mesa en tierra silvestre. Aprendí a mirar más el lado bueno de mi situación, y no tanto el oscuro, y a tener más en cuenta los bienes que poseía y no aquellos de los que carecía; a veces eso me aportaba un secreto consuelo que no soy capaz de explicar y del que me limito a dar cuenta aquí para que piensen en él las gentes descontentas, incapaces de disfrutar cómodamente de cuanto Dios les haya dado porque ven y envidian aquello que no se les dio. Me parecía que todas nuestras quejas por carecer de algo demuestran nuestra falta de agradecimiento por lo que poseemos.

Hubo otra reflexión que me resultó muy útil y que sin duda lo sería para cualquiera que caiga en una aflicción similar a la mía. Consistía en comparar la situación en que me hallaba con la que había imaginado al principio; mejor, con la que sin duda se hubiera producido si la buena providencia de Dios no hubiese mandado que el barco se acercase milagrosamente a la orilla, donde no sólo me era posible acercarme, sino que podía llevar hasta la costa cuanto sacara de él, para mi mayor alivio y consuelo; de otro modo, me hubieran faltado utensilios para trabajar, armas para defenderme y pólvora y municiones para conseguir comida.

Pasaba horas, por no decir días enteros, representándome en los más vivos colores lo que me habría visto obligado a hacer si no hubiese podido sacar nada del barco. No hubiera podido conseguir más comida que pescado y tortugas, y como tardé bastante en saber dónde estaban, habría perecido antes. Habría vivido, o fallecido, como un puro salvaje. Si por medio de algún ingenio hubiera conseguido matar una cabra, o cualquier ave, no hubiera encontrado el modo de despellejarla y cortarla, ni de separar la carne de la piel y las entrañas, o descuartizarla; me habría visto obligado a arrancarla a dentelladas y tirar de ella con las zarpas, como una fiera.

Esas reflexiones me volvieron muy sensible a la bondad que la Providencia había tenido conmigo y agradecí la situación en que me hallaba, con todas sus penurias y desgracias. Por eso no puedo sino recomendar esta parte de mi historia para que reflexionen quienes, en su miseria, se consideran en condiciones de decir: «¡No habrá otra aflicción como la mía!». Tengan ellos en cuenta cuántos casos habrá peores que el suyo y cuánto peor hubiera podido ser este de haberlo querido así la Providencia.

Otro pensamiento me brindaba la esperanza necesaria para encontrar algo de consuelo. Consistía en comparar la situación en que me hallaba con la que en verdad merecía y por tanto podía haber esperado de la Providencia. Había mantenido una vida horrenda, absolutamente desposeída de la noción de Dios y del temor a él debido. Mi padre y mi madre me habían instruido bien, sin dejar de infundirme ambos, desde sus primeros esfuerzos, un religioso temor de Dios, un sentido del deber y de lo que se me exigía, por condición y destino de mi ser. Mas, ay de mí, al caer tan pronto en la vida de la mar, que entre todas las posibles es la más desprovista del temor de Dios, pese a lo mucho que los terrores afectan a los marinos; habiendo caído, digo, tan pronto en la vida de la mar y en la compañía de los marinos, perdí cualquier sentido de la religión que pudiera haber albergado por culpa de las mofas de mis compañeros, del endurecido desprecio del peligro, de la visión de la muerte, que se volvió habitual a mi alrededor, y de la larga falta de oportunidades de mantener una conversación con otro ser que no fuera yo mismo, o de oír algo que fuera, o al menos pretendiera ser, virtuoso.

Tanto carecía de todo lo que es bueno y del menor sentido de quién era yo, o de quién debía ser, que en las grandes salvaciones de que fui objeto, como mi huida de Salé, mi rescate en manos del capitán portugués del barco, mi buena acogida en Brasil, la llegada de mi cargamento desde Inglaterra, y otras más, jamás acudieron a mi boca, ni a mi mente, las palabras «gracias a Dios», ni en los momentos de mayor desánimo se me ocurrió tampoco rezarle, o decir al menos: «Señor, ten piedad de mí»; ni mencionar siquiera el nombre de Dios, salvo para maldecir o blasfemar.

Terribles pensamientos pasaron por mi mente durante muchos meses, como ya he dicho, a cuenta de mi duro y perverso pasado; cuando miraba a mi alrededor y tenía en consideración las intervenciones de la Providencia en mi favor desde que llegara a este sitio, y la generosidad de trato que Dios me deparaba, pues no sólo me castigaba menos de lo que merecía mi iniquidad, sino que me concedía plenitud de provisiones; entonces alimentaba grandes esperanzas de que fuera aceptado mi arrepentimiento y a Dios le quedara aún algo de piedad para mí.

Con esas reflexiones mi mente se animaba no sólo a aceptar con resignación la voluntad de Dios en la disposición de mis circunstancias, sino incluso a agradecer con sinceridad mi situación. Yo, que seguía con vida, no debía quejarme viendo que no había recibido el castigo merecido por mis pecados; que gozaba de muchas bendiciones impropias de un lugar como aquel; que nunca más debía lamentar mi situación, sino alegrarme y dar gracias a diario por el pan de cada día, sólo posible

gracias a una multitud de prodigios. Que debía tener en cuenta que me alimentaba gracias a un milagro tan grande como el que llevó a los cuervos a sustentar a Elías; mejor dicho, gracias a una larga serie de milagros. Entre todos los lugares posibles de la parte inhabitable del mundo, no se me ocurría un lugar donde ser arrojado con más beneficios que en aquel: un lugar en el que me afligía la carencia absoluta de compañía, pero tampoco había fieras voraces, ni lobos o tigres feroces que amenazaran mi vida, ni criaturas venenosas que pudieran lastimarme al comerlas, ni salvajes dispuestos a matarme y devorarme.

En pocas palabras, si por un lado la mía era una vida de penurias, también lo era de compasiones por el otro; y para convertirla en vida de consuelo sólo me faltaba que la conciencia de la bondad que Dios tenía conmigo y de los cuidados que me prodigaba en aquella situación se convirtieran en mi consuelo diario; después de mejorar en ese aspecto, en adelante nunca volví a estar triste.

Llevaba ya tanto tiempo aquí que muchas de las cosas que había llevado a la orilla para que me sirvieran de ayuda habían desaparecido, o estaban muy usadas y casi gastadas del todo.

Mi tinta, como ya he comentado, se había terminado tiempo atrás salvo por una pequeña cantidad que iba mezclando con agua a poquitos, hasta que quedó tan clara que apenas dejaba marca alguna de color negro sobre el papel. Mientras duró, la usé para anotar los días del mes, y al recontar el tiempo pasado me ocurrió algo digno de mención: recuerdo que había una extraña concurrencia de fechas en las diversas intervenciones de la Providencia en mi favor; y que, si hubiera tenido una inclinación supersticiosa por dividir los días en fatales o afortunados, habría encontrado razones para mirármelo con una gran curiosidad.

En primer lugar, había observado que el día en que me alejé de mis padres y amigos y me escapé a Hull para hacerme a la mar era el mismo en que más adelante me secuestró el barco de guerra del soldado de Salé para convertirme en esclavo.

El día del año en que me salvé del naufragio de aquel barco en la rada de Yarmouth era el mismo en que, más adelante, me escapé de Salé en una chalupa.

El día de mi nacimiento, un 30 de septiembre, era el mismo en que veintiséis años después salvé la vida milagrosamente al aparecer en la orilla de esta isla, de modo que mi vida pervertida y mi vida solitaria empezaron el mismo día.

Lo siguiente en gastarse después de mi tinta fue el pan. Me refiero al pan de bizcocho que había sacado del barco. Lo había racionado hasta tal extremo que durante más de un año no me había permitido más que un pedazo de pan para cada día. Tenía cereales propios y buenas razones para estar contento con cualquier clase de pan; la manera de conseguirlo fue, como se ha dicho ya, casi milagrosa.

Mi ropa empezaba a deteriorarse también poderosamente; llevaba bastante tiempo sin nada de lino, salvo por unas camisas de cuadros que había encontrado en los cofres de otros marineros y que conservaba con esmero, porque muchas veces no soportaba más prenda que una camisa. Y me sirvió de gran ayuda haber sacado de

entre toda la ropa de hombre que había en el barco casi tres docenas de camisas. También habían quedado allí tres gruesos gabanes de marinero, pero daban demasiado calor; aunque es cierto que el calor era tan violento que no hacía falta llevar nada de ropa, yo no podía ir desnudo del todo; ni aunque hubiera tenido esa inclinación, que no la tenía, habría sido capaz de pensar en ello siquiera, por muy solo que estuviera.

La razón por la que no podía ir desnudo del todo era que cuando iba sin nada soportaba peor el calor del sol que con algo de ropa. A menudo el sol me llagaba la piel, mientras que con una camisa puesta el aire al moverse silbaba bajo la tela y me refrescaba el doble; tampoco era capaz de salir a pleno sol sin llevar una gorra o un sombrero: como allí el sol golpea con tanta violencia, me lanzaba sus dardos a la coronilla y al instante me provocaba un dolor de cabeza insoportable, mientras que, si me cubría antes de salir, desaparecía el dolor.

Teniendo todo eso en cuenta, empecé a ponderar la posibilidad de dar un cierto orden a los pocos trapos que tenía, a los que llamaba ropa. Se me habían gastado ya todos los chalecos y ahora necesitaba comprobar si sería capaz de hacerme algunas chaquetas con la tela de los gabanes y con otros materiales. Así que me puse a hacer de sastre, o mejor de chapucero, pues el resultado fue de lo más penoso. De todos modos, me las arreglé para coser dos o tres chalecos nuevos con la esperanza de que me durasen mucho tiempo; en cuanto a pantalones y calzones, hasta más adelante sólo conseguí resultados penosos.

He comentado que guardaba las pieles de todos los animales que mataba, me refiero a los de cuatro patas, y que las estiraba con unos palos para tenderlas a secarse al sol, lo cual supone que algunas quedaban tan secas y duras que apenas servían para nada, mientras que las demás eran muy útiles. Lo primero que hice con ellas fue un gorro grande para mi cabeza, con el pelo por el lado de fuera, para protegerme de la lluvia; me salió tan bien que a continuación me hice un traje entero con aquellas pieles. Es decir, un gabán y unos bombachos abiertos a la altura de las rodillas y ambas prendas de hechura amplia, pues se trataba más de mantener me fresco que de abrigar me. No debo dejar de mencionar que las prendas eran espantosas; si era malo como carpintero, aún peor como sastre. De todos modos, me resultaron muy útiles; y cuando salía, si le daba por llover, como el gabán y la gorra llevaban el pelo por fuera, me mantenían muy seco.

Después dediqué mucho tiempo y muchos esfuerzos a hacerme un parasol. Desde luego que me hacía mucha falta y estaba decidido a intentarlo; los había visto en Brasil, donde resultan de gran utilidad en los grandes calores que allí reinan. Y me parecía que aquí eran similares, o aún mayores, por estar más cerca del equinoccio; además, como me veía obligado a pasar mucho rato fuera de casa, me resultaba de gran utilidad, tanto para la lluvia como para el sol. Me costó un mundo de esfuerzos y pasó un largo tiempo hasta que fui capaz de hacer algo que se sostuviera. Aun más, incluso cuando ya creía haber encontrado el modo tuve que estropear dos o tres antes

de hacer uno parecido a lo que deseaba; mas al fin conseguí uno que funcionaba más o menos bien. La principal dificultad que encontré fue el modo de cerrarlo. Podía hacerlo abierto, pero si no lograba cerrarlo para que quedase recogido sólo podría llevarlo conmigo abierto por encima de la cabeza, y no me iba a servir. De todos modos, al final, como ya digo, hice uno que funcionaba y lo cubrí con pieles, con el pelo por la parte de arriba de tal manera que me protegía de la lluvia como un alero y me tapaba el sol con tanta eficacia que podía salir a las horas más calurosas con más comodidad que antes a las horas de frío. Y cuando ya no me hacía falta, llevarlo cerrado debajo del brazo.

Así que vivía con gran comodidad, mi mente serena por completo al resignarse a la voluntad de Dios y todo mi ser entregado a lo que dispusiera la Providencia. Así, mi vida era mejor que la que hubiera tenido en sociedad, pues cuando empezaba a echar en falta la conversación me preguntaba a mí mismo si aquella charla con mis propios pensamientos, y al mismo tiempo, si puedo decirlo así, con el propio Dios por medio de las jaculatorias, no era mejor que el mayor goce que pueda ofrecer en el mundo la compañía humana.

No puedo decir que después de eso, durante cinco años, ocurriese nada extraordinario, sino que seguí viviendo del mismo modo, con la misma disposición y en el mismo lugar que antes. Los principales asuntos a los que dedicaba mi tiempo, aparte de la tarea anual de plantar la cebada y el arroz, así como secar las pasas, y a conservar de ambas cosas la cantidad suficiente para tener por adelantado las provisiones de un año entero... Digo que, aparte de esa tarea anual, y de la labor diaria de salir con el arma, tenía pendiente el trabajo de hacerme una canoa, cosa que al fin logré. De modo que tras cavar un canal de seis pies de ancho y cuatro de hondo para llegar hasta ella, conseguí acercarla al riachuelo, casi media milla. En cuanto a aquella primera, tan inmensa, la había hecho sin pensar antes, como debe ser, en el modo de botarla. En consecuencia, nunca había sido capaz de llevarla hasta el agua, ni de llevar el agua hasta ella, y me había visto obligado a dejarla donde estaba, como un recordatorio para aprender a ser más sabio en la siguiente ocasión. Efectivamente, en la siguiente ocasión, no pude conseguir un árbol adecuado, y ubicado en un sitio al que pudiera hacer llegar el agua a menos de media milla, como ya he dicho, pero como al fin lo vi posible, nunca renuncié. Y aunque le tuve que dedicar casi dos años, jamás me quejé de aquella faena, pues tenía la esperanza de que al fin conseguiría un bote para hacerme a la mar.

De todos modos, si bien logré terminar la piragua, su tamaño no correspondía a la idea que había tenido en mente al hacer la primera. O sea, a la de atreverme a navegar hacia Terra Firma, que vendrían a ser unas cuarenta millas. En consecuencia, la pequeñez de mi canoa contribuyó a poner fin a esas ideas y dejé de pensar en eso. Mas como tenía una embarcación, mi siguiente idea fue dar la vuelta a la isla. Ya había estado en el otro lado, en un punto concreto, al cruzarla por tierra como ya he descrito. Los descubrimientos de aquel viajecillo me provocaban un gran deseo de

ver otras partes de la costa y ahora, al disponer de una embarcación, no podía pensar sino en rodear la isla.

Con el propósito de hacerlo todo de manera discreta y considerada, le instalé al bote un pequeño mástil y le hice una vela con retales sueltos de la mayor del barco, que aún conservaba y de la que me quedaban muchos trozos.

Tras instalar el mástil y la vela probé el bote y descubrí que navegaba bastante bien. Luego hice unos cajoncillos, o cajas, en ambos extremos de la embarcación para guardar provisiones, munición y otras cosas necesarias de modo que se mantuvieran secas, protegidas tanto de la lluvia como de la espuma de las olas; y en el interior corté una larga hendidura en la que guardar mi arma, con una solapa que la mantenía seca.

También fijé el parasol a una plataforma de la popa, como un mástil, para que quedara por encima de mi cabeza y me resguardara del calor del sol como un toldo, y así salía al mar de vez en cuando, siempre sin alejarme demasiado del riachuelo. Mas al fin, ansioso por ver la circunferencia en que se asentaba mi pequeño reinado, decidí dar la vuelta a la isla y en consecuencia avituallar mi embarcación para el viaje con dos docenas de mis hogazas (mejor debería llamarlas pasteles) de pan de cebada, una vasija de arcilla llena de arroz reseco, algo que solía comer muy a menudo, una botellita de ron, media cabra y pólvora y munición para matar alguna más, dos gabanes grandes de los que, como ya he mencionado antes, había salvado de los cofres de los marineros. Uno era para tumbarme sobre él; el otro para abrigarme por la noche.

Era el 6 de noviembre de mi sexto año de reinado, o de captura, según se quiera, el día en que emprendí ese viaje que resultó ser mucho más largo de lo esperado, pues si bien la isla no es muy grande, cuando llegué al este me encontré con un gran saliente rocoso que se introduce unas dos leguas en el mar, en algunas zonas por encima del agua, en otras por debajo, y más allá un banco de arena que impedía la navegación durante otra legua más; de modo que me vi obligado a salir a alta mar para doblar aquel cabo.

Al principio, cuando lo descubrí, estuve a punto de abandonar la empresa y regresar, pues no sabía a qué distancia debería adentrarme en el mar. Y, sobre todo, dudaba si podría regresar. Así que eché el ancla, pues me había hecho una especie de ancla con un fragmento de un rezón sacado del barco.

Tras asegurar el bote saqué la escopeta, bajé a la orilla y subí una colina desde la que podía otearse el cabo, y así logré ver su extensión y decidí intentarlo.

Al ver el mar desde aquella colina observé una corriente fuerte y, desde luego, muy furiosa, que discurría hacia el este e incluso se acercaba al cabo. Me fijé especialmente en ella porque podía representar algún peligro; al llegar a ella, podía ocurrir que su fuerza me empujara a mar abierto y que luego no fuera capaz de regresar a la isla. Desde luego, si no llego a subir primero esa colina creo que eso me hubiera ocurrido, porque al otro lado de la isla había una corriente igual, sólo que

arrancaba desde más lejos; y vi que se formaba un fuerte remolino junto a la costa, de tal manera que en cuanto sorteara la primera corriente me encontraría en pleno remolino.

En cualquier caso, pasé allí dos días porque el viento, al soplar con cierta fuerza del este sudeste, justo la dirección contraria de la mencionada corriente, provocaba que el mar rompiera con gran violencia contra el cabo; por eso no era seguro para mí permanecer cerca de la orilla, con aquella rompiente, ni tampoco alejarme demasiado por culpa de la corriente.

El tercer día, por la mañana, como el viento había amainado un poco durante la noche y el mar amanecía en calma, me aventuré: sin embargo, debo de nuevo convertirme yo mismo en una advertencia para todos los pilotos ignorantes e imprudentes, pues en cuanto me acerqué al cabo, sin que me separase de la orilla apenas una distancia equivalente a la eslora de mi bote, me encontré metido en aguas muy profundas y con una corriente similar a la que produce un molino. Arrastró mi bote con tal violencia que no podía apartarme y veía que me iba llevando a toda prisa cada vez más y más lejos hacia el torbellino, que quedaba a mi izquierda. No contaba con la ayuda del viento y de nada servía lo que pudiera hacer con mis remos, así que empecé a darme por perdido, pues, al estar la corriente a ambos lados de la isla yo sabía que debían unirse al cabo de pocas leguas, en cuyo caso yo ya estaría más allá de cualquier posibilidad de recuperación. Tampoco veía posibilidad de evitarlo, de modo que no tenía más perspectiva que la de perecer; no por el mar, que parecía bastante en calma, sino por culpa del hambre. Cierto que había encontrado una tortuga en la orilla, tan grande que casi no podía ni levantarla, y que la había echado al barco; tenía además un gran frasco de agua dulce, o sea, una de mis jarras de arcilla. Mas de nada iba a servir aquello si el agua me empujaba hacia el vasto océano, donde, sin ninguna duda, no había orilla, ni península, ni isla alguna durante al menos un millar de leguas.

Y entonces vi lo fácil que era para la Providencia divina tomar hasta la más miserable situación de un hombre y volverla aún peor. Entonces miré mi desolada isla solitaria como el lugar más agradable del mundo, y mi corazón no pudo desear más felicidad que la de regresar allí. Estiré hacia ella mis manos con deseos ansiosos. «Ah, dichoso desierto —dije—, nunca te volveré a ver. Oh, criatura miserable, adónde iré». Luego me reproché por lo ingrato de mi temperamento y por haber lamentado mi soledad; cuánto daría en ese momento por volver a pisar la orilla. Así, nunca vemos el verdadero estado de nuestra condición hasta que la contraria nos lo ilustra; ni sabemos cómo valorar aquello de lo que gozamos si no es por carecer de ello. Es apenas posible imaginar la consternación en que estaba sumido, arrancado de mi amada isla (pues eso me parecía en ese momento) para salir al ancho océano, casi dos leguas mar adentro y sin absolutamente ninguna esperanza de regresar a tierra firme jamás. De todos modos, trabajé con ahínco hasta que casi agoté las fuerzas y conseguí mantener el barco tan arrumbado al norte —es decir, hacia el lado de la

corriente en que se encontraba el torbellino— como me fue posible. Hacia el mediodía, cuando el sol pasó por el meridiano, me pareció sentir en el rostro una leve brisa que venía del sur-sureste. Eso me alivió un poco el corazón, sobre todo cuando al cabo de media hora más empezó a soplar una leve ventolera. Para entonces yo me había alejado ya una distancia aterradora de la isla y si llega a intervenir la menor nube o algo de niebla habrían implicado otro modo de acabar conmigo, pues no tenía compás a bordo y, en caso de perder de vista la isla, jamás hubiera sabido cómo poner rumbo a ella de nuevo. Sin embargo, el tiempo siguió despejado y yo me apliqué de nuevo a la tarea de levantar el mástil y extender la vela, manteniendo la proa al norte, en la medida de lo posible, para salir de aquella corriente.

Justo cuando acababa de instalar el mástil y la vela y el bote empezaba a alejarse, vi por la mera claridad del agua que se acercaba alguna alteración de la corriente, pues donde esta era muy fuerte el agua se veía turbia; en cambio, al ver que aclaraba entendí que la corriente aflojaba y de inmediato descubrí al este, a una media milla de distancia, un rompiente del mar en algunas rocas. Entendí que esas rocas provocaban que la corriente se partiera de nuevo y, mientras su brazo principal se alejaba más bien hacia el sur, dejando las rocas al noreste, el otro regresaba por la resaca de las rocas y creaba un fuerte torbellino que se desplazaba de nuevo hacia el noroeste con un arroyo muy pujante.

Quienes sepan lo que supone recibir una conmutación de la pena cuando ya estás subiendo la escalerilla del patíbulo, o ser rescatado de los ladrones cuando estos están ya a punto de matarte, o quien haya vivido situaciones extremas por el estilo, puede adivinar cuál fue mi alegre sorpresa, y con cuánta ilusión metí mi bote por el arroyo de aquel torbellino, cómo refrescaba el viento y con cuánta contentura le ofrecí mi vela para correr viento en popa con alegría, con la fuerte corriente, o acaso el propio torbellino, por debajo del bote.

Aquel torbellino me arrastró casi media legua de vuelta hacia la isla, pero también me separó unas dos leguas hacia al norte de la corriente que me empujaba al principio; así que cuando volví a acercarme a la isla me encontraba en un lugar abierto a la costa norte, o sea, el extremo opuesto a aquel del que había partido.

Después de arrastrarme algo más de una legua, resultó que la corriente del torbellino se agotaba y ya no me servía de nada. De todos modos, al estar entre dos corrientes, a saber, la que me había empujado por el sur y la del norte, que ahora quedaba al otro lado, a una legua de distancia; al estar entre ambas, digo, y protegido por la isla, por fin encontré el mar en calma e inmóvil y, como aún quedaba una brisa agradable, mantuve el rumbo hacia la isla aunque ya no avanzara tanto como antes.

Hacia las cuatro de la tarde, cuando ya estaba a menos de una legua de la isla, descubrí que el arrecife causante de aquel desastre al alargarse mar adentro por el sur, como ya he dicho, y empujar así la corriente, provocaba también otro torbellino por el norte. Este resultó ser muy poderoso, aunque no se interponía directamente en mi rumbo hacia el oeste, sino que quedaba al norte. En cualquier caso, como soplaba una

ventolera fresca, crucé el torbellino recortándolo por el noroeste y al cabo de una hora me encontré a menos de una milla de la costa, donde el agua estaba bien tranquila y me costó poco llegar a tierra.

Al desembarcar en la orilla me postré de rodillas y di gracias a Dios por mi salvación, resuelto a dejar de lado cualquier idea de escapar de allí con mi bote y, tras recuperar fuerzas con lo poco que tenía, llevé el bote a una cueva que había localizado bajo unos árboles, cerca de la orilla, y me tumbé a dormir, pues estaba bastante cansado por los esfuerzos y las fatigas del viaje.

Entonces me quedé totalmente desconcertado al respecto de cómo regresar a casa con mi bote. Había pasado demasiados peligros y sabía demasiado bien que no debía ni pensar en intentar regresar por donde había salido e ignoraba qué podía haber al otro lado (o sea, al oeste), y tampoco tenía la menor intención de pasar nuevas aventuras. Así que por la mañana decidí avanzar hacia el oeste por la orilla para ver si había algún riachuelo en el que pudiera encontrar un sitio seguro para mi fragata, para disponer de ella si volvía a necesitarla. Al cabo de unas tres millas de navegación costera, más o menos, llegué a un buen delta, o bahía, de casi una milla de extensión, que se estrechaba hasta convertirse en un riachuelo o arroyo muy pequeño, donde encontré un muy oportuno puerto para mi bote y donde este quedó como si se tratara de un embarcadero hecho a propósito para él. Allí lo dejé y, tras abandonarlo en lugar seguro, salí a la orilla para echar un vistazo y ver dónde estaba.

Pronto descubrí que había llegado poco más allá de donde estuviera en la ocasión anterior, en mi viaje a pie hasta aquella misma costa, así que sin sacar del bote más que la escopeta y el parasol, pues hacía un calor exagerado, empecé la marcha. El camino parecía bastante cómodo tras un viaje como el mío y aquella misma tarde llegué a mi vieja glorieta, donde encontré todo tal como lo había dejado: siempre lo conservaba todo bien ordenado, pues se trataba, como ya he dicho, de mi casa de campo.

Pasé por encima del cerco y me tumbé a la sombra para descansar las piernas. Como estaba muy debilitado, me quedé dormido. Pero juzga, si puedes, tú que lees mi historia, la sorpresa que me llevé cuando me sacó del sueño una voz que me llamaba por distintos nombres: «Robin, Robin, Robin Crusoe, pobre Robin Crusoe, ¿dónde estás, Robin Crusoe? ¿Dónde estás? ¿Adónde has ido?».

Al principio tenía un sueño tan profundo por la fatiga de haber remado tanto durante la primera parte del día para luego seguir caminando, que no llegué a despertarme, sino que me fui dando cabezadas entre la vigilia y el sueño. Creía haber soñado que alguien me hablaba. Sin embargo, cuando la voz siguió repitiendo «Robin Crusoe, Robin Crusoe», al fin empecé a despertarme de verdad, me llevé un susto terrible y empecé a levantarme con la mayor de las consternaciones; sin embargo, en cuanto abrí los ojos vi a mi *Poll* posado encima del seto; de inmediato supe que era él quien me hablaba pues yo mismo le había enseñado a hablar en aquel tono lastimero. Y lo había aprendido tan bien que era capaz de posarse en un dedo mío, acercar el

pico a mi oído y quejarse: «Pobre Robin Crusoe, ¿dónde estás? ¿Adónde has ido? ¿Qué haces aquí?». Y otras cosas parecidas que yo le había enseñado.

Sin embargo, aunque sabía que era el loro y que, por supuesto, no podía haber nadie más por allí, pasó un buen rato hasta que pude recuperar la compostura. Primero, me asombraba que aquella criatura hubiera llegado hasta allí; luego, que permaneciera en aquel sitio, y no en cualquier otro. Una vez convencido de que no podía ser nadie más que el honrado *Poll*, lo superé: alargué una mano y lo llamé por su nombre y la criatura sociable acudió a mí y se me posó en el pulgar, como era su costumbre, y siguió hablándome, que si pobre Robin Crusoe, que si cómo había llegado allí, que si dónde había estado, como si le diera una enorme alegría verme. Así que me lo llevé a casa conmigo.

Estaba harto de excursiones marinas durante un buen tiempo y tenía tantas cosas que hacer que podía pasar muchos días sin moverme y reflexionar sobre los peligros que había corrido. Me hubiera encantado tener el bote en aquel lado de la isla, pero no se me ocurría cómo podía traerlo. Ya había rodeado la isla por el lado este y sabía que no debía aventurarme por esa zona; sólo de pensarlo se me encogía el corazón y se me helaba la sangre. Ignoraba qué podía haber en el lado oeste pero, suponiendo que la corriente circulara con la misma fuerza hacia la costa este al pasar por allí, se correría el mismo riesgo de ser arrastrado por el agua contra la isla, como ya me había ocurrido, o lejos de la misma. Así que, con esos pensamientos, me resigné a quedarme sin bote por mucho que me hubiera costado muchos meses de esfuerzo tallarlo y otros tantos llevarlo hasta el mar.

En ese temperamento controlado pasé casi un año llevando una vida muy tranquila y retirada, como se puede suponer, y con los pensamientos igualmente serenos, resignado por completo a aceptar los designios de la Providencia y convencido de llevar una vida muy feliz en todos los aspectos, salvo en el social.

Durante ese tiempo mejoré en todos los ejercicios mecánicos que mis necesidades me obligaban a emprender y creo que, si se diera la ocasión, podría ser un buen carpintero, sobre todo si se tiene en cuenta que apenas disponía de herramientas.

Además, alcancé una inesperada perfección en la alfarería y fui capaz de ingeniármelas para hacer mis piezas sobre una rueda, con lo que resultaban mucho mejores y más fáciles; lo que antes eran objetos que daba asco mirar, se convertían ahora en cosas redondas, con forma. Sin embargo, creo que nunca estuve tan orgulloso de mi desempeño, ni tan alegre de haber descubierto algo, como cuando me mostré capaz de hacer una pipa de tabaco. Y aunque al terminarla resultó que era muy fea, y que se ponía al rojo como todas las otras piezas de cerámica, quedó dura y firme y permitía aspirar el humo, de modo que me representó un enorme consuelo, pues siempre había tenido la costumbre de fumar y en el barco había visto pipas, pero las había dejado allí por creer que no había tabaco en la isla. Y luego, al revisar de nuevo el barco, ya nunca las volví a ver.

También mejoré mucho en la práctica de la cestería e hice abundantes cestas, que

buena falta me hacían, como buenamente pude. No eran muy bonitas, pero resultaban muy cómodas y prácticas para guardar cosas, o para llevarlas hasta casa. Por ejemplo, si mataba una cabra, podía colgarla de un árbol, despellejarla, secarla, descuartizarla y llevarme los trozos a casa en una cesta, igual que con una tortuga: la podía cortar, sacar los huevos y uno o dos trozos de carne, suficiente para mí, llevarme eso a casa y dejar el resto. Y también usaba cestas como recipientes para el cereal, que siempre frotaba en cuanto estaba seco y luego lo curaba y lo guardaba en otras cestas más grandes.

Entonces me di cuenta de que mi pólvora empezaba a escasear considerablemente y esa era una carencia que me resultaría imposible de suplir, de modo que empecé a plantearme seriamente qué debía hacer cuando me quedara sin ella: es decir, cómo podría matar alguna cabra. Como ya se ha comentado, en el tercer año de mi estancia aquí había conservado una cabra joven para domesticarla y tenía esperanzas de conseguir un macho cabrío, pero no lo logré hasta que mi cabra fue ya demasiado mayor; y no fui capaz de matarla, de modo que murió de vieja.

Sin embargo, por entonces, que ya llevaba once años de residencia y, como he dicho, me estaba quedando sin munición, me dediqué a pensar en algún artilugio para atrapar cabras, por ver si conseguía capturar algunas vivas; en particular quería una hembra cargada de crías.

Con ese propósito preparé trampas para cazarlas y creo que cayeron en ellas más de una vez, pero el aparejo no era bueno porque no tenía alambre y siempre me las encontraba rotas y con los cebos devorados.

Al final decidí probar con un foso, de modo que excavé unos cuantos en lugares donde había visto alimentarse a las cabras y coloqué unas vallas que yo mismo hice, con un gran peso; en varias ocasiones puse espigas de cebada y arroz seco sin armar la trampa y pude comprobar con gran facilidad que las cabras habían entrado y se lo habían comido, pues sus huellas eran visibles. Al final instalé tres trampas una misma noche y a la mañana siguiente me las encontré todas intactas, pero con la comida desaparecida. Era muy decepcionante. De todas maneras, alteré mis trampas y, por no molestar con los detalles, una mañana al acercarme a verlas descubrí en una de ellas un gran macho cabrío y en otra tres criaturas: un macho y dos hembras.

En lo que concierne al viejo, no sabía qué hacer con él, pues parecía tan feroz que no me atrevía a entrar en el foso; es decir, a intentar conservarlo con vida, que era lo que deseaba. Podría haberlo matado, pero ni sabía cómo ni me servía para nada. Así que lo dejé salir de la trampa y se fue corriendo como si hubiera perdido el juicio de puro miedo. Sin embargo, había olvidado algo que volví a aprender más adelante: que el hambre puede amansar hasta a un león. Si lo hubiera dejado allí tres o cuatro días sin comida y luego le hubiera llevado un poco de agua para beber, y después algo de grano, se habría vuelto tan manso como las criaturas, pues son unos animales muy amables y sagaces cuando reciben buen trato.

En cualquier caso, lo dejé marchar porque en aquel momento aún no lo sabía:

luego fui por las tres crías, las capturé de una en una, las até juntas con unas cuerdas y me las llevé a casa con ciertas dificultades.

Tardaron bastante tiempo en empezar a comer, pero para tentarlas les echaba algo de maíz y empezaron a amansarse; entonces descubrí que, si esperaba mantener mis provisiones de carne de cabra cuando ya no me quedara pólvora ni munición, la única manera consistía en criar cabras domesticadas, de tal modo que cuando llegara ese momento las pudiera tener cerca de casa como se tiene un rebaño de ovejas.

Mas de inmediato se me ocurrió que tenía que separar las mansas de las silvestres, pues de lo contrario al crecer se me asilvestrarían todas; eso sólo era posible si disponía de un trozo de terreno bien cercado, ya fuera con un seto o con una empalizada, para conservarlas de tal modo que ni las de dentro pudieran salir, ni las de fuera entrar.

Era mucha tarea para un solo par de manos, mas como entendí que se trataba de algo absolutamente necesario, mi primera ocupación fue encontrar la parcela de terreno idónea. Es decir, uno que pudiera tener hierba para pastar, agua para beber y algo que resguardara a las cabras del sol.

Los que sepan algo de esa clase de terrenos cercados pensarán que tuve poco ingenio cuando escogí un terreno que cumplía muy bien las condiciones mencionadas, pues se trataba de un llano abierto en una pradera o sabana (como las llaman los nuestros en las colonias occidentales), con tres arroyuelos de agua dulce y un extremo muy boscoso. Digo que sonreirán por mi elección cuando cuente que empecé el vallado de aquel terreno de tal modo que el seto, o la empalizada, tenía que ser de casi dos millas. Mas lo grave no era sólo la extensión del cercado, sino del terreno en sí, pues aun si la valla hubiese medido diez millas me habría sobrado el tiempo para hacerla. En cambio, no había tenido en cuenta que las cabras, al disponer de tanto espacio como si hubieran estado sueltas por la isla, se iban a asilvestrar igualmente; y para cogerlas tendría que recorrer tanto espacio que nunca lograría capturar ninguna.

Había empezado ya el seto y seguido hasta una cincuenta yardas, creo, cuando se me ocurrió eso. Me detuve de inmediato y decidí que, para empezar, cercaría un trozo de unas ciento cincuenta yardas de largo por cien de ancho, medida suficiente para que cupiera todo mi rebaño durante un tiempo razonable. Si luego este crecía, siempre podría añadir más tierras al cercado.

Fue una demostración de prudencia y luego me puse a trabajar con coraje. Pasé unos tres meses haciendo el seto y, cuando estuvo listo, reservé a las tres crías la mejor parte y adopté la costumbre de darles de comer lo más cerca posible de mí, para que se fueran familiarizando, y muy a menudo salía y cargaba unas cuantas espigas de cebada, o un puñado de arroz, y les daba de comer en la mano; de este modo, cuando el cercado estuviera listo y yo las soltase, me seguirían arriba y abajo, balando tras de mí por un puñado de cereal.

La tarea cumplió su propósito y al cabo de un año, o año y medio, tuve un rebaño

de unas doce cabras, con crías y todo; y en otros dos años tenía ya cuarenta y tres, sin contar unas cuantas que aparté para comérmelas. Y después cerqué otros cinco terrenos, preparé unos rediles que me permitían cogerlas como quisiera y puertas que me permitían pasar de un cercado al siguiente.

Y eso no era todo, porque ahora no sólo tenía carne de cabra de la que alimentarme a voluntad, sino también leche, algo que al principio ni había pensado y que se me ocurrió como una sorpresa verdaderamente agradable. Instalé mi lechería y saqué un galón de leche al día, o dos. Y la naturaleza, además de aportar provisiones de comida para todas las criaturas, les dicta también con naturalidad cómo usarla; por eso, aunque nunca había ordeñado una vaca, y mucho menos una cabra, ni había visto jamás cómo se hacían la mantequilla y el queso, aprendí a hacer ambos con rapidez y facilidad, aunque no sin bastantes pruebas y fallos, y ya nunca los eché en falta.

¡Con cuánta misericordia puede tratar nuestro gran creador a sus criaturas, incluso en condiciones en las que parecen abrumadas por la destrucción! ¡Cómo endulza la más amarga de las providencias y nos da razones para alabarle por sus mazmorras y sus prisiones! Ante mí tenía servida la mesa en medio de la naturaleza, donde al principio no había visto más que un lugar en el que perecer de hambre.

Hasta el más estoico hubiera sonreído al ver cómo me sentaba a comer con mi pequeña familia. Ahí estaba yo, majestad, príncipe y señor de toda la isla; las vidas de todos mis súbditos dependían de mí por completo. Podía colgarlos y arrastrarlos, darles o quitarles la libertad, sin que hubiera rebeldes entre mis sujetos.

La sonrisa se hubiera mantenido al ver que, también como los reyes, cenaba solo, atendido por mis sirvientes; sólo *Poll*, como si fuera una favorita, tenía permiso para hablarme. Mi perro, que estaba ya muy mayor y alocado, y que no había encontrado nadie de su especie con quien multiplicarse, se sentaba siempre a mi derecha; los dos gatos, uno a cada lado de la mesa, esperaban que les diera un bocado de vez en cuando como muestra de un favoritismo especial.

Aquellos, sin embargo, no eran los dos gatos que había bajado a la orilla la primera vez, pues ambos habían muerto y los había enterrado con mis propias manos cerca de mi residencia; uno de ellos había tenido descendencia con no sé qué clase de criatura y yo había conservado dos cachorros domesticados, mientras que todos los otros se habían asilvestrado en el bosque y, al final, se habían convertido en una fuente de problemas para mí, pues a menudo se acercaban a mi casa y la saqueaban. A la larga, no tuve más remedio que dispararles y maté bastantes; al final, me dejaron en paz. Esos eran mis acompañantes y esa la plenitud en que vivía: no podía afirmar que me faltara más que el trato social y aun de este, no mucho tiempo después, hube de tener en exceso.

Estaba algo impaciente, como ya he observado, por disponer de mi bote, aunque me resistía a correr más peligros; en consecuencia, a veces me sentaba a ingeniar maneras de traérmelo cruzando la isla y otras me tumbaba y me daba por satisfecho sin él. Mas tenía en la mente una extraña inquietud por bajar hasta el punto de la isla

al que había llegado en mi última expedición, aquel en que, como se ha dicho, subí a una colina para ver desde allí dónde quedaba la orilla y en qué dirección circulaba la corriente para así saber qué debía hacer. Esa inquietud fue creciendo en mí a diario y al final decidí viajar hasta allí por tierra, siguiendo el litoral. Así lo hice: mas si cualquier inglés se hubiera topado con un hombre como yo se habría llevado un gran susto, o acaso habría soltado una gran carcajada; como yo mismo me detenía con frecuencia para mirarme, no podía sino sonreír ante la idea de que alguien viajara por Yorkshire con semejante indumentaria y equipaje. Goce el lector del siguiente boceto de mi apariencia:

Tenía un gorro enorme e informe, hecho de piel de cabra, con un ala que caía por la espalda, tanto para protegerme del sol como para evitar que la lluvia se me metiera por el cuello, pues no hay en esos climas nada tan dañino como la lluvia cuando te llega hasta la piel por debajo de la ropa.

Llevaba una chaqueta corta de piel de cabra cuyo faldón me bajaba hasta medio muslo; unos bombachos abiertos en la rodilla, del mismo material. La piel de los bombachos procedía de un macho cabrío y el pelo colgaba tanto por ambos lados que parecía un pantalón completo; no tenía calcetines ni zapatos, pero me hice un par de algo que no sabría ni cómo llamar, como unos borceguíes que me cubrían parte de las piernas y se ataban a ambos lados, como las polainas, aunque con una forma burda, igual que todas mis otras prendas.

Llevaba puesto un cinturón ancho de piel seca de cabra, atado con dos correas del mismo material en vez de hebillas y con una especie de vaina a cada lado. En vez de una espada o una daga, en dichas vainas enfundaba una pequeña sierra y una hachuela. Tenía otro cinturón, no tan ancho, atado del mismo modo, que me ponía en bandolera; en un extremo, bajo mi brazo izquierdo, sostenía dos morrales hechos también de piel de cabra: en uno guardaba la pólvora y en el otro la munición. A la espalda llevaba una cesta, la escopeta al hombro y por encima de la cabeza un burdo, grande y feo parasol de piel de cabra que, al fin y al cabo, después del arma, era mi posesión más necesaria. En cuanto a mi rostro, el color era tan amulatado como podía esperarse de un hombre que no había tomado ninguna precaución y que vivía nueve o diez grados por debajo de la línea del ecuador. Al principio había sufrido el crecimiento de mi barba hasta alcanzar el cuarto de yarda, mas como ahora tenía tijeras y navajas en abundancia la llevaba bastante corta, salvo por el pelo que crecía en el labio superior, recortado en forma de bigote mahometano, como había visto a algunos turcos en Salé; y es que los moros no lo llevan así, pero los turcos sí. No diré que ese mostacho fuera tan largo como para colgar de él mi sombrero, pero sí tenía la longitud y la forma necesarias para ser considerado monstruoso y algo parecido hubiera sembrado el terror en Inglaterra.

Sin embargo, todo eso era secundario, pues en lo que concierne a mi figura, como no había mucha gente que pudiera mirarla, no tenía ninguna importancia, así que no hablaré más de eso. Con ese aspecto emprendí mi nuevo viaje, que me llevó a pasar

fuera cinco o seis días. Primero seguí la orilla directamente hasta el lugar en que por primera vez había echado el ancla para subirme a las rocas; como esta vez no tenía barco que cuidar, tomé un camino más cercano que llevaba a la misma altura que había alcanzado la vez anterior, cuando quería mirar hacia el arrecife que se adentraba en el mar y que, como ya se ha dicho, debía doblar con mi bote; me sorprendió ver el mar en calma y en silencio, sin rachas, sin movimiento, ni más corriente que en otras partes.

No sabía cómo entender algo tan extraño y decidí dedicar algo de tiempo a observarlo para ver si lo causaba algún fenómeno relacionado con el flujo de las mareas. Sin embargo, pronto me convencí de cuál era la razón, a saber: lo que creaba aquella corriente debía de ser el reflujó de la marea baja al sumarse a la corriente generada por algún gran río al aportar sus aguas a la orilla; según soplara el viento con más fuerza desde el oeste o desde el norte, esa corriente se acercaba o alejaba más de la orilla. Me quedé por allí hasta el atardecer, volví a subir a la colina y, al empezar a bajar la marea, vi con claridad la misma corriente que antes, sólo que ahora llegaba más lejos, pues alcanzaba casi media legua desde la orilla; en la ocasión anterior, en cambio, se había acercado a la costa, arrastrándome con mi canoa, cosa que no hubiera ocurrido a otra hora del día.

Mis observaciones me convencieron de que si me fijaba en el flujo y reflujó de la marea podría llevar el bote con facilidad hasta mi lado de la isla; sin embargo, cuando empecé a pensar en llevarlo a la práctica, le entró tal terror a mi espíritu al recordar los peligros que había corrido, que no fui capaz de pensar en ello con paciencia; al contrario, tomé otra decisión más prudente, aunque también más esforzada: construir otra piragua, o canoa, para así tener una en cada lado de la isla.

El lector debe entender que entonces tenía, por así decirlo, dos plantaciones en la isla: una era mi pequeña fortificación, o tienda, bajo la roca y rodeada por el muro, con la cueva en la parte trasera, agrandada ya hasta contener diversas estancias, o cuevas, una dentro de la otra. Una de ellas, la más grande y seca, tenía una puerta que daba más allá de mi muro; es decir, salía pasado el punto en que el muro se juntaba con la roca. En ella había vasijas grandes de arcilla, de cuya preparación ya he dado cuenta, y unas catorce o quince cestas grandes, con cinco o seis fanegas de capacidad cada una, en las que conservaba mis provisiones, sobre todo el cereal, a veces todavía en espiga cortada y otras ya desgranado a base de frotarlo con las manos.

En cuanto al muro, las estacas o columnas que lo conformaban, como ya he dicho, habían crecido como árboles y en esa época eran tan altas y se habían esparcido tanto que nadie hubiera pensado al verlas que tras ellas pudiera haber ninguna clase de vivienda.

Cerca de aquel habitáculo, aunque algo apartadas y en tierras más bajas, estaban mis dos parcelas de cultivo de cereal, que mantenía siempre bien trabajadas y sembradas y que al llegar la estación correspondiente me entregaban cumplidamente su cosecha. Y si necesitaba más grano, tenía otras tierras adyacentes e igualmente

adecuadas.

Además, disponía de mi casa de campo y en esa época tenía ahí también una plantación aceptable: de entrada, tenía mi pequeña glorieta, como yo la llamaba, que mantenía bien reparada. Es decir, conservaba el seto que la rodeaba siempre recortado a la misma altura, con la escala por dentro. Lo que al principio habían sido apenas unas estacas eran ahora árboles altos y firmes; siempre los podaba de modo que sus copas crecieran bien abiertas y frondosas para que dieran una sombra más agradable, cosa que a mi gusto efectivamente hacían. En el centro tenía mi tienda siempre en pie, hecha con un trozo de vela estirado sobre unas pértigas que había instalado con ese propósito y que nunca hube de reparar ni renovar; bajo la tienda me había hecho un colchón con las pieles de los animales que había matado y con otras cosas blandas, y había echado por encima una manta rescatada de las pertenencias del barco y un gabán grande para taparme. Allí, cuando se presentaba la ocasión de ausentarme de mi vivienda principal, instalaba mi residencia campestre.

Cerca de la misma tenía mis cercados para el ganado, o sea, para mis cabras. Y como vallar y cerrar aquel terreno me había costado unos sufrimientos impensables, pasaba por las incomodidades necesarias para mantener el cerco intacto, no fuera a ser que se escaparan las cabras. Nunca me iba sin colocar, con infinitos esfuerzos, un montón de pequeñas estacas por la parte exterior, tan cercanas entre sí que más que un cerco parecía una empalizada y apenas había espacio suficiente para pasar la mano; esas estacas crecieron también, como las demás, al llegar la siguiente estación de lluvias y volvieron mi cerco fuerte como un muro; de hecho, más fuerte que ningún muro.

Eso demostrará que no estaba ocioso y que no reparaba en esfuerzos para hacer realidad cualquier idea que me pareciese necesaria para mi comodidad, pues consideraba que al mantener junto a mí un rebaño de criaturas domésticas tendría un almacén vivo de carne, leche, mantequilla y queso, disponible mientras siguiera viviendo allí, así fueran cuarenta años. Y conservarlas a mi alcance dependía por completo de mi capacidad para perfeccionar los cercos hasta el extremo de estar seguro de que las mantendría juntas; aquel método cumplía su objetivo con tal eficacia que cuando empezaron a crecer las estacas me vi obligado a arrancar algunas, de tan juntas como las había plantado.

En aquel lugar crecían mis uvas, de las que obtenía principalmente mi provisión invernal de pasas; nunca olvidé conservarlas con mucho cuidado como la mejor y más agradable exquisitez de mi dieta; desde luego, no eran sólo agradables, sino incluso curativas, sanas, nutritivas y refrescantes en extremo.

Como eso quedaba más o menos a medio camino entre mi otra residencia y el lugar en el que había dejado el bote, en general aprovechaba para detenerme cuando iba de camino hacia allí, pues visitaba el bote a menudo y mantenía bien ordenado cuanto lo rodeaba. A veces lo sacaba para entretenerme, pero no pensaba volver a hacer ningún viaje peligroso y me quería mantener a tiro de piedra de la costa, de

tanto que temía que la corriente, el viento o cualquier otro accidente, me sacaran de nuevo de mis casillas. Mas ahora llego a un nuevo episodio de mi vida.

Ocurrió que una vez iba hacia el barco, a mediodía, y me llevé la enorme sorpresa de ver en la orilla la huella del pie descalzo de un hombre; se veía en la arena con toda claridad. Me quedé como si me hubiera atizado un rayo o hubiera visto una aparición. Agucé el oído, miré a mi alrededor, pero ni vi ni pude oír nada. Subí a un promontorio para mirar más allá, caminé arriba y abajo por la costa, pero sólo había una, no había más señal que aquella, a la que me acerqué de nuevo para ver si a su lado había más, o comprobar si había sido producto de mi imaginación. Sin embargo, no había lugar para eso, pues se trataba exactamente de la huella de un pie: los dedos, el talón, todas las partes del pie. Ni sabía ni era capaz de imaginar cómo había llegado hasta allí. Sin embargo, tras agitados e innumerables pensamientos, propios de un hombre absolutamente confundido y fuera de sí, regresé a mi fortificación sin sentir siquiera la tierra que pisaba, como suele decirse; aterrado hasta tal extremo que iba mirando atrás cada dos o tres pasos, confundiendo cada árbol o arbusto, imaginando que cualquier tocón lejano era en realidad una persona; ni siquiera es posible describir la gran variedad de formas adoptadas por mi imaginación para representarme las cosas, la cantidad de alocadas ideas que en todo momento convivían en mi mente y las copiosas tonterías que, durante el camino, acudían a mis pensamientos.

Al llegar a mi castillo, pues creo que así lo llamé desde entonces, me metí en él como si me persiguieran. No pude recordar si había entrado por la escala, como estaba previsto, o por el agujero en la roca que había dado en llamar puerta; no, tampoco lo recordaba al día siguiente, pues nunca una liebre buscó cobijo, ni se metió bajo tierra un zorro, con tanto terror en su mente como yo en aquel refugio.

Aquella noche no dormí nada. Cuanto más alejado me encontraba de la fuente de mi terror, mayor era mi aprensión, lo cual parece contrario a la naturaleza de las cosas, especialmente a la práctica habitual de las criaturas atemorizadas. Mas yo estaba tan abrumado por mis propias ideas sobre lo que había visto, que no hacía más que proyectarme funestas imaginaciones por muy alejado que estuviera. A veces se me ocurría que debía de ser el diablo y la razón acudía a asistirme en esa suposición, pues ¿cómo podía haber llegado a aquel lugar cualquier otro ser de forma humana? ¿Qué marcas habría de otras pisadas? ¿Y cómo podía ser que un hombre hubiera llegado hasta allí? Mas luego, pensar que Satanás hubiera adoptado forma humana en un lugar como aquel, donde no iba a tener ocasión de beneficiarse de ella, tan sólo para dejar a su paso la huella de un pie sin propósito alguno, pues ni siquiera podía estar seguro de que yo la vería, me pareció asombroso. Se me ocurría que el diablo habría encontrado abundantes maneras de aterrorizarme sin necesidad de dejar aquella única huella. Que como yo vivía más bien en el otro lado de la isla, no hubiera sido tan estúpido como para dejarme la huella en un lugar en el que las posibilidades de que yo no la viera eran de diez mil contra una; y encima en la arena,

donde el primer golpe de mar impulsado por un fuerte viento la habría borrado por completo. Todo eso parecía incoherente con el asunto, y con todas las nociones que solemos alimentar acerca de la sutileza del diablo.

La abundancia de argumentos de esa clase me ayudaron a razonar para librarme de la aprensión de que se trataba del diablo. Entonces, de inmediato concluí que debía tratarse de alguna criatura aún más peligrosa. Es decir, que debía de ser uno de los salvajes del continente visible al otro lado de la isla que se hubieran atrevido a hacerse a la mar con su canoa y que luego, arrastrados por la corriente o por vientos contrarios, hubieran llegado a la isla, donde habrían pisado la orilla para luego embarcarse de nuevo, tan reacios a quedarse en aquella isla desolada como yo a aceptarlos en mi compañía.

Mientras rodaban esas reflexiones por mi mente, invadieron mis pensamientos la gratitud y la alegría por no haber me encontrado en aquella zona en ese momento, y porque ellos no hubieran visto mi bote, que les hubiera llevado a concluir que alguien habitaba allí y acaso a meterse tierra adentro en mi busca. Luego, terribles ideas asaltaron mi imaginación, convenciéndola de que ellos habían encontrado mi bote y habían dejado gente en la isla, en cuyo caso regresarían en mayor número y me devorarían; y aun si no me encontraban, darían sin duda con mis cercados, destruirían todo mi cereal, se llevarían mi rebaño de cabras domésticas y yo terminaría por morir de pura necesidad.

Así que mi miedo alejó cualquier esperanza religiosa; toda la confianza en Dios, fundada en mi maravillosa experiencia de su bondad, se desvanecía como si quien hasta entonces había obrado milagros para alimentarme careciese ahora de poder para conservar las provisiones que su bondad me había concedido. Poco me costó reprocharme no haber plantado cada año más grano que el necesario para llegar hasta el siguiente, como si no pudiera ocurrir accidente alguno que me impidiera disfrutar de lo que estaba cultivando; y me pareció un reproche tan justo que decidí plantar en el futuro con dos o tres años de adelanto, de modo que, sucediera lo que sucediese, no perecería por falta de pan.

¡Qué extraño encaje de la Providencia es la vida de un hombre! ¡Qué distintas y secretas fuentes impulsan nuestros afectos de un lado para el otro según cambien las circunstancias! Amamos hoy lo que mañana odiaremos; hoy buscamos lo que mañana rehuimos; hoy deseamos lo que mañana tememos; no, lo que incluso nos hará temblar de pura aprensión. Yo fui buen ejemplo de ello del modo más vívido posible, pues si mi única aflicción era la carencia de compañía humana, la soledad en que me encontraba circunscrito por el interminable océano, apartado de la humanidad y condenado a una vida que yo mismo consideraba silenciosa; que los cielos no me consideraban digno de ser contado entre los vivos, o de aparecer entre el resto de sus criaturas, que hubiera considerado la visión de alguien de mi especie como una resurrección de la muerte, como la mayor bendición que podían concederme los cielos, después de la suprema bendición de la salvación; yo, digo, temblaba ahora del

miedo que me daba ver a un hombre y estaba dispuesto a meterme bajo tierra por una sombra, o por la silenciosa apariencia de que un hombre hubiera puesto un pie en la isla.

Así de irregular es la condición de la vida humana. Y me granjeó muchas y muy curiosas especulaciones más adelante, cuando me recuperé un poco de la sorpresa inicial; consideré que aquellas eran las circunstancias que la Providencia divina, infinitamente sabia y buena, había determinado para mí y que, como no podía adivinar qué fines buscaba en esto la divina sabiduría, tampoco iba a disputar la soberanía de quien, siendo yo su criatura, tenía por creación el derecho indudable de gobernar y disponer de mí absolutamente como le pareciera conveniente; y quien, siendo yo una criatura que lo había ofendido, tenía del mismo modo el derecho de juzgar me y condenar me al castigo que le pareciera oportuno; y que a mí me correspondía someter me a su indignación, pues había pecado contra él.

Entonces pensé que si Dios, además de justo, era también omnipotente, igual que había considerado oportuno castigarme y afligirme de aquel modo también era capaz de salvarme; que si no consideraba adecuado hacerlo yo tenía el incuestionable deber de resignarme absoluta y enteramente a su voluntad y, por otra parte, también tenía la obligación de mantener la esperanza en él, rezarle y atender en silencio los dictados y las directrices de su providencia cotidiana.

Muchas horas destiné a esos pensamientos. Días; no, podría decir que semanas y meses y no puedo omitir un efecto concreto que mis cogitaciones tuvieron en una ocasión, a saber: una mañana, a primera hora, tumbado en mi cama y ocupado en pensamientos acerca del peligro que representaba la aparición de salvajes, algo que me perturbaba en gran medida, se colaron en mi mente las siguientes palabras de las Escrituras: «Invócame en el día de la angustia, te libraré y tú me darás gloria».

A continuación me alcé de la cama con buen ánimo, no sólo con el corazón reconfortado, sino guiado y animado a rezar seriamente a Dios y pedirle que me salvara. Cuando terminé de rezar, cogí mi Biblia y la abrí para leer. Las primeras palabras que se me aparecieron fueron: «Espera en Yahveh, ten valor y firme corazón, espera en Yahveh». Resulta imposible expresar el consuelo que me brindaron. En respuesta, dejé el libro con agradecimiento y ya no volví a estar triste, al menos en aquella ocasión.

Un día, en medio de estas cavilaciones, temores y reflexiones se me ocurrió que todo aquello podía ser una quimera de mi invención y que aquella huella podía haberla dejado mi propio pie cuando desembarqué del bote. También eso me animó un poco y empecé a persuadirme de que todo era una ilusión; de que no era otra cosa que mi pie y no había ninguna razón por la que no hubiera podido dejar la huella al bajar del bote, de mismo modo que para regresar a este había tomado aquel camino también. De nuevo, tuve también en cuenta que de ningún modo podía estar seguro de dónde había pisado y dónde no; y que, si al final aquella huella correspondía a mi pie, yo había representado el papel de esos bufones que se dedican a contar historias

de espectros y apariciones y luego son los que más se asustan.

Empecé entonces a recuperar el valor y a echar de nuevo algún vistazo hacia fuera; porque había pasado tres días y noches sin salir de mi castillo; así que empezaba a necesitar provisiones, pues ya no me quedaba en los aposentos más que unos pasteles de cebada y agua. Además, había que ordeñar las cabras, tarea que solía constituir mi entretenimiento de la tarde; las pobres criaturas estaban pasando grandes dolores e incomodidades por falta de ordeño. En efecto, casi terminó con algunas y estuvo a punto de secarles la leche.

Animado en la creencia de que aquello sólo había sido una huella de mi propio pie, y de que en consecuencia podía decirse sin faltar a la verdad que me asustaba de ver mi sombra, empecé a salir de nuevo, a visitar mi casa de campo, a ordeñar mi ganado. Sin embargo, visto el miedo con que avanzaba, la frecuencia con que miraba hacia atrás, lo listo que estaba en todo momento para soltar la cesta y correr para salvar la vida, cualquiera hubiera concluido que me perseguía la mala conciencia, o que venía de sufrir algún susto terrible, como efectivamente ocurría.

En cualquier caso, así salí dos o tres días y, al no ver nada, empecé a atreverme un poco más; y a creer que no había allí nada que no perteneciera a mi imaginación. Sin embargo, no lograría persuadirme del todo hasta que bajara de nuevo a la playa y pudiera ver la huella y compararla con la mía para comprobar si había alguna similitud, o si encajaban, algo que me permitiera concluir que procedía de mi propio pie. Mas cuando llegué allí, en primer lugar, me pareció evidente que no podía haber desembarcado en ningún caso cerca de esa zona. En segundo lugar, cuando comparé la huella con mi pie descubrí que este era bastante más pequeño; ambos detalles despertaron de nuevo la imaginación en mi mente y me devolvieron a la melancolía en un grado tan extremo que me eché a temblar de frío, como si tuviera fiebre. Y regresé a casa con la firme creencia de que uno o más hombres habían pisado allí la costa; o, en resumen, de que la isla estaba habitada y podían cogermé por sorpresa. No sabía qué hacer por el bien de mi seguridad.

Ah, qué ridículas decisiones toman los hombres cuando los posee el miedo. Les priva de usar los medios que la razón ofrece para su salvación. Lo primero que me propuse fue derribar mis rediles y soltar todo mi ganado doméstico en los bosques, no fuera a ser que mi enemigo lo encontrase y luego quisiera frecuentar la isla en busca de más piezas. Luego, la simpleza de arrancar los cultivos de mis dos campos para que no encontrasen allí mis cereales y, de nuevo, les diera por frecuentar la isla. Después, demoler mi glorieta y mi tienda, para que no vieran el grano y se sintieran impelidos a buscar más a fondo, hasta dar con quien habitaba el lugar.

Ese fue el objeto de mis cavilaciones la primera noche, al volver a casa, cuando estaban aún frescos los temores que arrasaban mi mente y tenía la cabeza llena de melancolía, como ya he dicho. Así, el miedo al peligro es mil veces más aterrador que el peligro en sí cuando se aparece a la vista; y descubrimos que la carga de la ansiedad es mucho mayor que el mal que la provoca; peor aún, ante aquel problema

no contaba con el alivio que solía prestarme la resignación, y bien que lo hubiera deseado. Me pareció que estaba como Saúl, que no sólo se quejaba de que se le echaran encima los filisteos, sino también de que Dios lo hubiera abandonado; pues ahora ya no hice lo debido para calmar mi mente rezando a Dios en la desgracia y confiando mi defensa y mi salvación a su providencia, como antes. Si lo hubiera hecho, al menos me habría sentido apoyado con más ánimo ante aquella nueva sorpresa y acaso me habría comportado con mayor resolución.

La confusión de mis pensamientos me mantuvo despierto toda la noche, pero por la mañana me dormí. Como la perplejidad había dejado agotada mi mente y exhausto mi espíritu, dormí con gran profundidad y me desperté mucho más compuesto que antes; entonces empecé a pensar con calma y, tras un definitivo debate conmigo mismo, concluí que aquella isla, tan exageradamente placentera, tan plagada de frutos y, según había podido atisbar, no demasiado alejada de tierra continental, no estaba tan abandonada como había imaginado; que, si bien no estaba habitada por gente que viviera en ella, podía ser que llegaran embarcaciones a la costa, ya fuera porque la visitaran a propósito o sólo cuando los vientos cruzados las llevaran hasta allí.

Que llevaba quince años viviendo ya en la isla y jamás me había topado siquiera con la sombra o la silueta de una sola persona; y que si en algún momento llegaban por aquí, lo más probable era que se fuesen lo antes posible, visto que nunca hasta entonces se les había ocurrido fijar aquí su residencia.

Que el único peligro que podía acecharme provenía del desembarco accidental de alguien procedente de la tierra peninsular. Y si llegaban hasta aquí, lo más probable era que fuese en contra de su voluntad, de modo que en vez de asentarse se irían a la mayor brevedad y no pasarían la noche en tierra, salvo que la marea les ofreciera alguna dificultad y se vieran obligados a esperar al día siguiente; y, por lo tanto, no tenía más que considerar la necesidad de un refugio, por si veía que desembarcaban allí algunos salvajes.

Entonces empecé a lamentar amargamente haber excavado una cueva tan grande para darle una segunda apertura que, como ya he dicho, salía más allá del punto en que mi empalizada coincidía con la roca; después de madurar ese asunto, en consecuencia, decidí levantar una segunda fortificación, de nuevo en forma de semicírculo, a cierta distancia del muro que había levantado unos doce años antes con aquella doble hilera de árboles de la que ya he hablado. Como estaban tan próximos entre sí, bastaba con colocar unas pocas estacas para que quedaran más gruesos y fuertes, de modo que pronto tendría mi muro terminado.

Así que ahora tenía un muro doble, y la parte exterior quedaba reforzada con leños, viejos cables y cualquier objeto que se me ocurriera para hacerla más resistente; dejé siete agujeros pequeños, del tamaño justo para poder asomar por ellos un brazo. Por el lado interior amplíé el muro hasta que alcanzó los diez pies de grosor, gracias a una gran cantidad de tierra que excavaba de la cueva para luego depositarla en el suelo y pisotearla; en los siete agujeros se me ocurrió meter los

mosquetes, pues recordaba haber sacado precisamente siete del barco; digo que los planté como si fueran cañones y los encajé en soportes que los aguantaban como si fueran carretillas, porque así podía disparar las siete armas en dos minutos; me costó agotadores meses terminar ese muro, mas no me sentí a salvo hasta que lo hube terminado.

Cuando estuvo listo, sembré toda la tierra no ocupada por el muro, a lo largo de una gran extensión y en todas las direcciones con tantas estacas y palos de madera de mimbrera como cupieran, pues había descubierto que crecían muy bien; tan es así que creo que pude llegar a colocar casi veinte mil, con un amplio vacío entre las estacas y el muro para que el espacio abierto me permitiera ver al enemigo y para que este, si intentaba acercarse a mi muro exterior, no se beneficiara de la protección de los pimpollos.

De modo que en dos años tuve una arboleda, y en cinco o seis un auténtico bosque delante de mi residencia: crecía tan monstruosamente espeso y fuerte que, desde luego, resultaba perfectamente infranqueable; ningún hombre, fuera cual fuera su clase, podría jamás imaginar que hubiera nada al otro lado, y mucho menos una vivienda. En cuanto a la manera en que pensaba entrar y salir, pues no había dejado puerta alguna, consistía en instalar dos escalas: una en una zona de la roca que quedaba a escasa altura y luego se hundía de tal modo que se podía instalar otra escala encima: así, cuando se quitaban las dos escalas era imposible que ningún hombre pudiera atacarme sin lastimarse; y aun si lograban colarse seguirían estando en la cara exterior de mi muro interno.

De modo que tomé todas las medidas sugeridas por la prudencia humana para mi seguridad; y se entenderá desde lejos que no carecían en absoluto de razón; aunque para entonces yo no preveía nada más que lo que me sugería el puro miedo.

Mientras tanto, yo no descuidaba del todo mis otros asuntos, pues mucho me preocupaba mi pequeño rebaño de cabras; no sólo me proveían de alimento en el presente siempre que me hacía falta, y empezaban ya a bastarse por sí mismas sin necesidad de gastar pólvora y municiones; también me ahorraba las fatigas de salir a cazar animales salvajes y por eso no soportaba la idea de perder esas ventajas y tener que volver a criar un rebaño.

Con tal propósito, tras largas consideraciones, sólo se me ocurrían dos maneras de conservarlas: una consistía en encontrar otro lugar conveniente para excavar una cueva subterránea en la que podría esconderlas cada noche; la otra, en cercar dos o tres superficies pequeñas de tierra, distantes entre sí y tan escondidas como fuera posible, y conservar en cada una de ellas media docena de cabras jóvenes, de modo que si ocurría algún desastre al resto del rebaño siempre podría volver a criarlas sin gran dispendio de esfuerzo y de tiempo. Y este, pese a que iba a requerir gran cantidad de tiempo y de sacrificios, me pareció el plan más racional.

En consecuencia, dediqué algo de tiempo a descubrir las zonas más remotas de la isla; escogí una que quedaba tan recóndita como hubiera podido imaginar. Era un

pequeño y húmedo claro de tierra en mitad del bosque frondoso en el que, según pude apreciar, había estado una vez a punto de perderme en mis esfuerzos por usar ese camino para regresar de la zona este de la isla. Allí encontré un claro de unos tres acres, tan rodeado de árboles que era casi como un redil de la naturaleza, o al menos se podía vallar sin tanto sacrificio como las otras tierras en las que tanto había trabajado.

Me puse a trabajar de inmediato en aquella parcela y en menos de un mes la tenía tan bien cercada que mi rebaño, mi manada, como quiera llamarse, ya no tan salvaje como se hubiera supuesto al principio, quedaba asegurada en su interior. De modo que, sin más dilación, aparté diez hembras y dos machos para aquel terreno. Una vez los tuve dentro seguí perfeccionando la cerca hasta que la dejé tan segura como la anterior, que, de todos modos, se había hecho con menos prisas y me había llevado muchísimo más tiempo.

Tuve que hacer todos esos esfuerzos tan sólo por el miedo que me provocaba la pisada de hombre que había visto, pues hasta el momento no había visto acercarse a la isla a ninguna criatura humana, y eso que llevaba ya dos años viviendo con aquella inquietud, que desde luego hacía mi vida mucho menos cómoda que antes, como podrá fácilmente imaginar cualquiera que sepa qué es vivir atrapado constantemente por el miedo del hombre; y debo observar también con gran dolor que el desequilibrio de mi mente tuvo además grandes consecuencias en la parte religiosa de mis pensamientos, pues el horror y el temor a caer en manos de los salvajes y los caníbales pesaba tanto en mi espíritu que rara vez me encontraba con la templanza necesaria para mostrar devoción a mi creador, al menos con la tranquila calma y resignación del alma que hubiera deseado; más bien rezaba a Dios bajo una gran aflicción y con presión mental, rodeado de peligros y esperando cada noche ser asesinado y devorado antes del amanecer. Por mi experiencia debo dar testimonio de que un estado de ánimo de paz, gratitud, amor y afecto constituye un mejor marco para la oración que el terror y el desconcierto; y que, bajo el temor a los males inminentes, el hombre está tan poco capacitado para llevar a cabo de manera reconfortante el deber de rezar a Dios como lo está para el arrepentimiento quien yace en la enfermedad; y el desconcierto mental ha de suponer por fuerza tanto impedimento como el del cuerpo, o aun mayor, pues rezar a Dios es por sí mismo un acto de la mente, y no del cuerpo.

Avancemos, sin embargo: tras haber asegurado así una parte de mi pequeño rebaño, me moví por toda la isla en busca de otro lugar recluso donde hacer un depósito similar. Me había alejado más que nunca hacia el punto occidental de la isla y, al mirar hacia el mar, me pareció ver un bote en el agua, a gran distancia; había encontrado más de un catalejo en uno de los cofres de los marinos y los había sacado del barco, pero no llevaba ninguno conmigo y aquello se veía tan lejos que no sabía qué pensar; aunque lo miré hasta que ya mis ojos no eran capaces de ver nada, no sé si era una embarcación o no. Al descender de la colina ya no lo alcancé a ver más, de

modo que abandoné; sólo que decidí no volver a salir sin llevar un catalejo encima.

Cuando hube bajado de la colina, en el límite de la isla, un lugar en el que, efectivamente, no había estado nunca, me convencí enseguida de que ver la huella de una pisada de hombre en la isla no era tan extraño como yo había imaginado; y que era fruto especial de la Providencia que yo hubiera naufragado en el lado de la isla que nunca visitaban los salvajes; hubiera debido entender con facilidad que era bien frecuente que las canoas del continente, cuando se adentraban demasiado en el mar, se desviarán hacia aquel lado de la isla en busca de refugio. Era probable que cuando se encontraban y luchaban con sus canoas, los vencedores tomaran prisioneros y los llevaran a aquel litoral, donde, según sus terribles costumbres, pues todos eran caníbales, los mataban y se los comían. En adelante, más sobre eso.

Al bajar de la colina y llegar a la costa, como he dicho antes, me encontraba en el extremo suroccidental de la isla y estaba absolutamente confundido y asombrado; me resulta imposible expresar el horror que invadió mi mente al ver la playa llena de cráneos, manos, pies y otros huesos de cuerpos humanos; en particular, observé un lugar en el que había ardido una hoguera y un círculo excavado en la tierra, como un reñidero de gallos, donde se suponía que los desgraciados salvajes se habían sentado a celebrar sus inhumanos festejos con los cuerpos de sus camaradas.

Me quedé tan atónito al ver eso, que ni pensé en la noción del peligro que pudiera correr durante un largo rato. Todo mi temor quedó enterrado por aquel extremo de brutalidad inhumana e infernal y por el horror de la degeneración de la naturaleza humana, pues, si bien había oído hablar de ello a menudo, nunca había tenido ocasión de presenciar algo así; en resumen, aparté el rostro de tan horrible espectáculo, se me revolvió el estómago y estaba a punto de desmayarme cuando la naturaleza decidió deshacerse del desorden de mi estómago y, tras vomitar con una violencia nada común, quedé un poco aliviado; sin embargo, no soportaba seguir en aquel lugar ni un momento más, de modo que ascendí el monte de nuevo tan rápidamente como pude y seguí caminando hasta mis aposentos.

En cuanto me hube alejado un poco de aquella parte de la isla, me detuve un momento, como abrumado. Luego, al recuperarme, miré hacia arriba con todo el afecto de mi alma y, con los ojos inundados de lágrimas, di gracias a Dios por haberme tocado en suerte venir al mundo en un lugar que me diferenciaba de aquellas criaturas tan horribles; y aunque me parecía que mi situación era desgraciada, me había dado ya tan grandes consuelos que tenía más razones para la gratitud que para la queja; y, por encima de todo, que incluso en mi desgraciada situación había obtenido el consuelo de conocerlo y la esperanza de obtener su bendición, cuya felicidad compensaba cualquier infortunio que hubiera sufrido o pudiera sufrir en el futuro.

Con esa actitud agradecida regresé a mi castillo y empecé a sentirme más tranquilo que nunca al respecto de la seguridad de mis circunstancias, pues caí en la cuenta de que aquellos desgraciados nunca acudían a la isla en busca de lo que esta

podiera darles; quizá no buscaran, ni quisieran, ni esperasen nada de ella; sin duda, habrían estado a menudo en la parte cubierta por bosques, sin encontrar nada que les resultara de alguna utilidad. Yo sabía que llevaba casi dieciocho años aquí y que nunca había visto ni la menor huella de una pisada humana hasta entonces; y podía pasar otros dieciocho, escondido por completo como estaba ahora, siempre que no me expusiera ante ellos, cosa que no tendría ocasión de hacer, pues mi única intención era permanecer escondido por completo salvo que pudiera darme a conocer a alguna criatura mejor que los caníbales.

Sin embargo, aborrecía en tal medida a los desgraciados salvajes de los que he hablado y su desgraciada e inhumana costumbre de comerse y devorarse entre ellos, que me quedé pensativo y triste y permanecí encerrado en mi círculo durante casi dos años después de aquel episodio. Y cuando hablo de mi círculo me refiero a mis tres plantaciones, o sea, mi castillo, mi casa de campo, a la que me he referido como «la glorietta», y mi redil en el bosque; a este último nunca le quise dar más uso que el de encerrar mis cabras, pues era tal la aversión que la naturaleza me brindaba contra aquellas criaturas infernales que la posibilidad de verlas me aterraba tanto como la de ver al propio demonio; en todo ese tiempo ni se me ocurrió ir a buscar mi bote; más bien empecé a pensar en hacerme otro, pues ni pensaba siquiera en intentar de nuevo volver con el otro bote dando la vuelta a la isla, por si me cruzaba con aquellas criaturas en el mar, en cuyo caso, si llego a caer en sus manos, ya sabía qué destino me esperaba.

De todos modos el tiempo, y la satisfacción derivada de descartar el peligro de ser descubierto por aquella gente, fueron aminorando la inquietud que me provocaban; empecé a vivir con la misma calma que antes, con la única diferencia de que aplicaba más precaución y mantenía los ojos más abiertos que antes para evitar que pudiesen verme; en particular, era más cauto a la hora de disparar mi arma, pues si alguno de ellos se encontraba en la isla podía oírlo; por ello, resultó buena providencia haberme provisto de un rebaño de cabras y no tener ya la necesidad de cazar en los bosques, ni de dispararlas; a partir de entonces, si cazaba todavía alguna era con trampas y cebos, como en otro tiempo; de modo que durante los dos años siguientes creo que nunca disparé el arma, aunque jamás salía sin ella. Aun más, como había salvado tres pistolas del barco, llevaba siempre conmigo al menos dos de ellas, encajadas en mi cinturón de piel de cabra. También limpié el sable curvo y grande que había sacado del barco y me hice un cinturón para llevarlo conmigo. En consecuencia, ahora era el tipo más formidable que pudieras echarle a la cara cada vez que salía, si a la descripción de mi figura que he aportado antes se añade el detalle de dos pistolas y un gran sable curvo colgado de mi costado en un cinturón, sin vaina.

Esto, como ya he dicho, se prolongó durante un tiempo; aparte de dichas precauciones, parecía que yo regresaba al modo de vida anterior, tranquilo y en calma, y todos aquellos sucesos me mostraban cada vez más lo alejada de la desgracia que estaba mi situación, si se comparaba con la de otros; mejor dicho, con

muchos otros detalles de la vida que podían haber complacido a Dios para otorgarme mi destino. Eso me puso a reflexionar. Qué pocas quejas habría entre la humanidad ante cualquier situación de la vida si la gente comparase dicha situación con la de quienes están peor para poder así mostrar su agradecimiento, en vez de comparar siempre con los que están mejor, para reforzar sus murmullos y sus quejas.

En cuanto a mi situación presente, la verdad es que no deseaba demasiadas cosas; así que, por supuesto, pensé que los sustos que me habían dado aquellos salvajes desgraciados y la preocupación por mi propia salvación habían descentrado mi ingenio de los asuntos que en verdad me convenían y me habían llevado a abandonar un buen plan en el que antes había centrado tanto mis pensamientos: a saber, probar si era capaz de convertir parte de mi cebada en malta y luego destilar algo de cerveza. Era en realidad un capricho y me reproché a menudo su ingenuidad, pues enseguida comprobé que para hacer la cerveza iba a necesitar diversas cosas que no tenía. Por ejemplo, y para empezar, barriles para conservarla, cosa que no había podido conseguir por mucho que pasé algo más que muchos días, semanas, no, meses enteros intentándolo en vano. En segundo lugar, no tenía lúpulo para conservarla, ni levadura para fermentarla, ni una olla de cobre o una pava para que hirviera; y sin embargo, a pesar de todo ello, creo firmemente que de no haber sido por el miedo y el terror que me provocaban los salvajes, lo habría intentado y a saber si lo hubiera conseguido; pues una vez decidía emprender una tarea, raramente la abandonaba sin haber logrado mi propósito.

Sin embargo, mi inventiva se ocupaba ahora de otras cosas, pues día y noche era incapaz de pensar más que en cómo destruir algunos de aquellos monstruos, con sus crueles entretenimientos sangrientos y, a ser posible, salvar a la víctima que vinieran a destruir. Ocuparía más espacio del que pretende alcanzar este volumen anotar todos los inventos que parí o, mejor dicho, a los que estuve dando vueltas y vueltas, para destruir a esas criaturas, o al menos asustarlas para impedir que volvieran por aquí; mas todo eran conatos, nada podía llevarse a cabo salvo que estuviera yo mismo presente para hacerlo; y ¿qué podía hacer un solo hombre ante ellos, que tal vez se juntarían hasta veinte o treinta, con sus dardos, sus flechas y sus arcos, de los que cabía esperar tanta puntería como de mi arma?

A veces se me ocurría hacer un agujero por debajo del lugar en que levantaban sus piras, y poner cinco o seis medidas de pólvora que se incendiarían cuando ellos encendiesen la hoguera y provocarían la explosión de cuanto quedase cerca. Sin embargo, en primer lugar me molestaba mucho malgastar tanta pólvora en ellos, pues ya sólo tenía almacenada la cantidad correspondiente a un barril; tampoco estaba seguro de que fuera a estallar en el momento adecuado. A lo mejor los pillaba por sorpresa y, como mucho, les estallaba el fuego en las orejas y les daba un susto, pero no lo suficiente para que se olvidaran de aquel lugar para siempre. Así que abandoné la idea y luego me propuse preparar una emboscada en algún lugar conveniente, con mis tres escopetas, todas con carga doble; entonces, les atacaría en mitad de su

sangrienta ceremonia, cuando estuviera seguro de matar, tal vez herir, a dos o tres con cada disparo; luego les caería encima con mis tres pistolas y mi espada y no me cabía duda de que los mataría a todos, así fueran veinte. Mis pensamientos se deleitaron en esas ideas durante algunas semanas, y tanto me ocupaban que hasta llegué a soñar con ellas a menudo; a veces parecía que en mis sueños ya estaba a punto de atacarlos.

Tan lejos dejé volar la imaginación que dediqué varios días a encontrar lugares adecuados donde emboscarme, como ya he dicho, para vigilarlos; y con frecuencia volví al lugar en cuestión, que ya me resultaba más familiar; y sobre todo cuando mi mente se llenaba de ideas de venganza y de la sangrienta posibilidad de pasar a veinte o treinta de ellos por mi espada, por así decirlo, entonces el horror que me provocaba aquel lugar y los restos que indicaban que allí los bárbaros desgraciados se devoraban entre sí, me incitaban a la maldad.

Bueno, al fin encontré un lugar en la ladera de la colina donde me pareció que podría esperar a salvo hasta que viera llegar alguno de sus botes y entonces, antes incluso de que llegaran a la orilla, podría permanecer guarecido entre los grupos de árboles, en uno de los cuales había un hueco tan grande que podía esconderme dentro; allí podría sentarme y observar todos sus actos sangrientos y apuntar a la cabeza cuando estuvieran tan juntos que resultara prácticamente imposible fallar el tiro o, en el primer disparo, herir al menos a tres o cuatro.

En ese lugar, entonces, decidí llevar a cabo mi plan y, en consecuencia, preparé dos mosquetes y la escopeta que solía usar para cazar aves. Cargué cada uno de los mosquetes con un par de postas y cuatro o cinco balas más pequeñas, de un tamaño parecido a las de las pistolas; la escopeta la cargué con casi un puñado entero de las del mayor calibre; también cargué las pistolas con cuatro balas cada una y así, bien provisto de munición para una segunda y tercera carga, me preparé para mi expedición.

Tras preparar así mi plan y ponerlo en práctica en mi imaginación, cada mañana subía hasta lo más alto de la colina, que quedaba a unas tres millas de lo que di en llamar mi castillo, si no más, para ver si conseguía detectar algún bote en el mar que se acercara a la isla, o que permaneciera en su entorno; mas empecé a cansarme de esa ardua tarea después de mantener la vigilancia constantemente durante dos o tres meses; siempre regresaba a casa sin haber descubierto nada, pues en todo ese tiempo no hubo ni la menor aparición, no ya en la orilla o en su cercanía, sino tampoco en todo el océano, hasta donde mis ojos y mis catalejos me permitían mirar en todas las direcciones.

Mientras mantuve la excursión diaria a la colina para otear, conservé también el vigor de mi plan y mis ánimos parecían mantenerse en todo momento en buena forma, pues una ejecución tan atroz como la que implicaba matar a veinte o treinta salvajes desnudos por una ofensa que ni siquiera había provocado discusión alguna en mis pensamientos, más allá de mi apasionamiento incitado por el horror al concebir la nada natural costumbre de la gente que habitaba aquellas tierras, quienes

parecían ser víctimas de la Providencia en su sabia disposición del mundo, sin otra guía que la de sus propias pasiones, abominables y viciadas; en consecuencia, estaban condenados, y tal vez lo hubieran estado desde tiempos remotos, a cometer aquellos actos horribles y practicar esas aterradoras costumbres, pues no conocían más que una naturaleza abandonada por completo de los cielos y movida por una degeneración infernal. Sin embargo, a continuación, como ya he dicho, empecé a cansarme de aquellas infructuosas excursiones matinales que, hasta entonces, había emprendido en vano, y del mismo modo empezó a alterarse mi opinión sobre la acción en sí, y empecé a pensar con más calma y frialdad en qué me estaba metiendo. Qué autoridad o mando tenía yo para pretender ser el juez y verdugo de aquellos hombres por considerarlos criminales, cuando a los cielos les había parecido oportuno dejarles sin castigo durante siglos y permitir que ellos mismos se erigieran en jueces y verdugos de sí mismos. ¿En qué medida me había ofendido aquella gente y qué derecho tenía yo a meterme en aquellas luchas de sangre que de modo tan promiscuo mantenían entre ellos? Muchas veces mantuve conmigo mismo el debate en esos términos. ¿Cómo sé yo lo que opina el propio Dios en este caso concreto? Es cierto que esta gente tampoco comete sus actos como delitos: no van en contra de lo que dictan sus conciencias, ni se lo reprocha su conocimiento. No saben que se trata de una ofensa ni al cometerlos desafían la justicia divina, como ocurre con casi todos los pecados que cometemos. Para ellos hay tanto crimen en asesinar a un prisionero de guerra como para nosotros en matar a un buey; comer carne humana es para ellos lo mismo que, para nosotros, consumir la de capón.

Al pensarlo un poco se concluía forzosamente que me había equivocado, que aquella gente no eran asesinos en el sentido en que yo los había condenado previamente en mi pensamiento; igual que tampoco lo son los cristianos que matan a los prisioneros de guerra o, con más frecuencia, en muchas ocasiones, pasan por la espada a tropas enteras sin darles cuartel, por mucho que depongan las armas y se rindan.

A continuación se me ocurrió que, si bien el trato que se daban entre ellos era brutal e inhumano, tampoco tenía nada que ver conmigo. Aquella gente no me había hecho ningún daño. Si me atacaban, o si yo estimaba necesario abalanzarme contra ellos por mi pura protección, sería otra cosa. Mas de momento no tenían sobre mí poder alguno y en verdad ni siquiera sabían de mi existencia, y en consecuencia no podían tener ningún plan que me afectara, por todo lo cual no parecía justo que yo los atacara. Eso hubiera justificado la conducta de los españoles en todas las barbaridades que practicaron en América, donde destruyeron a millones de personas que, por muy idólatras y bárbaras que fuesen y por mucho que tuvieran entre sus costumbres diversos ritos bárbaros y sangrientos como el de sacrificar cuerpos humanos a sus ídolos, aun así, para los españoles eran gente muy inocente; echarlos de sus tierras fue un acto aborrecible y detestable, como opinan hasta los propios españoles de nuestro tiempo, además de todas las otras naciones cristianas de Europa, una pura

carnicería, un acto de crueldad sangriento e innecesario, injustificable ante Dios y los hombres. Así, la mera mención de los españoles provoca terror y espanto a toda la humanidad, o al menos a quienes sienten compasión cristiana; como si el reino de España se distinguiera particularmente por producir una raza de hombres carentes de principios y de ternura, o del común sentimiento de pesadumbre ante el miserable, reconocible como señal de posesión de una mente generosa.

Estas consideraciones me llevaron ciertamente a adoptar una pausa y luego a detenerme por completo; poco a poco empecé a descartar mi plan y a concluir que había tomado medidas erróneas en mi decisión de atacar a los salvajes; que no tenía por qué entrometerme con ellos, salvo que fueran los primeros en atacar, cosa que debía intentar prevenir en la medida de lo posible; pero si ellos me descubrían y atacaban, entonces sabría cumplir con mi deber.

Por otro lado, me dije a mí mismo que aquella no era una manera de salvarme, sino de arruinarme por completo y destruirme; si no me aseguraba de matar no sólo a todos los que desembarcaran a la vez en la orilla, sino a cuantos lo hicieran más adelante, si sólo uno de ellos escapaba para contar a sus paisanos lo que había ocurrido, volverían por miles a vengar la muerte de sus compañeros y yo sólo obtendría una segura destrucción que, hasta entonces, no había tenido razones para temer.

En resumen, concluí que ni por principio teórico ni por resolución práctica debía implicarme de modo alguno en aquel asunto. Y que mi tarea consistía en esconderme de ellos por todos los medios posibles y no dejar la menor señal que les permitiera intuir que había alguna criatura viviente en la isla; quiero decir, con forma humana.

La religión se sumó a la prudencia común y me convencí con muchos argumentos de que al preparar todos aquellos planes sangrientos para la destrucción de criaturas inocentes, al menos tan inocentes como yo, me había salido de mi deber; yo no tenía nada que decir de los crímenes que pudieran cometer entre ellos; eran nacionales y a mí me correspondía dejarlos a la justicia de Dios, que es el gobernador de las naciones y sabe cómo deben aplicarse los castigos nacionales en justa retribución de los pecados nacionales; y sabe cómo brindar juicio público a los culpables de una ofensa pública por los medios que más le plazcan.

Todo eso me pareció entonces tan claro que hallé la mayor satisfacción en el hecho de no haber cometido un acto que, por muchas razones, podía considerar tan pecaminoso como el asesinato, si hubiera llegado a cometerlo; me arrodillé, di gracias a Dios por haberme librado de una culpa sangrienta y le supliqué que me concediera la protección de su providencia para no caer en manos de los bárbaros; o que no cayeran ellos en las mías mientras no tuviera órdenes del cielo para actuar en mi propia defensa.

Con esa disposición seguí durante casi un año y quedó tan lejos de mi deseo atacar a aquellos desgraciados que, durante todo ese tiempo, ni una sola vez ascendí el monte para comprobar si estaban a la vista, o para ver si alguno de ellos había

desembarcado o no, pues podía sufrir la tentación de renovar mis artimañas contra ellos, o interpretar como provocación alguna ventaja que se presentara, facilitándome el ataque; lo único que sí hice fue acercarme a recuperar el bote que tenía en el otro lado de la isla y llevarlo hasta el este, donde lo metí en una calita que encontré bajo unas rocas altas y donde sabía que los salvajes, debido a las corrientes, no podrían acercarse, al menos con sus botes, de ninguna manera.

Con el barco me llevé también todos los objetos que le correspondían, aunque algunos no me hicieran falta para aquel trayecto. Por ejemplo, un mástil y una vela que había preparado para el bote y una especie de ancla, o lo más parecido a un ancla que había conseguido hacer, aunque no mereciera exactamente tal nombre, ni el de rezón. Me lo llevé todo para que no quedara ni el menor rastro de la posible aparición de ningún bote, ni de cualquier otra clase de presencia humana en la isla.

Además, como ya he dicho, me mantuve mucho más retirado que nunca y apenas salía de mi celda más que para mis tareas constantes. Es decir, para ordeñar las cabras y cuidar de mi pequeño rebaño en el bosque, que por estar casi en la otra parte de la isla apenas implicaba peligro alguno. Pues es cierto que aquellos salvajes que recalaban de vez en cuando en la isla nunca llegaban con la idea de buscar nada en ella y, en consecuencia, jamás se adentraban desde la orilla. No me cabe duda de que habían estado varias veces en la costa desde que el temor que me suscitaban me obligara a ser más cauto que antes; y, desde luego, al mirar atrás me horrorizaba sólo de pensar en qué situación me hubiera hallado de haberme topado con ellos de tal modo que me descubrieran en aquella época, cuando iba sin defensas ni armas, salvo una escopeta, e incluso esta cargada a menudo con munición pequeña. En aquellos tiempos iba por todas partes mirando y mirando, para ver qué encontraba; menuda sorpresa me hubiera llevado cuando descubrí la huella de un hombre si, en su lugar, hubiera visto a quince o veinte salvajes y se hubieran puesto a perseguirme sin que, dada la velocidad de su carrera, hubiese tenido yo posibilidad alguna de escaparme.

Al pensar en eso a veces se me hundía el ánimo y tenía tal inquietud en la mente que tardaba mucho en recuperarme mientras cavilaba qué hubiera hecho en esa situación y entendía que no sólo habría sido incapaz de defenderme de ellos, sino que tampoco habría tenido la suficiente fortaleza mental para hacer lo que hubiera que hacer; y mucho menos aún lo que ahora, tras tanta cavilación y preparación, era capaz de hacer. De hecho, al pensar seriamente en todo ello me quedaba muy melancólico y a veces pasaba así mucho tiempo, mas al fin decidí agradecerse todo a la Providencia que me había librado de tantos peligros invisibles y me había preservado de aquellos males de los que yo solo nunca hubiera sabido escapar, pues no tenía ni la menor noción de la inminencia de aquellos sucesos, ni siquiera de que fuesen posibles.

Así se renovó esa reflexión que había entrado en mis pensamientos ya en épocas anteriores, desde que por primera vez viera la compasiva disposición de los cielos en los peligros que corremos en esta vida. De qué asombrosa manera se nos salva sin

que nosotros lo sepamos siquiera. Cómo, al hallarnos ante (lo que nosotros llamamos un dilema) una duda, una cavilación, cuando no sabemos si tomar este camino o aquel, una intuición secreta nos señala este por mucho que pretendiéramos tomar el otro; aun más, cuando el buen sentido, nuestras propias inclinaciones y tal vez incluso el negocio nos invitan a tomar el otro camino, y sin embargo una extraña impresión de la mente, cuyo origen ignoramos y a cuyo ignoto poder nos sometemos, nos manda tomar este. Y más adelante vemos que, si hubiéramos tomado el camino que pretendíamos y que en nuestra imaginación era el debido, habríamos terminado perdidos y arruinados. Tras esta reflexión y otras parecidas, establecí la norma de que, siempre que se me apareciera una de esas intuiciones secretas, esas presiones de la mente para hacer o dejar de hacer algo, o para tomar uno u otro camino, me negaría a obedecerlas; aunque no hubiera para ello otra razón que el darme cuenta de que dicha intuición habitaba en mi mente. Podría dar muchos ejemplos del éxito de ese comportamiento a lo largo de mi vida; sobre todo, en la última parte del tiempo que habité en esta isla desgraciada; además, hay otras muchas ocasiones en las que me hubiera dado cuenta, si hubiese sido capaz entonces de mirar con los ojos con que miro ahora. Nunca es tarde, sin embargo, para la sabiduría y no puedo sino aconsejar a todo hombre pensante cuya vida experimente incidentes tan extraordinarios como los míos, o ni siquiera tan extraordinarios, que no desprecie esas insinuaciones secretas de la Providencia y permita su llegada, sea cual fuere la inteligencia que las envía. No entraré a comentar esto último, pues tal vez no pueda ni explicarlo; sin embargo, son prueba cierta del habla de los espíritus y de la comunicación secreta entre los seres corpóreos y los espirituales. No hay manera de rebatir esas pruebas y yo tendré ocasión de aportar varios ejemplos notables en lo que resta del relato de mi residencia solitaria en este funesto lugar.

Creo que a quien esto lea no le parecerá extraño si confieso que aquellas ansiedades, aquellos constantes peligros en que vivía, más la preocupación que llevaba encima, pusieron fin a toda invención y a todos los artilugios que había amañado para mi comodidad futura. Ahora tenía más entre manos el cuidado de mi seguridad que el de la alimentación. Me cuidaba mucho de rematar un clavo, o de cortar un trozo de leña por miedo a que se oyera el ruido que hacía; aún menos me atrevía a disparar un arma, por la misma razón; y, sobre todo, me inquietaba intolerablemente encender un fuego para que no me traicionara el humo, que tan visible resulta desde la distancia en pleno día. Por esa razón trasladé la parte de mis tareas que implicaba el uso del fuego, como el horneado de vasijas y pipas, a mi nuevo apartamento del bosque, donde tras pasar un tiempo descubrí, para mi inexpresable consuelo, una cueva natural que se abría en la tierra con una gran extensión y a cuya boca, me atrevería a decir, jamás se había asomado salvaje alguno ni difícilmente se atreverían a entrar, como tampoco haría ningún otro hombre; sólo alguien como yo, alguien que no deseara más que un refugio seguro.

La boca de aquel hueco estaba en la parte baja de una gran roca en la que, por

pura casualidad (diría si no fuera porque veo abundantes razones para atribuir todas esas cosas a la Providencia), estaba cortando una gruesas ramas para hacer carbón. Antes de continuar debo comentar la razón que tenía para hacer carbón, que era la siguiente: como he dicho antes, me daba miedo hacer fuego en mis aposentos. Sin embargo, no podía vivir allí sin hornear el pan, asar la carne y etcétera, así que se me ocurrió quemar algo de madera allí, bajo la turba, como había visto hacer en Inglaterra, hasta convertirla en carboncillo, o carbón seco. Luego apagaba el fuego y conservaba el carbón para llevármelo a casa y hacer así las tareas que requerían fuego sin riesgo de levantar mucho humo.

Pero volvamos a lo que íbamos: mientras estaba cortando algo de madera observé que detrás de una rama muy gruesa de maleza había una especie de hueco; la curiosidad me llevó a mirarlo y, tras entrar con dificultades por la boca del agujero, descubrí que era bastante grande; es decir, lo suficiente para que yo pudiera caminar erguido por su interior, y tal vez hasta habría cabido alguien más a mi lado. Debo confesar que me di más prisa en salir que en entrar cuando, al echar un vistazo hacia dentro, donde reinaba la oscuridad absoluta, vi dos grandes ojos brillantes de alguna criatura, sin saber si era humana o diabólica, que centelleaban como dos estrellas, pues la tenue luz que entraba por la boca de la cueva los iluminaba directamente y se reflejaba en ellos.

De todas formas, tras una pausa me recuperé y empecé a llamarme mil veces tonto y a decirme que quien tuviera miedo de ver al diablo no estaba en condiciones de vivir veinte años en una isla y en completa soledad; y que debía creer que en aquella cueva no había nada tan aterrador como yo mismo; a continuación hice acopio de valor, cogí una antorcha grande y entré de nuevo a toda prisa, con la madera ardiendo en la mano. No había dado ni tres pasos, pero ya casi estaba tan asustado como antes porque oí un suspiro muy sonoro, parecido al de un hombre adolorido, seguido por un ruido interrumpido, como si alguien pronunciara a medias unas palabras, y de nuevo otro suspiro. Di un paso atrás y me afectó de tal modo la sorpresa que me entró un sudor frío; si hubiera llevado sombrero, casi me atrevería a decir que el pelo lo habría levantado. Sin embargo, me armé de valor como buenamente pude y me animé con la idea de que el poder y la presencia de Dios estaban en todas partes y podían protegerme; entonces di de nuevo un paso adelante y, a la luz de la antorcha que ahora mantenía por encima de la cabeza, vi tumbado en el suelo un aterrador y monstruoso macho cabrío que dictaba sus últimas voluntades, como suele decirse, jadeaba por conservar la vida y moría, sin duda, de puro viejo.

Lo moví un poco para ver si podía sacarlo de allí y el animal trató de levantarse, pero no fue capaz; y pensé que no pasaba nada porque se quedara allí, pues igual que me había asustado a mí, mientras le quedara algo de vida asustaría también a los salvajes, si alguno de ellos era tan fuerte como para entrar allí.

Aún no me había recuperado de la sorpresa cuando empecé a mirar a mi alrededor y descubrí que la cueva era más bien pequeña. Es decir, podía medir unos doce pies

de fondo, pero no tenía ninguna forma reconocible, ni redonda ni cuadrada, pues no era obra de la mano humana, sino de las de la pura naturaleza. Observé también que al fondo había un lugar en el que se alargaba, aunque allí era tan baja que me obligaba a gatear para adentrarme. Como tampoco sabía adónde se dirigía y además no tenía velas, lo dejé por el momento. Sin embargo, decidí regresar al día siguiente provisto de velas, y un mechero que me había preparado con el detonador de uno de los mosquetes y un poco de combustible en un cazo.

Efectivamente, al día siguiente llegué provisto de seis velas grandes hechas por mí, pues para entonces se me daba muy bien hacer velas con el sebo de las cabras. Al entrar en aquella zona baja me vi obligado a gatear, como ya he dicho, unas diez yardas; por cierto, eso ya me pareció suficiente aventura, teniendo en cuenta que ignoraba hasta dónde iba a llegar ni qué encontraría más allá. Después de pasar por la parte estrecha descubrí que el techo se alzaba, diría que unos veinte pies. En cualquier caso, me atrevería a decir que nunca hubo una vista tan gloriosa en toda la isla como la que se ofrecía al mirar a los costados y el techo de aquella cámara, o cueva. Las paredes reflejaban cien mil luces de mis dos velas; no pude saber qué había en aquella roca, si eran diamantes o alguna otra piedra preciosa, u oro, como más bien supuse.

El lugar en que me encontraba era una cavidad, o gruta, preciosa como la que más, aunque absolutamente oscura. El suelo era liso y llano, recubierto por una especie de gravilla suelta, de modo que no se veía ninguna criatura nauseabunda o venenosa, ni tampoco había en las paredes ni en el techo humedades o manchas. La única dificultad estaba en la entrada, mas como eso lo convertía en un lugar seguro y en el tipo de refugio que yo andaba buscando, me pareció que era una ventaja; así que me alegré ciertamente de haberlo descubierto y resolví llevar allí, sin el menor retraso, algunas de las cosas que tanta ansiedad me provocaban. En concreto, decidí llevar mi reserva de pólvora y todas las armas de repuesto. O sea, dos escopetas, pues en total tenía tres, y tres mosquetes, ya que eran ocho los que tenía; así, conservé sólo cinco en el castillo, preparados y montados como si fueran cañones en mi muro exterior y listos también para llevarlos conmigo si emprendía alguna expedición.

Con ocasión del traslado de mis municiones aproveché para abrir el barril de pólvora que había sacado del mar cuando estaba mojado y comprobé que el agua había empapado el explosivo hasta una profundidad de tres o cuatro pulgadas por cada lado, formando así una corteza endurecida que había conservado el interior como una almendra en su cáscara, de modo que me quedaban casi sesenta libras de muy buena pólvora en el centro del tonel, lo cual suponía en ese momento un muy buen descubrimiento para mí. Me la llevé toda y nunca dejé en el castillo más de dos o tres libras de pólvora por miedo a llevarme cualquier clase de sorpresa; también me llevé todo el plomo que tenía para hacer balas.

Me veía como los antiguos gigantes que, según se decía, vivían en cuevas, hoyos y rocas, donde nadie podía atacarles; mientras estuve allí me convencí de que si me

perseguían quinientos salvajes jamás me encontrarían; y si lo hacían, no se atreverían a atacarme allí.

El viejo macho cabrío moribundo que había encontrado se murió en la boca de la cueva al día siguiente. Me pareció mucho más fácil cavar un hoyo grande allí mismo, echarlo en él y cubrirlo de tierra, que arrastrarlo hasta fuera; así que lo enterré allí mismo para evitar que me molestara el olor.

Era ya mi vigésimo tercer año de residencia en esta isla y estaba tan acostumbrado al lugar y al modo de vida que, si hubiera gozado de la certeza de que no iba a aparecer ningún salvaje para molestarme, me habría podido resignar a pasar allí el resto de mis días, incluso hasta el último momento, cuando me llegase la hora de tumbarme y morir, como el viejo macho de la cueva. Incluso encontré ciertas diversiones y entretenimientos que hacían que el tiempo pasara de una manera mucho más agradable que antes; de entrada, como ya he comentado, mi *Poll* había aprendido a hablar y lo hacía con tal familiaridad y con un habla tan articulada y llana que me resultaba muy agradable. Vivió conmigo nada menos que veintiséis años. Ignoro cuánto seguiría viviendo después, aunque me consta que en Brasil se cree que alcanzan los cien años; tal vez el pobre *Poll* siga allí, vivo todavía, aun hoy llamando al «pobre Robin Crusoe». No deseo a ningún inglés la mala suerte de llegar allí y oírlo, mas si así fuera sin duda creería que se trataba del diablo. También mi perro me procuró una compañía muy agradable y cariñosa durante nada menos que dieciséis años, y luego murió de pura vejez; en cuanto a mis gatos, como ya he observado, se multiplicaron en tal medida que al principio me vi obligado a matar unos cuantos a tiros para que no terminaran comiéndome a mí, además del contenido de mi despensa; sin embargo, a la larga, cuando los dos viejos que había llevado conmigo habían desaparecido ya, y después de echarlos de allí muchas veces, y de no darles nada de comer, se asilvestraron en el bosque, salvo por dos o tres favoritos que mantuve domesticados; si alguna vez tenían cachorros, los ahogaba. Esos formaban parte de la familia. Además, tenía siempre dos o tres cabritos a los que enseñaba a comer de mi mano y otros dos loros que hablaban bastante bien y todos me llamaban Robin Crusoe, pero ninguno como el primero; ciertamente, tampoco les había dedicado los mismos esfuerzos que a aquel. También tenía algunas aves marinas cuyo nombre desconocía, a las que atrapé en la orilla y les corté las alas. Como las estacas pequeñas que había clavado delante del muro de mi castillo habían crecido hasta formar una buena arboleda, aquellas aves vivían entre los árboles bajos y se criaron allí, lo cual me resultaba muy agradable; de modo que, como he dicho antes, hubiera empezado a estar muy contento con la vida que llevaba, si hubiera podido librarme del terror a los salvajes.

Sin embargo, no estaba mandado que fuera así: y quienes lean mi historia caerán en la cuenta de que se puede sacar de ella una observación. A saber: que en el transcurso de nuestras vidas, el mal que más pretendemos evitar, y el que más temor nos produce si caemos en él, es a menudo el medio, la puerta que lleva a nuestra salvación, que a su vez es la única que nos puede sacar de la aflicción en que estamos. Podría dar muchos ejemplos en el transcurso de mi larga vida; sin embargo, en ningún caso fue esto tan particularmente notable como en las circunstancias de mis últimos años de solitaria residencia en esta isla.

Era el mes de diciembre, como ya he dicho, de mi vigésimo tercer año; al tratarse del solsticio del sur, pues no puedo llamarlo de invierno, era mi etapa particular de

cosecha y me exigía pasar mucho tiempo en los cultivos. Un día, cuando me dirigía hacia allí muy a primera hora, antes incluso de que fuera completamente de día, me sorprendió ver la luz de un fuego en la orilla, a una distancia de unas dos millas hacia la punta de la isla, donde ya tenía observado que se había dado con anterioridad la presencia de salvajes. No era en el otro lado; para mi mayor dolor, esta vez era en mi lado de la isla.

Desde luego, me llevé una terrible sorpresa al verlo y me quedé en mi arboleda, sin atreverme a salir para que no me cogieran por sorpresa; sin embargo, no conseguía vivir en paz por temor a que los salvajes, de paseo por la isla, si descubrían mi grano, tanto en espiga como ya cortado, o cualquiera de mis obras y mejoras, concluirían de inmediato que había alguien en el lugar y no renunciarían hasta que dieran conmigo. Con esos pensamientos tan extremos regresé directamente a mi castillo, retiré la escala después de entrar y procuré que todo pareciese tan salvaje y natural como me fue posible.

Luego me preparé allí dentro, adoptando actitud de defensa; cargué todos mis cañones, como yo los llamaba; o sea, cargué los mosquetes que había dejado montados en mi nueva fortificación, además de todas mis pistolas, y resolví defenderme hasta el último aliento, sin olvidar encomendarme a la protección divina y rezar seriamente a Dios para que me librara de las manos de los bárbaros; con esa actitud seguí durante unas dos horas; pronto empezó a crecer mi impaciencia por obtener información de afuera, pues no podía mandar a ningún espía.

Tras pasar algo más de tiempo sin moverme y cavilando lo que debía hacer en aquella situación, no fui capaz de permanecer en la ignorancia: así que instalé mi escala por el lado de la colina, donde había una concavidad, como ya he dicho, y luego alcé la escala, la volví a instalar y ascendí hasta lo más alto de la roca. Allí saqué mi catalejo, que había llevado conmigo a propósito, me tumbé boca abajo en el suelo y empecé a supervisar el lugar. Enseguida descubrí que había no menos de nueve salvajes desnudos, sentados en torno a un pequeño fuego que no habían encendido para calentarse, pues no tenían ninguna necesidad al hacer un tiempo extremadamente caluroso; en cambio, supuse que sería para cocinar algo de su dieta bárbara de carne humana, que habían traído con ellos, aunque yo no tenía modo de saber si viva o muerta.

Tenían dos canoas y las habían arrastrado playa arriba y, como era el momento de la marea baja, me pareció que estaban esperando que retornara el flujo para marcharse; no es fácil imaginar la confusión que me produjo esa visión, sobre todo al ver que estaban en mi lado de la isla y, además, bastante cerca de mí. Sin embargo, cuando entendí que necesitaban llegar siempre con marea baja empecé a tranquilizarme, satisfecho de saber que podría salir durante la marea alta si no habían desembarcado antes. Tras dicha observación, pude salir a organizar mi cosecha con la mayor tranquilidad.

Resultó ser como yo esperaba, pues en cuanto la corriente se orientó hacia el

oeste los vi subirse a sus botes y remar (o, mejor dicho, paletear) para alejarse. Había observado que, durante una hora o más antes de su partida, se habían dedicado a bailar y me había resultado fácil discernir sus posturas y sus gestos gracias al catalejo; también alcancé a ver que iban desnudos por completo, pues ni en mis más agudas observaciones vi que los cubriera nada de ropa; en cambio, no pude distinguir si eran hombres o mujeres.

En cuanto vi que embarcaban y se iban, me eché al hombro dos escopetas, puse dos pistolas en la faja y me até al costado la espada grande, sin funda, y me encaminé tan rápido como pude a la colina, desde la que había descubierto su primera aparición. En cuanto llegué allí, cosa que no me tomó menos de dos horas (pues, al ir cargado de armas, no podía caminar deprisa), entendí que allí habían desembarcado otras tres canoas más; miré a lo lejos y vi que iban todas juntas por el mar, en dirección a la península.

Eso fue una visión aterradora, sobre todo cuando, al bajar hasta la playa, vi las señales del horror, dejadas allí por la funesta ocupación a que se habían dedicado. Es decir, la sangre, los huesos y parte de la carne de cuerpos humanos que aquellos desgraciados habían devorado con alegría y regocijo. Tanto me indigné al verlo que empecé a meditar la destrucción de los siguientes salvajes que viera, sin importarme quiénes ni cuántos fueran.

Me parecía evidente que aquellas visitas a la isla no eran muy frecuentes, pues pasaron más de quince meses antes de que alguno de ellos volviera a desembarcar en esta costa; es decir, durante ese tiempo no los vi a ellos, ni sus pisadas, ni ninguna señal que hubieran dejado. No cabía duda de que no se iban a acercar durante la temporada de lluvias, al menos no tanto; y sin embargo, durante todo ese tiempo me sentí inquieto por el continuo terror que me provocaba que me atacaran por sorpresa. De ahí concluyo que la expectación del mal es más amarga que su sufrimiento, sobre todo si no hay modo de deshacerse de dicha expectación, o de las aprensiones que genera.

Durante todo ese tiempo estuve de un humor asesino; dediqué la mayor parte de mis horas, que debía haber empleado mejor, a inventar el modo de burlar su atención y atacarlos cuando los volviera a ver. Sobre todo si se dividían, como en aquella última ocasión, en dos grupos; ni siquiera me paré a pensar que, si me cargaba a un grupo entero de, supongamos, unos diez o doce, aún tendría que matar más al día siguiente, o pasada una semana o un mes, y luego más, *ad infinitum*, y al fin tendría tanto yo de asesino como ellos de caníbales, o tal vez incluso más.

Pasaba los días sumido en una gran perplejidad y con angustia, convencido de que un día u otro caería en manos de aquellas criaturas despiadadas; si en algún momento me atrevía a salir no lo hacía sin mirar antes por todas partes con tanto cuidado y tanta cautela como pueda imaginarse; resultó muy reconfortante y me aportó gran alegría haberme provisto de un rebaño de cabras, pues de ningún modo me atrevía a disparar la escopeta, sobre todo si estaba cerca del lado de la isla en que

solían desembarcar, por no alarmar a los salvajes; y aunque de momento me había librado de ellos, estaba seguro de que volverían a los pocos días, a saber si con doscientas o trescientas canoas, en cuyo caso ya sabía a qué atenerme.

En cualquier caso, pasé un año y tres meses más sin saber nada de los salvajes, hasta que volví a verlos, como pronto contaré. Ciertamente, puede que visitaran la isla una o dos veces, mas tal vez no se quedaron en ella, o al menos yo no los oí. Sin embargo, en el mes de mayo de mi vigésimo cuarto año en la isla, según alcancé a calcular, tuve un encuentro muy extraño con ellos, del cual hablaré en su momento.

Grande fue la perturbación de mi mente durante aquel intervalo de quince o dieciséis meses: dormía con inquietud, tenía siempre pesadillas aterradoras y a menudo me despertaba sobresaltado en plena noche; graves problemas abrumaban de día mi mente y de noche soñaba a menudo con la matanza de los salvajes y con las razones que me permitían justificar tal acción. Dejemos, sin embargo, todo eso de lado por un momento. Fue a mediados de mayo, creo que el día 16, hasta donde podía calcularse con mi pobre calendario de madera, pues yo seguía marcándolo todo en mi poste. Digo que fue el 16 de mayo cuando sopló una gran tormenta durante todo el día, con muchos rayos y truenos, a los que siguió una noche horrible. No sé exactamente con qué motivo, pero mientras leía la Biblia, absorto en muy serios pensamientos sobre la situación en que me hallaba, me sorprendió el ruido de un arma que, según me pareció, alguien había disparado en el mar.

Iba a ser una sorpresa de naturaleza bien distinta a todas las que había experimentado hasta entonces, pues provocó que mis pensamientos alumbraran ideas de otra clase. Me levanté tan rápido como se pueda imaginar y en un tris subí por la escala hasta la repisa de la mitad de la roca, tiré de ella, la instalé por segunda vez y llegué a la cima de la colina en el mismo instante en que una llamarada me hizo detenerme a escuchar el segundo disparo, cuyo sonido me llegó al cabo de medio minuto; por el ruido supe que venía de la zona del mar adonde antaño me llevara la corriente con mi bote.

De inmediato concluí que debía de tratarse de algún barco con problemas que viajaba con algún camarada, en compañía de otra embarcación, y disparaba para hacerle saber lo que le ocurría y solicitar su ayuda; en aquel momento tuve la calma suficiente para pensar que, aunque yo no podía socorrerlos, tal vez ellos si me ayudaran a mí; así que junté toda la madera seca que tenía a mano y, tras armar una buena pira, la encendí en la cima de la colina. La madera estaba bien seca y ardió con fuerza pese a que soplaba mucho viento; tanto que yo estaba seguro de que, si efectivamente había algún barco por allí, a la fuerza tendrían que ver el fuego. Sin duda fue así, pues en cuanto se alzaron las llamas oí otro disparo, y luego unos cuantos seguidos, todos provenientes de la misma zona. Mantuve encendido el fuego toda la noche, hasta que rompió el alba y, ya a plena luz del día, cuando se despejó el aire, vi algo a gran distancia en el mar, al este de la isla, aunque no pude distinguir si era una vela o un casco, ni siquiera con mi catalejo, pues era mucha la distancia y

estaba algo brumoso el tiempo; al menos, por encima del mar.

Durante todo aquel día miré hacia allí con frecuencia y pronto percibí que no se movía. Por eso concluí de inmediato que era un barco anclado y, ansioso por confirmarlo, cogí el rifle y corrí hacia el sur de la isla, a las rocas en las que antaño había encallado por culpa de la corriente. Subí aquel monte y, como en ese momento el cielo estaba totalmente despejado, pude ver a las claras, con gran dolor, los restos de un barco que había naufragado por la noche en aquellas rocas que yo mismo había descubierto en mi expedición con el bote. Aquellas mismas rocas que, al frenar la violencia de la corriente y generar una especie de contracorriente, o remolino, habían contribuido a librarme de la situación más desesperada en que me había encontrado en toda mi vida.

Así, lo que supone la salvación de un hombre implica la destrucción de otro; pues al parecer aquellos hombres, quienesquiera que fuesen, por puro desconocimiento, y por hallarse las rocas sumergidas por completo, habían pasado por encima de ellas en plena noche, empujados por un fuerte viento que soplaba en dirección este, entre el este y el noreste. Si hubieran visto la isla, pues debo forzosamente suponer que no la vieron, se habrían esforzado por alcanzarla con su chalupa. Mas el hecho de que disparasen sus armas para pedir ayuda, sobre todo, según imaginé, al ver mi fogata, me hizo pensar mucho. En primer lugar, supuse que al ver la luz de mi hoguera habrían montado en su bote para intentar alcanzar la orilla; mas como las olas eran muy altas, tal vez el mar los hubiera alejado; en otras ocasiones me daba por suponer que acaso habrían perdido el bote con anterioridad, como ocurre por muy diversas razones, particularmente al romper las olas contra el barco, lo cual a menudo obliga a los hombres a desfondar las chalupas, o a despedazarlas; a veces incluso han de echarlas por la borda con sus propias manos. En otras ocasiones imaginaba que viajaban en compañía de otros barcos y que estos habían recogido a los tripulantes al oír sus señales y se los habían llevado de allí. A ratos suponía que se habían echado todos al mar en su bote y, empujados por la misma corriente que en su día me arrastrara a mí, habían salido a alta mar, donde no les esperaba sino la desgracia y la muerte y donde, a esas alturas, tal vez estuvieran ya pensando que morirían de hambre o se verían obligados a comerse entre ellos.

Todo eso, en el mejor de los casos, no eran más que conjeturas. En la situación en que me hallaba, yo no podía hacer más que contemplar la desgracia de aquellos hombres y compadecerme de ellos, lo cual conllevaba la contrapartida de darme aún más y más razones para agradecer a Dios que se hubiera ocupado de mi desolada condición de un modo tan feliz y agradable. De entre las tripulaciones de dos barcos distintos que habían naufragado en aquella parte del mundo, sólo yo había salvado la vida. De eso aprendí a colegir que raramente la Providencia divina nos somete a una situación tan tremenda, o a una desgracia tan grande que no podamos hallar en ella algo digno de gratitud y ver que otros se encuentran en circunstancias aún peores.

Tal era sin duda el caso de aquellos hombres, de quienes no encontraba manera de

suponer que alguno se hubiera salvado; nada permitía razonar, más allá del deseo, o esperar que no hubieran muerto todos. Salvo, acaso, la posibilidad de que se los hubiera llevado otro barco; y, desde luego, era una posibilidad bien remota, pues yo no había visto señal ni apariencia alguna de nada semejante.

No hay forma de explicar por medio de la energía de las palabras el extraño anhelo y la ansiedad del deseo que sentí en mi alma ante aquella visión. A veces, exclamaba: «Ojalá se hubieran salvado un par; qué va, incluso un alma sólo que hubiera escapado para llegar hasta mí, de modo que yo tuviera un compañero, una criatura capaz de hablarme, alguien con quien conversar». En todo el tiempo que duró mi vida solitaria, nunca sentí un deseo tan fuerte y verdadero de vivir en compañía de mis congéneres, ni lamenté tanto carecer de ella.

Ciertos resortes secretos de nuestras emociones se activan cuando vemos algún objeto que las pone en marcha. Incluso si no lo vemos, pero el poder de la imaginación nos lo hace presente, la emoción es tan impetuosa que provoca en nuestra alma un violento deseo de abrazar dicho objeto, de modo que la ausencia del mismo se vuelve insoportable.

Esos eran mis serios deseos: que al menos un hombre se hubiera salvado. «¡Ay! ¡Ojalá, al menos uno!». Creo que repetí esas palabras, «ojalá, al menos uno», un millar de veces. Y tanto se enardecían mis deseos que, al pronunciar esas palabras, se apretaban mis manos y los dedos se me clavaban de tal modo en las palmas que, si hubiera llevado en ellas algo blando, lo habría aplastado sin querer; dentro de la boca se me apretujaban los dientes con tal fuerza que luego, durante un rato, no podía ni separarlos de nuevo.

Dejemos que los naturalistas den explicación a estas cosas y a la manera en que ocurren; yo no puedo más que describir los hechos, que incluso para mí resultaron sorprendentes al descubrirlos. Por mucho que ignorase de dónde procedían, está claro que eran consecuencia del ardor de mis deseos y de la fortaleza de las ideas que se formaban en mi mente al entender el consuelo que podía traerme la conversación con algún cristiano como yo.

Mas no pudo ser; lo impidió el destino, a saber si el mío, el suyo o ambos. Hasta mi último año de presencia en esta isla no supe si se había salvado alguien de aquel barco o no; tan sólo tuve el dolor, unos días después, de ver en la orilla el cadáver de un muchacho ahogado, en el extremo de la isla más cercano al lugar del naufragio; no llevaba más ropa que un chaleco de marinero, unos calzones de lino hasta las rodillas y una camisa azul de lino; nada que me permitiera suponer cuál era su nacionalidad. En los bolsillos tan sólo llevaba dos monedas de a ocho y una pipa de fumar. Para mí, esta tenía diez veces más valor que aquellas.

El tiempo se había calmado y yo estaba decidido a aventurarme a salir con mi bote hasta el lugar del naufragio, convencido de que encontraría a bordo algo que me resultara útil. Sin embargo, no me acuciaba tanto eso como la posibilidad de que quedase a bordo algún ser; así podría no sólo salvar su vida, sino también reconfortar

en gran medida la mía. Esa idea se apoderó de mi corazón hasta tal punto que no podía estar en paz, ni de noche ni de día, si no me aventuraba con el bote hasta los pecios del naufragio. Decidí librarlo todo a la Providencia divina, pues me daba cuenta de que no había modo de resistirme a la fuerza con que aquella idea se había impuesto en mi mente, acaso procedente de una dirección invisible, y de que si no emprendía la aventura siempre me lo echaría en cara.

Bajo el poder de aquella impresión me apresuré a regresar a mi castillo, preparé todo lo necesario para el viaje, cogí una buena cantidad de pan, una vasija grande para llenarla de agua dulce, una brújula para guiarme y una botella de ron, pues aún me quedaba mucho; también una cesta llena de pasas. Así, cargado de todo lo necesario, bajé hasta mi bote, le achiqué el agua, lo eché al mar, le instalé el cargamento y luego volví a mi casa por más; en el segundo cargamento llevaba una cesta grande llena de arroz, el parasol para proteger mi cabeza con una buena sombra, otra vasija grande llena de agua dulce y unas dos docenas de pequeñas hogazas de pan, o pasteles de cebada, más que nunca, con una botella de leche de cabra y un queso. Con gran esfuerzo y mucho sudor lo llevé todo hasta el bote y, rezando a Dios para que dirigiera mi viaje, me hice a la mar y fui remando, o paleteando, en paralelo a la costa con mi canoa hasta que llegué al extremo de la isla por aquel lado, que era el noreste. Allí debía salir a mar abierto: atreverme o abandonar. Miré hacia las rápidas corrientes que discurren constantemente a ambos lados de la isla, a lo lejos, y que tanto miedo me daban por el recuerdo del peligro a que me habían sometido con anterioridad, y empezó a fallarme el corazón; preveía que, si me arrastraba alguna de aquellas corrientes, me llevaría muy lejos a mar abierto, tal vez incluso fuera del alcance de la isla, o hasta privado de su visión. Y entonces, como era tan pequeño mi bote, si se alzaba el menor golpe de viento me vería inevitablemente perdido.

Esos pensamientos oprimían de tal modo mi mente que empecé a renunciar a mi empresa y, tras refugiar el bote en un riachuelo que llevaba a la orilla, desembarqué y me quedé sentado en un montículo de tierra, muy pensativo y ansioso, entre el miedo y el deseo que me provocaba el viaje. Mientras cavilaba, me di cuenta de que la marea había cambiado y empezaba ya a subir, lo cual haría impracticable mi partida durante bastantes horas; en esas, se me ocurrió a continuación que podía subir a la zona más alta que encontrase y desde allí observar, si era posible, cómo se alternaban las corrientes al subir la marea, para juzgar entonces si, del mismo modo que una podía llevarme hacia fuera, tal vez cabía esperar que otra me trajera de vuelta con la misma rapidez. Apenas se me acababa de ocurrir eso cuando vi un montecillo desde el que podía verse el mar por ambos lados y desde cuya cima tendría una buena visión de las corrientes, o vaivenes de la marea, para saber cómo guiarme en mi regreso. Desde allí descubrí que, si la marea baja se originaba cerca el extremo sur de la isla, la alta lo hacía en la orilla del extremo norte, de modo que, si al regresar conseguía enfilar el norte, todo saldría bien.

Animado por esa observación decidí salir a la mañana siguiente con la primera

marea. Tras pasar la noche reposando en la canoa, tapado con el gabán grande que ya he mencionado, me hice a la mar. Primero avancé un poco a mar abierto, con rumbo norte, hasta que empecé a notar que me beneficiaba de la corriente, que discurría hacia el este y me llevaba a buen ritmo, aunque no con tanta velocidad como había ocurrido con la corriente del lado sur, que me impedía gobernar el barco; esta vez, mi remo cumplía las funciones de timón y pude avanzar a buen ritmo hasta los restos del naufragio, adonde llegué en menos de dos horas.

Era una visión lúgubre: el barco, que por su construcción debía de ser español, se había encajado a toda velocidad entre dos rocas; toda la popa y el cuarto trasero estaban esparcidos en añicos por el mar. Como el castillo de proa, cuyos restos permanecían en las rocas, había encallado con tanta violencia, el palo mayor y el trinquete se habían partido, o estaban arrancados de raíz; en cambio, el bauprés estaba entero y la proa parecía firme. Al acercarme, apareció en ella un perro que, en cuanto me vio llegar se puso a ladrar y aullar. Bastó que lo llamara para que se echara al mar de un salto y nadara hacia mí, que lo recibí en el bote. Viendo que estaba muerto de hambre y sed, le di un pedazo de mi pan y se lo comió como si fuera un lobo famélico tras una semana de ayuno en la nieve; luego di a la pobre criatura un poco de agua dulce y, si se lo hubiera permitido, habría bebido a reventar.

Después subí a bordo, pero lo primero que vi fue dos hombres ahogados en la cocina del castillo de proa, abrazados con fuerza. Concluí que, como parece probable, al encallarse el barco en medio de la tormenta, el mar rompía con tal fuerza y de manera tan continua contra el casco que los marinos no lo habían podido soportar y se habían ahogado por el fluir constante del agua, como si hubieran estado sumergidos. Aparte del perro, nada quedaba en aquel barco que conservara algo de vida; tampoco pude ver ninguna provisión que no estuviera estropeada por el agua. Había algunas botellas de licor, aunque ignoro si eran de vino o de brandy, en la parte baja de la bodega; pude verlas porque el agua se había retirado, mas eran demasiado grandes para cargar con ellas. Vi varios cofres y supuse que pertenecían a los marinos; cargué dos de ellos en mi bote sin examinar qué contenían.

Si la fractura se hubiese producido en la proa y, en cambio, la popa hubiera quedado intacta, estoy convencido de que el viaje habría dado buenos frutos, pues lo que encontré en aquellos dos cofres permitía suponer que a bordo del barco había grandes riquezas. Si he de deducirlo por su rumbo, debía de proceder de Buenos Aires, o del Río de la Plata, en la parte sur de América, más allá de Brasil, en dirección a La Habana, en el golfo de México, y tal vez luego a España. Sin duda, llevaba un buen tesoro, aunque en aquel momento no resultaría útil para nadie; no hallé modo de saber qué había ocurrido con la gente.

Además de esos cofres encontré también un barril de licor, de unos veinte galones, que cargué en mi bote con gran dificultad; había unos cuantos mosquetes en un camarote y un cuerno grande que contenía unas cuatro libras de pólvora. Cogí unas tenazas y una pala de las que se usan en las chimeneas, que me hacían mucha

falta; también dos teteras de latón, un cazo de cobre para hacer chocolate y una parrilla. Con ese cargamento, además del perro, me alejé porque ya la marea empezaba a regresar. Aquella misma tarde, más o menos una hora antes del anochecer, alcancé de nuevo la isla, fatigado y exhausto en extremo.

Esa noche reposé en el bote y por la mañana decidí guardar lo que había conseguido en mi cueva nueva en vez de llevarlo conmigo hasta el castillo. Tras descansar un poco llevé a tierra todo mi cargamento y empecé a examinar los detalles: el barril de licor resultó ser de una especie de ron, aunque distinto del que tomábamos en Brasil y, en pocas palabras, nada bueno. En cambio, cuando llegó el momento de abrir los cofres encontré varias cosas de gran utilidad: por ejemplo, en uno había una elegante caja de botellas de una clase extraordinaria, llena de aguas cordiales, suaves y muy buenas; en cada botella había unas tres pintas y todas estaban selladas con plata; encontré dos botes de frutas confitadas, tan bien tapadas que la sal no las había estropeado; unas cuantas camisas de muy buena calidad, de lo que me alegré mucho; también docena y media de pañuelos blancos de lino y pañuelos de cuello de colores; los primeros también me agradaban mucho, pues era muy refrescante poder secarse la cara en pleno calor del día; además, cuando llegué al fondo del cofre encontré tres bolsas grandes que contenían en total unas mil cien monedas de a ocho. En una de las bolsas, envueltos en papel, había también seis doblones de oro y algunas barritas o lingotes pequeños de oro; supongo que juntas pesarían cerca de una libra.

En el otro cofre resultó que había ropa, mas de escaso valor. Vistas las circunstancias, debió de pertenecer al oficial de artillería, aunque en su interior no había más explosivo que unas dos libras de pólvora fina glaseada en tres frascos pequeños que se usaban, supongo, para cargar de vez en cuando las armas de cazar aves. En total, de aquel viaje saqué bien pocas cosas que me resultaran de alguna utilidad, pues tampoco tenía modo de usar aquel dinero. Para mí era como la tierra bajo mis pies; lo hubiera dado todo a cambio de tres o cuatro pares de zapatos ingleses y calcetines, cosas que me hacían mucha falta y que llevaba años sin poderme poner. Ciertamente, tenía dos pares de zapatos que había sacado de los pies de los dos ahogados presentes en los restos del naufragio y encontré otros dos en uno de los cofres y los recibí con agrado; pero no eran como nuestros zapatos ingleses, ni por la comodidad ni por el servicio que prestaban. Más parecían lo que nosotros llamamos zapatillas. En el cofre de ese marinero encontré unas cincuenta piezas de ocho en monedas reales, pero nada de oro. Supongo que aquel cofre pertenecía a un hombre más pobre que el anterior, pues aquel me había parecido propio de un oficial.

Bueno, en cualquier caso, arrastré aquel dinero hasta mi cueva y lo coloqué allí, igual que había hecho con las cosas sacadas de nuestro barco; sin embargo, como ya he dicho, fue una lástima no haber podido obtener botín alguno de la otra parte del barco, pues estoy convencido de que me hubiera permitido cargar varias veces mi canoa hasta arriba de dinero y, si en algún momento conseguía escapar a Inglaterra, lo

hubiera podido dejar escondido allí para regresar a buscarlo más adelante.

Después de dejar todas mis cosas en tierra y a buen recaudo, regresé a mi bote y lo llevé a remo, bordeando la orilla, hasta su refugio, donde lo dejé amarrado. Regresé como buenamente pude a mi residencia, donde lo encontré todo a salvo; entonces empecé a reposar, a recuperar mi viejo modo de vida y a ocuparme de los asuntos familiares. Durante un tiempo llevé una vida bastante cómoda, aunque mucho más alerta que antes, obligado a vigilar a menudo y a salir poco de casa. Si en algún momento me movía con libertad, era siempre hacia el este de la isla, donde estaba bastante seguro de que nunca acudían los salvajes y a donde podía desplazarme sin tantas precauciones, ni tan provisto de armas y munición como me veía obligado a llevar conmigo cuando iba hacia el otro lado.

Así viví casi otros dos años. Sin embargo, mi nefasta cabeza, empeñada en hacerme saber que sólo estaba allí para mortificar mi cuerpo, pasó ese tiempo llena de planes y proyectos para escapar de la isla si era posible. A veces me entraban ganas de hacer otra expedición a los restos del naufragio, aunque la razón me decía que ya no quedaba allí nada por lo que mereciera la pena correr tanto riesgo. A veces quería deambular en una dirección, otras en la contraria; en verdad, creo que si hubiese tenido la chalupa con la que había huido de Salé, me habría hecho a la mar con cualquier rumbo, sin saber adónde llegaría.

Todas las circunstancias de mi vida son un recordatorio para los afectados por la plaga general de la humanidad, de la que fluyen, hasta donde yo sé, la mitad de nuestras miserias. Me refiero a la insatisfacción al respecto de la situación en que Dios y la naturaleza los ubican. Aun si pasáramos por alto mi situación inicial y mi oposición a seguir el excelente consejo de mi padre, con lo que cometí lo que podría considerarse mi pecado original, cometí a continuación otros errores de la misma clase, a los cuales debía mi situación presente. Si la misma Providencia que con tanta felicidad me colocó en Brasil como dueño de una plantación me hubiera bendecido con el control de mis deseos, yo me habría contentado con progresar de modo gradual y, a estas alturas, o sea, después de todo el tiempo que había pasado en esta isla, sería uno de los terratenientes más importantes de Brasil. Aun más, estoy convencido de que, gracias a las mejoras que implanté en el escaso tiempo que viví allí, y al crecimiento que probablemente habría experimentado, hubiera alcanzado un valor de cien mil moidores de oro. ¿Cómo se me ocurrió abandonar una fortuna estable y una plantación bien provista, en plena mejoría y crecimiento, para embarcarme como sobrecargo hacia Guinea para buscar negros? Con tiempo y paciencia, habría aumentado tanto nuestra riqueza que hubiéramos podido comprarle los esclavos, sin movernos de casa, a quienes se dedicaban a buscarlos. Y aunque nos hubieran salido algo más caros, en ningún caso era una diferencia cuyo ahorro, a cambio de tantos riesgos, quedara justificado.

De todos modos, ese es un destino normal entre la juventud, del mismo modo que es normal reflexionar acerca de dicho comportamiento a medida que pasan los años,

o cuando tenemos ya una experiencia que nos suele costar bien cara. Así me ocurría entonces a mí. Y sin embargo, aquel error estaba tan arraigado en mi temperamento que, en vez de darme por satisfecho con mi situación, no hacía más que cavilar de continuo sobre la posibilidad de escapar de este lugar y los medios de que disponía; para que pueda contar lo que queda de mi historia a mayor satisfacción de los lectores, podría resultar adecuado que describa mis primeras ideas sobre el asunto de mi alocado plan de huida y cuente cómo actué a partir de aquellos fundamentos.

Puede suponerse que tras mi último viaje a los restos del naufragio estaba retirado en mi castillo, tenía mi fragata amarrada y a salvo bajo el agua, como solía hacer, y había recuperado mi situación anterior. Tenía más riquezas que antes, y sin embargo no era más rico, pues el dinero me servía de tan poco como a los indios del Perú antes de la llegada de los españoles.

Era una noche de la estación de las lluvias, en marzo, cumplidos veinticuatro años desde que por primera vez pusiera el pie en esta isla de soledad; estaba tumbado en mi hamaca, despierto, con muy buena salud, sin dolor ni inquietud alguna, sin nada que incomodara mi cuerpo; no, tampoco nada incomodaba mi mente más allá de lo habitual; y sin embargo no conseguía cerrar los ojos. Me refiero a dormir, claro está; no, no conseguía, como puede verse a continuación, pegar ojo en toda la noche.

Es imposible, amén de innecesario, enumerar la multitud de pensamientos que se arremolinaban en el gran laberinto del cerebro y de la memoria, en aquella noche del tiempo; recorrí la historia completa de mi vida en miniatura, o en versión abreviada, desde mi llegada a la isla; comparé la alegre disposición de mis asuntos durante los primeros años de mi residencia en este lugar, comparada con la vida de ansiedad, miedo y cautela que estaba viviendo desde que viera la primera huella de un pie en la arena; no es que no creyera que los salvajes habían frecuentado la isla desde el principio, y que tal vez en algún momento se habían juntado por centenares en la orilla; mas al no saberlo, yo no podía tenerles miedo. Mi satisfacción era absoluta aun con el mismo peligro. Y, al ignorar dicho peligro, yo vivía tan feliz como si no estuviera expuesto a él. Eso llenó mis pensamientos de muchas reflexiones provechosas, como la siguiente en particular: la infinita bondad de la Providencia que, en su gobierno de la humanidad, establece unos límites tan estrechos para nuestra vista y nuestro conocimiento que, aun caminando entre miles de peligros que distraerían nuestra mente y nos arruinarían el ánimo si supiéramos de su existencia, mantenemos la serenidad y la calma gracias a que los sucesos se mantienen fuera de nuestra vista, de tal modo que no sabemos nada de los peligros que nos rodean.

Después de entretener me un rato con esos pensamientos, me puse a reflexionar seriamente sobre el peligro real que había sufrido, durante tantos años en aquella isla; y sobre cómo había caminado por todas partes con la mayor seguridad, y tan tranquilo como era posible, incluso cuando tan sólo la cima de un monte, un árbol grande o el casual advenimiento de la noche, me habían separado de la peor de las destrucciones. A saber: la de caer en manos de los caníbales salvajes que hubieran

hecho conmigo lo que yo hacía con las cabras o las tortugas; matarme y devorarme les hubiera parecido tan poco criminal como a mí comerme un pichón o un zarapito. Me difamaría a mí mismo si no dijera que sentía una sincera gratitud hacia mi salvador, a cuya singular protección atribuía, con gran humildad, todas aquellas salvaciones ignoradas; y sin la cual inevitablemente hubiera caído en las despiadadas manos de los salvajes.

Una vez liquidados esos pensamientos, mi cabeza se ocupó durante un tiempo en cavilar sobre la naturaleza de aquellas desgraciadas criaturas: me refiero a los salvajes. Y en cómo podía ser que el sabio gobernador de todas las cosas entregara a cualquiera de sus criaturas a semejante inhumanidad, a algo tan por debajo incluso de la brutalidad como devorar a los propios. Sin embargo, como eso terminó provocando alguna especulación (infructuosa, en ese momento), se me ocurrió averiguar en qué parte del mundo vivían aquellos desgraciados; cuán lejos de la costa quedaba el lugar del que venían; a cambio de qué se atrevían a alejarse tanto de sus casas; y por qué no iba a poder yo poner orden en mis cosas para ser tan capaz de desplazarme hacia allá, como lo eran ellos de venir a mi isla.

En ningún momento me detuve a pensar siquiera qué haría si llegaba hasta allí; qué sería de mí si caía en manos de los salvajes; o cómo huiría de ellos si pretendían atacarme; no, ni tampoco pensé cómo haría para llegar a la costa sin que alguno de ellos me atacara, en cuyo caso no tenía ninguna posibilidad de salvarme. Y, suponiendo que no cayera en sus manos, cómo haría para conseguir provisiones o hacia dónde me encaminaría después; digo que ni siquiera me detuve a pensar en todo eso porque mi mente estaba ocupada por completo por la idea de cruzar con mi bote hasta la península. Si pensaba en la situación en que me hallaba, me parecía la más mísera de todas las posibles, y lo peor era que no me quedaba ya más que echarme en brazos de la muerte. Si alcanzaba la orilla del continente tal vez pudiera pedir ayuda, o navegar a lo largo de la costa, como había hecho en África, hasta que encontrase algún territorio deshabitado en el que aliviarme. Después de todo, quizá diera con algún barco cristiano que me aceptara y lo peor que podía ocurrirme era la muerte, que hubiera puesto fin de una vez a todas aquellas miserias. Nótese, por favor, que todo esto era fruto de una mente confusa y un temperamento impaciente, desesperados ambos por la larga continuidad de mis problemas y por la decepción que me había llevado con los restos del naufragio después de subir a bordo. Había estado tan cerca de obtener aquello que tanto deseaba, a saber: alguien con quien hablar y de quien obtener alguna enseñanza sobre el lugar en que me hallaba, así como sobre los posibles medios para mi liberación. Como digo, esos pensamientos agitaban mi mente por completo. Toda la calma de mi mente y mi confianza en la Providencia y mi capacidad de esperar a que los cielos dispusieran, parecían suspendidos. Y, tal como estaban las cosas, yo no tenía ninguna capacidad de pensar en nada más que el proyecto de viajar al continente, un plan que se me imponía con tal fuerza, con tal ímpetu en el deseo, que no había manera de oponerle resistencia.

Tras agitar así mis pensamientos durante dos o más horas con tal violencia que hasta se me fermentó la sangre y se me aceleró el pulso como si tuviera fiebre, apenas por el extraordinario fervor que provocaba en mi mente, la naturaleza, como si sólo de pensarlo ya hubiera quedado exhausto, me sumió en un sueño profundo. Parecería que iba a soñar con mi plan. Mas no fue así, ni con nada relacionado con él. En cambio, soñé que al salir de mi castillo por la mañana, como era habitual, veía dos canoas en la orilla y once salvajes a punto de desembarcar, con otro salvaje al que llevaban con la intención de matarlo para luego comérselo. De pronto este saltó y echó a correr para salvar la vida; en mi sueño me pareció que llegaba corriendo hasta mi espesa arboleda, delante de mi fortificación, para esconderse allí; y que al verlo allí solo y comprobar que los otros no lo buscaban en esa dirección, yo me mostraba a él y, con una sonrisa, lo animaba; que él se arrodillaba ante mí, como si me suplicara ayuda. A continuación le mostré mi escala, le hice subir, lo llevé hasta mi cueva y se convirtió en mi sirviente. En cuanto me hice con él, me dije a mí mismo que ya podía atreverme a navegar hasta el continente, pues él me haría de piloto, me diría qué hacer, adónde acudir en busca de provisiones, adónde no debía ir por miedo a ser devorado, en qué lugares aventurarme y de qué huir. Me desperté con esa idea en la mente, inmerso en una alegría tan inexpresable ante aquella posibilidad de huir, que la decepción de comprobar que sólo había sido un sueño alcanzó la misma magnitud que este y me sumió en un gran abatimiento.

A partir de entonces, sin embargo, llegué a la conclusión de que tan sólo podría intentar la huida si, en la medida de lo posible, conseguía hacerme con la posesión de un salvaje. Y si, en la medida de lo posible, se trataba de uno de los prisioneros condenados a ser devorados y traído a la isla para morir en ella. Sin embargo, esa idea seguía condicionada por un obstáculo: era imposible llevarla a efecto sin atacar a una caravana entera de enemigos y matarlos a todos. Y eso no sólo era un acto desesperado que podía salir mal, sino que, por otro lado, me despertaba grandes escrúpulos al respecto de su legitimidad: mi corazón temblaba ante la perspectiva de derramar tanta sangre, así fuera para mi salvación. No hace falta que repita los argumentos en contra que se me ocurrían, pues ya los he mencionado con anterioridad. Sin embargo, aunque ahora tenía nuevos argumentos, a saber: que aquellos hombres eran una amenaza para mi vida y, si podían, acabarían devorándome; se trataba del máximo grado de precaución para librar me de aquella clase de muerte y debía considerarse un acto en defensa propia, igual que si ellos me atacaran. Digo que esos nuevos argumentos reforzaban la posibilidad, pero la idea de derramar sangre humana por bien de mi salvación me parecía terrible y, durante mucho tiempo, fui incapaz de reconciliarme con ella.

Al fin, sin embargo, tras muchas disputas en silencio conmigo mismo, y tras sufrir una gran perplejidad mientras aquellos argumentos a favor y en contra peleaban en mi cabeza durante mucho tiempo, el deseo de salvarme prevaleció sobre todos los demás. Decidí hacerme con uno de esos salvajes, si era posible, costara lo que

costase. Entonces, lo siguiente era planificar cómo lo conseguiría, algo ciertamente más difícil de decidir. Como no se me ocurría ningún plan probable, decidí convertirme en vigía para verlos cuando arribaran a la orilla y dejar lo demás para cuando llegara el momento, tomando las medidas necesarias cuando se presentara la ocasión, cualquiera que esta fuese.

Con esa resolución en mente me dediqué a vigilar siempre que me resultaba posible, tan a menudo que al fin terminé harto, pues hube de esperar más de un año y medio y pasé gran parte de ese tiempo en el lado oeste y en la punta suroeste de la isla, adonde acudía casi todos los días en busca de alguna canoa, sin que apareciese ninguna. Resultaba muy decepcionante y empezó a preocuparme mucho, si bien no puedo afirmar que en este caso me ocurriera como en otros anteriores. A saber: que mi deseo empezara a desvanecerse. Al contrario, cuanto más se dilataba el asunto, mayor era mi deseo. En pocas palabras, el cuidado que al principio ponía en evitar la visión de esos salvajes, y en impedir que ellos me vieran a mí, no era nada comparado con el anhelo que ahora sentía de atacarlos.

Además, me consideraba capaz de manejar a uno, qué va, dos o tres salvajes, si conseguía hacerme con ellos, para convertirlos por completo en mis esclavos con el fin de que hicieran cuanto les mandase y de impedir que pudieran hacerme daño en ningún momento. Llevaba ya mucho regocijándome con aquella perspectiva, mas no se presentaba la ocasión: todas mis imaginaciones y mis planes quedaban en nada, pues durante mucho tiempo ningún salvaje se acercó a la isla.

Más o menos un año después de que se me ocurriera esa idea, y tras mucho cavilar, todo estaba quedando en nada por falta de una ocasión en que llevarla a la práctica. Entonces una mañana, a primera hora, me sorprendió ver nada menos que cinco canoas juntas en la playa, en mi lado de la isla, y comprobar que todos los llegados en ellas habían desembarcado y no se veía a ninguno. Se trataba de una cantidad que superaba todas mis previsiones, pues al ver tantas canoas, sabiendo que siempre iban cinco o seis en cada una, o a veces incluso más, no sabía qué pensar, ni qué medidas tomar para atacar en solitario a un grupo de veinte o treinta hombres. De modo que me quedé en mi castillo, perplejo y desconsolado. De cualquier modo, recorrí todas las posiciones de ataque que previamente había preparado y me encontré listo para actuar en caso de que se presentara la ocasión. Tras esperar largo rato, aguzando el oído por si hacían algún ruido, al fin me invadió la impaciencia. Deposité mis armas al pie de la escala, subí a la cima de la colina siguiendo las dos etapas habituales y me planté de manera que mi cabeza no asomara, para que les resultara imposible verme. Entonces observé, con ayuda de mi catalejo, que eran no menos de treinta, que habían encendido un fuego y que habían asado algo de carne. No pude saber cómo la habían cocinado, ni qué clase de carne era, pero todos bailaban con no sé qué gestos y figuras bárbaros, a su manera, en torno al fuego.

Mientras los estaba espiando, vi con mi catalejo cómo traían a rastras a dos pobres desgraciados desde las canoas, donde al parecer los tenían atados y ahora los

sacaban para la matanza. Vi que uno de ellos caía de inmediato tras recibir un golpe, supongo que con un palo, o un sable de madera, pues así solían hacerlo, y enseguida dos o tres de ellos se pusieron a trabajar y lo cortaron para cocinarlo, mientras la otra víctima se quedaba de pie, a solas, hasta que estuvieran listos para él. En ese preciso instante, aquel pobre desgraciado, viéndose con un mínimo de libertad, recibió la inspiración natural de la esperanza de sobrevivir y se apartó de ellos y echó a correr con una rapidez increíble por la arena, directamente hacia mí; quiero decir, hacia la parte de la costa en que estaba mi residencia.

Me quedé muerto de miedo (eso debo admitirlo) al darme cuenta de que corría hacia mí; especialmente porque vi que lo perseguían todos y pensé que se iba a cumplir aquella parte de mi sueño y que él se refugiaría en mi arboleda. Sin embargo, yo no podía de ningún modo confiar en que se cumpliera también el resto del sueño. O sea, que los otros salvajes no lo persiguieran hasta allí y lo encontrasen. En cualquier caso, me mantuve en mi lugar y empecé a recobrar el ánimo al descubrir que no lo seguían más que tres hombres; aún me animó más comprobar que corría mucho más que ellos y les sacaba gran ventaja, de modo que si era capaz de aguantar media hora conseguiría librarse de todos ellos con cierta facilidad.

Entre ellos y mi castillo estaba el riachuelo que he mencionado a menudo en la primera parte de mi historia, donde fui dejando los cargamentos que sacaba del barco. Vi con claridad que se vería obligado a cruzarlo a nado si no quería que lo atrapasen ahí mismo. Cuando el salvaje fugitivo llegó allí no le costó nada, pese a que la marea estaba alta, zambullirse, cruzarlo a nado en unas treinta brazadas, ganar la otra orilla y seguir corriendo con gran fuerza y velocidad. Cuando llegaron al riachuelo las otras tres personas vi que dos sabían nadar, mas no así la otra, que se quedó en una orilla mirando hacia la otra, pero no prosiguió con la persecución. Poco después se volvió lentamente, lo cual resultó ser bueno para él a fin de cuentas.

Observé que a los dos nadadores les costaba más del doble de tiempo que al fugitivo cruzar a nado el riachuelo. Entonces me acudió con gran fuerza a la mente la idea irresistible de que había llegado el momento de hacerme con un sirviente, y tal vez un compañero, o ayudante; y que, simplemente, la Providencia me llamaba a salvar la vida de aquella pobre criatura; de inmediato bajé corriendo por la escala con la mayor presteza posible y cogí mis dos escopetas, pues estaban ambas al pie de la escala como ya he dicho antes; con la misma premura subí de nuevo a la cima y desde allí me dirigí hacia el mar. Al ser un camino muy corto y cuesta abajo, me interpuse entre los perseguidores y el fugitivo y llamé a este a gritos. Él volvió la vista atrás y tal vez al principio me tuvo tanto miedo como a sus captores, pero con un gesto de la mano lo invité a volver a mi lado; mientras tanto, me acerqué lentamente a los dos perseguidores y luego, saltando de golpe hacia el que iba delante, lo derribé con la culata de la escopeta. Me negaba a disparar porque no quería que los demás lo oyeran. Sin embargo, a tanta distancia no era fácil que me oyeran y, como tampoco podrían ver el humo, no les sería fácil entender lo que

pasaba. Al ver que había tumbado a aquel, el otro perseguidor se detuvo como si estuviera asustado; yo avancé lentamente hacia él pero, al acercarme, me di cuenta de que llevaba un arco y flechas y se estaba preparando para atacarme; así que entonces tuve la necesidad de dispararle y lo hice, matándolo de un solo tiro. El pobre salvaje fugitivo, que se había detenido, vio a sus dos enemigos en el suelo y creyó que ambos estaban muertos. Sin embargo, estaba tan asustado por el fuego y el ruido que había emitido mi arma, que se quedó quieto por completo, tan incapaz de acercarse como de alejarse, aunque parecía inclinarse más por lo segundo. Le grité de nuevo y le indiqué que viniera hacia mí por señas que entendió fácilmente, pues se acercó un poco y luego se detuvo de nuevo y entonces pude comprobar que estaba temblando, como si acabara de apresarlo y estuviera a punto de matarlo igual que había hecho con sus dos enemigos. De nuevo le pedí que se acercara con tantos gestos de estímulo como fui capaz de imaginar y él se fue acercando más y más, arrodillándose cada diez o doce pasos en muestra de agradecimiento por haberle salvado la vida. Le sonreí, lo miré con amabilidad y por señas le indiqué que se acercara más todavía; al final llegó a mi lado y entonces se arrodilló de nuevo, besó el suelo, apoyó en él la frente, cogió mi pie y se lo puso encima de la cabeza: parece que tales gestos equivalían a un juramento con el que mostraba su disposición a ser mi esclavo para siempre. Lo levanté del suelo, lo traté con gran cariño y lo animé tanto como pude. Sin embargo, quedaba una tarea pendiente, pues me di cuenta de que el salvaje al que había tumbado no había muerto; sólo estaba aturdido por el golpe y ya empezaba a recuperarse. Lo señalé con un dedo para que el fugitivo viera que su perseguidor no estaba muerto. En ese momento él me dijo algunas palabras que no pude entender, mas me resultó agradable oírlas, pues era la primera voz humana que oía, aparte de la mía, en más de veinticinco años. Sin embargo, en aquel momento no había tiempo para esas reflexiones. El salvaje del suelo se recuperó tan rápidamente que ya se estaba sentando en el suelo y yo me di cuenta de que el mío empezaba a asustarse. Al verlo, mostré mi otra escopeta a aquel hombre, como si fuera a dispararle, y en ese momento mi salvaje, pues así lo llamaré a partir de ahora, me indicó por señas que le pasara la espada que llevaba en un costado, metida en el cinto y sin enfundar. En cuanto la tuvo en sus manos echó a correr hacia su enemigo y de un solo tajo le cortó la cabeza con tal destreza que ningún verdugo alemán habría podido hacerlo mejor, ni más rápido. Me pareció muy extraño en alguien que jamás hasta entonces había visto una espada, salvo por las suyas de madera. Sin embargo, según supe más adelante, parece que las suyas son tan afiladas y pesan tanto, y es tan dura la madera de que están hechas, que se sirven de ellas para cortar cabezas y hasta brazos de un solo tajo. Después de hacerlo se me acercó riéndose en señal de victoria y, con un repertorio de gestos que no supe interpretar, depositó a mis pies la espada y la cabeza que acababa de cortar.

Sin embargo, lo que más le asombraba era averiguar cómo había matado al otro indio a tanta distancia; lo señalaba y me pedía por señas que le permitiera acercarse a

él, y yo le di permiso como buenamente pude; al llegar, se lo quedó mirando asombrado, volvió el cuerpo hacia un lado y luego al otro, estudió la herida que había dejado la bala, que al parecer era justo en el pecho, donde había un agujero por el cual no se había derramado demasiada sangre, aunque sí se había desangrado por dentro, porque estaba bien muerto. Mi salvaje cogió su arco y sus flechas y volvió a mi lado y entonces me di la vuelta para partir y le mandé seguirme, advirtiéndole por señas que podían venir más perseguidores.

A continuación él me indicó que tenía que enterrar sus cuerpos con arena para que los demás, si nos seguían, no pudieran verlos; yo lo autoricé por señas y él se puso a trabajar y en un instante había cavado un hueco en la arena del tamaño suficiente para enterrar el primer cuerpo; luego lo arrastró a su interior, lo cubrió y después hizo lo mismo con el otro. Creo que en un cuarto de hora los tenía enterrados a los dos; luego lo llamé para que se alejara y me lo llevé de allí, no hacia mi castillo, sino a la cueva, al otro lado de la isla; de modo que no permití que se hiciera real aquella parte de mi sueño en la que él se refugiaba en mi arboleda.

Una vez allí, le di de comer pan y un puñado de pasas y un trago de agua, pues me pareció que le hacía gran falta después de tanto correr; una vez refrescado, le indiqué por señas que se tumbara y durmiera un poco, señalando un rincón en el que había dejado una buena brazada de paja de arroz y una manta, sobre la que yo mismo dormía algunas veces. Así que la pobre criatura se tumbó y se quedó dormida.

Era un tipo hermoso, de muy buena planta. Tenía las piernas rectas y fuertes, no demasiado largas; era alto y bien formado y, según mi impresión, de unos veintiséis años. Tenía un muy buen semblante, sin hosquedad ni exceso de orgullo en su aspecto; sí había algo muy varonil en el rostro, pero también tenía toda la dulzura y la suavidad propias de los europeos, sobre todo cuando sonreía. Su cabello era negro y largo, no rizado como la lana; la frente era larga y amplia y en sus ojos había una gran vivacidad y un brillo chispeante. El color de la piel no era negro del todo, sino más bien marrón; pero no de un marrón amarillento y nauseabundo, como el de los nativos de Brasil y de Virginia, u otros nativos de América; más bien un color de oliva, oscuro pero brillante, que tenía algo muy agradable, aunque nada fácil de describir. Su cara era redonda y rolliza; la nariz pequeña y no plana como la de los negros, una buena boca, labios finos y unos dientes agradables y bien dispuestos, blancos como el marfil. Después de pasar media hora en duermevela, pues no llegó a dormir del todo, se despertó, salió de la cueva y se acercó a mí, que estaba ordeñando las cabras en el redil que tenía allí mismo. Al verme vino corriendo y se lanzó al suelo y dio todas las muestras posibles de su humilde gratitud con una serie de gestos grotescos. Al fin plantó la frente en el suelo, junto a mi pie, y luego se puso el otro pie encima de la cabeza, tal como había hecho antes. Después hizo todas las señas imaginables de sometimiento, servidumbre y sumisión para hacerme saber que estaría a mi servicio mientras viviera. Le hice saber que entendía gran parte de cuanto me estaba diciendo y que estaba muy complacido con él. Al poco, empecé a hablarle y a

enseñarle a hablar; en primer lugar le hice saber que se llamaría Viernes, pues tal era el día en que le había salvado la vida; lo llamé así para guardar buena memoria del momento; también le enseñé a decir «amo» y le hice saber que así debía llamarme. Igualmente le enseñé a decir «sí» y «no» y a entender su significado; le di algo de leche en una vasija de tierra y dejé que me viera beber y untar en ella el pan; le entregué un trozo de pan para que hiciera lo mismo, cosa que enseguida cumplió y luego me señaló que le había sentado muy bien.

Me quedé allí con él toda la noche, pero en cuanto se hizo de día le dije por gestos que viniera conmigo y le hice saber que le daría algo de ropa, cosa que pareció encantarle, pues iba desnudo por completo. Al pasar por la zona en que había enterrado a los dos hombres, señaló el lugar exacto, me mostró las marcas que había dispuesto para poderlos encontrar y, por señas, me dijo que debíamos desenterrarlos para comérmolos. Entonces yo me mostré muy enfadado, expresé mi aborrecimiento, hice como que vomitaba sólo de pensarlo y agité una mano para decirle que se alejara de allí, cosa que hizo de inmediato con gran sumisión. Entonces lo llevé hasta la cima de la colina para ver si se habían ido sus enemigos; saqué el catalejo, miré y vi con claridad el lugar en el que los había visto, sin rastro ahora de su presencia ni de sus canoas. Estaba claro que se habían ido, dejando a sus dos camaradas atrás, sin buscarlos siquiera.

No quedé contento con ese descubrimiento. Sin embargo, como ahora tenía más valor y, en consecuencia, más curiosidad, llevé conmigo a Viernes y le di la espada para que la llevase en la mano, el arco y las flechas a la espalda, después de descubrir que era diestro en su uso, y le hice llevar una de mis escopetas; yo llevaba otras dos. Fuimos juntos hasta el lugar en que habían estado las criaturas, pues yo estaba decidido a saber más cosas de ellos. Al llegar allí, se me heló la sangre en las venas y me dio un vuelco el corazón ante aquel espectáculo del horror. Era, desde luego, una visión horrible, aunque Viernes no le dio ninguna importancia. El lugar estaba cubierto de huesos humanos, el suelo teñido por su sangre, grandes trozos de carne abandonados por todas partes, a medio comer, aplastados y chamuscados. En resumen, todas las muestras de que allí se había celebrado un banquete para festejar la victoria sobre los enemigos. Vi tres cráneos, cinco manos y los huesos de tres o cuatro piernas y pies, así como abundantes restos de otras partes corporales. Viernes me hizo entender, por señas, que habían llevado cuatro prisioneros para celebrar aquel banquete; se habían comido a los otros tres y él, se señaló, era el cuarto. Se había producido una gran batalla entre aquellos salvajes y un rey vecino, del cual él mismo era súbdito, y habían tomado una gran cantidad de prisioneros, todos llevados por los vencedores a distintos lugares para comérselos, tal como habían hecho allí con aquellos desgraciados.

Encargué a Viernes que recogiera todos los cráneos, huesos, pedazos de carne y restos de toda clase, que los apilara y encendiera con ellos un gran fuego para convertirlo todo en cenizas. Me pareció que Viernes deseaba llenar su estómago con

carne humana y que conservaba aún su naturaleza caníbal, mas yo mostré tal aborrecimiento ante la mera idea que no se atrevió a demostrarlo; había encontrado la manera de hacerle saber que si procedía de aquel modo lo mataría.

Cuando hubo terminado nos volvimos al castillo y nada más llegar me puse a trabajar con mi Viernes. En primer lugar, le di unos calzones de lino, sacados del cofre del pobre artillero que había encontrado entre los restos del naufragio y del que ya he hablado antes; bastó alguna pequeña alteración para que le quedaran bien. Luego le hice una chaqueta de piel de cabra como buenamente pude, y ya me había convertido en un sastre aceptable; le di también una gorra, hecha con piel de liebre, muy cómoda y bastante elegante; así quedó aceptablemente vestido y muy satisfecho de verse casi con las mismas prendas que su amo. Es cierto que al principio se movía con cierta torpeza, que los calzones le resultaban muy incómodos y que las mangas de la chaqueta le irritaban la piel de los hombros y de la cara interior de los brazos; pero aflojé un poco la tela por donde decía que le molestaba y él se fue acostumbrando y, a la larga, le iba muy bien.

Un día después de llegar con él a mi casa empecé a pensar dónde iba a alojarlo. Para que él estuviera bien sin que perdiese yo mi comodidad, le levanté una tienda pequeña en el espacio que quedaba vacante entre mis dos fortificaciones: por dentro de la externa, por fuera de la interna. Como desde allí había un hueco, o entrada, que daba a mi cueva, hice un marco y una puerta con tablas de madera y los coloqué al principio del paso, procurando que la puerta se abriera hacia dentro. Por la noche la dejaba cerrada y antes me llevaba las escalas, de tal modo que Viernes no podía atacarme más acá del muro interior sin hacer mucho ruido para pasar por encima, con lo cual me despertaría. Aquel primer muro tenía ya un techo completo, hecho de largas varas que cubrían toda mi tienda y se apoyaban en la ladera de la colina, cruzadas a su vez por palos pequeños en vez de listones y luego recubiertas con una capa muy gruesa de paja de arroz, fuerte como un junco. En el hueco que quedaba abierto para acceder a la escala había instalado una especie de puerta-trampa que, si se accionaba desde fuera, en vez de abrirse caía hacia dentro con gran estrépito; en cuanto a las armas, por la noche me las llevaba todas conmigo.

Sin embargo, no necesitaba ninguna de esas precauciones, pues nunca hombre alguno tuvo un sirviente tan fiel, amante y sincero como Viernes; sin ningún rencor, amargura o artimaña, comprometido y servicial por completo; todos sus afectos lo ataban a mí, como un niño con respecto a su padre. Me atrevería a decir que hubiera sacrificado su vida por salvar la mía si se presentaba la ocasión; me dio tantos testimonios de ello que no me quedaba duda alguna y pronto estuve convencido de que no necesitaba tomar ninguna precaución para protegerme de él.

Eso me dio ocasión de observar con frecuencia, y hasta con asombro, que Dios había tenido a bien, en su providencia y en el gobierno de su obra, privar a una gran parte de sus criaturas de los mejores usos a los que se adaptan sus facultades y el poder de sus almas; sin embargo, les ha concedido, igual que a nosotros, los mismos

poderes, la misma razón, los mismos afectos, los mismos sentimientos de bondad y obligación, la misma pasión y el mismo lamento del mal; el mismo sentido de la gratitud, la sinceridad, la felicidad y todas las capacidades que permiten hacer y recibir el bien. Y cuando se complace en ofrecerles la ocasión de ejercerlas, ellos están tan dispuestos, no, mejor dispuestos que nosotros a usarlas de la mejor manera. Eso me producía a veces una gran melancolía al reflexionar, en las diversas ocasiones en que así se terció, en el malvado uso que nosotros hacemos de dichas virtudes pese a que contamos con la iluminación de la instrucción, del espíritu de Dios y del conocimiento de su mundo, añadidos a nuestro entendimiento; también pensaba en cuál sería la razón por la que a Dios le había parecido bien esconder ese saber redentor a tantos millones de almas que, a juzgar por aquel pobre salvaje, le hubieran dado mejor uso que nosotros.

Desde entonces, a veces me excedía en mi invasión de la soberanía de la Providencia y hasta la acusaba de injusta por haber dispuesto las cosas de modo tan arbitrario que se negaba a unos la luz revelada a los otros y sin embargo se esperaba de ambos el mismo cumplimiento del deber. Callaré, sin embargo, y controlo mis pensamientos con esta conclusión: 1.º No conocemos a qué luz, ni con qué ley, se les ha condenado; sólo sabemos que Dios es necesariamente, y por la propia naturaleza de su ser, infinitamente santo y justo, de modo que sólo puede ser que estas criaturas fueran condenadas a sufrir su ausencia por algún pecado contra esa luz que, según afirman las Escrituras, es ley para ellos mismos, y en función de normas que sus propias conciencias reconocerían como justas, aun si a nosotros se nos escapaba su argumentación; y 2.º, que, si bien todos somos arcilla en manos del alfarero, ninguna vasija podía preguntarle: «¿Por qué me has dado esta forma?».

Mas, por volver a mi nuevo acompañante: estaba muy contento con él y me ocupé de enseñarle todo lo necesario para que fuera útil, hábil y servicial, pero sobre todo para que hablara y me entendiera cuando hablaba yo. Resultó ser el más apto estudiante que jamás haya existido, en particular por ser tal su alegría, su constante diligencia y la felicidad que demostraba cuando conseguía entenderme, o hacer que yo entendiera algo, que me resultaba muy agradable hablar con él; mi vida se estaba volviendo tan cómoda que empecé a pensar que, estando a salvo de los salvajes, no me hubiera importado saber que nunca iba a salir de donde vivía.

Dos o tres días después de mi regreso al castillo pensé que, para alejar a Viernes de aquel horrible modo de alimentarse y del gusto que le proporcionaba su estómago caníbal, debía hacerle probar otro tipo de carne. Así que lo llevé conmigo una mañana hasta el bosque. Ciertamente, iba con la intención de matar un cabrito de mi propio rebaño, llevarlo a casa y cocinarlo. Sin embargo, por el camino vi una cabra tumbada a la sombra, con dos crías a su lado. Agarré a Viernes y le dije que se detuviera y se quedara quieto; le hice señas para que no se moviera y, de inmediato, preparé el arma, disparé y maté a una de las crías. La pobre criatura, que me había visto matar desde lejos al salvaje que lo perseguía pero no sabía, ni podía imaginar

cómo había ocurrido, se quedó notoriamente sorprendido, se echó a temblar, se agitó y pareció tan abrumado que llegué a creer que se desplomaría. Sin mirar hacia la cría ni darse cuenta de que la había matado, se palpó la chaqueta para ver si estaba herido y, según pude comprobar, creyó por un momento que yo estaba resuelto a matarlo, pues vino a arrodillarse ante mí y, abrazándome por las rodillas, dijo un montón de cosas que no pude entender, aunque me resultó fácil deducir que quería decir que no lo matase.

Enseguida encontré el modo de convencerle de que no iba a hacerle ningún daño y luego lo tomé de la mano, me reí de él, señalé la cría que había matado y le indiqué por señas que debía ir a buscarla, cosa que hizo a continuación. Mientras él se asombraba y trataba de averiguar cómo había muerto aquella criatura, cargué de nuevo el arma y vi por allí cerca una gran ave, parecida a un halcón, apoyada en una rama y a distancia de tiro. Entonces, para que Viernes entendiera un poco lo que iba a hacer, lo llamé de nuevo a mi lado, señalé hacia el ave, que sin duda era un loro aunque me hubiese parecido halcón, digo que señalé el ave, luego el arma y luego el suelo bajo el árbol para que él viera que pretendía derribarlo y le hice entender que pensaba disparar para matar al loro. A continuación disparé y le hice mirar y él vio caer el loro de inmediato y se quedó otra vez asustado pese a todas mis explicaciones. Entendí que estaba tan asombrado porque no me había visto cargar el arma y, en consecuencia, creía que aquel objeto contenía un fondo de muerte y destrucción que lo capacitaba para matar hombres, bestias, aves y cualquier otro ser, ya estuviera cerca o lejos, y eso le provocaba un asombro tan grande que tardaba mucho en superarlo. Creo que, si se lo hubiese permitido, él habría practicado la idolatría conmigo y con la escopeta. No se atrevió a tocar el arma hasta varios días después; en cambio, cuando estaba a solas le hablaba y le daba conversación, como si el arma le hubiera respondido; según me explicó más adelante, le estaba pidiendo que no lo matara.

Bueno, cuando hubo pasado algo de aquel asombro, lo mandé corriendo a buscar el pájaro al que acababa de disparar y él obedeció, pero tardó un poco en volver porque el loro, no del todo muerto, se había alejado bastante del lugar de caída aleteando. De todos modos, lo encontró, lo recogió y me lo llevó. Como yo me había dado cuenta de su ignorancia con respecto al funcionamiento del arma, aproveché para cargarla sin que me viera, para estar así preparado si se me presentaba otra posible presa. Como no fue así, llevé a casa el cabrito y aquella misma noche lo despellejé, y lo corté lo mejor que pude. Como tenía una olla para tal propósito, guisé o estofé parte de la carne y preparé un buen caldo; después de comer yo, di un poco a mi hombre, que parecía encantado, pues le gustó mucho. Lo que más le extrañó fue ver que le echaba sal; me advirtió por señas que la sal no era buena para comer y, tras echarse un poco en la boca, hizo ver que le provocaba náuseas y se puso a escupir y regurgitar y luego se lavaba la boca con agua dulce. Yo, por mi lado, me llevé a la boca un poco de carne sin sal y a continuación fingí escupir y regurgitar por lo sosa

que me parecía, igual que había hecho él por lo salada; mas no sirvió de nada, él nunca quiso echarle sal a la carne y al caldo; al menos tardó mucho tiempo, y aun entonces echó bien poca.

Tras darle de comer carne hervida y caldo decidí que al día siguiente le ofrecería un banquete con un pedazo de aquel mismo cabrito, asado. Para ello, lo colgué encima del fuego, como había visto hacer a tanta gente en Inglaterra, con dos varas plantadas a ambos lados de la fogata y otra cruzada por encima, a la que luego até la carne para darle vueltas sin parar. A Viernes le pareció admirable, pero cuando llegó el momento de probar la carne hizo tantos esfuerzos por explicarme lo mucho que le gustaba que me hubiera resultado imposible no entenderle; al fin me dijo que nunca volvería a comer carne humana, cosa que me gustó mucho oír.

Al día siguiente lo puse a trabajar trillando el grano y tamizándolo como solía hacer yo mismo, algo que ya he contado, y enseguida aprendió a hacerlo tan bien como yo, especialmente después de ver que servía para hacer pan y cocinarlo, de modo que en poco tiempo estuvo capacitado para hacer todo el trabajo en mi lugar y hacerlo tan bien como yo.

Entonces empecé a pensar que, como ahora tenía que alimentar dos bocas en vez de una, necesitaba conseguir más tierras para mi cosecha y plantar mayor cantidad de grano que antes; así que marqué una parcela de tierra más grande y empecé a instalar una cerca del mismo modo que había hecho antes, trabajo en el que Viernes no sólo colaboró mucho y con buena voluntad; además, lo hizo con alegría y yo le conté para qué era; para conseguir más grano que nos permitiese hacer más pan ahora que él estaba conmigo, porque así yo tendría suficiente para darle y para comerlo yo. Esa parte pareció afectarle mucho y me hizo saber que creía que yo hacía muchos más esfuerzos por él que por mí mismo; y que trabajaría aún más para mí si yo le decía qué debía hacer.

Fue el año más placentero de cuantos pasé en esta isla; Viernes empezó a hablar bastante bien y a entender el nombre de casi todo lo que yo necesitaba nombrar y de todos los lugares a los que pudiera enviarlo, y además me hablaba bastante; así que al poco tiempo pude dar de nuevo uso a la lengua, cosa que desde luego apenas había podido hacer hasta entonces. Aparte del placer de hablar con él, el hombre me daba satisfacción por sí mismo: su sinceridad simple y nada artificial se me hizo cada día más patente y empecé a querer de verdad a aquella criatura; por su lado, creo que él me tenía más amor del que jamás había podido sentir por nada.

En una ocasión se me ocurrió comprobar si él sentía algún anhelo por volver con su gente y, como le había enseñado inglés tan bien que podía contestar a casi cualquier pregunta, le pregunté si la nación a la que pertenecía ganaba a veces alguna batalla. Sonrió y dijo que sí, sí, siempre somos los mejores en la pelea. Quería decir que siempre ganaban. Entonces, empezó la siguiente conversación: «Dices que siempre sois los mejores en la batalla. Entonces, ¿cómo es que te hicieron prisionero, Viernes?».

VIERNES: Mi nación vencer mucho.

AMO: ¿Vencer? Si tu nación venció, ¿cómo es que te raptaron?

VIERNES: Ellos muchos más que mi nación donde estar yo; tomaron uno, dos, tres y yo; mi nación vencerlos en sitio más allá, donde yo no estar; allí mi nación tomar uno, dos, mucho mil.

AMO: Y entonces, ¿por qué los tuyos no te recuperaron de manos de los enemigos?

VIERNES: Coger un, dos, tres y yo y obligar ir canoa. Mi nación no tener canoa entonces.

AMO: Bueno, Viernes, ¿y qué hace tu nación con los prisioneros que toma? ¿Los lleváis a otro sitio y os los coméis, como hacían estos?

VIERNES: Sí, mi nación comer hombres también, comer todos.

AMO: ¿Adónde los llevan?

VIERNES: Ir a un sitio ellos no piensan.

AMO: ¿Vienen aquí?

VIERNES: Sí, sí, venir aquí. Venir otros sitios.

AMO: ¿Tú has venido alguna vez con ellos?

VIERNES: Sí, he venido. (*Señala hacia el noroeste de la isla, que al parecer era su lado*).

Así entendí que mi esclavo Viernes había estado antes entre los salvajes que solían desembarcar en el otro lado de la isla, con ocasión de algún banquete caníbal como el que ahora lo había traído hasta aquí. Más adelante, cuando reuní el valor suficiente para llevarlo hasta ese lado, el mismo que ya he mencionado otras veces, enseguida reconoció el lugar y me dijo que había estado allí en una ocasión en la que se comieron a veinte hombres, dos mujeres y un niño; no sabía contar a veinte en inglés, pero los enumeró apilando piedras en una hilera y luego me señaló para que las contara yo.

He contado este suceso porque introduce el siguiente: que tras esa conversación con él le pregunté a qué distancia de nuestra isla quedaba el continente y si con frecuencia se perdía alguna canoa. Me dijo que no había ningún peligro, que nunca se perdía ninguna canoa; que tras un rato de navegar a mar abierto había una corriente y algo de viento, y que siempre soplaba en una dirección por la mañana y en la contraria por la tarde.

Creí que se trataba simplemente de los flujos de la marea al subir y bajar; sin embargo, luego entendí que lo provocaba el gran arrastre y la resaca del poderoso río Orinoco; nuestra isla, según descubrí más adelante, estaba en la desembocadura de dicho río, o en el golfo que esta formaba. Y aquella tierra que yo atisbaba entre el oeste y el noroeste era la gran isla de Trinidad, en el extremo norte de la desembocadura del río. Hice a Viernes un millar de preguntas acerca de esa tierra, sus habitantes, el mar, la costa, las naciones que la rodeaban; me contó cuanto sabía con

la mayor franqueza que se pueda imaginar. Le pregunté por los nombres de varias naciones formadas por gente como él, pero no obtuve otro que el de los caribes, de lo que deduje fácilmente que estábamos en el Caribe, lugar que nuestros mapas ubican en la parte de América que va desde la desembocadura del Orinoco hasta la Guyana y luego sigue hacia Santa Marta. Viernes me dijo que mucho más allá de la luna, o sea, más allá del lugar en que se ponía la luna, que en esas tierras tenía que ser hacia el oeste, vivían hombres blancos barbados como yo; y señaló mis grandes bigotes, de los que ya he hablado antes; dijo también que ellos habían matado a muchos hombres. De eso concluí que eran españoles, cuya crueldad se había extendido por todos los países de América, transmitida su memoria de padres a hijos en todas las naciones.

Le pregunté si sabría decirme cómo salir de aquella isla para reunirme con esos hombres blancos. Me dijo que sí, que sí, que podía ir en dos canoas. Yo no entendía a qué se refería ni conseguí que me describiera lo que quería decir hasta que al fin, con gran dificultad, descubrí que estaba hablando de un barco grande de verdad, tanto como dos canoas.

Esta parte de la conversación de Viernes empezó a deleitarme y desde entonces alimenté alguna esperanza de que, en una u otra ocasión, encontraría la oportunidad de huir de este lugar; y que aquel pobre salvaje podría ser el medio que me ayudara a conseguirlo.

Durante el largo tiempo que Viernes llevaba ya conmigo y desde que empezó a hablarme, no dejé pasar ocasión de fijar en su mente los fundamentos del conocimiento religioso. En particular, le pregunté una vez quién le había creado. La pobre criatura no me entendió para nada, sino que creyó que le estaba preguntando quién era su padre. Yo lo encaré por otro lado y le pregunté quién había hecho el mar, la tierra sobre la que caminábamos y las montañas y los bosques. Me contestó que se trataba del viejo Benamuckee, que vivía más allá de todo; no podía describir nada de su gran persona, aparte de que era muy viejo; mucho más, dijo, que el mar o la tierra, que la luna o las estrellas; entonces le pregunté, si esa persona había creado todas las cosas, ¿por qué las cosas no lo adoraban? Puso un semblante muy grave y, con rostro de absoluta inocencia, dijo: «Sí que le dicen “Oh” todas las cosas». Le pregunté si la gente que moría en ese país se iba a algún lugar, y cuál sería entonces. Sí, todos se iban a Benamuckee. Entonces le pregunté si también iban allí los hombres devorados. Dijo que sí.

A partir de esos asuntos empecé a instruirle en el conocimiento del Dios verdadero: le dije que el gran hacedor de todas las cosas vivía allí arriba, señalando hacia el cielo; que gobierna el mundo con el mismo poder y por medio de la misma providencia que usó para hacerlo; que era omnipotente y podía hacer por nosotros cualquier cosa, darnos o quitarnos cualquier cosa, y así fui abriendo sus ojos gradualmente. Él me escuchaba con gran atención y recibió con agrado la noción de que Jesucristo fuera enviado para redimirnos, y de la manera en que debemos elevar

nuestros rezos a Dios, de cómo él puede oírnos incluso desde el cielo. Un día me dijo que si nuestro Dios podía oírnos desde más allá del sol tenía que ser un dios más grande que su Benamuckee, que sólo vivía un poquito alejado y aun así no podía oírles si no subían a hablarle desde las grandes montañas en que él vivía. Le pregunté si él había subido alguna vez a rezarle. Me dijo que no, que los jóvenes nunca iban, que allí sólo subían los ancianos, a los que llamaba Oowocakee, o sea, según le hice explicarme, sus religiosos, o sacerdotes, y que estos subían a decir «oh» (pues así llamaban a las oraciones) y luego volvían y les contaban lo que hubiera dicho Benamuckee. Gracias a eso entendí que el sacerdocio se da incluso entre los paganos más ciegos e ignorantes de este mundo; y que la política de hacer un secreto de la religión, para asegurarse de que la gente venerase a los sacerdotes, no sólo se encuentra en los romanos, sino tal vez en todas las religiones del mundo, incluso entre los salvajes más bárbaros y brutales.

Me esforcé por aclararle ese fraude a mi sirviente Viernes, y le dije que la pretensión de sus ancianos al subir las montañas para decir «Oh» a su Benamuckee era una trampa, y mucho más aún la palabra que se traían de vuelta. Que si encontraban alguna respuesta, o conseguían hablar allí con alguien, tenía que ser algún espíritu maléfico. Luego entablé una larga conversación con él sobre el diablo, le hablé de sus orígenes y de su rebelión contra Dios, su enemistad con el hombre y las razones de la misma, su instauración en las partes oscuras del mundo con la intención de ser adorado en lugar de Dios; y las muchas estratagemas que ponía en práctica para engañar a la humanidad y provocar su ruina; de su acceso secreto a nuestras pasiones, a nuestros afectos, de cómo adaptaba sus trampas a nuestras inclinaciones, de tal modo que nosotros mismos fuéramos los agentes de nuestra propia tentación y nos entregáramos a la destrucción por propia elección.

Descubrí que no era tan fácil inculcar en su mente las nociones adecuadas acerca del diablo como la idea de Dios. La naturaleza me ayudaba en mis argumentos para hacerle evidente la necesidad de una primera gran causa y de un poder dominante; una providencia que lo dirigiera todo en secreto, una equidad, justicia, la necesidad de rendir homenaje a quien nos crio y cosas por el estilo. En cambio, no había nada similar en la concepción del espíritu maligno: su origen, su ser, su naturaleza y, sobre todo, su inclinación a hacer el mal y a arrastrar nos para que también nosotros lo hagamos. La pobre criatura me sorprendió en una ocasión con una pregunta totalmente natural e inocente que apenas supe cómo contestar. Le había hablado mucho del poder de Dios, de su omnipotencia, de su natural aborrecimiento del pecado, de su capacidad de convertirse en fuego para consumir a los malvados; de cómo, al igual que nos había creado podía destruir a cuantos habitábamos el mundo en un instante. Él me escuchaba todo el rato con gran seriedad.

Luego le conté que el diablo era el enemigo de Dios en el corazón de los hombres y que se servía de toda su maldad y de su destreza para desafiar a los designios de la Providencia y arruinar el reino de Cristo en este mundo, y otras cosas parecidas.

«Bueno —dijo Viernes—. Pero si dices que Dios es tan fuerte y tan grande, ¿no será mucho más fuerte y poderoso que el diablo?». «Sí, sí —le contesté—. Viernes, Dios es más fuerte que el diablo, Dios está por encima del diablo y por eso rezamos para que lo someta bajo su pie y nos permita resistir a sus tentaciones y esquivar sus dardos ardientes». «Pero —dijo él de nuevo—, si Dios es muy fuerte y más poderoso que el diablo, ¿por qué no mata Dios al diablo para que no puede hacer más el mal?».

Me sorprendió extrañamente esa pregunta y, al fin y al cabo, aunque yo era ya un hombre mayor, era como un profesor joven y poco preparado para actuar como casuista o solucionar dificultades serias. Al principio no sabía qué decir, así que fingí no haberlo oído bien y le pregunté qué había dicho. Mas él anhelaba tanto una respuesta que no había olvidado su pregunta y la repitió exactamente con las mismas palabras torpes de antes. Esta vez me recuperé un poco y le dije: «Al menos Dios le castigará al fin severamente; lo reserva para el día del juicio final, cuando lo echará a un pozo sin fondo para que allí viva en el fuego eterno». Eso no satisfizo a Viernes, que se me volvió a echar encima y repitió mis palabras: «Reservar, al fin, yo no entender. ¿Por qué no matar diablo ahora, matar hace mucho tiempo?». «De la misma manera —le respondí— podrías preguntarme por qué no nos mata a ti y a mí cuando hacemos cosas malas que lo ofenden. Nos conserva para que nos arrepintamos y alcancemos el perdón». Viernes caviló un poco. «Bueno, bueno —dijo al fin, muy afectado—, ahora sí. Entonces tú, yo, diablo, todos malos, todos reservados, arrepentir, Dios perdonar todos». Con eso me superó de nuevo en grado extremo y supuso un testimonio de cómo las meras nociones de la naturaleza pueden guiar a una criatura razonable al conocimiento de Dios, de la adoración y el homenaje merecidos por el ser supremo, de la figura de Dios como consecuencia de nuestra naturaleza; y sin embargo, tan sólo la revelación divina puede conformar el conocimiento de Jesucristo, de la redención que nos trajo, de su mediación en la nueva alianza, de su intercesión al pie del trono de Dios. Digo que sólo una revelación de los cielos puede formar dichas nociones en el alma y, en consecuencia, la palabra de Jesucristo, nuestro señor y salvador, mejor dicho, la palabra y el espíritu de Dios, prometidos para guiar y santificar a su pueblo, son absolutamente necesarios para instruir a las almas de los hombres en el redentor conocimiento de Dios y en los medios para nuestra salvación.

En consecuencia, cambié de tema en la conversación con mi sirviente levantándome a toda prisa, como si de repente tuviera que salir; luego lo mandé bien lejos en busca de algo y rogué solemnemente a Dios que me capacitase para instruir sabiamente a aquel pobre salvaje y que la ayuda de su espíritu permitiera al corazón de la pobre criatura ignorante recibir la luz del conocimiento de Dios en Cristo y así reconciliarse consigo mismo; también que me enseñara a hablarle desde la palabra de Dios de tal modo que quedase convencida su conciencia, abiertos sus ojos, salvada su alma. Cuando regresó Viernes, entablé una larga conversación con él acerca del asunto de la redención del hombre por medio del salvador del mundo, y de la doctrina

de la palabra de Dios impartida por los cielos. Es decir, del arrepentimiento hacia Dios y la fe en Cristo, nuestro bendito señor. Luego le expliqué como buenamente pude por qué nuestro bendito redentor no había adoptado la naturaleza de los ángeles, sino la semilla de Abraham y que, por esa misma razón, los ángeles caídos no participaban de la redención: que él sólo se acercaba a las ovejas perdidas de la casa de Israel, y todo eso.

Sabe Dios que yo ponía más sinceridad que conocimiento en todos los medios que empleé para instruir a aquella pobre criatura y reconozco algo que, creo, compartirá todo aquel que actúe en virtud del mismo principio: que al exponerle las cosas a Viernes, en realidad me informé e instruí a mí mismo al respecto de una serie de cosas que, o bien no conocía de antemano, o bien no había considerado a fondo, pero que, sin embargo, acudían a mi mente de modo natural al pensar en ellas para informar a aquel pobre salvaje. Ponía más celo en averiguar ciertas cosas en esa ocasión que en cualquier otra anterior. Así que, si bien podría discutirse si aquel pobre y salvaje desgraciado estaba mejor por haber topado conmigo, yo tenía grandes razones para agradecer que hubiera aparecido en mi vida. Era más llevadero mi dolor, la comodidad de mi residencia en la isla había aumentado de modo inconmensurable y al pensar en aquella vida solitaria a la que me veía confinado no sólo debía alzar la mirada al cielo en busca de la mano que me había llevado hasta allí, sino que ahora me convertía en instrumento de la Providencia para salvar la vida y, hasta donde yo sabía, también el alma de un pobre salvaje y llevarlo al conocimiento de la religión y la doctrina cristianas para que conociera a Jesucristo, aquel que es la vida eterna. Digo que al pensar en todo eso una alegría secreta recorría toda mi alma y a menudo me regocijaba por haber sido llevado a aquel lugar, algo que tantas veces me había parecido hasta entonces como la más terrible de cuantas desgracias pudieran afligirme.

En ese estado de gratitud permanecí todo el tiempo restante y la conversación en que Viernes y yo pasábamos las horas eran tan grata que aportó absoluta y completa felicidad a los tres años que vivimos juntos, si puede hablarse de felicidad en circunstancias terrenales. El salvaje era ya un buen cristiano, mucho mejor que yo, aunque tengo razones para esperar, y agradezco a Dios por ello, que fuéramos penitentes en la misma medida, buenos y arrepentidos penitentes; podíamos leer la palabra de Dios y su espíritu, para instruirnos, estaba tan cerca como si hubiéramos estado en Inglaterra.

Al leer las Escrituras, yo siempre me esforzaba como buenamente podía por darle a conocer el significado de lo que leía; y una vez más él, con sus preguntas y sus dudas, como ya he explicado, me ayudaba a obtener un conocimiento mucho mayor de las Escrituras del que hubiera tenido al leerlas en solitario. Hay otra cosa que tampoco puedo abstenerme de comentar aquí a partir de mi experiencia en esta parte retirada de mi vida. A saber: la infinita e inexpresable bendición que supone que el conocimiento de Dios y la doctrina de la salvación en Cristo estén tan claras en la

palabra de Dios; que sea tan fácil recibirlas y entenderlas; que la mera lectura de las Escrituras me capacitó para entender lo necesario de mi deber, para llevarme directamente a la gran tarea del sincero arrepentimiento de mis pecados y a aferrarme para siempre al gran salvador, a reformar en la práctica mi vida y obedecer todos los mandamientos de Dios, y todo eso sin maestro ni instructor (humanos, quiero decir), de modo que la misma instrucción simple sirvió para iluminar a aquella criatura salvaje y convertirla en un cristiano tan bueno que he conocido a pocos capaces de compararse con él.

En cuanto a todas las disputas, discusiones, riñas y desacuerdos que se han dado en el mundo a propósito de la religión, sea por detalles de las doctrinas o por los planes de gobierno de la Iglesia, nosotros podíamos prescindir absolutamente de ellos; y, hasta donde alcanzo a ver, al mundo le habría convenido hacer otro tanto. Teníamos la guía infalible al cielo. Es decir, la palabra de Dios. Y teníamos, bendito sea el Señor, una visión clara de las enseñanzas del espíritu de Dios, que nos llevaba hacia la verdad y nos convirtió a ambos en obedientes y voluntariosos seguidores de las instrucciones contenidas en su palabra. Por ello no consigo ver para qué nos hubiera valido tener mayor conocimiento de los asuntos que se discuten en materia religiosa y que tantas confusiones han generado en el mundo. Sin embargo, debo seguir con la parte histórica de las cosas y contarlos todo en su debido orden.

Después de que Viernes y yo intimásemos más y él pudiera entender todo lo que le decía y hablar con fluidez, aunque fuera en un inglés torpe, le conté mi historia, o al menos cuanto tenía que ver con mi llegada a este lugar, cómo había vivido y durante cuánto tiempo. Lo introduje en los misterios, pues para él efectivamente lo eran, de la pólvora y las balas y le enseñé a disparar. Le di un cuchillo, con lo que quedó maravillosamente complacido, y le hice un cinturón, con su correspondiente vaina, como las que suelen hacerse en Inglaterra para poder colgarse una daga del cinto, sólo que en vez de daga le di un hacha, que en algunos casos prestaba el mismo servicio como arma y en otros resultaba mucho más útil.

Le describí las tierras de Europa, y en particular de Inglaterra, de donde yo procedía; cómo vivíamos, cómo adorábamos a Dios, cómo nos comportábamos con el prójimo; y cómo comerciábamos con barcos por todo el mundo; le conté cómo había sido mi naufragio y le mostré, desde tan cerca como pude, el lugar en que había ocurrido; sólo que los restos ya estaban hechos añicos y habían desaparecido.

Le mostré los restos de nuestra chalupa, la que habíamos perdido al escapar, la que no había conseguido mover yo ni con todas mis fuerzas. Ahora ya estaba casi destrozada. Al verla, Viernes se quedó pensando un buen rato sin decir nada. Le pregunté qué era lo que tanto cavilaba y me contestó: «Yo ver barco así llegar a sitio de mi nación».

Tardé mucho en entenderle, pero al fin, cuando lo pensé a fondo, entendí que quería decir que un barco como aquel había llegado por sí mismo a la orilla del país donde él vivía; o sea, tal como me explicó luego, lo había llevado hasta allí la fuerza

de la corriente. Enseguida imaginé que algún barco europeo podría haber navegado hasta sus costas, donde tal vez la chalupa se hubiera soltado y hubiera llegado a la deriva hasta la orilla. Tan tonto fui que no se me ocurrió pensar que hubieran llegado hasta allí hombres huyendo de un naufragio, ni mucho menos pensar en su posible origen, de modo que sólo le pedí que me describiera el bote.

Viernes me lo describió bastante bien; sin embargo, me ayudó a entenderlo mejor cuando, con cierta calidez, añadió: «Nosotros ayudar hombres blanco de ahogar». Entonces le pregunté enseguida si en aquella chalupa había eso que él llamaba «hombres blanco». «Sí —contestó— chalupa llena hombres blanco». Le pregunté cuántos. Con los dedos, contestó que diecisiete. Le pregunté qué se había hecho de ellos. Me contestó: «Estar vivos, residen en mi nación».

Eso llevó nuevas ideas a mi cabeza, pues de inmediato imaginé que podía tratarse de los hombres de aquel barco que había naufragado estando ya a la vista de mi isla, como ya he dado en llamarla; y que tras encallar el barco en las rocas, viendo que era inevitable su pérdida, se habían salvado con su chalupa y habían desembarcado en la costa, entre los salvajes.

Entonces, le pregunté con mayor seriedad qué se había hecho de ellos. Me aseguró que seguían vivos, que llevaban allí unos cuatro años; que los salvajes los dejaban en paz y les daban víveres. Le pregunté cómo podía ser que no los hubieran matado para comérselos. Me dijo: «No, hacer hermano con ellos». Es decir, según entendí, habían hecho una tregua. Y luego añadió: «No comer hombres si no hacer guerra». Es decir, nunca se comen a un hombre, salvo que este luche contra ellos y sea apresado en la batalla.

Después de eso pasó un tiempo considerable hasta un día en que subimos a la cima del monte del lado este de la isla, desde donde, como ya he dicho, había descubierto, en un día despejado, que se veía el continente de América; como el tiempo estaba muy en calma, Viernes miraba con mucha ansiedad hacia el continente y, por sorpresa, se puso a saltar y bailar y me llamó, pues yo estaba algo alejado. Le pregunté qué pasaba. «¡Oh, feliz! ¡Oh, contento! —exclamaba él—. Allí ver mi país, allí mi nación».

Observé que asomaba a su rostro una sensación de placer extraordinaria y sus ojos chispeaban y su semblante mostraba una rara ansiedad, como si le acudiera a la mente la idea de regresar a su país; esta observación por mi parte me despertó muchos pensamientos que, al principio, hicieron que ya no me sintiera tan cómodo como antes con mi Viernes. No me quedó la menor duda de que si Viernes podía regresar a su nación no sólo olvidaría toda su religión, sino incluso el agradecimiento hacia mí; y hasta se atrevería a hablar de mí a sus compatriotas y tal vez incluso volvería con cientos de ellos a darme conmigo un banquete, hecho que le produciría tanta felicidad como antaño le provocaba comerse a los enemigos capturados en la guerra.

Sin embargo, estaba siendo muy injusto con aquella pobre y sincera criatura, y

luego me arrepentí. De todas formas, como la suspicacia creció en mí y me duró varias semanas, estuve algo más circunspecto y menos familiar y amable que antes con él. También en eso me equivocaba, pues la agradecida y honesta criatura no tenía pensamiento que no fuera coherente con los mejores principios, no sólo como religioso cristiano, sino también como amigo agradecido, según pude comprobar más adelante con plena satisfacción.

Mientras duró mi suspicacia pueden estar seguros de que pasé los días sonsacándole para ver si revelaba alguno de esos nuevos pensamientos que yo le atribuía; sin embargo, me pareció que todo cuanto decía era tan sincero e inocente que no encontré nada digno de alimentar mis sospechas; a pesar de toda mi inquietud me convenció por completo de nuevo y, como él en ningún momento se dio cuenta de que yo sospechaba, no podía acusarlo de estarme engañando.

Un día subíamos por la misma colina, aunque esta vez el tiempo estaba algo brumoso en el mar, de modo que no alcanzábamos a ver el continente. Le llamé y le dije: «Viernes, ¿no te gustaría estar en tu país, en tu nación?». «Sí —dijo—. Estar oh contento estar en nación». «¿Y qué harías allí? —le pregunté—. ¿Te volverías salvaje otra vez? ¿Comerías carne humana y serías tan salvaje como antes?». Pareció muy preocupado y luego meneó la cabeza y dijo: «No, no, Viernes decirles vivir bien, decirles rezar a Dios, decirles comer pan de cereales, carne ganado, leche, no volver comer hombres». «Pero entonces —le dije—, te matarán». Él me miró con gravedad y luego dijo: «No, no matarme, ellos quiere amar aprender». Quería decir que estarían deseosos de aprender. Añadió que habían aprendido muchas cosas de los hombres barbudos que habían llegado en bote. Entonces le pregunté si quería volver con ellos. Sonrió y me dijo que no podía nadar hasta tan lejos. Le dije que le haría una canoa. Me dijo que se iría si yo iba con él. «¿Yo, ir? Me comerían en cuanto llegara». «No, no —respondió—. Yo hacer ellos no comerte; yo hacer ellos quererte mucho». Quería decir que les explicaría que yo había matado a sus enemigos y le había salvado la vida, y así conseguiría que me quisieran. Luego me contó como buenamente pudo lo amables que habían sido con los diecisiete hombres blancos, o barbudos, como él los llamaba, que habían llegado a su orilla en pleno peligro.

Debo confesar que desde entonces alimenté el deseo de aventurarme y ver si podía llegar a juntarme con aquellos hombres barbudos, que habían de ser españoles o portugueses. No me cabía duda de que una vez en el continente y con su buena compañía podríamos encontrar un modo de escapar; mejor que yo desde una isla a cuarenta millas del continente, solo y sin ayuda. Así que pocos días después me llevé a Viernes de nuevo a trabajar y cuando empezamos a hablar le dije que le daría un bote para que volviera a su nación. A continuación, lo llevé hasta mi fragata, que seguía varada al otro lado de la isla y, después de achicarla por completo, pues siempre la guardaba hundida bajo el agua, la saqué, se la mostré y montamos en ella los dos.

Descubrí que Viernes era muy diestro en su manejo; conseguía que navegase casi

tan rápida y ágil como yo. Así que, cuando estuvo montado en el bote, le dije: «Bueno, Viernes, ¿nos vamos a tu nación?». Me miró muy apagado y parece que fue porque le parecía que el bote era demasiado pequeño para llegar tan lejos. Entonces le dije que tenía otro más grande; así que al día siguiente fui al lugar donde estaba el primer bote que había hecho y que no había sido capaz de echar al agua. Dijo que aquel sí le parecía suficientemente grande pero, como no lo había cuidado y llevaba allí veintidós o veintitrés años, estaba agrietado y secado por el sol y parecía podrido. Viernes me dijo que un bote como aquel nos iría muy bien y podría llevar «bastante mucho víveres, beber, pan», pues así hablaba él.

En fin, para entonces yo estaba ya tan decidido a cumplir el plan de llegar con él hasta el continente que le dije que haríamos un bote tan grande como aquel y que le serviría para volver a casa. Contestó sin decir palabra, con una mirada muy grave y triste. Le pregunté qué le pasaba y él me contestó con otra pregunta: «¿Cómo? ¿Tú enfadado con Viernes? ¿Qué hacer yo?». Le pregunté qué quería decir. Le dije que no estaba enfadado con él en absoluto. «No enfadar, no enfadar —repitió varias veces—. ¿Por qué mandar Viernes a casa en mi nación?». «Pero —dije yo—, Viernes, ¿no me dijiste que te gustaría estar allí?». «Sí, sí —contestó él—. Gustar que estar allí los dos, no gustar Viernes allí, amo no allí». En resumen, ni se le ocurría irse sin mí. «¿Ir, yo? Viernes —le dije—, ¿y qué voy a hacer yo allí?». Al oír eso enseguida se revolvió: «Tú hacer bastante mucho bien —dijo—. Enseñar hombres salvajes ser hombres buenos sobrios dócil; tú decirles conocer Dios, rezar Dios y vivir Vida nueva». «¡Ay de mí, Viernes! No sabes lo que dices, yo también soy un ignorante». «Sí, sí —insistió—. Tú enseñarme bien, tú enseñarles bien». «No, no, Viernes —dije yo—, te irás sin mí, déjame aquí viviendo solo como antes». Al oír eso pareció de nuevo confundido, se fue corriendo a buscar una de las hachuelas que solíamos llevar con nosotros, la cogió con gran apremio, se acercó y me la dio. «¿Qué debo hacer con esto?», le pregunté. «Tú coger, matar Viernes», dijo. «¿Y por qué he de matarte?», seguí preguntando. Él contestó muy rápido: «¿Por qué echar Viernes? Coger, matar Viernes. No echar Viernes». Lo decía tan serio que hasta vi lágrimas en sus ojos. En pocas palabras, descubrí tan claramente el enorme afecto que me profesaba y la firmeza de su resolución, que entonces, y a menudo más adelante, le dije que si quería permanecer a mi lado yo nunca lo alejaría de mí.

En resumen, del mismo modo que por sus palabras supe que sentía mucho afecto por mí y que nada lo iba a separar de mi lado, también descubrí que la razón de su deseo de regresar a su tierra estaba en el ardiente afecto que sentía por su gente y en la esperanza de que yo pudiera hacerles el bien. Como yo ni siquiera concebía aquella noción, no podía tener ni la menor intención, idea o deseo de que así fuera. Sin embargo, sentía todavía una fuerte inclinación por intentar la huida como ya he explicado antes, fundada en la suposición, extraída de nuestras conversaciones, de que allí había diecisiete hombres barbados. En consecuencia, sin más retraso, me puse a trabajar con Viernes en la búsqueda de un árbol grande para talarlo y hacer una

piragua o canoa larga que nos permitiera emprender el viaje. En la isla había suficientes árboles para construir una pequeña flota, no de piraguas y canoas, sino incluso de buques grandes. Sin embargo, lo principal en mi búsqueda fue encontrar uno que estuviera cerca del agua para que pudiéramos botarlo en cuanto estuviera hecho, evitando así el error que cometí la primera vez.

Al fin, Viernes escogió un árbol, pues descubrí que conocía mucho mejor que yo qué clase de árbol era la adecuada. A día de hoy, no sabría aún decir qué clase de árbol era el que talamos, salvo que se parecía mucho a los que nosotros llamamos mora amarilla, o una mezcla entre ese y el árbol de Nicaragua, porque era muy parecido en el color y el olor. Viernes pretendía quemar el hueco, la cavidad del árbol para convertirlo en bote. Sin embargo, yo le enseñé que era mejor recortarlo con nuestras herramientas, que él aprendió a usar con destreza una vez le hube mostrado cómo hacerlo. Al cabo de un mes de duros esfuerzos lo terminamos y nos quedó muy bonito, sobre todo cuando nos servimos de las hachas, que yo le enseñé a usar, para tallar y labrar el exterior con la verdadera forma de un bote. Después, de todos modos, aún nos costó casi una quincena irlo moviendo, pulgada a pulgada sobre grandes rodillos, hasta el agua. Una vez a flote, vimos que hubiera podido llevar a veinte hombres con gran facilidad.

Cuando ya estuvo en el agua, y pese a su gran tamaño, me sorprendió ver la habilidad y la rapidez con que mi Viernes lo manejaba, le daba la vuelta y remaba con él. Así que le pregunté si se atrevería con él y si debíamos hacerlo. «Sí —contestó—. Atrever con él mucho bien aunque viento fuerte». Sin embargo, yo tenía otro plan que él ignoraba, consistente en preparar un mástil y una vela y equipar el bote con ancla y cadena. En cuanto al mástil, era bastante fácil de conseguir, así que escogí un cedro joven y recto que encontré cerca de allí, entre los que abundaban en la isla, y puse a Viernes a trabajar para talarlo y luego le instruí acerca de cómo darle forma y prepararlo. En cambio, la vela sí me preocupaba particularmente. Sabía que tenía algunas velas viejas o, mejor dicho, algunos retales de velas viejas; pero como las había conservado durante veintiséis años y no había puesto demasiados cuidados en su conservación, pues no imaginaba que jamás hubiera de darles aquel uso, no me cabía duda de que estarían todas podridas, y así era en la mayoría de los casos. Sin embargo, encontré dos pedazos que parecían en buen estado, puse manos a la obra con ellos y, tras muchos esfuerzos y una costura incómoda y tediosa (puedo asegurarlo) por falta de agujas, al fin conseguí preparar una cosa bien fea con tres esquinas, como eso que en Inglaterra llamamos «vela de paletilla», que se instalan con botavara en la parte baja y una pértiga corta en la alta, como las que suelen usarse en las chalupas auxiliares de los barcos grandes. Yo sabía manejarlas bien porque el bote que había usado para escapar de Barbaría llevaba una así, tal como he relatado en la primera parte de mi historia.

Tardé casi dos meses en llevar a cabo ese trabajo de aparejar e instalar el mástil y las velas, pues al fin lo dejé bien completo, con un pequeño estay y una vela

delantera, o foque, para ayudar a la navegación si derivábamos a barlovento. Y, lo más importante, instalé un timón en la popa para dirigir el bote. Aunque era muy torpe como carpintero de barcos, sabía lo necesario y útil que resultaba un timón, de modo que dediqué muchos sacrificios a intentarlo y al final lo conseguí. Ahora bien, si tengo en cuenta la cantidad de inventos estúpidos que se me ocurrieron para el timón y que luego resultaron ser inútiles, creo que me costó tanto esfuerzo como construir todo el bote.

Una vez terminada esa tarea, tenía que enseñar a mi Viernes todo lo correspondiente a la navegación del bote, pues aunque sabía muy bien cómo remar en una canoa, ignoraba todo lo relativo a la navegación a vela y con timón; se quedó asombrado cuando me vio manejar el bote una y otra vez en el mar con el timón y al ver cómo viraba la vela y se abría hacia uno u otro lado según cambiara el rumbo del bote. Digo que, al ver eso, se quedó asombrado y abrumado. Sin embargo, con algo de práctica conseguí que se familiarizase con todo aquello; se convirtió en un experto navegante, salvo en cuanto concierne a la brújula, pues eso no supe hacérselo entender. Por otro lado, como el tiempo apenas traía nubes y, por aquella zona, casi nunca había niebla, no había demasiada necesidad de usar la brújula, pues de noche se veían siempre las estrellas y de día la costa; no era así en la estación de las lluvias, pero en ella nadie quería salir, ni por mar ni por tierra.

Había empezado ya el vigésimo séptimo año de mi cautividad en este lugar, si bien habría que dejar fuera del recuento los tres últimos, que pasé con esa criatura, pues mi vida aquí fue bien distinta que en el resto del tiempo. Observé el aniversario de mi llegada a esta tierra con tanto agradecimiento a Dios por su piedad como al principio; y si antes tenía razones para dar las gracias, ahora mucho más, pues había recibido testimonios adicionales de cómo la Providencia cuidaba de mí y alimentaba grandes esperanzas de obtener una salvación efectiva y rápida; se instaló en mis pensamientos la invencible impresión de que mi salvación estaba a mano y de que no iba a pasar otro año entero en este lugar. De todos modos, seguí adelante con el cuidado de la tierra y de los animales: cavé, planté, cerqué como siempre; recogí y sequé mis uvas y, como siempre, me ocupé de todo lo necesario.

Mientras tanto, se me había echado encima la estación de las lluvias, en la que pasaba más tiempo dentro de casa que en el resto del año. Por ello, para guardar nuestro bote a salvo en la medida de lo posible, lo habíamos subido hasta el mismo riachuelo en que, como ya he dicho, desembarqué las balsas del barco. Allí lo habíamos subido a pulso hasta la orilla, aprovechando la hora de la marea alta, y luego había puesto a Viernes a cavar un pequeño muelle, apenas del tamaño necesario para albergar en su interior el bote y de la profundidad suficiente para que flotara en él. Luego, al bajar la marea, levantamos un dique por un lado para que no lo invadiera el agua; así, el bote permanecía seco y a salvo de las mareas; para protegerlo de la lluvia, pusimos una capa de ramas cruzadas, tan gruesas que quedó tan bien techado como cualquier casa. Así, esperamos la llegada de los meses de noviembre y

diciembre, en los que planeaba llevar a cabo mi aventura.

Cuando empezó a entrar la estación seca, como la llegada del buen tiempo me hizo pensar de nuevo en mi plan, me puse a preparar el viaje a diario; lo primero que hice fue dejar cerca del bote una cierta cantidad de provisiones que serían nuestra carga para todo el viaje; pretendía abrir el muelle al cabo de una o dos semanas y echar el bote al agua. Una mañana estaba ocupado en alguna de esas tareas cuando llamé a Viernes y le pedí que fuera a la orilla e intentara conseguir una tortuga, algo que por lo general solíamos lograr una vez por semana, para disfrutar de sus huevos, así como de su carne. Apenas acababa de irse Viernes cuando regresó corriendo y voló por encima del muro exterior, como si no sintiera el suelo que pisaba, o los escalones que subía. Sin darme tiempo a decirle nada, me gritó: «¡Oh, amo! ¡Oh, amo! ¡Oh, pena! ¡Oh, mal!». «¿Qué pasa, Viernes?», le pregunté. «¡Oh, lejos! —respondió—. ¡Allí, un, dos, tres canoa! ¡Un, dos, tres!». Al decirlo de ese modo concluí que eran seis, mas lo interrogué y resultó que sólo eran tres.

«Bueno, Viernes —le dije—, no te asustes». Así que lo animé como buenamente pude. De todos modos, vi que el pobre hombre estaba terriblemente asustado, pues sólo se le ocurría pensar que venían a buscarle para cortarlo en pedazos y comérselo. El pobre desgraciado temblaba tanto que yo no sabía qué hacer con él; lo consolé como pude y le dije que yo corría tanto peligro como él y que a mí también me iban a comer. «Sin embargo, Viernes —le dije—, nos hemos de preparar para luchar con ellos. ¿Puedes luchar, Viernes?». «Yo disparar —contestó—, pero venir mucho gran número». Le dije que eso no importaba, que aquellos a los que no pudiéramos matar huirían asustados por nuestras armas. Así que le pregunté si, en el caso de que yo decidiera defenderlo, él también iba a defenderme a mí y permanecer a mi lado y hacer lo que le pidiera. Contestó: «Yo morir si tú ordenar morir, amo». Así que fui en busca de un buen trago de ron y se lo di. Había cuidado con tanto esmero de mi ron que aún me quedaba mucho. Cuando se lo hubo bebido le ordené que cogiera las dos escopetas de cazar aves, que siempre llevábamos con nosotros, y las cargara con munición de la gruesa, grande como las balas de pistola. Luego cogí cuatro mosquetes y cargué dos postas y cinco balas pequeñas en cada uno. También puse un par de balas en cada una de las dos pistolas; me colgué la espada del cinto, como siempre, desenfundada, y a Viernes le di su hacha.

Después de prepararme así cogí el catalejo y subí por la ladera de la colina para ver qué descubriría. Gracias al catalejo vi enseguida que venían veintiún salvajes, tres prisioneros y tres canoas; y que lo que los traía por aquí parecía ser el banquete triunfal que querían celebrar con aquellos tres cuerpos humanos (un bárbaro banquete, desde luego), sin nada distinto, según mi observación, de su comportamiento habitual.

También me fijé en que no habían desembarcado en el mismo lugar que cuando Viernes se escapó, sino más cerca de mi riachuelo, donde el agua en la orilla era más panda y donde la espesura del bosque llegaba casi hasta el mar. Eso, sumado al

aborrecimiento de la inhumana misión que llevaba a aquellos desgraciados hasta allí, me llenó de tanta indignación que bajé hasta donde estaba Viernes y le dije que estaba dispuesto a atacar y matarlos a todos. Le pregunté si permanecería a mi lado. Él había superado ya el miedo y había recuperado algo de espíritu, lleno de buen ánimo gracias al ron que le había dado, y me dijo, como antes, que estaba dispuesto a morir si yo lo mandaba.

En pleno ataque de ira, cogí y repartí entre nosotros las armas que acababa de cargar: di a Viernes una pistola para que la llevase en la faja y tres escopetas al hombro; yo tomé una pistola y las otras tres escopetas; con esa disposición arrancamos. Guardé una botella pequeña de ron en el morral y di a Viernes una bolsa grande con más pólvora y balas. En cuanto concierne a las órdenes, le mandé ir detrás de mí, siempre cerca, y no moverse, ni disparar ni hacer nada mientras yo no se lo dijera. Y que, mientras tanto, no pronunciara palabra. Con ese ánimo, tracé una curva de casi una milla a la derecha, para cruzar el riachuelo y meternos en el bosque con el fin de acercarme a una posición que me permitiera dispararles antes de que me descubriesen, cosa que, según había percibido por medio de mi catalejo, sería fácil.

Mientras así marchaba, enfrascado de nuevo en mis pensamientos de antaño, empezó a flaquear mi resolución; no quiero decir que me dieran miedo por su número, pues no eran sino desgraciados desnudos y desarmados y estaba seguro de mi superioridad con respecto a ellos incluso si hubiera estado solo. Lo que me dio por pensar fue con qué motivo, con qué propósito y, aun más, qué necesidad tenía yo de manchar me las manos de sangre atacando a aquella gente que ni me había hecho ni pretendía hacerme ningún daño. Gente que, en cuanto a mí concernía, eran inocentes por completo y cuyas bárbaras costumbres suponían un desastre para ellos mismos y demostraban que Dios los había abandonado, junto con las demás naciones de aquella parte del mundo, a su propia estupidez y a una maldición inhumana. Sin embargo, yo no estaba llamado a convertir me en juez de sus actos y mucho menos en ejecutor de esa justicia; cuando a Él le pareciera apropiado, tomaría la causa en sus propias manos y por venganza nacional los castigaría como pueblo por sus crímenes nacionales. Mientras tanto, no era asunto mío. Era cierto que Viernes sí podía justificarlo porque él era su enemigo declarado y estaba en guerra con esa gente en particular, de modo que era legítimo atacarles. En cambio, yo no podía decir lo mismo. Todo eso se apareció con tal claridad en mi mente mientras iba avanzando que decidí que me limitaría a acercarme y situar me cerca de ellos para poder observar su bárbaro festín y así actuar según Dios indicara; pero que no me metería con ellos salvo que me sintiera obligado a actuar por algo más de lo que ya conocía.

Con tal resolución me adentré en el bosque en silencio y con la mayor cautela posible, con Viernes pegado a mis talones, avancé hasta el límite del bosque que quedaba más cerca de ellos; sólo esa esquina de la arboleda me separaba de ellos. Una vez allí, llamé en voz baja a Viernes, le mostré un árbol grande que quedaba justo al límite del bosque y le mandé que fuera hasta allí y volviera para contarme si

se veía lo que estaban haciendo. Así lo hizo, y regresó de inmediato para decirme que desde allí se les veía con claridad, que estaban todos alrededor del fuego, comiéndose la carne de uno de sus prisioneros, y que había otro atado y tumbado en la arena, algo separado de ellos, y lo que hizo que me estallara el alma fue que no se trataba de un salvaje, sino de uno de los hombres barbudos de los que me había hablado, los que habían llegado en bote a su país. En cuanto nombró a los hombres blancos y barbudos me invadió el horror y, tras acercarme al árbol, vi claramente con mi catalejo a un hombre blanco tumbado en la playa, cerca del mar, atado de pies y manos con juncos, o algo que parecían cañas; iba vestido y parecía europeo.

Unas cincuenta yardas más cerca de ellos que el lugar en que yo me encontraba, había otro árbol, rodeado por un pequeño matorral. Me acerqué un poco y me pareció que podía llegar hasta allí sin que me descubrieran, y que entonces los tendría a buena distancia de tiro; de modo que refrené mi pasión, pese a estar rabioso hasta el máximo grado, y tras retroceder unos veinte pasos me metí entre unos arbustos que llegaban hasta aquel otro árbol. Allí había un terreno algo más elevado, desde el que disponía de una vista completa, a unas ochenta yardas.

Ya no tenía ni un momento que perder, pues diecinueve de aquellos desgraciados estaban sentados en el suelo, todos apretujados, y habían enviado a los otros dos a matar al pobre cristiano y llevárselo hasta el fuego, acaso miembro a miembro. Estaban agachados para soltar las cintas que ataban sus pies. Me volví hacia Viernes. «Viernes —le dije—, haz lo que te mande». Él dijo que así lo haría. «Entonces, Viernes —le ordené—, haz exactamente lo que me veas hacer a mí y no te equivoques en nada». Entonces posé en el suelo uno de los mosquetes y una escopeta de cazar aves y Viernes hizo lo mismo con los suyos; con el otro mosquete, apunté a los salvajes y le ordené que hiciera lo mismo. Luego le pregunté si estaba listo y dijo que sí. «Entonces, dispárale», dije. Y yo también disparé en ese mismo instante.

Viernes tuvo mucha más puntería que yo y, por el lado hacia el que él disparó, mató a dos e hirió a otros tres. Por mi parte, yo maté a uno y herí a dos. Puedo asegurar que les invadió una terrible consternación; todos los que estaban ilesos se pusieron en pie de un salto pero de momento no sabían en qué dirección salir corriendo, o hacia dónde mirar, pues ignoraban de dónde les había llegado la destrucción. Viernes mantuvo la mirada fija en mí para ver qué hacía, tal como le había encomendado; justo después del primer disparo, solté el arma y cogí el rifle de cazar aves, y Viernes hizo otro tanto. Vio que amartillaba y apuntaba y me volvió a imitar. «¿Estás listo, Viernes?», le pregunté.

«Sí», contestó. «Entonces —ordené—, dispara, en nombre de Dios». Disparé de nuevo hacia los asombrados desgraciados y Viernes hizo otro tanto; como nuestras armas estaban cargadas con munición gruesa, o con balas pequeñas de pistola, sólo cayeron dos; pero tantos quedaron heridos que corrían gritando y chillando como locos, todos ensangrentados y la mayoría con heridas terribles; luego cayeron otros tres, aunque no muertos del todo.

«Bueno, Viernes —dije, mientras dejaba en el suelo las armas recién disparadas y cogía el mosquete que aún me quedaba cargado—, sígueme». Y lo hizo, con mucho coraje. Entonces salí a toda prisa del bosque y me mostré con Viernes pegado a mis talones. En cuanto entendí que me habían visto grité con todas mis fuerzas y mandé a Viernes hacer lo mismo; corriendo tanto como pude, que por cierto no era demasiado, pues iba cargado de armas, avancé directamente hacia la pobre víctima que, como ya he dicho, estaba tumbada en la playa, en la misma orilla, entre los salvajes y el mar; los dos carniceros que habían estado a punto de liquidarla la habían abandonado por la sorpresa de nuestro primer disparo e, impulsados por un miedo terrible, habían huido hacia el mar para saltar a una canoa, donde se les habían unido otros tres. Me volví hacia Viernes y le mandé adelantarse para dispararles; él me entendió de inmediato y, tras correr unas cuarenta yardas para estar más cerca, les disparó y me pareció que los mataba a todos, pues los vi caer apilados dentro del bote. Sin embargo, luego vi que dos de ellos se levantaban enseguida. De todos modos había matado a dos y herido a un tercero que permanecía tumbado en el fondo del bote como si estuviera muerto.

Mientras mi Viernes les disparaba, yo saqué el cuchillo y corté los juncos que ataban a la pobre víctima, soltándole pies y manos, y lo levanté y le pregunté qué era en lengua portuguesa. Me respondió en latín, «christianus», pero estaba tan débil y desmayado que apenas podía sostenerse en pie o hablar; saqué la botella de mi bolso y se la di, indicándole por señas que debía beber, y así lo hizo; luego le di un pedazo de pan y se lo comió; entonces le pregunté de qué país era y me dijo «espagniole». Como ya se había recuperado un poco, recurrió a todas las señas que se le ocurrieron para hacerme saber que quedaba en deuda conmigo por su salvación. «Seignior —le dije, con el español que fui capaz de improvisar—. Ya hablaremos luego. Ahora hemos de luchar; si aún os quedan fuerzas, coged esta pistola y esta espada y preparaos para atacar». Las aceptó con mucho agradecimiento y en cuanto tuvo las armas en sus manos, como si le hubieran aportado un nuevo vigor, salió corriendo hacia sus asesinos, hecho una furia, y en un instante había cortado ya a dos de ellos en pedazos. La verdad es que todo aquello les había cogido por sorpresa, de modo que las pobres criaturas estaban muy asustadas por el ruido de nuestras armas e iban cayendo de puro asombro y miedo; era tan escasa la fuerza que les quedaba para escapar como la resistencia que su carne podía ofrecer a nuestras balas. Eso había ocurrido con los cinco a quienes Viernes había disparado en el bote: tres habían caído por las heridas recibidas; los otros dos, de puro miedo.

Yo sostenía la escopeta en la mano, sin disparar, deseoso de conservarla cargada porque había entregado mi pistola y mi espada al español. Así que llamé a Viernes y le mandé ir corriendo hasta el árbol desde el que habíamos disparado por primera vez para coger las armas que se habían quedado allí, descargadas, cosa que hizo con gran rapidez. Luego le di mi mosquete y me senté a cargarlas todas de nuevo, con la orden de acudir a mí cuando las necesitaran. Mientras las cargaba, se produjo un fiero

enfrentamiento entre el español y un salvaje que le atacaba con una de sus largas espadas de madera, la misma arma con la que lo habrían matado anteriormente si yo no lo hubiera impedido. El español, tan bravo y atrevido como pueda imaginarse, aunque algo flojo, llevaba un buen rato peleando con aquel salvaje y le había hecho dos grandes tajos en la cabeza; sin embargo, el salvaje, un tipo robusto y lozano, se le había echado encima y (por flojo) lo había tumbado y le estaba arrancando la espada de la mano. En ese momento, el español, pese a estar debajo de él, tuvo la sabiduría suficiente para soltar la espada, sacar la pistola de su faja, atravesar al salvaje de un disparo y matarlo allí mismo, sin dar tiempo a que yo, que corría en su ayuda, pudiera acercarme.

Viernes, abandonado a su total libertad, perseguía a los desgraciados que huían, sin otra arma que su hachuela; aun así, acabó con aquellos tres que, como he dicho antes, habían caído heridos al principio, y con cuantos encontró en su camino. El español se acercó a pedirme un arma y le di una de las escopetas de cazar aves, con la que persiguió e hirió a dos salvajes; sin embargo, como no podía correr, se le escaparon ambos hacia el bosque, donde Viernes los acosó y mató a uno; el otro fue demasiado hábil y, aun herido, se lanzó al mar y nadó con todas sus fuerzas hacia una canoa en la que quedaban otros dos. De los veintiún salvajes, sólo se nos escaparon esos tres en la canoa, más otro que iba herido y no sabemos si terminó muriendo, o no. El recuento del resto fue el siguiente:

3 muertos por nuestro primer disparo desde el árbol
2 muertos por el siguiente disparo
2 muertos en el bote a manos de Viernes
2 muertos de los heridos previamente por ídem
1 muerto en el bosque a manos de ídem
3 muertos por el español
4 muertos que se desplomaron por sus heridas, o rematados por Viernes tras persecución
4 huidos en el bote, uno de ellos herido, si no muerto

21 en total

Los que iban en la canoa se esforzaron mucho por alejarse del alcance de nuestras armas y, aunque Viernes les disparó dos o tres veces, no me pareció que acertara a nadie; de buen grado, él me habría hecho coger una de las canoas para perseguirlos. Yo estaba ciertamente ansioso por su huida, pues podían llevar de vuelta a su gente la noticia de nuestra existencia y entonces acudirían tal vez doscientos o trescientos con sus canoas y nos devorarían por mera multitud; así que consentí en perseguirlos por mar, eché a correr hasta una de sus canoas, salté a su interior y mandé a Viernes que me siguiera. Una vez dentro de la canoa me llevé la sorpresa de que había allí otra

pobre criatura, viva, atada de pies y manos igual que el español, listo para la matanza y casi muerto de miedo sin saber qué estaba pasando, pues no había sido capaz de mirar por encima de la borda, de tan fuertes como eran las ataduras que le pasaban por el cuello y por los talones; además, llevaba tanto tiempo atado que ya apenas le quedaba vida.

Corté de inmediato las cintas retorcidas con que lo habían atado y quise ayudarlo a levantarse, pero no podía mantenerse en pie, ni hablar, más allá de un penoso gruñido, pues al parecer seguía creyendo que sólo lo desataba para matarlo.

Cuando Viernes se le acercó, le mandé que hablara con él y le dijera que estaba salvado; saqué mi botella para que le ofreciera un trago al pobre desgraciado. Eso, sumado a la noticia de su salvación, lo revivió lo suficiente para quedar sentado en el bote; mas el momento en que Viernes se acercó para escucharlo y le miró a la cara hubiera arrancado las lágrimas a cualquiera, al ver cómo Viernes lo besaba y abrazaba, cómo lloraba, reía y aullaba, los saltos que daba, sus bailes y cantos, de nuevo el llanto y las manos retorcidas, cómo se pegaba en la cara y en la cabeza y luego cantaba y volvía a saltar, como una criatura enloquecida. Pasó un buen rato hasta que logré que me hablara y me contase qué estaba pasando; cuando se recuperó un poco me dijo que era su padre.

No me resulta fácil expresar cómo me conmovió ver el éxtasis y el amor filial que se habían desatado en aquel pobre salvaje al ver a su padre y al ser librado de la muerte; ciertamente, tampoco puedo describir ni la mitad de las extravagancias que implicaba aquel afecto, pues entró y salió del bote muchísimas veces. Cuando se acercaba a él, se sentaba a su lado, abría los brazos y sostenía la cabeza de su padre junto a su pecho, durante media hora, como si lo alimentara; luego le tomaba los brazos y los tobillos, rígidos y entumecidos por las ataduras, y se los frotaba; yo entendí lo que estaba pasando y le di un poco de ron de mi botella para que frotara con él, cosa que les hizo mucho bien.

Eso puso fin a nuestra persecución en canoa de los otros salvajes, que ya estaban casi fuera de nuestra vista; y fue una suerte que no los siguiéramos, pues empezó a soplar un viento muy fuerte al cabo de dos horas, cuando ellos no podían haber recorrido ni una cuarta parte de su trayecto, y luego siguió soplando toda la noche, y encima desde el noroeste, dirección contraria a su rumbo, así que no creo que su bote sobreviviera, ni que ellos pudieran alcanzar la costa.

Mas volvamos a Viernes, tan ocupado con su padre que no me vi con ánimo de separarlo de él durante un buen tiempo. Cuando ya me pareció que podía apartarse un poco, lo llamé a mi lado y él vino saltando y riéndose, complacido en extremo. Entonces le pregunté si había dado pan a su padre. Él negó con la cabeza y contestó: «Nada. Perro feo comerse todo». Así que le di una torta de pan de la bolsa que llevaba encima con ese propósito; también le di un trago para que se lo bebiera él, pero se negó a probarlo y se lo llevó a su padre; como llevaba también en la bolsa dos o tres racimos de uvas pasas, le di un puñado para su padre. Justo después de

dárselas, vi que Viernes salía del bote y echaba a correr como si estuviera hechizado, de tan rápido que iba; era el tipo más rápido que jamás haya visto y lo perdí de vista enseguida; por mucho que lo llamé y grité, desapareció y no lo vi volver hasta un cuarto de hora más tarde, aunque ya no tan rápido como a la ida; al acercarse, vi que su paso era más flojo porque llevaba algo en las manos.

Cuando se acercó a mí vi que había ido hasta casa en busca de una jarra de arcilla para llevarle agua dulce a su padre, y se había traído otros dos bizcochos, u hogazas de pan. El pan me lo dio a mí, pero el agua se la llevó a su padre; de todos modos, como yo estaba muy sediento, bebí un trago. El agua revivió a su padre más que el ron o cualquier licor que pudiéramos darle; se estaba desmayando de pura sed.

Cuando su padre terminó de beber, llamé a Viernes para ver si quedaba algo de agua. Me dijo que sí y le mandé dársela al pobre español, que tenía tanta necesidad como su padre; también le mandé uno de los panes que había traído Viernes. El español estaba ciertamente muy débil y reposaba en una zona de hierba, a la sombra de un árbol. También sus extremidades estaban rígidas y muy inflamadas por la ruda venda con que lo habían atado. Cuando vi que, al llegar Viernes con el agua, se sentaba, bebía y cogía el pan y empezaba a comer, me acerqué y le di un puñado de pasas; alzó la mirada para posarla en mi cara con todas las muestras de gratitud que pueden asomar a un semblante; sin embargo, aunque había sido capaz de vaciarse en la pelea, estaba tan débil que no podía ponerse en pie; lo intentó dos o tres veces, pero no fue capaz por tener los tobillos inflamados y doloridos. Así que le ordené que se sentara y estuviera quieto e hice que Viernes le frotara los tobillos y se los empapara de ron, tal como había hecho con los de su padre.

Observé que la pobre y cariñosa criatura volvía la cabeza cada dos minutos, o incluso menos, mientras estuvo allí, para ver si su padre seguía en el mismo sitio y en la misma posición en que lo había dejado sentado; al fin, por un instante lo perdió de vista y, sin decir palabra, voló a su lado con tal rapidez que apenas se veía cómo tocaban el suelo sus pies. De todos modos, al llegar a su lado comprobó que sólo se había tumbado para descansar las piernas. Así que Viernes volvió enseguida junto a mí y entonces hablé con el español para que permitiera que Viernes lo levantara, si podía, y lo llevara hasta el bote; luego, debía llevarlo hasta nuestra residencia, donde yo cuidaría de él. De todos modos, Viernes, fuerte y lozano, se echó al español a la espalda y lo llevó hasta el bote, lo soltó con cuidado al lado de la borda, con los pies dentro, y luego lo levantó de nuevo, lo colocó al lado de su padre y, tras salir del bote de inmediato, lo empujó hasta el agua y se fue remando, siguiendo la costa, más rápido de lo que yo habría ido caminando pese a que el viento soplaba muy fuerte. Así los llevó, sanos y salvos, hasta nuestro riachuelo, los dejó en el bote y salió corriendo en busca de la otra canoa. Cuando pasó por mi lado, hablé con él y le pregunté adónde iba. Me contestó: «Ir coger más barco». Desapareció como el viento; no cabe duda de que jamás hombre o caballo alguno corrió como él; cuando yo llegué por tierra al riachuelo, él había trasladado ya la otra canoa. Me ayudó a

cruzar a la orilla y luego a sacar de la canoa a nuestros nuevos invitados; sin embargo, como ninguno de los dos estaba en condiciones de caminar, el pobre Viernes no sabía qué hacer.

Para remediarlo me puse a pensar y luego llamé a Viernes para que los dejara sentados en la orilla y luego viniera conmigo y entonces hice enseguida una especie de carretilla de mano en la que tumbarlos y entre Viernes y yo pudimos subirlos juntos. Sin embargo, al llegar al pie de nuestro muro nos encontramos tan desesperados como antes, o peor aún, pues era imposible hacerlos pasar por encima y yo estaba decidido a no desmontar la fortificación. Así que me puse a trabajar de nuevo y en unas dos horas, entre Viernes y yo instalamos una tienda bien hermosa, cubierta con velas viejas y unas ramas por encima, en el espacio que quedaba entre el muro exterior y la arboleda de pimpollos que yo había plantado. Allí les hicimos dos camas con los materiales disponibles, a saber: buena paja de arroz, unas mantas sobre las que tumbarse y otras para cubrirse en ambas camas.

Mi isla estaba ahora poblada y me podía considerar rico en número de súbditos; a menudo me entregaba a la feliz reflexión de que ahora me parecía mucho a un rey. En primer lugar, todo el territorio era de mi propiedad, hasta el punto de que resultaba indudable mi señorío del mismo. En segundo lugar, mi pueblo estaba perfectamente sometido: yo era legislador y dueño absoluto; todos me debían la vida y estaban dispuestos a entregarla, si se presentaba la ocasión, en mi defensa. También era digno de destacarse que, pese a haber sólo tres súbditos, profesaran tres religiones distintas. Mi Viernes era protestante, su padre era pagano y caníbal y el español era papista. De todos modos, les concedí libertad de conciencia por todo mi dominio; aunque eso es otra historia.

En cuanto tuve a salvo a mis dos débiles prisioneros rescatados y les hube dado refugio y un lugar donde descansar, empecé a pensar en juntar provisiones para ellos. Lo primero que hice fue ordenar a Viernes que tomara de mi rebaño particular un cabrito de un año, mayor que un lechal, pero no cabra todavía, para matarlo. Después de cortar el cuarto trasero y trocearlo en pedazos pequeños, puse a Viernes a trabajar para hervir agua y cocerlo y les hice un buen plato, me atrevo a asegurarlo, de carne y caldo, al que añadí también algo de cebada y arroz. Como lo cociné fuera del recinto, pues nunca encendía fuego dentro de la muralla interior, lo llevé todo a la tienda nueva; allí les preparé la mesa, me senté y cené con ellos y los animé y alegré como buenamente pude. Viernes hizo de intérprete, sobre todo con su padre pero también con el español, pues este hablaba bastante bien la lengua de los salvajes.

Después de comer o, mejor dicho, cenar, ordené a Viernes que cogiera una de las canoas y se fuera a buscar los mosquetes y las otras armas de fuego que, por falta de tiempo, habíamos dejado en el campo de batalla. Al día siguiente le ordené que fuera a enterrar los cadáveres de los salvajes, que habían quedado expuestos al sol y tardarían poco en apestar; también le ordené que enterrase los horribles restos del festín bárbaro, pues sabía que eran abundantes y no podía ni pensar en hacerlo yo

mismo; qué va, ni siquiera soportaba verlos si era yo quien iba. Viernes cumplió puntualmente con todo y borró cualquier apariencia de que los salvajes hubieran estado allí, de modo que cuando yo mismo me acerqué de nuevo apenas hubiera podido saber dónde había sido, salvo por la punta del bosque que señalaba hacia el lugar.

Luego entablé una pequeña conversación con mis dos nuevos súbditos; primero pedí a Viernes que averiguase qué pensaba su padre de la huida de los salvajes en aquella canoa, si debíamos esperar que regresaran con fuerzas superiores a las nuestras. Su primera opinión fue que los salvajes del bote no podían haber sobrevivido a la tormenta que soplaba la noche de su huida y que a la fuerza se habrían ahogado o habrían derivado hacia el sur, a otras costas en las que con toda seguridad serían devorados, suponiendo que no naufragasen y se ahogaran. Al preguntarle qué harían si conseguían llegar a salvo a su costa, dijo que no lo sabía, pero opinaba que estarían tan terriblemente asustados por el modo en que habían sido atacados, por el ruido y el fuego, que dirían a su gente que habían muerto todos atacados por rayos y truenos, y no por mano humana, y que las dos apariciones (es decir, Viernes y yo) eran dos espíritus celestiales, dos furias descendidas para destruirlos, en vez de hombres armados. Dijo que estaba seguro porque les había oído exclamar cosas parecidas entre ellos en su idioma, pues les resultaba imposible concebir que un hombre pudiese disparar fuego y emitir truenos y matar desde lejos sin levantar siquiera una mano, como había ocurrido. Y aquel viejo salvaje tenía razón, pues más adelante supe por otros medios que desde entonces los salvajes no volvieron a intentar poner los pies en esa isla; estaban tan aterrados por el relato de aquellos cuatro hombres (pues, al parecer, sí sobrevivieron al mar), que creían que si alguien acudía a aquella isla encantada sería destruido por el fuego de los dioses.

En cualquier caso, yo entonces no lo sabía y por lo tanto viví durante un tiempo con un temor permanente y manteniendo siempre la guardia, tanto yo como todo mi ejército; como ahora éramos cuatro, me hubiera atrevido contra un centenar de ellos en cualquier momento a campo abierto.

Al cabo de poco tiempo, sin embargo, viendo que no aparecían más canoas, el temor de que llegaran se fue desvaneciendo y empecé a tomar de nuevo en consideración mis viejas ideas acerca de un viaje al continente, pues el padre de Viernes me aseguró que, si llegábamos a su nación, podía contar con ser bien tratado.

Sin embargo, mis ideas quedaron en suspenso cuando mantuve una seria conversación con el español y entendí que había otros dieciséis hombres, entre compatriotas suyos y portugueses, que tras naufragar habían conseguido llegar a esa costa, en la que efectivamente vivían en paz con los salvajes pero pasaban muchas calamidades para encontrar provisiones y, sin duda, también para conservar la vida. Le pedí detalles de su viaje y resultó que era de un barco español que viajaba de Río de la Plata a La Habana, donde tenían el encargo de dejar su carga, compuesta básicamente por pieles y plata, y regresar con las provisiones europeas que allí

podrían encontrar; llevaban cinco marinos portugueses a bordo, rescatados de otro naufragio; cinco de sus propios hombres se habían ahogado en la pérdida del primer barco y estos otros habían escapado entre infinitos peligros y azares y habían llegado casi muertos de hambre a la costa de los caníbales, donde esperaban ser devorados en cualquier momento.

Me dijo que tenían algunas armas pero que eran inútiles por completo, pues no tenían pólvora ni balas porque las olas del mar les habían estropeado la munición, salvo por una pequeña cantidad que habían usado al principio para conseguir comida.

Le pregunté qué creía que sería de ellos si permanecían allí, y quise saber también si no habían hecho ningún plan para escapar. Dijo que lo habían discutido mucho pero, al no tener barco ni herramientas para construirlo, ni ninguna clase de provisiones, sus reuniones siempre terminaban en lágrimas y desesperación.

Le pregunté cómo creía que recibirían una propuesta por mi parte, planteada con la intención de escapar. También si le parecía posible, en el supuesto de que todos sus compañeros siguieran en la isla. Con toda libertad le dije que lo que más temía era su posible traición y el maltrato en el caso de que pusiera mi vida en sus manos, pues no es la gratitud una virtud inherente a la naturaleza del hombre; tampoco puede decirse que los hombres se comporten en función de las ayudas que han recibido, sino de las ventajas que esperan obtener. Le dije que sería muy duro si yo me convertía en el instrumento de su liberación y luego ellos me hacían prisionero al llegar a la Nueva España, donde cualquier ciudadano inglés, ya fuera la necesidad o un accidente lo que le llevase allí, podía dar por seguro su sacrificio. También le dije que prefería ser entregado a los salvajes y que estos me devorasen vivo, antes que caer en las despiadadas manos de los sacerdotes y ser llevado ante la Inquisición. Añadí que, por otra parte, estaba convencido de que, si todos sus compañeros estuvieran aquí, con tantos pares de manos disponibles podríamos construir una embarcación del tamaño suficiente para marcharnos todos juntos, ya fuera en dirección sur, hacia Brasil, o a las islas, o a la costa de los españoles, al norte; mas si en retribución, tras poner mis armas en sus manos, me llevaban a la fuerza entre los suyos, podía ser maltratado por mi bondad y terminar aún peor de lo que estaba.

Me contestó, con gran candor e ingenuidad, que se hallaban en una situación tan desgraciada, y eran tan conscientes de ello, que estaba convencido de que les parecería aborrecible maltratar a cualquier hombre que contribuyera a su salvación; y que, si me parecía bien, él iría hacia ellos con el anciano y se lo contaría y luego volvería para traerme su respuesta: que fijaría con ellos las condiciones previo juramento solemne; que ellos se someterían absolutamente a mi mandato como capitán y comandante; y que jurarían sobre los sagrados sacramentos y los Testamentos ser sinceros conmigo y llevarme al país cristiano que yo escogiera, y no a ningún otro; y que aceptarían única y exclusivamente mis órdenes hasta el desembarco a salvo en el país de mi elección; y que a su vuelta traería un contrato firmado por ellos a tal efecto.

Luego me dijo que empezaría por jurar él mismo que, mientras viviera, jamás se apartaría de mí salvo que yo se lo ordenara; y que estaría dispuesto a derramar hasta la última gota de sangre en mi defensa en caso de que se produjera el menor incumplimiento de la palabra dada entre sus compatriotas.

Me dijo que todos eran hombres muy civiles y honestos y que se encontraban ante la mayor desgracia imaginable, pues carecían de armas y ropa, así como de comida, y dependían de la piedad y generosidad de los salvajes, sin la menor esperanza de regresar a su país; y que estaba seguro de que, si yo me ocupaba de su salvación, estarían dispuestos a vivir y morir por mí.

Al recibir esas garantías decidí atreverme a liberarlos, si era posible, y enviar al anciano salvaje y al español a negociar con ellos. Sin embargo, cuando ya lo teníamos todo listo para la partida, el español planteó una objeción que contenía tanta prudencia por un lado y tanta sinceridad por el otro que no pude sino satisfacerla; siguiendo su consejo, aplacé la liberación de sus camaradas durante al menos un año. El asunto era como sigue:

Él llevaba cerca de un mes con nosotros; durante ese tiempo, yo le había dejado ver de qué modo, con ayuda de la Providencia, me las había arreglado para subsistir; evidentemente, él había visto mis reservas de grano y de arroz, suficientes para mí pero no para toda mi familia, al menos no sin grandes cuidados, ahora que había aumentado hasta cuatro miembros. Aun lo sería menos si venían sus compatriotas, de los que, según dijo, quedaban catorce con vida. Y mucho menos todavía para abastecer nuestra embarcación, si llegábamos a construirla, para un viaje hasta cualquiera de las colonias cristianas de América. Por eso dijo que le parecía más aconsejable disponer que él y los otros dos labraran y sembraran algo más de tierra con tantas semillas como yo pudiera permitirme; y que luego debíamos esperar a que llegara la cosecha para tener provisiones de cereal cuando llegaran sus compatriotas. De otro modo, la necesidad podía convertirse en una tentación para el desacuerdo y hacer que, en vez de salvados, se sintieran llevados de una dificultad a otra. Ya sabes, me dijo, que los hijos de Israel, aunque al principio se regocijaron de haber sido liberados de Egipto, luego se rebelaron contra el mismísimo Dios que los había liberado cuando les faltó el pan en medio del desierto.

Era tan adecuada su advertencia y tan bueno el consejo, que no pude sino quedar complacido por su propuesta y darme por satisfecho con su fidelidad. Así que los cuatro nos pusimos a labrar tan bien como nos lo permitían las herramientas de madera que teníamos a mano; al cabo de más o menos un mes, a cuyo término llegaba la época de siembra, habíamos despejado y labrado tal cantidad de tierra que pudimos plantar veintidós fanegas de cebada y las semillas de arroz contenidas en dieciséis jarras, que, en resumen, eran todas las semillas que podíamos gastar. Ni siquiera conservamos la cebada suficiente para alimentarnos durante los seis meses de espera hasta la llegada de la cosecha, a contar desde el momento en que apartamos la semilla para sembrarla, pues tampoco es que se pase esos seis meses dentro de la

tierra.

Como ahora éramos suficientes para no temer la aparición de los salvajes, salvo que llegaran en grandes números, nos movíamos libremente por toda la isla cuando se presentaba la ocasión. Como llevábamos en mente nuestra huida, o liberación, resultaba imposible, al menos para mí, no pensar en los medios para conseguirla; con ese propósito señalé algunos árboles que me parecieron adecuados para nuestro trabajo y mandé a Viernes a talarlos con su padre; luego hice que el español, con quien había compartido mis pensamientos al respecto, supervisara y dirigiese su trabajo. Les mostré los infatigables esfuerzos que había empleado para convertir un árbol grande en planchas sueltas y les mandé hacer lo mismo hasta que obtuvieron una docena de tablas de buen roble, de casi dos pies de ancho y treinta y cinco de largo, por entre dos y cuatro pulgadas de grosor. Cualquiera puede imaginar el esfuerzo prodigioso que conllevó la tarea.

Al mismo tiempo, me las ingenié para aumentar mi pequeño rebaño de cabras en la medida de lo posible; con tal propósito mandé salir un día a Viernes y al español y al día siguiente salí yo mismo con Viernes, pues nos íbamos turnando. Así conseguimos más de veinte crías de cabra para sumarlas a las demás: cada vez que disparábamos a una cabra, nos quedábamos las crías y las añadíamos al rebaño. Sobre todo, como llegaba la estación idónea para secar las uvas, hice colgar al sol tal cantidad de fruta que creo que, si hubiéramos estado en Alicante, donde se secan las pasas al sol, habríamos llenado entre sesenta y ochenta barriles; junto con el pan, esa era la mayor parte de nuestra alimentación, y también de una buena vida, pues les aseguro que se trata de un alimento extremadamente nutritivo.

Llegó el momento y nuestros cultivos dieron buena cosecha. No fue el mayor incremento que he vivido en la isla, mas sí era suficiente para cumplir el cometido esperado: de las veintidós fanegas de cebada trillamos y desgranamos más de doscientas veinte fanegas; el arroz produjo una proporción parecida, con lo que habríamos tenido provisiones suficientes incluso si hubiesen estado con nosotros los dieciséis españoles, o si hubiéramos estado listos ya para viajar, en cuyo caso habríamos dispuesto de la cantidad necesaria para avituallar el barco que nos llevara a cualquier lugar del mundo, dentro de América, claro.

Después de recoger y poner a salvo nuestras provisiones de cereal, pusimos manos a la obra para hacer más cestas de mimbre donde conservarlas; el español era muy hábil y diestro en esa tarea y a menudo se quejaba de que no usáramos ese material para preparar algún instrumento para nuestra defensa, mas yo no lo veía necesario.

Una vez conseguidas las provisiones necesarias para todos los huéspedes que esperábamos, di permiso al español para desplazarse al continente a ver qué podía hacer con los que se habían quedado allí. Le di estrictas instrucciones por escrito: no traer consigo a ningún hombre que no hubiera jurado antes en su presencia, y también ante el anciano salvaje, que de ningún modo haría daño ni atacaría a la persona que

encontrase en la isla, a cuya amabilidad debían aquel intento de liberación. Al contrario, debían permanecer a su lado y defenderlo de cualquier intento por el estilo y, dondequiera que fuesen, se someterían por entero a sus órdenes. Eso debía quedar por escrito y firmado por su puño y letra. La verdad es que nunca nos preguntamos cómo se podría hacer eso, pese a saber que no tenían ni tinta ni papel.

Con esas instrucciones, el español y el anciano salvaje, padre de Viernes, partieron en una de las canoas en las que habían venido o, mejor dicho, en las que los habían traído como prisioneros a punto de ser devorados por los salvajes.

Entregué a cada uno un mosquete con detonador de pedernal y unas ocho cargas de pólvora y balas, con el encargo de cuidarlos muy bien y usarlos sólo en caso de urgente necesidad.

Fue una tarea alegre, pues eran las primeras medidas tomadas para mi liberación tras veintisiete años ya, y algunos días. Les di provisiones de pan y de uvas secas, suficientes para alimentarse ellos durante muchos días, o para alimentar a todos sus compatriotas durante unos ocho días; les deseé buen viaje y los vi partir tras pactar una señal que debían mostrar a su regreso para que yo supiera que eran ellos, desde lejos, antes de que llegaran a la orilla.

Partieron con un buen viento un día en que la luna, según mis cuentas, estaba llena, en el mes de octubre. Sin embargo, una vez perdida la cuenta exacta de los días, ya nunca pude recuperarla del todo, ni siquiera llevaba el recuento de los años con la exactitud necesaria para estar seguro de no equivocarme, si bien cuando pude examinarlo más adelante, se demostró que mi cuenta de años había sido correcta.

Llevaba más de ocho días esperándolos cuando se produjo un accidente extraño e imprevisto, del cual puede que nunca en la historia se haya oído nada parecido; una mañana, estaba profundamente dormido en mi refugio, cuando vino Viernes corriendo y me llamó en voz alta: «Amo, amo, han venido, han venido».

Me levanté de un salto y, sin reparar en ningún peligro, en cuanto pude echarme algo de ropa por encima salí a través de mi pequeña arboleda, que, por cierto, para entonces se había convertido ya en un espeso bosque; digo que, sin reparar en ningún peligro, salí sin mis armas, cosa que no solía hacer. Mas, al posar la vista en el mar, me sorprendió ver un bote a legua y media de distancia, acercándose a la costa con una vela de paletilla, como suele llamarse; soplaban un buen viento para acercarlo. También observé enseguida que no procedía del lado en que se hallaba el continente, sino del extremo sur de la isla. Entonces llamé a Viernes y le ordené permanecer a mi lado, pues no era aquella la gente que buscábamos y todavía no podíamos saber si eran amigos o enemigos.

A continuación fui a buscar mi catalejo para ver qué podía distinguir; saqué la escala y escalé hasta la cima de la colina, como solía hacer cuando algo me preocupaba y quería disponer de un buen mirador sin ser visto.

Apenas acababa de poner pie en la colina cuando mis ojos avistaron con claridad un barco anclado a unas dos leguas y media de mí hacia el sur-sureste, mas sólo a

legua y media de la orilla. Por lo que pude observar, parecía claramente un buque inglés, y también la chalupa era como las que estos usan como auxiliares.

No puedo expresar la confusión que sentí, si bien la alegría de ver un barco, y encima con razones para pensar que lo mandaban mis propios compatriotas, amigos en consecuencia, era indescriptible; mas me rondaban algunas dudas secretas y no puedo decir de dónde venían, pero me obligaban a mantener la guardia. En primer lugar, se me ocurrió pensar en qué clase de negocio podía llevar a un barco inglés a esa parte del mundo, tan alejados como estábamos de todos los enclaves por los que navegan los ingleses; sabía que no podía haberlos llevado hasta allí ninguna tormenta; y que si de verdad eran ingleses lo más probable era que no estuvieran allí por una buena causa; y que más me convenía seguir como estaba que caer en manos de ladrones o asesinos.

Ningún hombre debería despreciar las avisos e insinuaciones secretas de un peligro que a veces se nos ofrecen, ante la suposición de que no sean reales. Ningún buen observador de las cosas podrá negar que recibimos esa clase de avisos e insinuaciones; no se puede dudar que son descubrimientos de un mundo invisible y comunicaciones de los espíritus; y si parece que tienden a advertirnos de un peligro, ¿por qué no suponer que lo hacen por nuestro bien y que proceden de un agente amistoso, no importa si supremo o inferior y subordinado?

La situación que entonces se dio me confirma plenamente la justicia de ese razonamiento, pues si no llego a ser alertado por esa secreta advertencia, viniera de donde viniese, mi destrucción habría sido inevitable y mi situación hubiera empeorado largamente, como enseguida se verá.

Llevaba poco tiempo en mi posición cuando vi que el bote se acercaba a la orilla como si buscara una cala en la que adentrarse para desembarcar. Sin embargo, como no se acercaron lo suficiente, no vieron la pequeña ensenada en la que yo solía descargar mis balsas. Al fin subieron el bote a la playa, a una media milla de donde yo me encontraba, lo cual me dio gran alegría, pues de otro modo habrían desembarcado, digamos, a la puerta de mi casa y enseguida me hubieran sacado a golpes de mi castillo, tal vez para despojarme de cuanto poseía.

Cuando llegaron a la orilla me convencí plenamente de que eran ingleses; al menos, la mayoría, pues uno o dos me parecieron holandeses, aunque luego no resultaron serlo. En total eran once hombres, tres de los cuales iban desarmados y, según me pareció, atados. Los primeros cuatro o cinco que saltaron a la orilla sacaron a los otros tres como prisioneros; pude percibir que uno de ellos recurría a las más apasionadas muestras de súplica, aflicción y desesperación, incluso hasta el extremo de la extravagancia. Vi que los otros dos alzaban las manos de vez en cuando y, desde luego, parecían preocupados, pero no tanto como el primero.

Aquella visión me dejó confundido por completo y no supe interpretar qué debía de significar. Viernes me llamó en inglés como buenamente pudo: «Oh, amo. Tu ver hombres ingleses comer prisionero igual que hombres salvajes».

«¿Qué? —le dije—. ¿Crees que se los van a comer?». «Sí —respondió Viernes—. Se los comerán». «No, Viernes, me temo que, efectivamente, los van a matar, pero puedes estar seguro de que no se los comerán».

Mientras tanto, no pensé en qué estaba ocurriendo realmente. Tan sólo me quedé temblando, horrorizado por lo que veía, esperando que en cualquier momento mataran a los tres prisioneros. Vi que uno de los villanos alzaba el brazo con un gran machete, como lo llaman los marineros, o espada, y esperé verlo caer en cualquier momento y se me heló toda la sangre que me corría por las venas.

Deseé con todo mi corazón que estuvieran conmigo el español y el salvaje que había partido con él; o haber dispuesto de algún modo para acercarme sin ser visto hasta la distancia idónea para el alcance de mis armas para rescatar a los tres hombres, pues no había visto que ellos llevaran armas de fuego; mas pronto otras cosas ocuparon mi mente.

Después de ver el trato indignante que aquellos marinos habían deparado a los tres hombres, observé que aquellos tipos se esparcían como si quisieran reconocer el territorio; vi que los otros tres gozaban de libertad para ir adonde quisieran; sin embargo, los tres se sentaron en el suelo, muy pensativos y con pinta de desesperados.

Eso me hizo pensar en cuando llegué por primera vez a estas costas y me puse a mirar a mi alrededor: cómo me di por perdido; cómo lo miraba todo enloquecido; qué terribles temores tenía y cómo me refugié en un árbol toda la noche por miedo a que me devorasen las fieras salvajes.

Aquella noche yo no sabía que, gracias a la providencial aparición del barco cerca de la orilla, empujado por las tormentas y las mareas, dispondría de provisiones que me han alimentado y sustentado hasta ahora; tampoco aquellos tres pobres desolados sabían lo cerca que estaban de obtener salvación y aprovisionamiento seguros, ni lo a salvo que se encontraban en realidad en el mismo momento en que se creían perdidos y daban su caso por desesperado.

Entendemos muy poco de este mundo y tenemos muchas razones para confiar alegremente en el gran creador, que no abandona a sus criaturas en la desgracia; incluso en las peores circunstancias, aquellas tienen siempre algo que agradecer y a veces están más cerca de la salvación de lo que imaginan; más aún, los medios de su salvación son precisamente aquellos que parecían conllevar la destrucción.

Aquella gente había llegado en el momento más álgido de la marea alta. En parte porque algunos se entretuvieron hablando con los prisioneros y en parte por los que se dedicaron a pasear para ver en qué clase de lugar se encontraban, alargaron su presencia temerariamente hasta el momento en que cambió el reflujó del mar y la marea bajó del todo, dejando el bote en tierra seca.

Habían apostado a dos hombres en él, los cuales, según comprobé más adelante, habían bebido demasiado brandy y se habían dormido; sin embargo, uno de los dos se despertó antes que el otro y, al ver que el barco estaba encallado y él no podía

moverlo, llamó a gritos a todos los que andaban por ahí y todos se acercaron al bote; sin embargo, ni con todas sus fuerzas podían echarlo al agua, pues era un bote muy pesado y en esa zona la playa tenía una tierra fina y fangosa, casi como de arenas movedizas.

En esas circunstancias, como buenos marineros, que de toda la humanidad son los menos proclives a la previsión, renunciaron y se fueron de nuevo a reconocer el territorio. Oí que uno le decía a otro en voz alta: «Déjalo en paz, Jack, ¿de acuerdo? Ya flotará cuando vuelta la marea». Eso me confirmó plenamente de qué país procedían.

Durante todo ese rato me mantuve cerca de ellos y ni me atreví a salir de mi castillo más que para acercarme a mi lugar de observación, casi en la cima de la colina; y me alegró haberlo hecho, pues comprobé lo bien fortificado que estaba. Sabía que en no menos de diez horas aquella chalupa estaría de nuevo a flote y para entonces ya sería oscuro, de modo que yo tendría más libertad para ver sus movimientos y oír su conversación, si es que mantenían alguna.

Mientras tanto, me pertreché para la batalla, igual que antes, aunque con mayor precaución, pues sabía que esta vez no me enfrentaba a la misma clase de enemigo; también ordené a Viernes, a quien había convertido en un excelente tirador con su pistola, que cogiera sus armas; yo cogí dos escopetas de cazar aves y le di tres mosquetes. Mi aspecto, desde luego, era fiero: tenía mi formidable gabán de cabritillo, con esa capucha grande que ya he mencionado, una espada desenfundada en mi costado, dos pistolas en mi cinturón y una pistola colgada de cada hombro.

Como ya he dicho, mi plan consistía en no intentar nada hasta que fuera oscuro. Sin embargo, hacia las dos, a pleno sol, por decirlo en pocas palabras, descubrí que todos se habían ido deambulando hacia el bosque y pensé que se habrían tumbado a dormir. Los tres pobres desgraciados, demasiado ansiosos para dormir debido a su situación, se habían quedado sentados a la sombra de un árbol grande, más o menos a un cuarto de milla de donde yo me encontraba y, según me pareció, en un lugar no visible para los demás.

Entonces decidí exponerme a ellos y averiguar algo acerca de sus circunstancias. Enseguida me acerqué con esa pinta que ya he descrito, mi Viernes a buena distancia detrás de mí, tan formidable como yo gracias a sus armas, aunque no parecía tanto un espectro como yo.

Me acerqué a ellos tan escondido como pude y luego, antes de que pudieran verme, les grité en español: «¿Quiénes sois, caballeros?».

Se asustaron al oírme, pero aún los confundió diez veces más verme, con mi burda pinta. No contestaron nada, pero me pareció que estaban a punto de salir volando y les hablé en inglés: «Caballeros —les dije—, no os sorprendáis; puede que haya aparecido un amigo cuando no os lo esperabais». «En ese caso, lo habrá enviado el cielo —contestó uno de ellos con mucha solemnidad, al tiempo que se quitaba el sombrero para saludarme—, pues en nuestra situación de nada sirve la ayuda del

hombre». «Señor —dije yo—, toda ayuda procede del cielo. De todos modos, ¿podéis informar a este desconocido sobre cómo ayudaros? Porque parecéis estar en situación desesperada. Os he visto al desembarcar y, en un momento en que parecíais solicitar algo a los hombres que os han traído, he visto que uno de ellos levantaba la espada para mataros».

Con el rostro lleno de lágrimas, temblando y con cara de asombro, el pobre hombre contestó: «¿Hablo con Dios, o con un hombre? ¿Es un hombre de verdad, o un ángel?». «No temáis por eso, señor —le dije—. Si Dios hubiera enviado a un ángel para salvaros, habría aparecido mejor vestido y armado de manera bien distinta a como vos me veis; os ruego abandonéis vuestros temores. Soy un hombre, un inglés, y estoy dispuesto a ayudaros, como veis. Tengo un solo sirviente; tenemos armas y munición. Decidme sin tapujos: ¿cómo podemos ayudarles? ¿Cuál es vuestra historia?».

«Señor —dijo él—, nuestra historia es demasiado larga para contárosla mientras nuestros asesinos estén tan cerca; en pocas palabras, yo era el capitán de ese barco y mis hombres se han amotinado en mi contra; a duras penas les he convencido para que no me maten y al fin me han desembarcado en este lugar desolado con estos otros dos hombres; uno es mi primer oficial y el otro, un pasajero. Creyendo que la isla estaba deshabitada, suponíamos que íbamos a perecer aquí, mas ahora no sé qué pensar».

«¿Dónde están los brutos de vuestros enemigos? —pregunté—. ¿Sabéis adónde han ido?». «Están ahí tumbados, señor —dijo él, al tiempo que señalaba hacia un grupo de árboles—. Tiembla mi corazón de temor de que nos hayan visto y hayan oído vuestra voz; si así fuera, sin ninguna duda nos matarían a todos».

«¿Tienen armas de fuego?», pregunté. Me contestó que sólo llevaban dos, más otra que habían dejado en el bote. «Entonces —propuse—, dejadlo todo en mis manos. Veo que están durmiendo y sería fácil matarlos a todos. Sin embargo, ¿deberíamos tomarlos como prisioneros?». El capitán me dijo que entre ellos había dos villanos desesperados y que no era sensato tener piedad de ellos; mas si esos dos quedaban bien atrapados, los demás volverían al cumplimiento de su deber. Le pregunté cuáles eran y me contestó que no podía describírmelos desde lejos, pero que estaba dispuesto a obedecer cualquier orden que yo diera. «Bueno —le dije—, vayamos a donde no nos puedan ver ni oír, no vaya a ser que se despierten, y ya decidiremos qué hacer más adelante». Y gustosos se volvieron conmigo hasta que nos escondió la espesura del bosque.

«Oíd, señor —le pregunté—, si yo corro el riesgo de liberaros ¿estaréis dispuesto a cumplir dos condiciones?». El capitán se adelantó a mi propuesta y me dijo que tanto él como el barco quedarían bajo mi dirección y absolutamente a mis órdenes en todos los aspectos; y que si no se recuperaba el barco, viviría y moriría por mí en cualquier parte del mundo a la que yo pudiera enviarlo. Lo mismo dijeron los otros dos hombres.

«Bueno —dije yo—, sólo tengo dos condiciones. Una: que mientras estéis en esta isla conmigo no pretendáis gozar de ninguna autoridad; y si pongo en vuestras manos mis armas, me las devolveréis en cualquier caso y no actuaréis contra mí, ni contra mi gente en la isla, y se someterán a mis órdenes».

«Dos: si se puede recuperar el barco, nos llevaréis, a mí y a mi sirviente, a Inglaterra sin pagar pasaje».

Me dio todas las garantías que su fe y su imaginación fueron capaces de ofrecerle de que cumpliría esas exigencias, tan razonables, y además afirmó que me debía la vida y que lo reconocería mientras viviera en cualquier circunstancia.

«Entonces —dije yo—, aquí tenéis tres mosquetes con pólvora y munición; decidme ahora, qué os parece más apropiado hacer a continuación». Me dio todas las muestras de gratitud que pudo, pero propuso que fuera yo quien les guiara. Le dije que me parecía difícil aventurar nada, pero que el mejor método que se me ocurría era dispararles de inmediato, mientras aún dormían; si alguno no moría en la primera descarga y se mostraba dispuesto a capitular, podríamos salvarlo; de este modo dejaríamos en manos de la providencia de Dios la dirección de nuestros disparos.

Con mucha modestia dijo que no soportaba la idea de matarlos si se podía evitar, pero que aquellos dos villanos eran incorregibles y habían sido los responsables del motín y si se escapaban seguiríamos teniendo un problema, pues se embarcarían y volverían con todo el personal del barco para destruirnos a todos. «Bueno, entonces —respondí— la necesidad legítima mi sugerencia, pues se trata de la única manera de salvar nuestras vidas». Sin embargo, viendo que aún le producía respeto derramar sangre, le dije que se fueran solos y manejaran la situación como le pareciese más conveniente.

En mitad de esa conversación oímos que algunos se despertaban y, poco después, vimos a dos de ellos de pie. Le pregunté si eran aquellos a los que había descrito como cabecillas del motín y dijo que no. «Bueno —propuse—, entonces podemos dejarlos escapar y parece que la Providencia los ha despertado a propósito para salvarlos. Ahora —añadí—, si se escapan los demás vos tendréis la culpa».

Animado por esas palabras, sostuvo en una mano el mosquete que le había dado, se echó una pistola al cinto y llamó a su lado a sus dos compañeros, cada uno con un arma. Los dos hombres que lo acompañaban, y que caminaban delante de él, hicieron algo de ruido y uno de los marinos que acababan de despertarse se dio la vuelta, los vio llegar y gritó para llamar a los demás. Demasiado tarde, sin embargo: en cuanto empezó a gritar, le dispararon. Me refiero a los dos hombres, pues el capitán tuvo la inteligencia de reservar su arma. Habían apuntado tan bien que uno de aquellos hombres murió al instante y el otro recibió grandes heridas; sin embargo, como no había muerto, se levantó y pidió ayuda al otro a grandes voces. Sin embargo, el capitán se le acercó y le dijo que era demasiado tarde para pedir ayuda, que debía suplicar a Dios el perdón de su villanía y a continuación lo derribó con la culata del mosquete, de modo que ya no volvió a hablar. Había otros tres a su lado, uno de ellos

levemente herido. Para entonces llegué también yo y, al ver que se les echaba encima un peligro y que era en vano resistirse, suplicaron piedad. El capitán les dijo que respetaría su vida si le daban garantías de aborrecer la traición que habían cometido y juraban serle fieles en la recuperación del barco, así como en el viaje de regreso a Jamaica, de donde habían partido. Ellos le dieron todas las muestras deseables de lealtad y el capitán se mostró dispuesto a creerles y perdonarles la vida, a lo que yo no me opuse, aunque sí le exigí que los mantuviera atados de pies y manos mientras estuvieran en la isla.

Mientras tanto, envié a Viernes con el primer oficial hasta el bote con instrucciones de amarrarlo bien y retirar los remos y la vela, y así lo hicieron; al poco rato, tres caminantes que (por suerte para ellos) se habían apartado del resto, volvieron al oír los disparos. Cuando vieron que su capitán había pasado de prisionero a conquistador, aceptaron también las ataduras, de manera que nuestra victoria era completa.

Ya sólo faltaba que el capitán yo nos informáramos de nuestras respectivas circunstancias: empecé yo y le conté toda mi historia, que escuchó con atención, e incluso con asombro, en particular por lo que respecta a la maravillosa manera de conseguir provisiones y munición; por supuesto, como toda mi historia es una colección de asombros, le afectó profundamente; y cuando reflexionó a partir de ahí sobre su propia situación, y sobre cómo parecía que yo hubiera sobrevivido allí con el propósito de salvar su vida, rodaron las lágrimas por su cara y ya no pudo ni decir palabra.

Una vez terminada esa conversación lo llevé a mi residencia, junto a sus otros dos hombres, y les dejé entrar justo por donde yo había salido: es decir, por la parte de arriba, donde los refresqué con todas las provisiones que tenía y les mostré todos los útiles que había inventado durante mi muy, muy larga residencia en ese lugar.

Todo lo que les mostraba y les decía era absolutamente asombroso; sin embargo, por encima de todo, el capitán admiraba mi fortificación y la perfección con que había escondido mi refugio con una arboleda. Como ya hacía casi veinte años desde que la plantara y allí los árboles crecían mucho más rápido que en Inglaterra, se había convertido en un bosquecillo infranqueable por todos sus lados menos uno, por el que había conservado un sendero retorcido. Le dije que aquello era mi castillo y mi residencia, pero que también tenía una casa de campo, como muchos príncipes, a la que podía retirarme cuando se daban las circunstancias, y que en otra ocasión se la enseñaría. Sin embargo, en aquel momento nuestra misión era plantearnos cómo recuperar el barco. En eso estuvo de acuerdo conmigo, pero me dijo que ni se le ocurría qué medidas tomar al respecto, pues a bordo quedaban aún veintiséis hombres que, por haber participado en una maldita conspiración que la ley castigaba con la vida, se verían ahora endurecidos por la desesperación y estarían dispuestos a mantener su situación, sabedores de que si eran reducidos irían directamente al patíbulo en cuanto llegasen a Inglaterra o a cualquier colonia inglesa; por tanto,

siendo nosotros tan pocos, no tenía sentido atacarles.

Pasé un tiempo cavilando lo que me había dicho y me pareció que era una conclusión muy racional y que, en consecuencia, había que tomar con mucha rapidez alguna decisión, ya fuera para sorprender a los hombres del barco con alguna trampa o para evitar que se nos echaran encima y nos destruyeran; en ese momento me dio por pensar que al poco rato la tripulación del barco se preguntaría qué había pasado con sus camaradas, y con el bote, y sin ninguna duda se plantaría en la orilla con el otro bote para comprobarlo con sus propios ojos, y tal vez acudieran armados, en cuyo caso serían demasiado fuertes para nosotros. A él también le pareció razonable.

Entonces le dije que lo primero que debíamos hacer era hundir el bote que había quedado en la playa, para que no pudieran llevárselo; sacar todo lo que hubiera en su interior e inutilizarlo para la navegación. Acto seguido subimos al bote, sacamos las armas que habían quedado dentro y todo lo demás que encontramos: una botella de brandy, otra de ron, algunas hogazas de pan, un cuerno de pólvora y un gran terrón de azúcar envuelto en tela; el azúcar pesaba cinco o seis libras. A todo di la bienvenida, especialmente al brandy y al azúcar, que se me habían acabado muchos años antes.

Tras llevar todo eso a tierra (los remos, el mástil, la vela y el timón, como queda dicho, ya nos los habíamos llevado), le hicimos un agujero en el fondo, tan grande que, aun si eran muchos los que venían y conseguían reducirnos, no podrían llevárselo.

Desde luego, yo no estaba nada convencido de que pudiéramos recuperar el barco, pero me parecía que si ellos se iban sin el bote no nos resultaría demasiado difícil arreglarlo para irnos con él hasta las islas de sotavento y recoger por el camino a nuestros amigos, los españoles, pues aún los tenía en mis pensamientos.

De modo que así pusimos en marcha nuestros planes: en primer lugar subimos a rastras el barco por la playa hasta un punto en que la marea alta no pudiera llevárselo a flote; además, le hicimos un agujero en el fondo, tan grande que nadie podría detener el agua que entrase por él. Luego nos sentamos a pensar qué haríamos a continuación y oímos un disparo desde el barco y vimos que ondeaban el estandarte para advertir por señas al bote que regresara. Al ver que no se movía ningún bote, dispararon varias veces y lo siguieron llamando por distintas señas.

Al fin, cuando se vio que tanto las señas como los disparos eran infructuosos y que el bote no se movía, gracias a mi catalejo supimos que arriaban otro bote al agua para remar hasta la orilla; cuando empezaron a acercarse vimos que no eran menos de diez hombres y que llevaban armas de fuego.

Como el barco estaba a unas dos leguas de la costa, nos dio tiempo a ver el bote con claridad mientras se acercaba y hasta tuvimos una clara impresión de sus rostros, pues la marea los había llevado un poco hacia el este y tuvieron que remar en paralelo a la costa para llegar al mismo sitio que el primer bote, aún a la vista.

Digo que, gracias a eso, los pudimos ver con claridad y, como el capitán conocía a todos los hombres que iban en el bote y sabía de la personalidad de cada uno, dijo

que tres de ellos eran gente muy honesta y que estaba seguro de que, asustados y en minoría ante sus compañeros, se habían visto obligados a tomar parte en la conspiración.

En cambio, el contramaestre, quien al parecer era el oficial de mayor rango entre ellos, y todos los demás, eran tan indignantes como cualquier otro miembro de la tripulación y sin duda estarían desesperados por lo que habían emprendido. Pusilánime como era, le pareció que resultarían demasiado fuertes para nosotros.

Le sonreí y le dije que, en circunstancias como las nuestras, los hombres estaban más allá del influjo del miedo; que, sabiendo que casi cualquier circunstancia posible era mejor que aquella en la que nos encontrábamos, debíamos esperar la consecuencia, ya fuera de vida o de muerte, como una segura liberación. Le pregunté qué le parecían las circunstancias de mi vida y si no encontraba que valía la pena aventurarse en busca de una liberación. «¿Dónde ha quedado, señor —le pregunté—, la creencia de que yo había sobrevivido aquí con el propósito de salvar vuestra vida, que tanto os ha animado hace un momento? Por mi parte —añadí—, sólo encuentro un fallo en todo este plan». «¿Cuál?», preguntó él. «Bueno —le dije—, como vos mismo decís, entre ellos hay tres o cuatro hombres honestos que deberían salvarse; si todos hubieran pertenecido al bando malvado de la tripulación, habría interpretado que la Providencia divina los había apartado para dejarlos en nuestras manos; pues, creedme, cada uno de esos hombres que desembarque es nuestro, y vivirá o morirá según se comporte con nosotros». Mientras decía eso en voz alta y con tono alegre, descubrí que contribuía a animar al capitán. Así que pusimos manos a la obra con vigor. Al aparecer por primera vez el bote que venía del barco habíamos pensado en separar a nuestros prisioneros, y eso hicimos para reducirlos con eficacia.

A dos de ellos, que inspiraban a nuestro capitán menos confianza que los otros, los mandé con Viernes y con uno de los tres hombres (de los liberados) a mi cueva, donde quedaban suficientemente alejados y no había peligro de que alguien los viera u oyera, o de que ellos mismos descubriesen el modo de salir del bosque si eran capaces de soltarse. Los dejamos atados, pero les dimos provisiones y les prometimos que si se quedaban allí en silencio les daríamos la libertad al cabo de uno o dos días, mientras que si intentaban huir serían condenados a morir sin compasión. Prometieron fielmente soportar su confinamiento con paciencia y se mostraron muy agradecidos por el trato recibido, así como por disponer de provisiones y por la luz que les habíamos dejado, pues Viernes les entregó velas (de las que hacíamos nosotros mismos) para su mayor comodidad. De todos modos, no sabían que él montaba guardia como buen centinela a la entrada de la cueva.

Los otros prisioneros recibieron mejor trato: dos permanecieron atados porque el capitán no se veía con ánimo de confiar en ellos; en cambio, los otros dos quedaron a mi servicio por recomendación del capitán y bajo su compromiso solemne de vivir y morir por nosotros: así que con ellos y los tres hombres honestos éramos siete, todos bien armados; no me cabía duda de que seríamos capaces de manejarnos bastante

bien contra los diez que se acercaban, teniendo en cuenta que el capitán había dicho que entre ellos también venían tres o cuatro hombres honestos.

En cuanto llegaron al lugar donde se encontraba el otro bote, subieron el suyo a la playa, desembarcaron todos y luego tiraron de él a rastras. Me encantó verlo, porque temía que lo dejaran anclado a cierta distancia de la orilla con algún hombre en su interior para vigilarlo; en ese caso, no hubiéramos podido hacernos con él.

Una vez en tierra, lo primero que hicieron fue ir corriendo hasta el otro bote y nos resultó fácil ver que se llevaban una gran sorpresa al encontrarlo desprovisto de cuanto contenía, como ya se ha explicado, y con un gran agujero en el fondo.

Tras cavilar un rato acerca de eso, soltaron dos o tres grandes gritos a pleno pulmón por si lograban que los oyeran sus compañeros, mas no sirvió de nada. Luego formaron un corro y dispararon una descarga de sus armas de mano que llegó hasta nuestros oídos y hasta hizo temblar el bosque con su eco; pero fue sólo una y estábamos seguros de que los de la cueva no la habían oído, al contrario que los que estaban con nosotros, aunque estos no dieron respuesta.

Se quedaron tan asombrados ante aquella sorpresa que, según nos dijeron más adelante, decidieron regresar a bordo del barco y dar la noticia de que todos los hombres habían sido asesinados y el barco estaba desfondado; en consecuencia, echaron de inmediato su bote al agua y montaron todos en él.

El capitán estaba terriblemente asombrado, y hasta confundido, al entender que se volvían al barco y luego zarparían, dando por perdidos a sus camaradas, de modo que él se quedaría sin embarcación. Había alimentado la esperanza de recuperar el barco, pero ahora temía que ocurriese lo contrario.

Apenas acababan de partir con su bote cuando nos dimos cuenta de que regresaban hacia la orilla. Después de deliberar entre ellos, habían decidido tomar la siguiente medida: dejar a tres hombres en el bote mientras los demás desembarcaban y se adentraban en el territorio para buscar a sus compañeros.

Supuso una gran contrariedad para nosotros, pues ya no sabíamos qué hacer: atrapar a los siete que habían bajado a tierra no nos otorgaba ninguna ventaja si dejábamos que el bote se escapara, pues en ese caso remarían hasta el barco y los demás se asegurarían de levar el ancla e izar las velas, poniendo fin a nuestra esperanza de recuperar el barco.

De todos modos, no nos quedaba más remedio que esperar a ver cómo se presentaban las cosas. Los siete hombres desembarcaron y los tres que se quedaron en el bote se lo llevaron a buena distancia de la orilla y echaron el ancla para esperarlos; así, nos resultaba imposible llegar hasta ellos.

Los que habían desembarcado se mantenían bien juntos en su marcha hacia la cima del montecillo que ocultaba mi residencia. Los veíamos con toda claridad, aunque ellos ignorasen nuestra presencia. Nos hubiera encantado que se acercaran más para poder dispararles; o que se alejaran del todo para que nosotros pudiéramos salir de allí.

Sin embargo, cuando llegaron a la loma, desde la que disponían de una amplia visión de los valles y los bosques que se extendían hacia el noreste por terrenos más bajos, gritaron y aullaron hasta cansarse; como al parecer no tenían ganas de alejarse de la orilla, ni de separarse, se sentaron juntos bajo un árbol para darle algunas vueltas. Si les llega a parecer conveniente dormirse allí mismo, como hiciera el grupo anterior, habrían hecho el trabajo por nosotros; sin embargo, tenían demasiada noción del peligro para atreverse a dormir, aunque ni siquiera fuesen capaces de decir a qué tenían miedo.

El capitán me hizo una propuesta muy interesante a propósito de las deliberaciones de los otros. Dijo que tal vez terminasen disparando otra descarga con la intención de que los oyeran sus compañeros y que nosotros debíamos saltar sobre ellos justo en ese momento, cuando estuvieran descargadas sus armas, en cuyo caso su rendición era segura y nos permitiría capturarlos sin derramar sangre. Me gustó la propuesta, en el supuesto caso de que cuando eso ocurriera estuviéramos cerca y pudiéramos atacar sin darles tiempo a recargar las armas.

Sin embargo, eso nunca ocurrió y nosotros permanecemos quietos un largo rato, muy indecisos acerca de cómo actuar; al final les dije que, en mi opinión, no habría nada que hacer hasta que cayera la noche y entonces, si no regresaban al bote, tal vez seríamos capaces de encontrar el modo de interponernos entre ellos y la orilla y acaso servirnos de alguna estratagema para provocar que los del bote se acercaran a la playa.

Esperamos un buen rato aunque nos impacientaba que pudieran irse; mucho nos inquietó ver que, tras largas deliberaciones, se levantaban todos y marchaban hacia el mar. Al parecer, les había invadido un miedo tan espantoso a los peligros del lugar que acababan de decidir regresar al barco, dar por perdidos a sus compañeros y reanudar el viaje.

En cuanto me di cuenta de que se dirigían hacia la orilla imaginé qué estaba ocurriendo: abandonaban la búsqueda y decidían regresar; el capitán, en cuanto le conté lo que pensaba, estuvo a punto de hundirse por el temor que le entró, pero enseguida se me ocurrió una estratagema que, además de hacerlos regresar, cumpliría de cabo a rabo con mis propósitos.

Ordené a Viernes y al primer oficial que fueran más allá del riachuelo del oeste, hacia el lugar de desembarco de los salvajes antes del rescate de Viernes, y en cuanto llegaran al montículo que quedaba como a media milla de distancia se pusieran a gritar con todas sus fuerzas y esperasen hasta que les oyeran los marineros; en cuanto vieran que estos contestaban, debían reanudar los gritos y luego, escondidos, dar un rodeo, sin dejar de responder en ningún momento cuando los otros gritaran, para atraerlos hacia el interior de la isla y hasta el bosque, si era posible, y luego girar de nuevo y regresar a mí por donde yo les indicara.

Los marinos estaban a punto de subir al bote cuando Viernes y el oficial gritaron y ellos, nada más oírlos, respondieron y echaron a correr por la playa hacia el oeste,

hacia la voz que acababan de oír, y tuvieron que detenerse al llegar al riachuelo porque llevaba buen caudal y no podían cruzarlo; llamaron para que les llevaran el bote hasta allí y, tal como yo esperaba, lo usaron para cruzar el arroyo.

Observé que, después de pasar al otro lado, subían un buen tramo del arroyo con el bote y lo llevaban hasta un recodo de tierra firme, donde hicieron bajar a uno de los tres vigilantes y dejaron a los otros dos a bordo, tras amarrarlo al tocón de un pequeño árbol de la orilla.

Era justo lo que esperaba y, abandonando a su suerte a Viernes y el primer oficial, tomé a los demás, crucé con ellos el arroyo procurando no ser vistos y sorprendimos a los dos hombres antes de que pudieran darse cuenta; uno se había tumbado en la orilla y el otro seguía en el barco. El de la orilla estaba a medio camino entre la vigilia y el sueño y, justo cuando se iba a levantar de un salto, el capitán, que fue el primero en llegar, se le echó encima, lo tumbó de un golpe y luego advirtió al del bote que, si no se rendía, era hombre muerto.

No hacían falta demasiados argumentos para persuadir a un hombre solo de que debía rendirse cuando veía que otros cinco se le echaban encima y que su compañero estaba abatido ya; además, al parecer se trataba de uno de los tres que no se habían implicado tanto en el motín como el resto de la tripulación y, en consecuencia, costó poco convencerlo no sólo de que se rindiera, sino incluso de que, a continuación, se sumara muy sinceramente a nosotros.

Mientras tanto, Viernes y el oficial habían cumplido tan bien su propósito con los demás que, sin dejar de intercambiar gritos con ellos, los habían ido llevando de un monte a otro, por uno y otro bosque, hasta que, además de agotarlos por completo, habían conseguido dejarlos en un lugar desde el que era seguro que no lograrían regresar al bote antes de que se hiciera oscuro; sin duda, también ellos estaban agotados cuando llegaron a nuestro lado.

Ya sólo nos quedaba esperar a que llegaran los demás en la oscuridad y caerles encima para rematar la faena.

Desde que Viernes llegara junto a mí, pasaron varias horas antes de que los otros regresaran en busca del bote y además los oímos mucho antes de que apareciesen, pues iban gritando a los rezagados que se dieran prisa y también se oían las quejas de estos al responder que estaban lisiados y agotados y ya no podían darse más prisa, lo cual suponía una buena noticia para nosotros.

Al fin llegaron junto al bote, pero es imposible describir su confusión cuando lo encontraron encallado en tierra porque el agua se había retirado con la marea y no vieron por ningún lado a sus dos hombres: oímos que se llamaban entre ellos en el tono más penoso para decirse que habían llegado a una isla encantada: o bien estaba habitada, en cuyo caso perecerían todos asesinados, o bien estaba llena de diablos y espíritus dispuestos a llevárselos de allí y devorarlos.

De nuevo gritaron y llamaron muchas veces por sus nombres a los dos camaradas, mas no obtuvieron respuesta. Al cabo de un rato empezamos a verlos, pese a la escasa

luz disponible: corrían de un lado a otro retorciéndose las manos como desesperados; a veces iban a sentarse al bote para descansar un poco; luego bajaban de nuevo a la orilla y echaban a andar de aquí para allá una y otra vez.

Mis hombres hubieran recibido de muy buen grado la orden de atacarles en la oscuridad; sin embargo, yo quería contar con alguna ventaja para matar tan sólo a los que fuera imprescindible. Sobre todo, no quería arriesgarme a que muriese ninguno de los nuestros, pues sabía que los otros iban bien armados. Decidí esperar a ver si se separaban. En consecuencia, para mayor seguridad, preparé la emboscada más cerca de ellos y ordené a Viernes y al capitán que se acercaran gateando, con el cuerpo tan pegado a tierra como fuera posible, antes de disparar.

Llevaban bien poco en esa postura cuando el contraamaestre, que había sido el principal cabecilla del motín pero ahora parecía el más desanimado y abatido de todos, se acercó caminando hacia ellos con otros dos hombres de la tripulación: al capitán le provocó tal ansiedad tener en su poder a aquel granuja que a duras penas fue capaz de esperar a que se acercara para estar seguro de que se trataba de él, pues hasta entonces tan sólo había oído su voz. En cuanto se acercaron un poco, el capitán y Viernes se pusieron en pie y abrieron fuego.

El contraamaestre murió al instante, el que iba tras él recibió un disparo en pleno cuerpo y cayó a su lado, aunque todavía tardó una o dos horas en morir; el tercero echó a correr.

Al oír los disparos yo avancé de inmediato con todo mi ejército, compuesto ahora por ocho hombres. A saber: yo mismo como generalísimo, Viernes como teniente general, el capitán, sus dos hombres y los tres prisioneros de guerra a los que habíamos prestado armas en señal de confianza.

Nos echamos encima de ellos en plena oscuridad para que no supieran cuántos éramos; además, hice que el hombre que permanecía en el bote, y que ahora era uno de los nuestros, los fuera llamando por su nombre para ver si se acercaban a parlamentar y conseguíamos que aceptaran nuestras condiciones. Todo salió según nuestros deseos, aunque desde luego era fácil pensar que, en la situación en que se hallaban, estarían dispuestos a capitular. Así que nuestro hombre se puso a llamar a uno de ellos tan alto como pudo: «Tom Smith, Tom Smith». Este contestó de inmediato: «¿Quién es? ¿Robinson?». Pues, al parecer, conocía su voz. El otro respondió: «Sí, sí, por el amor de Dios, Tom Smith, entregad las armas y rendíos. De lo contrario, daos todos por muertos en este mismo instante».

«¿A quién debemos rendirnos? ¿Quiénes son?», volvió a hablar Smith. «Están aquí —contestó el nuestro—. Aquí está el capitán con cincuenta hombres, llevan dos horas persiguiéndoos; han matado al contraamaestre, Will Frye está herido y a mí me han tomado como prisionero; si no os rendís, estáis perdidos».

«¿Nos darán cuartel si nos rendimos?», dijo Tom Smith. «Si prometéis rendiros —contestó Robinson—, iré a preguntarlo». Entonces preguntó al capitán y este contestó en voz alta: «Smith, tú conoces mi voz. Si deponéis completamente las

armas y os rendís, conservaréis la vida. Todos, menos Will Atkins».

Entonces Will Atkins exclamó: «Por el amor de Dios, capitán, dadme cuartel. ¿Qué he hecho yo? Todos han sido tan malos como yo». Digamos de paso que eso tampoco era cierto, pues al parecer el tal Will Atkins había sido el primero en echar mano del capitán al principio del motín y le había dado un trato bárbaro al atarle las manos y dedicarle palabras injuriosas. En cualquier caso, el capitán le dijo que debía deponer las armas sin condiciones y confiar en la compasión del gobernador. Se refería a mí, pues todos ellos me llamaban gobernador.

En pocas palabras, todos depusieron las armas y suplicaron por sus vidas; yo envié al hombre que había parlamentado con ellos, acompañado de otros dos, para atarlos a todos; luego mi gran ejército de cincuenta hombres, que con aquellos tres sumaba ocho en total, llegó y se apoderó de todos ellos, así como del bote, aunque por razones de estado yo y otro hombre nos mantuvimos fuera de su vista.

Nuestra siguiente tarea consistía en reparar el bote y pensar en cómo apoderarnos del barco; en cuanto al capitán, ahora tenía tiempo para parlamentar con ellos. Les soltó un sermón sobre la villanía de cuanto habían hecho con él y, en general, sobre la perversidad de sus planes y sobre la certeza de que el final no habría de significar para ellos más que miseria y desgracia, tal vez incluso la horca.

Parecían todos muy arrepentidos y suplicaron con fuerza por sus vidas. Al respecto les dijo que no eran prisioneros suyos sino del comandante de la isla; que creían haberlo abandonado a orillas de una isla deshabitada y estéril, pero resultaba que la isla estaba habitada y que el gobernador era un inglés; él podía colgarlos a todos allí mismo, si así lo deseaba, mas como el capitán les había concedido cuartel, suponía que el gobernador los enviaría a todos a Inglaterra para que allí la justicia se encargara de ellos; con la excepción de Atkins, para quien el gobernador había dispuesto que se le comunicara que debía prepararse para la muerte, pues sería ahorcado a la mañana siguiente.

Aunque todo aquello era obra de su invención, surtió el efecto deseado: Atkins cayó de rodillas y suplicó al capitán que intercediera por su vida ante el gobernador; todos los demás suplicaron por el amor de Dios que no los enviara a Inglaterra.

Entonces se me ocurrió que había llegado la hora de nuestra salvación y que resultaría bien fácil conseguir que aquellos hombres se unieran a nosotros de todo corazón para recuperar el barco; así que me escondí en la oscuridad para que no vieran qué clase de gobernador tenían y llamé al capitán a mi lado; después de llamarlo desde lejos, ordené a uno de mis hombres que alzara la voz de nuevo y le dijera: «Capitán, os llama el gobernador». De inmediato, el capitán respondió: «Di a su excelencia que enseguida voy». Eso los engañó por completo y todos creyeron que el gobernador estaba cerca de allí con sus cincuenta hombres.

Cuando llegó a mi lado el capitán, le conté mi proyecto para apoderarnos del barco. Le pareció de maravilla y decidimos que lo llevaríamos a cabo a la mañana siguiente.

Sin embargo, para ejecutarlo con mejor arte y asegurar su éxito le dije que debíamos dividir a los prisioneros; que fuera a coger a Atkins y a otros dos de la peor calaña, y los mandara atados a la cueva en que esperaban los otros. De eso se encargó Viernes con los dos hombres que habían desembarcado con el capitán.

Los llevaron hasta la cueva como si se tratara de una prisión; efectivamente, se trataba de un lugar funesto, sobre todo para hombres en su situación.

Mandé llevar los otros a lo que he dado en llamar mi glorieta, que ya he descrito por completo; como estaba rodeada por una cerca y ellos iban atados, el lugar resultó bastante seguro, ya que ellos sabían que su destino dependía de su buen comportamiento.

Por la mañana les mandé al capitán para que parlamentara con ellos y, en pocas palabras, los pusiera a prueba y luego me contara si creía que podíamos confiar en ellos para atacar el barco por sorpresa. Les habló del daño que le habían causado, de la situación en que se hallaba; y de que, si bien el gobernador les había concedido cuartel y los conservaba con vida por el momento, podían estar seguros de que cuando los enviara a Inglaterra terminarían colgados con una cadena; en cambio, si se unían a nosotros en un acto tan justo como la recuperación del barco, él intentaría comprometer al gobernador en su clemencia.

Cualquiera puede imaginar la rapidez con que unos hombres en semejante situación aceptaron la propuesta; se arrodillaron ante el capitán y con los más graves juramentos se comprometieron a ser leales hasta el fin, afirmaron que le debían la vida y que irían con él hasta el fin del mundo y lo respetarían como a un padre mientras vivieran.

«Bueno —dijo el capitán—. Tengo que ir a contarle al gobernador cuanto habéis dicho y ver cómo puedo convencerlo para que dé su consentimiento». A continuación me trajo el relato del estado de ánimo en que los había encontrado y afirmó que creía firmemente en su lealtad.

De todos modos, para mayor seguridad, le dije que volviera y escogiera a cinco hombres y, para que ellos creyeran que en realidad no necesitábamos más, les dijera que se los llevaba como ayudantes y que el gobernador se quedaría a los otros dos y a los tres que habían sido enviados al castillo (mi cueva) como prisioneros, para que respondieran por la lealtad de aquellos cinco; si resultaban ser desleales a la hora de la verdad, mandaría colgar con cadenas a los cinco rehenes en la playa.

Parecía muy severo y les convenció de que el gobernador iba en serio. De todos modos, tampoco tenían otra opción que aceptar. Y a partir de entonces los prisioneros tuvieron tanto interés como el propio capitán en persuadir a los otros cinco para que cumplieran con su deber.

Así quedaron ordenadas nuestras fuerzas para la expedición: 1. El capitán, su primer oficial y el pasajero. 2. Los dos prisioneros del primer grupo, a quienes, tras oír la descripción de sus caracteres en boca del capitán, yo había concedido la libertad y entregado las armas. 3. Otros dos, a los que hasta ahora había mantenido en la

glorieta, atados; a petición del capitán, ahora los había liberado. 4. Los cinco liberados al final. En total sumaban doce, aparte de los cinco conservados en la cueva a modo de rehenes.

Pregunté al capitán si estaba dispuesto a atreverse a abordar el barco con aquellos hombres; en cuanto a mí y a Viernes, no me parecía apropiado que nos moviéramos, pues dejábamos atrás a siete hombres y bastante trabajo tendríamos para mantenerlos separados en dos grupos y proporcionarles avituallamiento.

En cuanto a los cinco de la cueva, decidí mantenerlos atados, pero Viernes iba a verlos dos veces al día para darles cuanto necesitaran; yo mismo enviaba a los otros dos con provisiones a una cierta distancia, donde Viernes las recogía.

Cuando me mostré ante los dos rehenes lo hice con el capitán, quien les dijo que yo era la persona escogida por el gobernador para vigilarlos y que aquel deseaba que no se movieran a ningún lugar si yo no se lo ordenaba; que si lo hacían serían llevados al castillo y encerrados con grilletes. De modo que, como nunca me habían visto en mi condición de gobernador, yo podía ahora fingir ser otro y hablar del propio gobernador, de la guarnición, del castillo y de cosas por el estilo en cualquier momento.

El capitán ya no tenía más obstáculo que aprovisionar los dos botes, arreglar la fuga de uno de ellos, y comandarlos. Nombró a su pasajero capitán de un bote y le entregó cuatro hombres; él mismo, junto con el primer oficial y otros cinco, montó en el segundo. Se las ingeniaron muy bien, pues se acercaron al barco alrededor de la medianoche. En cuanto llegaron a su cercanía, mandó a Robinson que gritara un saludo y les dijera que volvían con los hombres y el primer bote, aunque les había costado mucho encontrarlos, y cosas parecidas; los mantuvo entretenidos en la conversación hasta que llegaron junto al barco; el capitán y el primer oficial fueron los primeros en entrar con sus armas y tumbaron de inmediato al segundo oficial y al carpintero con las culatas de sus mosquetes, lealmente secundados por los demás hombres; ataron a todos los demás que encontraron en la cubierta principal y en el alcázar y se pusieron a cerrar las escotillas para mantener encerrados a los que iban en el interior, mientras los hombres del otro bote, tras escalar los obenques delanteros, se hicieron con el control del castillo de proa y de la trampilla que daba a la cocina y apresaron a los tres hombres que había allí.

Una vez hecho esto y con todos los hombres a salvo en la cubierta, el capitán mandó al oficial que entrase con tres hombres en el camarote de popa, donde descansaba el capitán rebelde. Este, avisado por la alarma, se había levantado y se había provisto de armas, junto con otros dos hombres y un muchacho. Cuando el oficial forzó la puerta con una palanca, el capitán rebelde y sus hombres dispararon a bulto contra ellos, hiriendo al oficial con una bala de mosquete que le partió el brazo. Hirieron también a otros dos hombres, pero no mataron a nadie.

Sin embargo, el contramaestre, pese a estar herido, pidió ayuda a gritos, se metió en el camarote y disparó al capitán rebelde en la cabeza: la bala entró por la boca y

salió por detrás de una oreja, de modo que aquel no llegó a pronunciar palabra alguna. Acto seguido los demás se rindieron y se llevó a efecto la toma del barco sin más pérdida de vidas.

En cuanto quedó apresado el barco, el capitán ordenó disparar siete rifles, señal acordada conmigo para darme noticia de su éxito. Pueden estar seguros de que me encantó oírlos, pues me había quedado esperándola, sentado en tierra, hasta casi las dos de la mañana.

Tras oír la señal con toda claridad, me tumbé. Como había sido un día de gran fatiga, dormí profundamente hasta que me sorprendió el disparo de un arma; me levanté de inmediato y oí que un hombre me llamaba por el cargo de gobernador, gobernador, y enseguida identifiqué la voz del capitán. Este escaló hasta la cima de la colina, se plantó en ella y, tras señalar hacia el barco, me estrechó entre sus brazos: «Mi querido amigo y salvador —dijo—, ahí tenéis vuestro barco, pues vuestro es por entero, como lo somos nosotros y todos los que viajan en él». Yo desvié la mirada hacia el barco y lo vi allí, a poco más de media milla de la costa, pues habían levado anclas inmediatamente después de someterlo. Como el tiempo estaba en calma, lo habían acercado para anclarlo justo ante la desembocadura del riachuelo y, con la marea alta, el capitán había regresado con la pinaza hasta la zona en que yo descargaba las balsas, para aparecer justo a la puerta de mi casa.

Al principio estuve a punto de desmayar me por la sorpresa, pues efectivamente veía con toda claridad la salvación al alcance de mis manos, sin obstáculo alguno, y con un buen barco listo para llevarme adonde quisiera. Al principio, durante un rato, no fui capaz de decirle ni una sola palabra; como me había dado un abrazo, lo estreché yo también con fuerza, pues de otro modo hubiera caído al suelo.

Él se percató de mi sorpresa y sacó de inmediato una botella de su bolso para darme un trago de cordial que me había traído a propósito. Después de bebérmelo, me senté en el suelo. Aunque pronto volví en mí, tardé un buen rato en ser capaz de dirigirle la palabra.

Durante todo ese tiempo el pobre hombre estaba tan en éxtasis como yo, sólo que a él no lo dominaba la sorpresa; me dijo un millar de palabras tiernas y amables para que me calmase y volviera en mí. Sin embargo, un caudal de alegría inundaba con tal fuerza mi pecho que me produjo una gran confusión; al fin se desbordó en lágrimas y, poco después, recuperé el habla.

Entonces me tocó a mí abrazarlo en su condición de salvador; nos regocijamos juntos. Le dije que lo tenía por enviado de los cielos para salvarme y que toda aquella transacción parecía una cadena de milagros; que esa clase de sucesos eran el testimonio de que la mano secreta de la Providencia gobierna el mundo y la prueba de que unos ojos de poder infinito podían escrutar hasta el rincón más remoto del mundo y enviar ayuda a los desgraciados cuando les parecía bien.

No olvidé alzar el corazón en agradecimiento al cielo; ¿qué corazón olvidaría bendecir a quien nos cuida milagrosamente en tierra salvaje y en situación desolada,

aquel de quien debemos reconocer que procede toda salvación?

Después de hablar un poco, el capitán me dijo que había traído alguna provisión que quedaba en el barco, de entre las pocas que no habían sido saqueadas por quienes lo habían sometido durante tanto tiempo. Entonces llamó a los del bote y mandó a sus hombres que desembarcaran las cosas que eran para el gobernador; desde luego era todo un regalo, como si en vez de embarcarme para irme con ellos yo pensara quedarme a vivir en la isla y ellos tuvieran que irse sin mí.

En primer lugar, me había traído una caja de botellas de un excelente cordial, seis botellas grandes de vino de Madeira, de dos cuartos cada una; dos libras de excelente tabaco, doce buenos pedazos de carne del barco, otros seis de cerdo, un saco de guisantes y cerca de cien libras de bizcocho.

Me traía también una caja de azúcar, otra de harina, un saco lleno de limones, dos botellas de zumo de lima y un montón de cosas más. Pero sobre todo, mil veces más útil para mí, traía seis camisas nuevas y limpias, seis buenos pañuelos de cuello, dos pares de guantes, uno de zapatos, un sombrero, unos calcetines y un traje suyo que apenas se había puesto. En pocas palabras, me vistió de los pies a la cabeza.

Como puede imaginarse, era un regalo muy agradable para alguien en mis circunstancias. Sin embargo, nunca hubo en el mundo nada que resultara tan desagradable, molesto e incómodo como lo fue para mí aquella ropa recién puesta.

Pasadas esas ceremonias, una vez llevadas todas esas cosas buenas a mi pequeña residencia, empezamos a deliberar qué debíamos hacer con los prisioneros: merecía la pena detenerse a pensar si debíamos atrevernos a llevarlos con nosotros o no, sobre todo a dos de ellos, pues sabíamos que eran incorregibles y hostiles en grado máximo. El capitán dijo que sabía que eran tan granujas que no habría modo de comprometerlos y si los llevábamos con nosotros tenía que ser con grilletes, como malhechores, para entregarlos a la justicia en la primera colonia inglesa a la que pudiéramos llegar. Me pareció que le provocaba mucha ansiedad.

Entonces le dije que si quería yo podía encargarme de que aquellos hombres se quedaran en la isla a petición propia. «Eso me encantaría —contestó el capitán—. De todo corazón».

«Bueno —dije yo—, los mandaré traer y hablaré con ellos en vuestro nombre». Así que mandé a Viernes y a dos de los rehenes, pues al cumplir sus compañeros lo prometido estos habían sido ya liberados; digo que los mandé a la cueva para que recogieran a los cinco hombres atados, los llevaran a la glorieta y los mantuvieran allí hasta mi llegada.

Al cabo de un rato llegué yo, con mi ropa nueva, y me hice llamar otra vez gobernador. En cuanto estuvimos reunidos, y con el capitán a mi lado, mandé que trajeran a los hombres ante mi presencia y les dije que conocía la historia completa de sus villanías contra el capitán y de cómo habían huido con el barco y se preparaban para cometer aún peores fechorías, aunque la Providencia les había tendido una trampa con su propio estilo y habían caído en el foso que ellos mismos estaban

cavando para los demás.

Les hice saber que el barco había sido capturado bajo mi dirección y que ya estaba de nuevo en camino; y que en breve podrían ver que su nuevo capitán había recibido el justo premio a su villanía; lo verían colgado de lo más alto del mástil.

También les dije que quería saber si tenían algo que decir, alguna razón por la que no debía ejecutarlos como a piratas sorprendidos en el acto, pues no debían tener ninguna duda de que mi cargo me autorizaba a hacerlo.

Uno de ellos contestó en nombre de todos que sólo tenían una cosa que decir: que en el momento de apresarlos el capitán les había prometido la vida y ellos habían implorado humildemente su piedad; sin embargo, yo les dije que no sabía qué piedad mostrar con ellos, pues yo mismo había decidido abandonar la isla con todos mis hombres y había aceptado pasaje con el capitán para volver a Inglaterra. En cuanto al capitán, si los llevaba a Inglaterra tenía que hacerlo con grilletes y en calidad de prisioneros para ser juzgados por haberse amotinado y haber huido con el barco; en consecuencia, tenían que saber que les esperaba el patíbulo, de modo que yo no podía decir qué les convenía más si no estaban decididos a aceptar su destino en la isla; si así lo deseaban, a mí no me importaba, pues yo tenía libertad para abandonarla y una cierta inclinación por perdonarles la vida si les parecía que podían quedarse en tierra.

Parecían muy agradecidos y dijeron que preferían aventurarse a permanecer aquí antes que regresar a Inglaterra para que los colgaran, de modo que así lo dejé resuelto.

Sin embargo, el capitán fingió poner algunos obstáculos, como si no quisiera dejarlos allí. Entonces yo hice ver que me enfadaba con él y le dije que los prisioneros eran míos, y no suyos, y que tras haberles ofrecido un trato de favor pensaba cumplir la palabra dada; y que si no le gustaba, podía capturarlos de nuevo, suponiendo que fuera capaz de pillarlos.

Acto seguido ellos dieron grandes muestras de gratitud y, en consecuencia, los liberé y les mandé retirarse al bosque, al mismo lugar por el que habían llegado, donde les dejaría armas de fuego, algo de munición y unos consejos para que tuvieran muy buena vida, si así les parecía.

A continuación me preparé para embarcar, pero le dije al capitán que esa noche me quedaría en tierra para preparar mis cosas y que mi deseo era que mientras tanto él se embarcara y lo tuviera todo en orden en el barco, y que al día siguiente me enviase a tierra el bote; mientras tanto, le ordené que hiciera colgar de lo más alto del palo al capitán rebelde, para que pudieran verlo aquellos hombres.

Cuando se fue el capitán, hice subir a los hombres a mi residencia y entablé una seria charla con ellos acerca de sus circunstancias: les dije que me parecía que habían escogido bien; que si se los llevaba el capitán sin duda terminarían colgados. Les mostré el capitán rebelde, que pendía de lo más alto del mástil sobre el barco, y les dije que les esperaba algo igual.

Todos manifestaron su voluntad de quedarse y luego les dije que les iba a contar

la historia de mi vida en la isla para ponerles las cosas algo más fáciles. A continuación les conté la historia completa del lugar y de mi llegada al mismo; les mostré mis fortificaciones, cómo hacía el pan, plantaba el cereal y secaba las uvas; en pocas palabras, todo lo necesario para facilitarles la vida. Les conté también la historia de los dieciséis españoles que vendrían en algún momento, para quienes dejé una carta, y les hice prometer que los tratarían como a iguales.

Les dejé mis armas de fuego. A saber: cinco mosquetes, tres escopetas de cazar aves y tres espadas. Me quedaba algo más de un barril y medio de pólvora, pues pasados uno o dos años había usado muy poca, siempre sin malgastarla. Les describí cómo me las arreglaba con las cabras y les di las instrucciones necesarias para ordeñarlas y engordarlas, así como para hacer mantequilla y queso.

En resumen, les entregué mi propia historia por partes y les dije que convencería al capitán para dejarles dos barriles más de pólvora y algunas semillas de jardín que yo mismo hubiera agradecido tener. También les di el saco de guisantes que me había traído el capitán, con el encargo de plantarlos y asegurarse de que se multiplicaban.

Después de todo eso, al día siguiente los dejé y me fui hasta el barco. Nos preparamos de inmediato para partir, pero aquella noche no levamos anclas. A la mañana siguiente, a primera hora, dos de aquellos cinco hombres se acercaron a nado hasta el costado del barco, se quejaron muy amargamente de los otros tres y suplicaron que los aceptáramos en el barco por el amor de Dios, pues de otro modo iban a morir asesinados; rogaron al capitán que los subiera a bordo, aunque fuera para colgarlos de inmediato.

En ese momento el capitán fingió que no podía decidir sin consultarme. Tras ciertas dificultades, y luego de obtener su solemne propósito de enmienda, los subimos a bordo y, poco después, recibieron el castigo del látigo y sus heridas fueron frotadas con sal y vinagre; desde entonces, resultaron ser gente muy honesta y tranquila.

Algo más tarde, con la marea alta, mandamos el bote a tierra con las provisiones que habíamos prometido a aquellos hombres, a las que se pudieron añadir sus cofres y su ropa gracias al permiso otorgado por el capitán tras mi intercesión. Los recibieron con grandes muestras de gratitud. Para animarles, les dije también que si encontraba el modo de enviar alguna embarcación a su rescate, no dejaría de hacerlo.

Al abandonar la isla, me llevé, a modo de reliquias, el gorro de piel de cabra que me había hecho yo mismo, el parasol y mi loro; tampoco me olvidé de coger el dinero antes mencionado, abandonado durante tanto tiempo por su inutilidad, que estaba todo herrumbrado y deslucido hasta tal punto que a duras penas parecería plata mientras no pudiera frotarlo y manosearlo; también me llevé el dinero que había encontrado en los restos del naufragio del barco español.

Así, dejé la isla el 19 de diciembre, según supe por las cuentas que llevaban los del barco, del año de 1686, tras haber pasado en ella veintiocho años, dos meses y diecinueve días. Me libraba de mi segunda cautividad el mismo día del mes que en

mi primera huida, en la chalupa que me alejó de los moros de Salé.

En aquel barco, tras un largo viaje, llegué a Inglaterra el 11 de junio de 1687, después de treinta y cinco años de ausencia.

Al llegar a Inglaterra era un perfecto desconocido para todo el mundo, como si nunca hubiera conocido a nadie. Mi leal benefactora y fiel administradora, a quien había confiado todo mi dinero, estaba viva, mas había sufrido grandes desgracias: había enviudado por segunda vez y estaba en pésima situación. La tranquilicé al respecto de su deuda conmigo y le aseguré que no le crearía ningún problema. Al contrario, en agradecimiento a sus cuidados y a la lealtad que antaño me había deparado, la ayudé en la medida en que lo permitían mis ahorros, que en ese momento eran escasos. Y le prometí que nunca olvidaría la bondad con que me había tratado. No lo olvidé pasado un tiempo, cuando tuve suficiente para ayudarla, como se verá en su momento.

Más adelante bajé a Yorkshire, pero mi padre había muerto, mi madre, toda mi familia extinta salvo por dos hermanas que encontré y dos hijos de mis hermanos; como me daban por muerto desde hacía tanto tiempo, no me habían dejado nada en herencia. En pocas palabras, no encontré nada que me proporcionara ayuda o alivio; el escaso dinero que tenía me iba a servir de bien poco para instalarme en el mundo.

Eso sí, me topé con una muestra de gratitud que no esperaba: aquel capitán de barco a quien había salvado, rescatando al mismo tiempo la embarcación y su cargamento, había contado a los dueños la historia de cómo había salvado yo sus vidas y el barco; estos me invitaron a conocerlos, así como a otros comerciantes implicados, y entre todos me felicitaron con gran amabilidad y me regalaron casi doscientas libras esterlinas.

Sin embargo, tras reflexionar acerca de las circunstancias de mi vida y entender que aquello no suponía una ayuda excesiva a la hora de instalarme en el mundo, decidí viajar a Lisboa, a ver si conseguía información sobre el estado de mi plantación en Brasil y sobre lo que hubiera sucedido con mi socio, del cual tenía razones para suponer que llevaba unos cuantos años dándome por muerto.

Con esa intención me embarqué hacia Lisboa, donde llegué el siguiente mes de abril. Mi Viernes me acompañó muy honestamente en ese deambular y demostró ser, en toda circunstancia, el más fiel sirviente.

Al llegar a Lisboa encontré, tras algunas pesquisas y con gran satisfacción, a mi viejo amigo, el capitán de barco que me había recogido en alta mar ante las costas de África. Se había hecho mayor y había abandonado el mar, dejando a su hijo, que tampoco era ya ningún joven, al mando del barco; seguía, por cierto, comerciando con Brasil. El anciano no me reconoció y, ciertamente, a mí también me costó mucho. Mas en cuanto conseguí reconocerlo y le dije quién era, él se acordó también.

Tras apasionadas muestras de afecto por nuestra vieja amistad, le pregunté, como podrán dar por cierto, por mi plantación y mi socio. El anciano me dijo que llevaba nueve años sin ir a Brasil, pero estaba en condiciones de asegurarme que, al irse él

por última vez, mi socio seguía con vida, mientras que los albaceas a los que había dejado, junto con él, para administrar mi parte estaban muertos. En cualquier caso, le parecía que no me iba a costar obtener detalles del crecimiento de la plantación, pues al creer todo el mundo que yo había muerto en el naufragio, mis albaceas habían rendido cuentas de los beneficios de mi parte de la plantación al procurador fiscal y este había dispuesto de ellos por si yo alguna vez los reclamaba: un tercio al rey, dos tercios al monasterio de San Agustín para que los gastara a beneficio de los pobres y en la conversión de los indios a la fe católica. Sin embargo, si yo aparecía o alguien reclamaba la herencia en mi nombre, debían restituirla, salvo por el llamado incremento, o la producción anual, que se distribuía con fines caritativos. Me aseguré que tanto el administrador de la Hacienda Real que se encargaba de las tierras como el proveedor o administrador del monasterio se habrían asegurado de que el titular de la plantación, o sea, mi socio, rindiera cada año cuentas precisas de los beneficios, pues iban a recibir debidamente la mitad que me correspondía a mí.

Le pregunté si sabía en cuánto había incrementado el valor de la plantación y si le parecía que merecía la pena que me encargara de ella. O si, en el caso de que me desplazara hasta allí, iba a encontrar algún obstáculo a la hora de tomar posesión de la mitad que en justicia me pertenecía.

Me dijo que no me podía contestar con exactitud en qué medida había crecido la plantación; sin embargo, sí sabía que mi socio se había hecho muy rico con una sola mitad; y que, hasta donde podía recordar, había oído que el tercio de mi parte que correspondía al rey, y que al parecer se entregaba a algún otro monasterio, o a alguna casa religiosa, ascendía a más de doscientos moidores cada año. En cuanto a la posibilidad de recuperar la propiedad sin problemas, le parecía que no cabía la menor duda, pues al estar vivo mi socio podía ser testigo de mis derechos de propiedad, aparte de que mi nombre estaba registrado en el país. También me dijo que los herederos de mis dos albaceas eran gente muy honesta y adinerada; él opinaba que no sólo me ayudarían a recuperar mi propiedad, sino que incluso encontraría una suma de dinero considerable esperándome en sus manos, fruto de los beneficios producidos por la plantación cuando aún la administraban sus padres, antes de que se decidiera repartirlos tal como acababa de contarme, cosa que, según recordaba, había ocurrido hacía doce años.

Mostré cierta preocupación y algo de inquietud al oír ese relato y pregunté al viejo capitán cómo podía ser que mis albaceas hubieran dispuesto así de mis beneficios, cuando era sabido que yo había dejado testamento en el que lo nombraba a él mismo, al capitán portugués, mi heredero universal.

Me dijo que eso era cierto, pero que al no haber pruebas no se había podido ejecutar el testamento mientras no llegara un relato cierto de mi muerte; además, él no quería interferir en algo tan remoto. Ciertamente había registrado mi testamento y había reclamado la herencia y, si hubiera podido aportar información sobre si yo estaba vivo o muerto, habría actuado por medio de un procurador para tomar

posesión del ingenio, que así se llamaba la azucarera, y habría ordenado a su hijo, que ahora estaba en Brasil, actuar en consecuencia.

«Sin embargo —dijo el anciano—, tengo una noticia que tal vez no os parezca tan aceptable como las otras. Creyendo que os habíais perdido, igual que lo creía el mundo entero, el socio y los albaceas sí me ofrecieron liquidarme a mí en vuestro nombre y recibí los beneficios durante los primeros seis u ocho años. Pero como en esa época había grandes gastos para aumentar las instalaciones, construir el ingenio y comprar más esclavos, los beneficios no eran tan cuantiosos como más adelante. De todos modos —añadió el anciano—, os daré un recuento fiable de cuanto he recibido y de cómo he dispuesto que se gastara».

Tras unos cuantos días de conversar con el viejo amigo, me trajo un inventario de los beneficios de mi plantación durante los primeros seis años, firmado por mi socio y los albaceas, que se lo habían entregado siempre en especies como hojas de tabaco o cofres llenos de azúcar, aparte de ron y melaza, que se obtiene después de procesar el azúcar. Por aquel inventario supe que los ingresos aumentaban considerablemente cada año pero, como se ha dicho más arriba, había muchos gastos y al principio los beneficios eran escasos. En cualquier caso, el hombre me hizo saber que me debía cuatrocientos setenta moidores de oro, aparte de sesenta cofres de azúcar y quince rollos dobles de hojas de tabaco que se habían perdido con su barco, porque había naufragado volviendo de Lisboa, unos once años después de mi partida.

El buen hombre empezó a quejarse de sus desgracias y de cómo se había visto obligado a usar mi dinero para recuperarse de sus pérdidas y comprar una parte de propiedad de un barco. «De todos modos, amigo —dijo—, no os va a faltar provisión en un momento de necesidad. En cuanto regrese mi hijo, se os dará completa satisfacción». Acto seguido, sacó una bolsa vieja y me entregó ciento sesenta moidores de oro de Portugal. Luego me mostró las escrituras de propiedad del barco, con el que su hijo había viajado a Brasil y del cual le pertenecía una cuarta parte, más otro tanto a su hijo, y puso ambas en mi mano como garantía del resto de la deuda.

Tanto me conmovió la honestidad y la bondad de aquel pobre hombre que no pude soportarlo; recordando lo que había hecho por mí al recogerme en el mar, así como la generosidad con que me había tratado en esa circunstancia y, en particular, la sinceridad con que ahora me mostraba su amistad, a duras penas conseguí reprimir el llanto al oírle. En consecuencia, le pregunté en primer lugar si sus circunstancias le permitían desprenderse de tanto dinero en aquel momento y si no iba a pasar estrecheces por ello. Me respondió que no podía decirlo, pero que tal vez sí le obligara a ciertas estrecheces. Sin embargo, el dinero era mío y podía ser que lo necesitara más que él.

Todo cuando decía el buen hombre estaba lleno de afecto y yo apenas conseguía reprimir las lágrimas mientras hablaba. En pocas palabras, cogí cien de los moidores y pedí pluma y tinta para extenderle un recibo; luego le devolví el resto y le dije que si en algún momento recuperaba la plantación también le devolvería aquellos, como

finalmente hice. En cuanto al pagaré que me daba por la parte de la propiedad del barco que correspondía a su hijo, le dije que no la aceptaría en ninguna circunstancia, pues sabía que si necesitaba dinero podía estar seguro de que él tendría la honestidad de pagarme; y si no lo necesitaba porque terminaba recibiendo lo que él me había dado razones para esperar, nunca aceptaría de él ni un penique.

Liquidado ese asunto, el anciano empezó a preguntarme si quería que me proporcionara el método para reclamar mi plantación. Le dije que quería pensarlo por mí mismo. Contestó que podía hacerlo, si así lo deseaba, pero que, en caso contrario, había bastantes modos de garantizar mi derecho y de disponer de inmediato de los beneficios que me correspondían; como en el río de Lisboa había barcos a punto de zarpar hacia Brasil, me hizo alistarme en un registro público con una declaración jurada en la que afirmaba estar vivo y ser la misma persona que había ocupado la tierra para instalar en ella al principio la plantación en cuestión.

La declaración fue formalmente testimoniada por un notario y se le adjuntó una concesión de poderes, y el capitán me instruyó para que la mandara con una carta escrita por él a un comerciante conocido suyo que vivía en el lugar; luego propuso que me instalara con él hasta que llegara la respuesta a la carta con las correspondientes cuentas.

Nunca hubo procedimiento más honrado que los que se establecieron por medio de esos poderes, pues al cabo de menos de seis meses recibí un paquete grande enviado por los herederos de los mercaderes que yo había dejado como albaceas, a cuenta de quienes me había embarcado. El paquete contenía los siguientes papeles y cartas:

Primero había un inventario actualizado de los ingresos de la granja, o plantación, desde el año en que sus padres habían rendido cuentas a mi capitán portugués, unos seis años después de su constitución. El balance arrojaba 1. 174 moidores a mi favor.

Segundo, un balance de otros cuatro años, durante los cuales habían conservado los beneficios en su poder, antes de que el gobierno reclamara la administración por tratarse de bienes propios de un desaparecido en lo que llamaban «muerte civil». Ese balance, al haber aumentado el valor de la plantación, ascendía a 38. 892 cruzados, que corresponden a 3. 241 moidores.

Tercero, el balance del prior de los agustinos, que había recibido los beneficios durante catorce años. Como no tenía que liquidar lo que se había entregado al hospital, declaró con gran honestidad que tenía 872 moidores sin distribuir y entendía que me correspondían. En cuanto a la parte del rey, no hubo nada que recuperar.

Había una carta de mi socio, en la que me felicitaba con gran afecto por estar vivo y me rendía cuentas de cuánto había mejorado la plantación y cuántos beneficios producía en un año, con detalles del número de acres cuadradas que contenía; qué se plantaba en ellos y cuántos esclavos las trabajaban. Había dibujado veintidós cruces para desearme la bendición y me dijo que había rezado otros tantos avemarías para agradecer a la Virgen bendita que yo siguiera con vida; me invitaba con gran énfasis a

desplazarme hasta allí y tomar posesión de lo mío; mientras tanto, me pedía instrucciones sobre cómo hacerme llegar mis pertenencias si no iba yo mismo a buscarlas. Terminaba con un sincero ofrecimiento de su amistad, y la de su familia, y me enviaba como regalo siete pieles finas de leopardo que, al parecer, había recibido de África, de algún barco que había enviado a esas tierras y que, aparentemente, había tenido mejor viaje que yo. También me mandaba cinco cofres de excelentes confituras y un centenar de monedas de oro sin acuñar, no tan grandes como los moidores.

Por medio de la misma flota, mis dos albaceas me mandaban mil doscientos cofres de azúcar, ochocientos rollos de tabaco y el resto de mis beneficios en oro.

Desde luego, podía decir que Job había terminado mejor de lo que empezara. Es imposible describir aquí el temblor de mi corazón cuando leí esas cartas, sobre todo al descubrir la riqueza que me rodeaba: como todos los barcos de Brasil vienen juntos formando una flota, las cartas llegaron al mismo tiempo que los bienes; y mis pertenencias estaban ya a salvo en el río cuando llegaron las cartas a mi poder. En pocas palabras, me quedé pálido y mareado; y si el anciano no llega a apresurarse a darme un cordial, creo que la repentina sorpresa de aquella alegría hubiera truncado la naturaleza y yo hubiera muerto ahí mismo.

Incluso después de eso seguí muy enfermo y pasé así unas cuantas horas hasta que fueron en busca de un médico y este, conociendo en parte la causa real de mi malestar, mandó que se me practicara una sangría; después sentí un gran alivio y mejoré. Sin embargo, creo firmemente que si no se hubiera aplicado ese método para dar rienda suelta a mis ánimos habría fallecido.

De pronto era dueño de más de cinco mil libras esterlinas en efectivo y tenía una propiedad en Brasil, pues bien podía llamarla así, valorada en más de mil libras anuales, lo cual me daba tanta seguridad como si fuera un terrateniente en la propia Inglaterra. En resumen, estaba en una situación que apenas alcanzaba a entender y me faltaba la calma necesaria para poderla disfrutar.

Lo primero que hice fue recompensar a mi benefactor original, mi viejo y buen capitán, que había sido el primero en depararme su caridad en la desgracia, bueno conmigo al principio y honesto conmigo al final. Le mostré todo lo que me habían mandado y le dije que, después de la Providencia de los cielos, que todo lo dispone, se lo debía a él; y que ahora me correspondía recompensarlo, cosa que haría multiplicando por cien lo debido. Así que primero le devolví los cien moidores que me había dado; luego hice llamar a un notario y le pedí que redactara una renuncia general, o descarga, por valor de cuatrocientos setenta moidores, equivalente a la deuda que él, de la manera más firme y completa posible, había reconocido tener conmigo. A continuación hice que se redactara un poder por medio del cual le confería el derecho a recibir en mi nombre los beneficios anuales de mi plantación, al tiempo que encomendaba a mi socio que rindiera cuentas con él y le enviase a él, aunque a mi nombre, los beneficios correspondientes por medio de la flota habitual;

al final, una cláusula le garantizaba una concesión de cien moidores al año mientras viviera, a deducir de dichos beneficios, más otros cincuenta moidores anuales que, a su muerte, recibiría su hijo mientras viviera. Así recompensé a mi viejo amigo.

A continuación debía ponderar qué rumbo tomar y qué hacer con las propiedades que la Providencia había puesto en mis manos por aquellos medios; en verdad, ahora tenía más preocupaciones que en mi silenciosa vida en la isla, donde no necesitaba más que cuanto tenía y tenía cuanto necesitaba. Ahora, en cambio, tenía una gran carga sobre mis hombros y estaba obligado a asegurarla. Ya no tenía una cueva en que esconder mi dinero, ni un lugar en que dejarlo sin necesidad de cerradura y llave, hasta el punto de enmohecerse y deslustrarse sin nadie que lo toqueteara. Al contrario, no sabía dónde ponerlo, ni a quién confiárselo. Mi viejo patrón, el capitán, era sin duda honesto y eso lo convertía en mi único refugio.

En segundo lugar parecía que mis intereses en Brasil me obligaban a desplazarme hasta allí, mas no podría hacerlo hasta que hubiera arreglado mis asuntos y dejado mis propiedades en buenas manos durante mi ausencia. Al principio pensé en mi vieja amiga, la viuda, de quien sabía que era honesta y que sería justa conmigo; mas estaba ya entrada en años y empobrecida y, hasta donde yo podía saber, tal vez tuviera deudas; en pocas palabras, no tenía más remedio que viajar a Inglaterra y llevarme mis pertenencias conmigo.

De todos modos, pasaron meses antes de que tomara dicha resolución: igual que había recompensado por completo y de forma satisfactoria al viejo capitán que antaño fuera mi benefactor, empecé a pensar en la pobre viuda, cuyo marido había sido mi primer bienhechor y ella misma, mientras estuvo en condiciones de serlo, mi leal administradora e instructora. Así que lo primero que hice fue pedir a un comerciante de Lisboa que escribiera a su corresponsal en Londres no sólo para que pagara sus cuentas pendientes, sino también para que fuera a buscarla y le llevara cien libras en efectivo de mi parte, hablara con ella y la consolara en su pobreza diciéndole que, mientras yo viviera, recibiría más cantidades. Al mismo tiempo envié a mis dos hermanas de Inglaterra cien libras para cada una, pues aunque no pasaban grandes necesidades tampoco vivían en las mejores circunstancias: una se había casado y luego había enviudado; la otra tenía un marido que no la trataba con la debida amabilidad.

Sin embargo, entre todos mis familiares y conocidos no conseguía escoger uno a quien pudiera encomendar el grueso de mis reservas para poderme ir a Brasil y dejarlo todo a salvo tras mi partida; eso me desconcertaba mucho.

En algún momento había pensado en irme a Brasil e instalarme allí; estaba familiarizado con el lugar, pero tenía algún escrúpulo por cuestiones religiosas que me echaban atrás de manera insensata, aunque pronto hablaré más de eso. En cualquier caso, no fue la religión lo que me impidió ir en ese momento. No había tenido escrúpulos a la hora de profesar abiertamente la religión propia del país mientras viví en él, y tampoco los iba a tener en aquel momento; sólo que

últimamente había pensado más al respecto y empezaba a lamentar haberme manifestado como papista y a pensar que tal vez no era una buena religión con la que morir.

Sin embargo, como ya he dicho, no fue esa la razón principal que me impidió marcharme a Brasil, sino el hecho de que realmente no sabía a quién dejar mis propiedades en mi ausencia; así que al fin decidí llevármelas a Inglaterra, donde, si llegaba, daba por hecho que conocería a alguien, o encontraría a algún pariente que me fuera leal; en consecuencia, me preparé para ir a Inglaterra con todas mis riquezas.

Con la intención de prepararlo todo para el viaje de vuelta a casa, y como la flota de Brasil estaba a punto de zarpar, decidí en primer lugar mandar la respuesta adecuada a los justos y nobles balances que había recibido de allí; primero escribí al prior de San Agustín una carta llena de agradecimiento por su justo trato y la oferta de los 872 moidores que quedaban sin gastar, de los que dispuse que 500 fueran para el monasterio y 372 para los pobres, a discreción del prior, con el deseo de que los buenos padres rezaran por mí.

A continuación mandé una carta de agradecimiento a mis dos albaceas, con todo el reconocimiento que su mucha justicia y honestidad merecían; si no les mandé ningún regalo fue porque estaban mucho más allá de cualquier necesidad.

Por último, escribí a mi socio para agradecerle sus esfuerzos por mejorar la plantación y su integridad en el aumento de los beneficios, dándole de paso instrucciones para el futuro manejo de mi parte según los poderes que había entregado a mi viejo capitán, a quien debía enviar cuanto a mí se debiera mientras no recibiese nuevos detalles míos. Le aseguré que no sólo tenía la intención de visitarlo, sino de instalarme allí para el resto de mi vida. A eso añadí un hermoso regalo consistente en sedas italianas para su esposa y sus dos hijas, pues obtuve esa información de su hijo; además, dos pedazos de tela amplia de origen inglés, la mejor que encontré en Lisboa, cinco fragmentos de bayeta negra y puntilla de Flandes, muy valiosa.

Ya con todos mis asuntos arreglados, vendí mi cargamento y convertí todas mis pertenencias en letras de cambio. La siguiente dificultad radicaba en decidir cómo volver a Inglaterra: estaba bastante acostumbrado a navegar y sin embargo en ese momento sentía una extraña aversión a viajar a Inglaterra por mar; y aunque no podría razonarlo, se me hacía tan difícil que, aunque llegué a embarcar mi equipaje para irme, luego cambié de idea; y no sólo una vez, sino dos o tres.

Es cierto que había tenido muy mala suerte en el mar y eso podría ser parte de la razón; mas que ningún hombre desprecie los fuertes impulsos de sus pensamientos en casos como ese: dos de los barcos en los que había estado a punto de embarcarme, es decir, dos en los que me había fijado más que en otros hasta el extremo de que en uno de ellos llegué a meter mis pertenencias y en el otro hasta alcancé un acuerdo con el capitán; digo que dos de esos barcos terminaron mal el viaje: uno lo capturaron los

piratas y el otro naufragó ante el cabo de Start, cerca de Torbay, y se ahogaron todos menos tres; así que en cualquiera de aquellos barcos hubiera sufrido una desgracia y resulta difícil decir cuál habría sido mayor.

Como me atormentaba con esos pensamientos, mi viejo piloto, a quien le contaba todo, me insistió solemnemente para que no fuera por mar, sino por tierra: podía ir a La Coruña, desde allí cruzar el golfo de Vizcaya hasta La Rochelle, desde donde resultaba fácil y seguro viajar por tierra a París y seguir hasta Calais y Dover; o también subir a Madrid y hacer el resto de recorrido por tierra cruzando Francia.

En pocas palabras, estaba tan predispuesto en contra de la idea de embarcarme, salvo para el trayecto de Calais a Dover, que decidí hacer todo el viaje por tierra. Como no tenía prisa, ni me importaba el coste, era la manera más agradable. Y para que aún lo fuera más, mi viejo capitán trajo a un caballero inglés, hijo de un comerciante de Lisboa, que quería viajar conmigo. Luego tomamos a otros dos comerciantes ingleses y a dos jóvenes caballeros portugueses que sólo iban hasta París. En total éramos seis, más cinco sirvientes; los dos comerciantes y los portugueses se contentaron con tener un sirviente para cada dos, para ahorrarse el pasaje. Por mi parte, yo conseguí que un marinero inglés viajara conmigo en calidad de sirviente, aparte de mi Viernes, que era demasiado ajeno a este mundo para ocupar el lugar de un sirviente de viaje.

Así partí hacia Lisboa; como el grupo iba bien surtido de monturas y armas, conformábamos una pequeña tropa, de modo que me hicieron el honor de llamarme capitán, tanto por ser el de mayor edad como por llevar dos sirvientes, aparte de haber sido quien originara el viaje.

Del mismo modo que no os he molestado con los detalles de mis viajes por mar, tampoco lo haré con el diario de mi viaje por tierra, aunque no debo omitir algunas aventuras que nos ocurrieron a lo largo de un desplazamiento largo y difícil.

Al llegar a Madrid, como todos éramos extranjeros, teníamos ganas de dedicar un tiempo a conocer la corte de España y a ver cuanto mereciera la pena. Sin embargo, como era el final del verano nos fuimos a toda prisa y arrancamos desde Madrid hacia mediados de octubre. Sin embargo, al llegar a los límites de Navarra, en varios pueblos que fuimos cruzando por el camino nos alarmaron con la historia de que había caído tanta nieve en la montaña por el lado de Francia que varios viajeros se habían visto obligados a regresar a Pamplona tras experimentar grandes riesgos en su intento de avanzar.

Al llegar a Pamplona descubrimos que era cierto. Y para mí, acostumbrado de siempre a los climas cálidos y a países en los que apenas se soportaba la ropa, aquel frío era insufrible. Y encima fue aún más doloroso por lo sorprendente, pues apenas hacía diez días desde nuestra salida de Castilla la Vieja, donde el clima no sólo era cálido sino caluroso, para encontrarnos de inmediato con un viento de los Pirineos, tan intenso, tan severamente frío que llegaba a ser intolerable y nos entumecía los dedos de los pies hasta el extremo de correr el riesgo de perderlos.

El pobre Viernes se asustó de verdad al ver la montaña, toda cubierta de nieve, y sentir un frío que no había conocido en su vida.

Para terminarlo de arreglar, cuando llegamos a Pamplona siguió nevando con tal violencia, y durante tanto tiempo, que la gente decía que se había adelantado el invierno y las carreteras, ya difíciles de transitar en condiciones normales, se volvieron infranqueables. En pocas palabras, la nieve en algunos puntos alcanzaba tal altura que no podíamos seguir viaje; y como no estaba endurecida por la congelación, como ocurre en los países del norte, resultaba imposible progresar sin correr el peligro de quedar enterrados a cada paso. Nos quedamos nada menos que veinte días en Pamplona hasta que (viendo que llegaba el invierno y no parecía que las cosas fueran a mejorar, pues en toda Europa no se recordaba un invierno tan severo como aquel), propuse que fuéramos todos a Fuenterrabía y allí nos embarcáramos hasta Burdeos, que era un trayecto muy corto.

Sin embargo, mientras nos planteábamos esa posibilidad llegaron cuatro caballeros franceses que se habían detenido en el lado galo de aquel paso de montaña igual que nosotros en el lado español, y habían encontrado un guía capaz de cruzar por un extremo del Languedoc y llevarlos por la montaña de manera que la nieve no los incomodara demasiado; y decían que, allí donde habían encontrado grandes cantidades de nieve, estaba tan helada que soportaba el peso de los caballeros y sus monturas.

Hicimos llamar a ese guía y él nos dijo que se encargaría de llevarnos al otro lado de la misma manera, sin correr peligros por la nieve, siempre y cuando nosotros tuviéramos suficientes armas para protegernos de las fieras salvajes; según él, con aquellas nevadas tan grandes era frecuente que aparecieran lobos al pie de las montañas, muertos de hambre por falta de comida al estar todo el suelo cubierto de nieve. Le dijimos que íbamos debidamente preparados para esa clase de criaturas si él podía ponernos a salvo de un tipo de lobo que caminaba sobre dos piernas y, según nos habían contado, era especialmente peligroso en el lado francés de la montaña.

Nos tranquilizó al afirmar que por donde íbamos a pasar no existía tal clase de peligro; así que pronto acordamos seguirlo, al igual que otros doce caballeros, con sus respectivos sirvientes. Algunos eran franceses; otros, españoles que, como ya he dicho, se habían visto obligados a volver sobre sus pasos.

En consecuencia, salimos todos de Pamplona con nuestro guía el 15 de noviembre. Desde luego, me sorprendió ver que, en vez de avanzar, retrocedía directamente unas veinte millas por la misma carretera que nos había llevado allí desde Madrid; tras cruzar dos ríos y alcanzar un terreno llano, nos encontramos de nuevo con el tiempo cálido en un paisaje agradable, sin nieve a la vista. Sin embargo, de pronto torció a la izquierda y se acercó por otro lado a la montaña; aun siendo cierto que los montes y los precipicios daban pavor, dio tantas vueltas y cambios de rumbo y nos llevó por caminos tan serpenteantes que pasamos por el punto más alto de la montaña sin darnos cuenta y sin que la nieve nos molestara en exceso; y de

repente nos mostró las agradables y fructíferas provincias de Languedoc y Gascuña, verdes y florecidas; no deja de ser cierto que estaban aún a gran distancia y que todavía nos quedaba un duro camino por recorrer.

De todos modos, sufrimos cierta inquietud cuando nevó un día entero, con su correspondiente noche, y tan fuerte que no pudimos avanzar; él nos dijo que estuviéramos tranquilos, que pronto pasaría todo. Y resultó que, efectivamente, empezamos a descender cada día un poco y a acercarnos más que antes al norte. Así que seguimos adelante, confiando en nuestro guía.

Faltaban unas dos horas para que cayera la noche, con nuestro guía algo adelantado y oculto a nuestra vista, cuando aparecieron tres lobos monstruosos, seguidos por un oso, procedentes de un valle que había junto a un bosque frondoso. Dos de los lobos echaron a correr hacia el guía y, si llega a ir una milla por delante, se lo habrían zampado sin darnos tiempo a intervenir en su ayuda; uno atacó al caballo y el otro al hombre con tal violencia que a este le faltó tiempo, o presencia de ánimo, para sacar la pistola. En lugar de eso se puso a gritar y a chillar con todas sus fuerzas para llamarnos. Como mi Viernes iba a mi lado, le ordené que se adelantara con su caballo y averiguase qué pasaba. En cuanto Viernes tuvo al hombre a la vista gritó aún más fuerte que él: «¡Oh, amo! ¡Oh, amo!». Mas, como era un tipo valiente, cabalgó hacia el pobre hombre de inmediato y usó la pistola para pegarle un tiro en la cabeza al lobo que lo estaba atacando.

El pobre hombre tuvo suerte de que se tratara de mi Viernes, pues en su país estaba acostumbrado a la presencia de esa clase de animal y no le había dado ningún miedo. Por eso se había acercado y le había disparado como acabo de contar; en cambio, cualquiera de nosotros hubiera disparado desde más lejos, con el riesgo de no acertar al lobo o de dar al hombre.

Entonces ocurrió algo que hubiera bastado para aterrar a hombres más valientes que yo, y que efectivamente alarmó a toda nuestra compañía, cuando el ruido de la pistola de Viernes provocó el más funesto aullido de lobos a ambos lados de la montaña; aquel sonido se redobló de tal modo por el eco de la montaña que nos parecía como si hubiera una multitud prodigiosa de fieras. Y tal vez eran los suficientes como para que nuestro temor fuera justificado.

En cualquier caso, como Viernes había matado a aquel lobo, el que había atacado al caballo lo soltó de inmediato y huyó; como había atacado a la cabeza y sus dientes habían topado con las tachuelas de las bridas, no le había causado grandes lesiones. El hombre, en cambio, sí estaba malherido; la criatura rabiosa le había mordido dos veces: una en el brazo y la otra un poco por encima de la rodilla; cuando Viernes llegó a su lado y disparó al lobo, estaba a punto de caer al suelo por el nerviosismo de su caballo.

Es fácil suponer que al oír el disparo de la pistola de Viernes todos aceleramos el paso y corrimos tanto como nos permitió el camino (que era dificultoso) para ver qué estaba pasando. En cuando llegamos más allá de los árboles que hasta entonces nos

cegaben, vimos con claridad lo que había ocurrido y cómo Viernes había salvado al pobre guía, aunque todavía no podíamos distinguir qué clase de criatura era la que había muerto.

En cualquier caso, nunca hubo pelea tan difícil y sorprendente como la que se produjo a continuación entre Viernes y el oso, que nos proporcionó a todos (aunque al principio nos quedamos sorprendidos y algo asustados) la mayor diversión imaginable. Como el oso es una criatura pesada y torpe y no galopa como los lobos, que sí son ágiles y ligeros, tiene también dos cualidades en particular que suelen regir sus actos: en primer lugar, con respecto a los hombres, que no son su presa ideal. Digo que no son la presa ideal porque, aunque no se puede negar que a veces ocurra por culpa de un hambre excesiva, y no era el caso, pese a estar cubierto de nieve el suelo. Digo que no suele meterse con los hombres salvo que estos lo ataquen primero. Al contrario: si te lo encuentras en el bosque y no te metes con él, tampoco se meterá él contigo. Aun así, hay que tener cuidado de ser muy educados con él y cederle el paso, pues se trata de un caballero muy puntilloso, incapaz de desviarse ni un paso de su rumbo, ni siquiera para dejar pasar a un príncipe. Qué va, si se tiene miedo de verdad, lo mejor es mirar hacia otro lado y seguir adelante; a veces, si uno para de andar y se queda quieto y lo mira fijamente, lo toma como una ofensa; y si le tiras algún objeto y aciertas, así sea un palito pequeño como un dedo, lo toma como una ofensa y deja de lado cualquier otra cosa para buscar la venganza. En cuestiones de honor, jamás se da por satisfecho; esa es su primera virtud. La siguiente es que si se le ofende una vez, no lo olvida jamás, día y noche, hasta que consigue vengarse; es capaz de perseguirte a muy buen ritmo hasta que te adelanta.

Mi Viernes había salvado a nuestro guía y al acercarse a él quiso ayudarle a bajar del caballo, pues el hombre estaba herido y al mismo tiempo asustado, tal vez más lo segundo que lo primero. De repente, vimos que salía el oso del bosque y era un ejemplar gigantesco y monstruoso, el más grande, con mucho, que he visto en mi vida. Nos quedamos todos un poco sorprendidos al verlo, pero cuando lo vio Viernes fue inevitable apreciar la alegría y el valor reflejados en su semblante: «¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! —exclamó tres veces, mientras lo señalaba—. ¡Oh, amo! Dame permiso. Yo estrechar su mano. Yo hacerte reír mucho».

Me sorprendió verlo tan contento. «No seas tonto —le dije—, que se te va a comer». «¡Comerme! ¡Comerme! —dijo Viernes, de nuevo empeñado en repetir—. Yo comer a él. Yo haceros reír. Todos quedar aquí yo daros mucha risa». Así que se sentó, se quitó las botas en un instante y se puso unos escaarpines (llamamos así a esos zapatos planos que llevan ellos) que llevaba en el bolsillo, entregó su caballo a mi otro sirviente y sin soltar el arma voló como el viento.

El oso iba caminando despacio y sin meterse con nadie hasta que Viernes, acercándose mucho, se dirigió a él como si pudiera entenderle: «Oye, oye —le decía—. Yo hablar contigo». Nosotros lo seguíamos a cierta distancia; como ya habíamos pasado al lado de la montaña que pertenece a Gasuña, habíamos entrado en una

vasta arboleda llana y bastante despejada, aunque con troncos esparcidos por todas partes.

Viernes, que iba pisándole los talones al oso, como suele decirse, se puso a su altura a toda prisa, cogió una piedra grande, se la tiró y le dio en la cabeza. Le hizo tanto daño como si la hubiera tirado contra una pared, pero cumplió su cometido porque el granuja era tan inmune al miedo que lo había hecho sólo para que el oso lo siguiera y así, como él mismo decía, darnos mucha risa.

En cuanto el oso recibió el impacto de la piedra y vio a Viernes, se dio la vuelta y lo empezó a perseguir con unas zancadas endiabladas, arrastrando los pies con un ritmo extraño, parecido al que alcanzaría un caballo en un galope mediano; Viernes se alejó corriendo y se encaró hacia nosotros como si viniera a pedirnos ayuda; entonces todos decidimos disparar de inmediato al oso y salvar a mi hombre, aunque yo estaba enfadado con él de todo corazón por habernos echado encima aquel oso que no se estaba metiendo con nadie y se alejaba ya de nosotros; sobre todo, me indignaba que enfilara el animal hacia nosotros y luego saliera corriendo. Entonces le grité: «¡Tú, perro! ¿Es así como nos haces reír? Aléjate y coge tu caballo para que podamos disparar a esa criatura». Al oírme, él exclamó: «¡No disparar! ¡No disparar!

¡Quedarse quietos mucha risa!». Y la ágil criatura, que por cada paso del oso tenía que dar dos, se dio la vuelta al llegar a nuestro lado y vio un gran roble que le pareció adecuado a sus propósitos. Nos indicó por señas que debíamos seguirle y, redoblando el paso, se subió al árbol con gran agilidad tras dejar la escopeta en el suelo, a unas cinco o seis yardas del pie del árbol.

Enseguida el oso se subió también al árbol y nosotros lo seguimos desde lejos; lo primero que hizo fue pararse ante la escopeta, pero la dejó ahí y trepó árbol arriba, escalando como un gato a pesar de su mole monstruosa. Me asombró que mi sirviente hiciera semejante locura, pues no la juzgaba de otro modo, y por mucho que lo intentara no conseguía entender dónde estaba la gracia hasta que vi que el oso subía también por el árbol y todos nos acercamos a lomos de nuestros caballos.

Cuando llegamos al árbol, Viernes había trepado hasta la punta de una rama y el oso lo había seguido hasta mitad de camino; en cuanto el animal llegó a la parte de la rama que parecía más frágil, el sirviente nos dijo: «Ja, ahora verme enseñar oso a bailar», y se puso a saltar y a agitar la rama, provocando que el oso se tambaleara, aunque sin moverse del sitio, y empezara a mirar hacia atrás para ver si podía volver; entonces sí que nos echamos a reír de buena gana. Sin embargo, a Viernes le faltaba mucho aún para terminar con él: cuando vio que se quedaba quieto, lo llamó de nuevo, como si diera por hecho que el oso hablaba inglés: «¿Por qué no adelantas un poco más? Por favor, un poco más adelante». Entonces dejó de saltar y agitar la rama y el oso, como si hubiera entendido lo que le decía, dio un paso adelante; entonces Viernes se puso a saltar de nuevo y el oso tuvo que detenerse.

Nos pareció que ya había llegado el momento de acabar con él, y yo avisé a Viernes para que se quedara quieto mientras lo disparábamos; sin embargo, él

exclamó muy serio: «¡Por favor! ¡Por favor! ¡No disparar! Yo disparar por delante». Quería decir «más adelante». En cualquier caso, por acortar la historia, Viernes bailó tanto, y el oso se mantuvo en una situación tan delicada, que ciertamente tuvimos ocasión de reírnos mucho, pese a que no imaginábamos lo que iba a hacer aquel hombre. Primero creímos que confiaba en sacudir la rama hasta quitárselo de encima; luego descubrimos que el oso era demasiado listo para eso. En vez de adelantarse lo suficiente para que lo tirasen de la rama, se agarraba con sus enormes zarpas y con los pies, de modo que nadie podía imaginar cómo terminaría ni en qué pararía aquella broma.

Sin embargo, Viernes nos sacó de dudas enseguida, al ver que el oso se agarraba a la rama y que no había manera de convencerlo para que se adelantara; «bueno, bueno —dijo Viernes—, si no te acercar, me voy, me voy; tú no acercar a mí, yo ir hasta tú». A continuación, fue hasta la punta más fina de la rama, que se dobló bajo su peso, y se dejó caer suavemente, deslizándose por la rama hasta que estuvo tan abajo que ya podía saltar, ir corriendo hasta su arma, cogerla y quedarse de pie.

«Bueno —le dije—. ¿Y ahora qué vas a hacer? ¿Por qué no le disparas?». «Sin disparar —contestó Viernes—. Yo disparar ahora. Yo no matar. Yo quedar, daros otra risa». Y así fue, pues en cuanto el oso vio que se había marchado el enemigo regresó desde la rama, pero lo hizo con ritmo bien lento, mirando hacia atrás a cada paso y caminando marcha atrás hasta que llegó al tronco. Entonces, con el cuarto trasero por delante, bajó del árbol, agarrándose con las zarpas y dando apenas un paso tras otro, muy lentamente. En esa postura, y justo antes de que apoyara los pies en el suelo, Viernes se le acercó, le pegó el cañón a la oreja y de un solo tiro lo dejó más muerto que a una piedra.

Entonces el granuja se dio la vuelta para ver si reíamos o no y al ver por nuestro aspecto que estábamos contentos se echó a reír él mismo con todas sus fuerzas. «Así matar osos en mi país», dijo luego. «¿Cómo que los matéis así? —pregunté yo—. Si no tenéis armas de fuego». «De fuego, no —contestó—, pero disparar flecha mucho larga».

Ciertamente nos divirtió mucho, pero seguíamos en un lugar salvaje y nuestro guía estaba herido y apenas sabíamos qué hacer. Los aullidos de los lobos resonaban en mi cabeza y, desde luego, excepción hecha de los ruidos que en una ocasión oí en la costa de África, de los que ya he hablado antes, nunca había oído nada que me llenara de semejante horror.

Por todo eso, más la cercanía de la noche, tuvimos que dejarlo, pues de otro modo, si llega a depender de Viernes, sin duda hubiéramos despellejado a la monstruosa criatura, ya que merecía la pena conservar su piel. Sin embargo, nos quedaban aún tres leguas y el guía nos metía prisas; así que dejamos allí al oso y proseguimos el viaje.

El suelo seguía cubierto de nieve, aunque ya no tan gruesa ni peligrosa como en las montañas, y las fieras hambrientas que antes oíamos habían bajado ahora al

bosque y al territorio llano, presionadas por el hambre en busca de comida. Habían causado grandes daños en los pueblos, donde habían cogido a los campesinos por sorpresa y habían matado muchas ovejas y caballos, así como a unas pocas personas.

Teníamos que cruzar una zona peligrosa, de la que nos había hablado el guía; si aún quedaban lobos en aquellas tierras, los encontraríamos allí. Era una llanura pequeña, rodeada por todas partes de bosques, con un estrecho desfiladero por el que debíamos pasar para avanzar entre los árboles, y luego llegaríamos al pueblo en el que íbamos a alojarnos.

Faltaba media hora para el ocaso cuando nos adentramos en el primer bosque y cuando llegamos a la llanura hacía poco que se había puesto ya el sol. En su interior no encontramos nada, salvo por un pequeño claro de apenas dos hectáreas, en el que vimos que cinco lobos cruzaban el camino, uno tras otro a toda velocidad, como si acecharan a alguna presa y la tuvieran a su alcance; por eso no nos hicieron ni caso y desaparecieron de nuestra vista en unos instantes.

Entonces nuestro guía, que por cierto era un desgraciado pusilánime, nos pidió que estuviéramos atentos, pues creía que aún vendrían más lobos.

Mantuvimos a punto las armas y los ojos bien abiertos, pero no vimos más lobos hasta que ter minamos de cruzar el bosque, que aún se extendía casi media legua, y llegamos a la llanura. Por eso, al entrar en ella teníamos razones más que suficientes para andarnos con cuidado: lo primero que nos encontramos fue un caballo muerto. Mejor dicho, un caballo matado por los lobos, y había al menos una docena ocupándose de él: más que comérselo, le estaban royendo hasta los huesos, pues ya habían devorado toda la carne.

Nos pareció mejor no interrumpir su banquete y ellos tampoco nos prestaron demasiada atención. Viernes los habría atacado de buen grado, pero yo no estaba dispuesto a permitirlo de ningún modo, pues me parecía que pronto tendríamos más faena de la que esperábamos. No habíamos recorrido ni la mitad de la llanura cuando empezamos a oír los aullidos de los lobos a nuestra izquierda, con una intensidad aterradora, y enseguida vimos a un centenar que se dirigían hacia nosotros, todos a una, la mayoría formando una línea, con la misma formalidad que un ejército comandado por oficiales expertos. Yo apenas sabía cómo recibirlos, pero concluí que la única manera sería formar también nosotros en fila cerrada. Así lo hicimos en un instante. Para que no pasara demasiado tiempo entre un disparo y el siguiente, ordené que sólo disparase un hombre de cada dos, quedando el que no hubiera disparado listo para preparar de inmediato la siguiente descarga, suponiendo que el avance de los lobos prosiguiera; a continuación, los que hubieran disparado la primera ronda no debían ni intentar cargar de nuevo sus fusiles, sino aprestar cada uno su pistola, pues todos llevábamos un fusil y un par de pistolas. Con ese método, disparando cada vez sólo la mitad de nosotros, podíamos tirar hasta seis descargas. Sin embargo, en aquel momento no fue necesario porque, después de la primera, el enemigo se detuvo por completo, tan aterrado por las llamaradas como por el ruido. Cayeron cinco,

alcanzados en plena cabeza; otros muchos quedaron heridos y se retiraron sangrando, como pudimos ver por su rastro en la nieve. Vi que se detenían, mas no se retiraron de inmediato. Entonces recordé que me habían contado que hasta a la bestia más feroz le aterra la voz humana y mandé a toda la compañía chillar a pleno pulmón. Descubrí que la idea no era en absoluto errónea, pues al oír nuestro grito empezaron a retirarse y a dar la vuelta; luego ordené una segunda descarga, por la retaguardia, que los puso a galopar en franca huida hacia el bosque.

Eso nos dio ocasión para cargar de nuevo las armas y seguir avanzando sin pérdida de tiempo, mas apenas acabábamos de cargar las escopetas y prepararnos para la marcha cuando oímos un sonido terrible en el mismo bosque, a la izquierda, sólo que ahora sonaba un poco por delante.

Se acercaba la noche y la luz era ya crepuscular, empeorando nuestra situación; mas como el ruido no hacía sino aumentar, nos era fácil percibir que se trataba de los aullidos y los chillidos de aquellas criaturas infernales; de repente, vimos dos o tres tropas de lobos: una por la izquierda, una por detrás y otra por delante, de manera que parecíamos rodeados. De todos modos, como no se nos echaban encima, seguimos avanzando tan rápidamente como permitían nuestros caballos: poco más que un trote ligero, porque el camino era agreste. Así llegamos a la entrada del bosque que debíamos cruzar, al fondo de la llanura; sin embargo, nos llevamos una gran sorpresa al acercarnos al camino que ser vía de paso y ver una gran cantidad de lobos plantados en la entrada.

De repente, por otro extremo del bosque sonó un disparo y, al mirar hacia allá, vimos salir un caballo, ensillado y embridado, volando como el viento, perseguido a toda prisa por dieciséis o diecisiete lobos. Desde luego, le pisaban los talones. Y como dimos por hecho que el caballo no sería capaz de mantener aquel ritmo, no nos cupo duda de que al final podrían con él, y estoy seguro de que así fue.

Sin embargo, teníamos ante nosotros una horrible visión: al cabalgar hasta el extremo por el que había salido el caballo, encontramos el esqueleto de otra montura y los de dos hombres, devorados por las fieras hambrientas. Sin duda, uno de ellos era el que acababa de disparar, pues a su lado descansaba un arma recién descargada. En cuanto al hombre, tenía el tronco y la cabeza ya devorados por completo.

Eso nos llenó de horror y no sabíamos qué dirección tomar, mas las fieras nos obligaron a decidir, pues se estaban reuniendo en torno a nuestro grupo con la esperanza de obtener nuevas presas. De verdad creo que había unas trescientas. Para fortuna nuestra, a la entrada del bosque, aunque un poco apartados, había unos troncos grandes, talados el verano anterior, y supongo que abandonados allí en espera de transporte. Llevé mi pequeña tropa a meterse entre esos árboles y, tras colocarnos todos en fila detrás de un tronco grande, les aconsejé desmontar y, sin abandonar el parapeto del tronco, formar un triángulo para ofrecer tres frentes y encerrar en él a nuestros caballos.

Así lo hicimos, y en buena hora: nunca se vio una carga tan furiosa como la que

aquellas criaturas nos depararon en ese lugar; se acercaban a nosotros con una especie de gruñido (y se subían al tronco que, como ya he dicho, nos hacía de parapeto) como si se abalanzaran ya sobre la presa; al parecer, esa furia se debía principalmente a que habían visto a nuestros caballos detrás de nosotros y esa era la presa que buscaban. Ordené a nuestros hombres que disparasen como antes, uno de cada dos; apuntaron tan bien que mataron a unos cuantos lobos en la primera descarga; sin embargo, se hizo necesario disparar continuamente porque iban llegando como diablos y los de detrás empujaban a los primeros.

Después de la segunda descarga de nuestros fusiles nos pareció que paraban un poco y tuve la esperanza de que se hubieran ido, mas fue tan sólo un momento, pues otros fueron llegando. Disparamos dos descargas de pistola y creo que entre esas cuatro andanadas matamos diecisiete o dieciocho lobos y mutilamos al doble, aunque seguían llegando.

No me gustaba nada la idea de gastar nuestra última munición demasiado rápido, así que llamé a mi sirviente, no a mi Viernes, que tenía mejores cosas que hacer, pues había cargado mi escopeta, y también la suya, con la mayor diligencia imaginable, mientras nosotros peleábamos; al contrario, como digo, llamé a mi otro hombre, le di un cuerno de pólvora y le ordené que depositara una fila por encima del tronco, y que la hiciera larga como una caravana. Lo hizo y apenas tuvo el tiempo justo para apartarse cuando llegaron los lobos y algunos se echaron ya encima de la pólvora. Yo accioné el detonador de una pistola descargada, cerca de la pólvora, para incendiarla. Los que estaban encima del tronco quedaron chamuscados y seis o siete cayeron, o mejor saltaron hacia nosotros con la fuerza y el terror que les daba el miedo; esos los despachamos en un instante y los demás quedaron asustados por la luz que, al ser ya casi de noche, hacía parecer que todo fuera más horrible, y se echaron un poco atrás.

En ese momento ordené disparar la última munición que nos quedaba en las pistolas en una sola descarga y, después del disparo, los lobos se dieron la vuelta y nosotros nos lanzamos de inmediato sobre veinte que habían quedado lisiados y caminaban con dificultad, y los atacamos con las espadas, logrando lo que nos proponíamos: sus compañeros entendieron tan bien aquellos gritos y aullidos que huyeron todos y nos dejaron en paz.

En resumidas cuentas, matamos unas tres veintenas y, si hubiera sido a plena luz del día, habríamos matado muchos más. Una vez despejado el campo de batalla volvimos a avanzar, pues nos quedaba todavía casi una legua. A medida que avanzábamos, más de una vez oímos a las fieras hambrientas aullar y gritar en el bosque. A veces nos parecía ver algunas pero, como la nieve nos deslumbraba, no estábamos seguros. Al cabo de una hora llegamos a la ciudad en que debíamos alojarnos y encontramos a todo el mundo armado y muerto de miedo porque, al parecer, la noche anterior los lobos y algunos osos habían entrado por la noche y les habían dado un susto enorme; se veían obligados a montar guardia de noche y de día, pero sobre todo de noche, para proteger al ganado y, por supuesto, a la gente.

A la mañana siguiente nuestro guía estaba tan enfermo y tenía las extremidades tan inflamadas y supuraba tanto por las dos heridas que ya no podía avanzar más. Así que nos vimos obligados a tomar un nuevo guía desde allí e ir a Toulouse, donde encontramos un clima cálido, un paisaje agradable y rico y nada de nieve, ni lobos, ni nada parecido; mas cuando contamos nuestra historia en Toulouse nos dijeron que no era sino lo ordinario en aquel bosque grande al pie de la montaña, sobre todo cuando el suelo estaba nevado. Sin embargo, preguntaron con mucha insistencia qué clase de guía se había atrevido a meternos por ahí en un invierno tan severo; y nos dijeron que podíamos darnos por contentos de no haber sido devorados. Cuando les dijimos cómo nos habíamos colocado, con los caballos en medio, nos criticaron sobremanera y nos explicaron que las probabilidades de quedar todos destrozados habían sido de cincuenta por una, pues lo que enfurecía tanto a los lobos era precisamente la visión de los caballos, su presa favorita. En cualquier otra circunstancia temen nuestras armas; mas por tener demasiada hambre, y con esa rabia añadida, la ansiedad por acercarse a los caballos les había hecho insensibles al peligro; y si no llegamos a dominarlos por los disparos continuos, y en último término por la estratagema de la caravana de pólvora, lo más probable hubiera sido que acabáramos descuartizados. En cambio, si nos hubiéramos contentado con montar los caballos y hubiéramos disparado como jinetes, los lobos no se habrían fijado tanto en los caballos como posibles presas por llevar hombres a cuestas. Al fin nos dijeron que si nos hubiéramos juntado dejando a los caballos aparte, los lobos se hubieran apresurado a devorarlos, pero nosotros habríamos salido sanos y salvos, sobre todo teniendo en cuenta que íbamos armados y éramos tantos.

Por mi parte, nunca en mi vida fui tan consciente del peligro como entonces; al ver que se nos echaban encima más de trescientos diablos rugiendo y con la boca abierta para devorarnos, sin tener un lugar donde refugiarnos, o un retiro, me di por perdido. Creo que nunca volveré a intentar cruzar esas montañas; creo que preferiría recorrer mil leguas en barco, aun si me asegurasen que iba a sufrir una tormenta cada semana.

Durante el paso por Francia no tengo nada que, por lo poco común, merezca ser relatado, salvo aquello que ya han contado otros mucho mejor de lo que yo podría hacerlo. Viajé de Toulouse a París y, sin parar demasiado tiempo en ningún sitio, llegué a Calais y desembarqué sano y salvo en Dover el 14 de junio, tras haber tenido que viajar durante una estación extremadamente fría.

Había llegado al centro de mis viajes y al poco tiempo tenía conmigo todas mis nuevas riquezas recién descubiertas, pues pronto pude cobrar las letras de cambio que había llevado conmigo.

Mi guía principal y consejera particular fue mi buena y vieja viuda, quien en agradecimiento por el dinero que le había mandado no ahorró sufrimientos ni cuidados para auxiliarme; le confié todo en tal medida que me resultó absolutamente fácil asegurar mis propiedades. Por supuesto, la integridad inmaculada de esta buena

señora me supuso una gran alegría de principio a fin.

Entonces empecé a pensar en dejarle todas mis pertenencias a esa mujer y partir hacia Lisboa y, desde allí, a Brasil. Sin embargo, se me interpuso otro escrúpulo relacionado con la religión. Había tenido algunas dudas acerca de la fe romana, incluso mientras estuve fuera y sobre todo en mi estado de soledad; por eso sabía que no podía ir a Brasil, y mucho menos instalarme allí, si no abrazaba la religión católica romana sin ninguna reserva; en caso contrario, me quedaba ofrecirme en sacrificio por mis principios, ser mártir por la religión y morir a manos de la Inquisición. Así que decidí quedarme en casa y, si encontraba el modo de hacerlo, desprenderme de la plantación.

Con ese propósito escribí a mi viejo amigo de Lisboa, quien me contestó con el dato de que él podía venderla allí mismo. Sin embargo, me pedía permiso para ofrecérsela en mi nombre a los dos comerciantes herederos de mis albaceas, que vivían en Brasil y debían entender por completo el valor de la propiedad por estar sobre el terreno; además, yo sabía que eran muy ricos. Así que él creía que tendrían ganas de comprarla; no le cabía duda de que yo obtendría de ella al menos cuatro mil o cinco mil piezas de a ocho.

Por tanto, estuve de acuerdo y le di la orden de ofrecérselo, cosa que él hizo; al cabo de ocho meses, a la vuelta del barco me comunicó por escrito que habían aceptado la oferta y que habían remitido treinta y tres mil piezas de a ocho a un corresponsal que tenían en Lisboa para que me pagara.

A cambio, yo firmé el título de venta que enviaron desde Lisboa y se lo mandé a mi viejo amigo, quien me hizo llegar letras de cambio por valor de treinta y dos mil ochocientas piezas de a ocho por las tierras, tras reservarse el pago de cien moidores por año para él mismo, el anciano, y otros cincuenta moidores anuales vitalicios para su hijo, tal como le había prometido que le pagaría con las rentas obtenidas de la plantación. Y así termina la primera parte de una vida de azares y aventuras, una vida condicionada por los vaivenes de la Providencia, tan variada que será difícil encontrar en el mundo otra igual. Había empezado con algo de necesidad, mas terminaba con mayor felicidad de la que cualquiera de sus partes permitiría esperar.

Cualquiera hubiera pensado que en aquella situación de buena fortuna yo ya no querría correr ningún riesgo más; así hubiera sido en circunstancias distintas, mas estaba acostumbrado a la vida errante, no tenía familia ni gente cercana ni, a pesar de mi riqueza, había establecido demasiadas relaciones. Además, aunque me había vendido la propiedad de Brasil, no conseguía sacarme aquel país de la cabeza y tenía un gran deseo de alzar el vuelo de nuevo. En especial, no podía resistir la fuerte inclinación por ver mi isla y saber si los pobres españoles estaban allí, o qué trato habían dado los granujas que yo había dejado allí.

Mi sincera amiga la viuda me disuadió con esfuerzo y tanto se impuso su opinión que durante casi siete años consiguió impedir que viajara. Durante ese tiempo tomé a mi cuidado a mis dos sobrinos, hijos de uno de mis hermanos. Como el mayor tenía

alguna riqueza propia hice de él un caballero y dispuse que, a mi muerte, aumentara sus propiedades con mi herencia. El otro se lo entregué a un capitán de barco; al cabo de cinco años, viendo que se trataba de un joven atrevido y emprendedor, lo enrolé en un buen barco y lo mandé a la mar. Más adelante ese joven provocó que yo, viejo como era ya, viviera nuevas aventuras.

Mientras tanto, en parte senté la cabeza: en primer lugar, me casé y no puedo decir que fuera sin obtener beneficios y satisfacciones; tuve tres hijos, dos varones y una hembra. Sin embargo, cuando murió mi mujer y mi sobrino volvió a casa tras un exitoso viaje a España, mi inclinación a viajar y su insistencia se impusieron y acabó por comprometerme a embarcar en su navío como comerciante privado a las Indias Orientales. Eso fue en el año de 1694.

Durante ese viaje visité mi nueva colonia en la isla, vi a mis sucesores, los españoles, escuché la historia entera de sus vidas y de los villanos que había dejado allí: cómo al principio insultaban a los pobres españoles para luego ponerse de acuerdo, pelearse, unirse, separarse, y cómo al fin los españoles se habían visto obligados a recurrir a la violencia con ellos, cómo los habían sometido y con cuánta honestidad los habían tratado los españoles. Si uno entraba en ella, era una historia tan variada y llena de accidentes asombrosos como la mía, en particular por lo que respecta a sus peleas con los caribes que habían desembarcado más de una vez en la isla, a las mejoras que habían establecido en la propia isla y al intento, emprendido por cinco de ellos, de llegar al continente, de donde se habían traído a once hombres y cinco mujeres en calidad de prisioneros. Por eso, cuando yo llegué a la isla me encontré con que había veinte criaturas.

Me quedé allí unos veinte días, les dejé provisiones de todo lo necesario y, en particular, de armas, pólvora, municiones, ropa, utensilios y dos trabajadores que había llevado conmigo desde Inglaterra; a saber, un carpintero y un herrero.

Además, dividí la isla en partes y, aunque me reservé la propiedad del conjunto, nos pusimos de acuerdo para adjudicarles alguna a ellos; tras arreglarlo todo con ellos, y con su compromiso de no abandonar la isla, los dejé allí.

Desde allí viajé a Brasil, donde compré una barcaza y la envié con más gente a la isla; en ella, aparte de más provisiones, mandé siete mujeres que me parecieron apropiadas para hacer de sirvientas o de esposas de quien quisiera tomarlas por tales. En cuanto a los ingleses, les había prometido que, si se aplicaban en las tareas agrícolas, les enviaría algunas mujeres desde Inglaterra con un buen cargamento de víveres, y más adelante lo cumplí. Y aquellos hombres demostraron gran honestidad y diligencia en cuanto se les dieron normas y se repartió la propiedad. Desde Brasil les envié también cinco vacas, tres de ellas preñadas, algunas ovejas y unos cerdos que, cuando volví a pasar por allí, se habían multiplicado considerablemente.

Mas todo eso, junto con el relato de cómo trescientos caribes los invadieron y arruinaron las plantaciones y cómo pelearon dos veces con todos ellos y perdieron al principio, sufriendo incluso tres bajas; sin embargo, al fin una tormenta destruyó las

canoas de sus enemigos y ellos lograron matar de hambre o destruir a casi todos y recuperar la posesión de su plantación y siguieron viviendo en la isla. Todo eso, junto con algunos incidentes sorprendentes de mis propias aventuras durante diez años más, tal vez lo cuente más adelante.

FINIS



DANIEL DEFOE (1660-1731), comerciante, periodista, narrador y autor de textos políticos, ocupa un lugar preeminente en la historia de la cultura occidental como pionero de la prensa económica, pero sobre todo en tanto creador de la ficción realista como género literario. Implicado y comprometido con las grandes batallas políticas de su tiempo, en 1685 fue indultado tras ser condenado por su participación en la rebelión del duque de Monmouth, en 1688 apoyó a Guillermo III de Orange en la conocida como Revolución Gloriosa, y en 1703 acabó en la prisión de Newgate por su panfleto político «El camino más corto con los disidentes», en el que arremetía contra los *tories*. Su dedicación al comercio, que le llevó en dos ocasiones a declararse en bancarrota, hizo también que visitara diversas ciudades de la península Ibérica (Cádiz, Oporto, Lisboa...). Obras como *Vida, aventuras y piratería del célebre capitán Singleton* (1720), *Fortuna y adversidades de la famosa Moll Flanders* (1722), *Diario del año de la peste* (1722), *Roxana o la amante afortunada* (1722), *Historia política del Diablo* (1726) e *Historias de piratas* (1728) bastarían para situarlo en un lugar de honor de la historia de la literatura en lengua inglesa, pero los tres libros dedicados a Robinson Crusoe lo convierten además en uno de los clásicos más fructíferos y populares de la literatura universal y, en palabras de James Joyce, en «el padre de la novela inglesa».

Notas

[1] Hubo, efectivamente, una tercera parte publicada el 7 de agosto de 1720 en el Ship and Black Swan de Londres por el mismo William Taylor. No consta que haya sido traducida nunca al español, llamativa carencia que pretendemos subsanar en breve.

<<

[2] En un magnífico artículo publicado en los *Cuadernos de Investigación Filológica*, 27-28 (2001-2002) con el título «Traducción y adecuación de la literatura para adultos a un público infantil y juvenil». <<